This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA5654.3

HARVARD COLLEGE LIBRARY

SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08

IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

BIBLIOTECA BOLIVIANA

DE GEOGRAFIA E HISTORIA

II

MEMORIA HISTÓRICA

DEL

COLEGIO DE MISIONES

DE

SAN JOSÉ DE LA PAZ

POR

EL M. R. P. Fr. RAFAEL SANS

Misionero Apostólico del mismo Colegio

(CON LAS LICENCIAS RESPECTIVAS)

LA PAZ

IMPRENTA DE «LA PAZ»—YÚNGAS NÚM. 15

MDCCCLXXXVIII

SA5654.3

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

AL LECTOR

CORRESPONDIENDO á la honrosa comisión que nos confiára el Gobierno de nuestra Patria, que encargó á nuestro cuidado una oficina especial de estudios é investigaciones sobre la historia de la geografía de Bolivia; y contando con la decidida cooperación de nuestro erudito amigo el doctor don Cárlos Bravo, concebimos el pensamiento de dar cabida al fruto de nuestras tareas en una série de publicaciones que, á parte el fin de hacernos conocer ventajosamente en el extranjero, tendiéra á despertar entre nosotros la afición á los estudios geográficos, harto necesarios para el exclarecimiento de nuestras cuestiones de límites, cuanto para el mejor conocimiento de nuestras variadas y sorprendentes riquezas naturales. Tal propósito tuvo por resultado práctico la fundación de nuestra «*Biblioteca de Geografía é Historia*», que dió comienzo, pocos meses há, con el interesante libro del P. Fr. Nicolás Armentia—«*Navegación del Madre de Dios*»—que con tanto y merecido aplauso fuera recibido por el público como por las Sociedades de Geografía del Exterior.

Los heróicos sacrificios consumados por los religiosos misioneros en las apartadas regiones del territorio boliviano; los trabajos de aquellos abnegados propagandistas del Evangelio, sus martirios y cruentos

padecimientos, hacen parte integrante de la historia patria. Pocas noticias teníamos publicadas del establecimiento de los colegios de *Propaganda fide;* las descripciones de las misiones de Mojos (Eder, Eguiluz) son escasas y poco conocidas; las relaciones de Henrrión no satisfacen por la ausencia de detalles respecto á Bolivia; la mayor parte de los escritos de los jesuitas misioneros de Mojos permanecen sin ver la luz pública. De manera que, es interesante toda publicación relativa á nuestras misiones; las que existen son diminutas; las «*Noticias históricas sobre las misiones en la República de Bolivia*», publicadas en 1854 por el P. Ceferino Mussani, tratan someramente de lo que hicieron los franciscanos de Bolivia en Tarija, Chichas y Santa Cruz de la Sierra, durante la segunda mitad del siglo XVIII.

La importante obra del P. Alejandro M. Corrado, publicada en Quaracchi en 1884, bajo el título de: «*El Colegio Franciscano de Tarija y sus misiones*», llena el vacío que existía respecto á las misiones del Sud de Bolivia; es trabajo de largo aliento, bien ordenado, y que presenta copia de importantes materiales para la historia de aquellas regiones.—El trabajo del P. José Cardús, publicado en Barcelona en 1886, con la denominación de: «*Las misiones franciscanas entre los infieles de Bolivia*, etc.» merece honrosa mención por el método con que está redactado, las indicaciones progresistas que contiene, y la detallada exposición de las misiones de Guarayos; por esta última parte, así como por los apuntes de los misioneros del Colegio de Potosí, llena otra necesidad.

Ya que tenemos relaciones particulares de las misiones de Mojos, Tarija, Potosí y Tarata; faltaba, pues, una descripción completa de las de Caupolicán ó Apolobamba. Satisface perfectamente esta falta la obra que hoy entregamos á la publicidad, como segundo volúmen de la «Biblioteca Boliviana», y comprende la—«*Memoria histórica del Colegio de Misiones de San José de La Paz*, debida á la colaboración que nos

ha prestado el virtuoso y respetado P. Fr. Rafael Sans.

No dudamos que el público inteligente recibirá con verdadero placer tan importante trabajo. Se relaciona él con una región, á la vez que poco conocida, de las más feraces y de mayor porvenir de nuestro dilatado territorio.

Las facilidades de todo género, puestas á nuestra disposición por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización, nos han permitido dar la presente edición lo más completo posible. Así, pues, hemos creido dar más atractivo é interés al lector acompañando al presente libro: los retratos de los RR PP. Andrés Herrero, fundador de la Recoleta, y el del autor Fr. Rafael Sans, cuya biografía, escrita por nuestro amigo el doctor Cárlos Bravo, va inserta en seguida.

Aparte los minuciosos datos que contiene la «Memoria Histórica de Misiones», como complemento ponemos un *Apéndice* con buen número de documentos inéditos y notas ilustrativas al texto: los primeros tomados de un Ms. de alto interés para Bolivia, existente en el archivo de la Recoleta, y cuyo título es *Libro Copiador de Cartas y Oficios del R. P. Fr. Antonio Avellá, Prefecto Comisario del Colegio de Moquegua.* De las 323 fojas que él contiene, 100 son relativas á asuntos del Gobierno de La Paz. De ellas hemos tomado una pequeña parte, reservándo para un volúmen especial la publicación completa de piezas de tanta importancia.

El decidido interés de nuestro Gobierno por éstos trabajos, nos hace concibir la fundada esperanza de ver realizados nuestros planes, en este y otros respectos.

Siendo la índole del libro que hoy vé la luz pública de un carácter geográfico, pues trata de las evangélicas conquistas llevadas á cabo por los infatigables misioneros de la órden franciscana de *Propaganda fide*, solicitamos del autor un Mapa de la Provincia de Caupolicán, en que se hallan las Misiones de Apolobamba, siendo tal solicitud in-

mediatamente satisfecha. Para la revisión y complementación de tal trabajo, pedimos la colaboración del P. Nicolás Armentia, cuyos recuerdos eran más frescos y recientes, dándonos por resultado, sinó una cosa perfecta, al ménos un elemento indispensable para la inteligencia de la obra.

En ella se comprende la historia primitiva y primeras conquistas de Apolobamba, su estado durante el Coloniage y primeros tiempos de la República; la presente «*Memoria*» forma, por decirlo así, la única historia séria que se haya escrito sobre las Misiones de Apolobamba y las otras que se hallan á cargo del celo apostólico de los benéficos *Recoletos* del Convento de La Paz.

LA PAZ, MARZO DE 1888.

M. V. BALLIVIAN DANIEL GUZMAN.

Fr. Rafael Sanz

EL R. P. RAFAEL SANS

EL divino Maestro, al dejar la tierra, dijo á sus discípulos: «*Id por todo el mundo*». Este precepto comprendía el principal programa de las misiones cristianas; hé ahí por que, los mensajeros de la palabra de Jesu-Cristo llenos de abnegación, han descubierto comarcas desconocidas: con trabajo desinteresado, han resuelto problemas de geografía física manifestando la verdadera estructura de muchas naciones salvajes.

La India, el África austral, la hoya del alto Amazonas, el oriente, sud y norte de Bolivia explorados por los misioneros, dan testimonio irrecusable de que con los *estudios* proporcionados por éstos, la ciencia ha podido ir más allá que ellos.

La evangelización y el progreso científico no son ideas opuestas, guardan armonía, se unen para descubrir nuevos horizontes donde establecer su dominio.

Los himnos cantados por el misionero, en alabanza del Redentor, en la cúspide de los más encumbrados montes, en las dilatas llanuras de los desiertos, ó en las profundas vaguadas de los bosques, prestan señalados servicios á la ciencia.

Las atrevidas exploraciones que viajeros llenos de ardor científico han verificado en diversas regiones del globo, también sirven para que el misionero fije su atención en esas comarcas pobladas por seres sumidos en la ignorancia, y despirte en él la idea de evangelizarlos.

El sábio y el misionero no hacen contraste. Ambos persiguen la realización de un fin altamente social: el uno está animado por la idea del progreso científico, el otro obra al impulso de la idea de la evangelización.

Si el misionero reune en su persona y en la más perfecta armonía aquellas ideas, acata y obedece altas disposiciones; cumple su misión de *regenerar* al hombre mediante la comunicación de los preceptos que prescriben el Evangelio, las buenas leyes y la excelentes prácticas aconsejadas por el que premió la fé del Centurión y la confianza del ciego de Jericó.

Aplicando estos últimos pensamientos al P. Rafael Sans, la persona que lea estos renglones, verá que no nos dejamos llevar por exagerado afecto de cariño ó amistad, al escribir una noticia biográfica del sacerdote que posée condiciones y cualidades de verdadero discípulo de Cristo.

Reus, una de las poblaciones del principado de Cataluña, en España, es la cuna del P. Rafael Sans, que nació el 4 de abril de 1812; allí comenzó su carrera literaria hasta que cautivado su ánimo por esta sentencia de un gran Padre de la Iglesia: «*plus potest monachus benefacere quan rex*», eligió la vida religiosa y vistió el habito franciscano el 23 de octubre de 1827.

Acrisolada su vocación con las pruebas del noviciado, profesó el 24 de octubre del año siguiente, y continuó el estudio de humanidades y teología durante un cuatrienio, manifestando las dotes felices que había recibido de la naturaleza. Optó el presbiterado el 21 de diciembre de 1834.

La memorable guerra de la *independencia* sostenida en España, dió ocasión á que se estableciese el sistema republicano sancionado en la Constitución de Cádiz en 1812, y con él apareció en la madre pátria la idea de *reforma eclesiástica*. Las córtes constitucionales de 1823 desenvolvieron en parte aquella idea é iniciaron la supresión de los institutos monacales de varones, la reducción de los conventos de mendicantes, la desamortización de sus bienes, etc.;—se fijaron dos partidos perfectamente caracterizados por sus opiniones: los constitucionales y los realistas.

Fernando VII procuró sofocar el espíritu de los primeros, pero después de su muerte se manifestó la guerra civil ocasionada por virulenta teocrácia.

En las Cortes constituyentes de 1836 y 37 la idea de reforma eclesiástica renació con más fuerza. La suerte de la católica España sufrió violentas conmociones; un dia el populacho de Madrid atacó los conventos de los frailes, degolló á sus moradores é incendió sus edificios; pocos dias después en Zaragoza se repiten las mismas sangrientas escenas; Barcelona y Reus

sirven de teatro para iguales excesos.....Escritos dictados con expresivo ardor atribuyen estos sucesos al filosofismo del siglo.

El P. Sans en compañía de sus hermanos de órden tuvo que sufrir la tempestad de los acontecimientos políticos de esa época; salvó de la muerte huyendo de Cataluña á Italia el 30 de junio de 1836.—Salir de su país abandonándolo todo, seguir el destierro con resignación, sin rencor contra los perseguidores y más bien orar por ellos, es propio del que abraza la carrera del apostolado.

La semilla evangélica germina si el encargado para difundirla imita la humildad del Maestro que fué benigno y humilde por excelencia.

Sans aceptó, sin duda, la proscripción de esta manera, para buscar con viento favorable regiones extrangeras donde ejercer su ministerio, perseverando siempre en la virtud.

Muy pronto se le presentó la ocasión de cumplir su destitino de propagandista de la fé.

Los conventos de religiosos que existían en el Alto-Perú quedaron casi desiertos por la diminución de sus moradores. La España no podía enviar más frailes á América, por causas ya conocidas por el lector.

Por otra parte, la guerra de independencia del continente iniciada en la ciudad de La Paz el 16 de julio de 1809, empeñó á los Alto-peruanos en una desigual y atrevida lucha de quince años.

Durante este tiempo, las misiones que en el norte y sud de la República mantuvieron los padres de la Observancia, quedaron olvidadas, á tal extremo, que muchas de ellas desaparecieron hasta hoy.

Los misioneros de Tarija y Tarata emigraron á Europa, muy pocos permanecieron en sus reducciones; entre estos, descollaban dos sacerdotes virtuosos, hombres de empresa, celosos propagandistas: el P. Andrés Herrero y el P. Francisco Lacueva. El uno catequizaba á los Mosetenes en las mortíferas orillas del Beni, el otro predicaba á los Guarayos en las apartadas selvas de Chiquitos.

Herrero concibió la idea de restablecer, en Bolivia, los colegios de *propagada fide;* para realizar su pensamiento necesitaba recursos materiales, los encontró en La Paz; marchó á Europa y trajo diez religiosos. Estos obreros debían ocupar-

se en la reedificación de los derruidos conventos y en el establecimiento de otros nuevos; llegaron á esta ciudad el 6 de abril de 1835.

Entre los fundadores del Colegio de San José, ocupa un lugar preferente el P. Sans; en vez de partir á Palestina se decidió venir á América.

Hé aquí la relación rápida de sus trabajos:

En febrero de 1838 desempeñó el cargo de Presidente interino de su comunidad;—en julio del mismo año, como representante del P. Comisario Andrés Herrero, intervino en la escritura de donación que el filántropo General José Ramón de Loaiza otorgó á favor de los padres recoletos, de la casa que sirve de convento.

En noviembre de 1842 el Discretorio encomendó á Sans la colectación de religiosos; se dirigió á Europa, en mayo del 43 desembarcó en Burdeos y visitó sucesivamente Paris, Roma, Asis y Loreto; el éxito de su comisión fué bastante favorable, 22 colectados llegaron con él en abril del 44 á la ciudad de La Paz.

No habiéndose verificado la condición de recabar la aprobación de la Santa Sede para la creación de la Colegiata de Copacabana, ni correspondido la institución á los fines y míras que se tuvo en consideración, al crearla en 1829; el General don José Ballivian, Presidente de la República, declaró extinguida dicha Colegiata y estableció en Copacabana un colegio de religiosos de *propaganda fide*, con facultad de abrir noviciado.

Los padres recoletos que gozaban de justa reputación por su providad, celo y estricta observancia de su regla, quedaron encargados de la custodia y cura de almas de aquel santuario. La comunidad se vió reducida, y por segunda vez se instó al P. Sans la tarea de colectar religiosos: salió de La Paz con destino á Europa el 12 de diciembre de 1851, pasó por Panamá, visitó la Habana, llegó á Cádiz y se dirigió á Madrid, Barcelona, Burdeos, Paris, Turín y Roma.—De aquí contramarchó á Reus para volver otra vez á Roma y salir de ella con 22 religiosos que se encaminaron á Burdeos y se embarcaron para América.

No fué feliz el viaje de regreso

Apenas estuvieron en el golfo de Gascuña, se vieron combatidos por recios vientos que contrariaban su marcha; esa primera tempestad calmó, pero, cuando estaban á la latitud de

Buenos Aires el 1.° de mayo de 1853, se desató un violento y repentino huracán, que apenas dió lugar para recoger las velas de la embarcación, y pretendió hacer zozobrar la fragata «*Arequipa*» que los trasportaba.

Después de haber sumergido en las aguas del Atlántico una fragata inglesa, felizmente volvió la calma cuando la embarcación de los padres perdió dos ó tres velas menores.—Próximos á doblar el temido Cabo de Hornos, los vientos se desencadenaron furiosos y combatieron á la crugiente nave que no podía regirse. Oigámos al P. Sans la descripción de esta tormenta:

«El bramido de los vientos, dice, aumentaba el terror; el frio y la oscura niebla, la lluvia helada y penetrante no dejaban maniobrar á los transidos marineros, el peligro se aumentaba por instantes y todo anunciaba una próxima catástrofe. En efecto, después de vários dias de angustias aterradoras, el primero de junio, un monte de agua asaltó con tal furor la proa del buque que desplomándose sobre el palo de bauprés, lo arrancó de raiz, éste en su caida arrastró al palo de proa y parte del palo mayor, cayendo los tres con tal fracaso y estruendo, y que pareció habían estallado el puente y abierto el casco de la Arequipa: y como esta cedía á tan enorme peso y las furiosas oleadas que lo sumergían del lado, creyeron llegada su última hora,.....Y miéntras el capitán con la tripulación y algunos religiosos cortaban maromas y cadenas y arrojaban los desplomados palos al mar, los otros en tan supremo peligro redoblaban sus gemidos á la Vírgen de Copacabana, única áncora de esperanza en aquella latitud y fatal situación«.

«Luego *stettit spiritus procellæ*, empozó á calmar la revolución horrísona de las olas y el bramido de los vientos, que se pusieron bonancibles; y la víspera de San Buenaventura llegaron con su nave desarbolada y ruinosa al puerto de Valparaiso»,..... (1) De aquí se dirigieron á La Paz y arribaron á ella sin novedad el 3 de Setiembre de 1853. Incontinenti, el P. Sans marchó á Copacabana á reemplazar al P. Miguel Cabot que desempeñaba las funciones de cura interino y presidente de la pequeña comunidad alli instalada.

El cumplimiento de las multiples obligaciones anexas á su

(1) Historia de Copacabana Cáp. 34.

cargo, no le impidió que visitára la isla que dá el nombre al lago *Titicaca*, cuna de *Manco Kapajh* fundador del gran imperio que los conquistadores llamaron Perú. Bajo el título de «*Visita á las islas de Titicaca y Coati*» escribió la realación de su viaje.

En 1884 se verificó la edición de ese trabajo, que ha sido reproducido en vários periódicos y revistas del exterior; á guisa de prólogo hicimos una diminuta apreciación del mérito de la obra, y dijimos lo siguiente: «Las pocas descripciones que conocemos de los edificios de la isla de Titicaca, no son tan minuciosas como la que ha hecho el P. Sans; á la sencillez de la relación une la exactitud y severidad propias del erudito que contempla esas ruinas con espíritu investigador».

«Comunica sus impresiones, nacidas por la admiración, con la familiaridad y exquisita cordura del observador que desea descorrer el velo que separa la época misteriosa en que fueron trabajados esos edificios, de la época positiva de la historia».

«El lector verá, por sí mismo, que el trabajo del P. Sans merece todo elogio, y es en su género la más completa descripción hecha hasta el presente».

Buscó, además, la ocupación de compendiar la *Historia de Copacabana* escrita por el padre agustino Fr. Alonso Ramos, espurgándola de las frivolidades que contiene, para ofrecer al público el resúmen de los anales de aquel célebre Santuario. Este trabajo se dió á la estampa en 1830 y ha sido reproducido en várias ediciones.

El presidente constitucional de la República, General Manuel Isidoro Belzu, tuvo en consideración que el P. Sans llenaba sus sagrados deberes:—«ya en el buen servicio de las misiones de nuestras fronteras, ya en la construcción de la Iglesia y convento de Recoletos, ya finalmente en el renombrado santuario de Copacabana, refaccionado y compuesto merced á su celo, contracción y esmero». Y expidió el decreto de 15 de noviembre de 1853, cuyo artículo 1.° está concebido en estos términos:

«El Gobierno elige y presenta al Reverendo Padre Fr. Rafael Sans, de la órden de propaganda-fide, Obispo *in partibus infidelium*, é impetrará de la Santa Sede la correspondiente Bula de intitución para alguno de los Obispados ocupado por ellos», etc.

Tan fausta noticia bien pudo halagar el amor propio del presentado para Obispo, ó inducirle á que ponga todo empeño para que las bulas de la institución le fuesen expedidas; pero, el P. Sans conocía los graves deberes encomendados á un Obispo. No se creía capaz para apropiarse de todas las virtudes y mostrarse *irreprensible* en todo sentido, cual debe ser, según los cánones, el Pastor de una diócesis. Con evangélico desprendimiento renunció la merecida honra que le dispensaba el gobierno de Bolivia, al presentarlo como Obispo *in partibus*, y prefirió más bien, estar excento de zozobras para edificar al pueblo con su buen ejemplo.

En junio de 1860, por causas que no es del caso exponer, el P. Sans y sus compañeros abandonaron la custódia de Copacabana y se restituyeron á La Paz para ejercitar su ministerio—«con ménos sobre saltos y amarguras».

Elegido Prefecto de misiones en 1861, visitó cada una de las reducciones de Yúngas y Caupolicán. Esa recorrida, talvez, le fué indispensable para formar su interesante libro «*Memoria histórica de Misiones*». El misionero no puede estudiar los países á donde le lleva su celo, sino viviendo en medio de los que desea convertir, adoptando sus usos exteriores, aprendiendo sus idiomas para predicarles el Evangelio —El P. San vivió en esos lugares cuya historia ha escrito después.

Narra en ella, el orígen y procedencia de su colegio, sus mejoras succesivas; cuenta la série de las expediciones organizadas para reducir las tribus de Apolo ó Caupolicán; pinta á los misioneros diseminados por los bosques del Wopi y el Mapiri, abriéndose paso por medio de las selvas del Tuichi, Madidi y el Madre de Dios, caminando por los terrenos pantanosos del Beni; reuniendo en fin, salvajes Mosetenes, Guarayos, Madalenos, Pacaguaras, Araonas y Toromonas para convertirlos á la fé.

Es interesante por muchos motivos, la relación de los peligros que han salvado aquellos, sufriendo hambre y fatiga unas veces, esponiéndose á morir devorados por las fieras ó despedazados por los salvajes otras veces; trepando escarpados montes ó navegando caudalosos rios con el único objeto de persuadir á los indígenas á dejar su vida errante y gozar de las dulzuras de la Sociedad, y pertenecer á la comunidad boliviana.

La *Memoria histórica de misiones* abarca un período de 220 años, desde las primeras expediciones á Caupolicán hasta nuestros dias; sus relaciones están apoyadas en documentos é informaciones buscados con diligencia y compilados con cuidado.

La civilización de los pueblos formadas en aquellas regiones, debe su orígen á los misioneros franciscanos; sus arriesgadas exploraciones no sólo fueron favorables á la religión y á la ciencia, sino también á la patria: Bolivia cuenta con más ciudadanos, y mantiene el indispatable derecho de posesión sobre esos territorios que tocan con la línea de demarcación entre el Perú y el Brasil, fijada en el tratado de San Ildefonso en 1777.

No era enteramente desconocida la historia de las conquistas verificadas en aquellas regiones, por que vários autores como el P. Fernando Tórres, el P. Meléndez, el P. Diego de Mendoza, el P. Calancha y otros, las mencionan ligeramente; pero, el P. Sans ha tomado esas diseminadas noticias para formar una historia completa que se hacía desear.

Pocos serán los vacíos que se note en esta obra escrita con asíduo y penoso trabajo.

El P. Sans fué también comisionado del señor obispo Dr. Mariano Fernández de Córdova para hacer la *visita pastoral* en las referidas provincias de Yúngas y Caupolicán;—siguiendo las amonestaciones de los padres del concilio de Trento, logró inflamar á esos pueblos con exhortaciones y consejos á la religión; introducir la doctrina sana y católica; promover las buenas costumbres corrigiendo las malas; arregló, en fin, las demás cosas en utilidad de los fieles.

Igualmente fué *delegado* para visitar el colegio de Tarata y presidir su capítulo.

En 1863 fué llamado á Roma para desempeñar el alto cargo de *Definidor general* de su órden; entónces, satisfizo una de sus más vehementes aspiraciones: conocer la Tierra santa, ver sus pueblos tantas veces destruidos y vueltos á edificar, sus campos, lagos y rios, testigos de la vida, predicación y sacrificio de Jesús.—El P. Sans recorrió en su peregrinación todos aquellos lugares inmortalizados por la Biblia, y escribió el libro que en 1867 vió la luz pública en Paris, bajo el título de: «*Apuntes de una Visita á Tierra Santa*.

Trasunta fielmente, en sus apuntes, las sensaciones que experimentó al pisar los umbrales de los edificios que recuerdan cada uno de los misterios de la Redención; comunica el brote de sus pensamientos á la vista de esos lugares de triste y gloriosa memoria; enumera sus peticiones y vehementes suplicas al Hijo de Dios: todas ellas se refieren á nuestra patria, el suelo adoptivo de Sans. En el Santo Sepulcro ruega por La Paz y

sus misiones; en el Calvario pide principalmente por el sociego y tranquilidad de Bolivia; en el Carmelo recomienda á las monjas carmelitas de La Paz.—En su excursión, ciertos usos y trajes de aquellos habitantes le recuerdan los que tenemos aquí; en fin, el P. Sans ha recorrido la Palestina sin apartar de su memoria el país á que pertenece de corazon y lo quiere como el mejor boliviano.

Regresó á Burdeos con el fin de embarcar unos religiosos para Bolivia en setiembre de 1864, después se dirigió á Paris, contramarchó á Barcelona y luego á Reus; en octubre de 1866 condujo de Paris al pueblo de su nacimiento, á las monjas de la Providencia; en Barcelona se ocupó como confesor de las monjas de Jerusalen, hasta que en marzo de 1872 fué llamado á Roma.

Allí, recibió el cargo de *Visitador apostólico de Chile*, prévia la vénia del Pontífice Pio IX; para ejercer su nueva dignidad tuvo que embarcarse en Burdeos con destino á Montevideo y llegó á Valparaíso en julio del 72 después de haber sufrido una borrasca en el Pacífico. En diciembre del mismo año principió la visita de los conventos de Talca, Cauquenes y Concepción: en enero del 73 prosiguió la misma tarea en Curicó y sucesivamente en los demás conventos de aquella república.

Regresó á La Paz en julio de 1873 para fijar definitivamente su residencia en su querido convento, en el que ha desempeñado repetidas veces los cargos de Guardian y Presidente, y donde, *después de haber trabajado para Dios y el prójimo, espera descanzar en paz*, según su propia expresión.

No cree llenar su misión cumpliendo los votos y obligaciones de su observancia en la clausura del convento, estiende su acción más allá de sus muros: busca la reparación de las injusticias y desgracias de la sociedad, trabajando con eficácia en una obra de misericordia,—el sostenimiento del *Asilo de huérfanos y pobres*,—que se fundó en esta ciudad, en feliz hora, sin más fondos seguros que los inagotables tesoros de la caridad pública y privada.

Algo más, el P. Sans con heróica paciencia y decidido apoyo, ha contribuido al establecimiento de aquella casa de beneficencia; hoy, como el apostol de la Gascuña, San Vicente de Paul, llena su tarea con el más acendrado cristianismo.

Pero, no termina aquí su benéfica influencia.

Con la regularidad de su vida edifica á nuestro pueblo, con su ciencia y conocimientos lo ilustra.

Sus discursos en el púlpito, empapados de la sabidudiría que ostenta el Evangelio, derraman saludables doctrinas. No exagera, tampoco se hace ininteligible para los alcances de su auditorio; siempre son interesantes sus instrucciones.

Sus condiciones y cualidades son, como nemos dicho, de verdadero discípulo de Cristo.

Como escritor no sólo es laborioso, sino que muestra sus grandes conocimientos acerca de las Sagradas letras, los Santos Padres, la historia eclesiástica y la profana. Su estilo es correcto y sin afección.

Para concluir esta ligera noticia de la vida del P. Sans, añadimos que él ha sabido conquist..rse respetuosa admiración de los paceños, goza de justa fama alcanzada con incesante trabajo y por legítimos medios.

En la esfera pública y en la privada, nosotros le saludaremos en todos momentos como una gloria nacional.

La Paz, 1888.

CÁRLOS BRAVO.

PRÓLOGO DEL AUTOR

La paresse des moines! mais, qui donc, si ce n' est eux, a supporté le poids du jour et de la chaleur dans toutes les missions d' Orient et d' Amérique?

Montalambert *Les moines d' Occident*, introduction, ch. 6.

¡Cuán difícil es el escribir! Sin embargo en ningún siglo se ha escrito más que en el presente: no sólo el diarismo que nos inunda, las novelas y romances, que nos apestan, las biografías, las memorias, los viajes, cuya petulancia fastidia; tantas producciones literarias, hijas del amor propio, de la simple vanidad, del delirio de figurar en el mundo social, que las devora y que á veces lo depravan; prescindiendo de tantas obras escritas con el perverso fin de corromper las costumbres; de toda esa balumba de folletos, de obras volantes y frívolas; cuán pocos hay que mejoren al indivíduo, que tengan un objeto útil, que instruyan á las clases ignorantes y que las fortifiquen en los principios de la virtud! Al contrario, las más de las publicaciones del siglo XIX se resienten de liviandad y de tendencias inmorales. Y con todo, todos tienen la pretensión, la audacia de escribir dictatorialmente, como si ellos fuesen los Maestros inspirados del género humano.

¡Lejos de mi tanta presunción y descaro! Yo no diré que mi escrito sea interesante, ameno, útil, bello etc. Los que lo lean lo juzgarán. Mi única aspiración es consignar ingenuamen-

te los trabajos, los viajes, las conquistas, los sacrificios de los pobres Misioneros de este nuestro Colegio, llamado *Recoleta de la Paz*. Y á pesar de la rectitud de mi intención, escribo con timidez, solo para que no queden sepultadas en el olvido las cosas que algunos hijos de San Francisco han hecho en las playas y serranías del Beni, de Mojos y de Caupolicán. Temo que mi relato fastidie á ciertas gentes que solo se aliméntan con lo frívolo, como volátiles que viven de mosquitos: más espero que otras se complacerán en saber los esfuerzos que los varones apostólicos han hecho y hacen en el centro de aquellos desiertos y bosques ocupados por los salvajes, á los cuales ellos civilizan con la Religión y el trabajo, para ir facilitando el camino á los especuladores que ahora los desprecian é infaman, y que después irán á explotar con menos riesgo y más lucro aquellas regiones feraces, si bien antes cubiertas de fieras y malezas, que los Conversores y sus neófitos desmontaron.

No digo esto, ni escribo estas líneas, para reclamar la gratitud: sé que ese proceder es como el patrimonio de la humanidad—aprovecharse de los trabajos ajenos sin dignarse saludar, y á veces atropellando al que nos abrió la puerta; como si el gran Colón hubiera legado sus desaires humillantes á cuantos más lealmente trabajan en el mundo que él descubriera. Pero, los que como él y sus cooperadores se consagran á la causa de Dios, solo de Dios deben esperar la recompensa. Más, preciso es confesarlo: dolor causa el que no solo se ignoran los esfuerzos de los civilizadores católicos, sino que se los juzga con injusta prevención, se los befa y se los cubre con los andrajos de inútiles, ociosos, cual Herodes y su corte cubrieron al Salvador con la túnica de loco, porque no veían sus milágros que otros tocaban. Algunos menos impíos al parecer, pero más injustos, los reconocen buenos, útiles, generosos é inocentes, como Pilatos á Jesús; pero los condenan al desprecio, y aun á la muerte moral, solo por acallar la grita tumultuosa del populacho farisaico y filosófico que pide su estinción por exóticos, estemporáneos y retrógrados.

Pues bien: por sí acaso algún dia se quisiera juzgar de la utilidad ó inutilidad de los misioneros franciscanos de la Paz, en Bolivia (puesto que el mundo se arroga ahora la judicatura de lo más sagrado) haré patente lo que han hecho y trabajado en el campo del Evanjelio, antes que esos procónsules pilatunos nos pregunten *¿quid ficiste?* Y espero que si nos leen sin pasión, no tendrán la temeridad de condenarnos contra el dictámen de su

conciencia; porque aquello de declarar *non invenio in eo causam*, y luego entregarlo á la plebe frenética para que lo azoten y crucifiquen, es inícuo é inmoral.

Pero no es este el móvil principal de mi tarea; porque sé que con los hechos más justificados y todo, puede el Sanedrín volteriano condenarnos sin apelación, como al Justo y Santo por esencia. Lo que se intenta es satisfacer la piadosa ansiedad de los fieles, complacer los deseos de nuestros bienhechores, consolar en cuanto podamos á los Pastores de la Iglesia, compensando con nuestras conquistas las pérdidas que la incredulidad ocasiona á la grey de J. C: neutralizar los esfuerzos prepotentes de las sectas tenebrosas con el empeño constante aunque lento, con que las órdenes religiosas propagan la fé del Evangelio y la dicha de las generaciones. Todavía hay varones en Israel que no adoran á Baal; todavía hay almas elevadas, espíritus generosos, que se complacen en las obras buenas de los sucesores de Solano, y que al ver de vez en cuando por las capitales de Europa alguno de esos pobres misioneros, Colectadores de nuevos pescadores de almas, todavía los saludan con respeto, y tienen valor para esclamar—¡*quan speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!*

Esas almas sensibles y sensatas creo que leerán estas memorias sin fastidio, que disimularán sus defectos, que no se molestarán por ciertas minuciosidades, y que me ayudarán á retribuir á Dios la gloria de todo. Y esta confianza es lo que me alienta á escribir.

CAPÍTULO I.

Fundacion del Colegio, su origen y procedencia.

Este apostólico Colegio de S. José fué donación del piadoso General D. José Ramón de Loaiza; y los Padres Misioneros se instalaron en él el dia doce de octubre de mil ochocientos treinta y nueve, bendiciendo la capilla y dándoles solemne posesión de la inconclusa casa el Ilustrísimo S. D. D. Manuel Fernández de Córdova, entonces Obispo de la Paz.

Más, antes de referir detalladamente las circunstancias de tan deseada fundación, creémos indispensable remontarnos á su origen y precedentes. Las cosas no se forman de improviso, y sólo Dios cria instantáneamente mundos de la nada: hecha la luz, el hizo surgir del caos todo el resto del universo, tal cual lo concibiera en su mente eterna, que todo lo dispone con número, peso y medida, fuerte y suavemente, preparando unas criaturas para otras y unos siglos para otros, haciendo que estos se adopten por la fé á los designios de Dios, como dice S. Pablo (Heb. 11. 3.)

Salido el nuevo mundo de las ondas por la fé del inmortal Colón, como dice Chateaubriand, los Reyes católicos y los sobe-

ranos Pontífices se desvelaron para sembrar en sus vastos continentes la fecunda semilla del Evangelio, mandando operarios celosos que esparcieran aquel grano divino, para convertir en grandes cristiandades los imperios de los Aztecas y de los Incas, más extensos que los de Sesostris y Alejandro. Los hijos del Seráfico Patriarca fueron los primeros destinados á tan santa renovación: así como un franciscano fué el primero que adivinó el genio del insigne Genovés, á quien los sabios y los príncipes despreciaban como á un pobre soñador. Hermanos del P. Marchena eran los que se veían al lado de los conquistadores de Méjico y del Perú, plantando la cruz sagrada, signo de caridad, de salud y de paz, que debía refrenar la arrogancia del vencedor y dulcificar la suerte del rendido. Así es, que á proporción que avanzaba el guerrero, avanzaba el misionero también; y si venían nuevos soldados, venían á la par nuevos religiosos, que fundaban Conventos y se internaban en los bosques de estas desconocidas regiones. Más las casas fundadas en Méjico, en Guadalajara, en Lima y Potosí no alcanzaban á proveer de sacerdotes tan numerosas, tan esparcidas, tan opuestas tribus, á veces tan tenaces é indómitas. Preciso fué destinar casas especiales, cuyos individuos se consagrarán esclusivamente á la conversión de los adoradores de *Viuzziliputili* y de *Pachacamac*, cual lo fueron los Apóstoles desde Sión para los idólatras de Júpiter y de Saturno, y cual lo fueron después desde Roma, Dionisio y Agustín para cristianizar en las Galias y en la Bretaña á los prosélitos de los Druidas y de Ossian.

Los primeros Colegios de Misiones, llamados *de propaganda fide*, establecidos con aprobación pontificia en el imperio conquistado por Hernán Cortés, creemos que fueron los de Querétaro y Zacatecas, y después el de San Fernando, cuyos hijos evangelizaron la aurífera California, dejando sus codiciadas pepitas á los futuros argonautas. Estinguido por Pizarro el grande imperio de Mancocapac, la necesidad exigió el concurso de la religión para hacer más llevadero á los pobres indígenas el yugo de la conquista. Así es que, para despreocupar á esos infelices idólatras, comunicarles la luz de la fé, contener los desmanes de los nuevos dominadores, á más de las casas que constituyeron las provincias franciscanas de los *doce Apóstoles* y de *S. Antonio de los Charcas*, cuyos alumnos desempeñaron á porfía el ministerio apostólico, indispensable fué la fundación de un Seminario dedicado más especialmente á misionar á los infieles, cuyos padres y tutores debían ser, desde que ellos los enajendraban en J. C. con el Evangelio.

El primer ensayo de este apostolado se inició en el valle de Jauja, en el caserío llamado Santa Rosa de Ocopa, por empeño del R. P. Comisario Fr. Francisco de San José, que lo fundó como hospicio en abril de mil setecientos veinticinco. Venidos de los Seminarios de España y especialmente del de Escarnalbo en Cataluña, nuevos auxiliares, se emprendió en mayor escala la reducción de los infieles, cuyos progresos expuestos por el Monarca español al Pontífice Clemente XIII, este con bula del 18 de Agosto de mil setecientos cincuenta y ocho lo declaró Colegio de Misiones, el primero en este hemísferio de la América Meridional. Ocopa, pues, fué la matriz de donde procedieron los otros colegios de este continente, especialmente el de Chillán y el de Tarija, cuyos celosos colegas fundaron en mil setecientos noventa y cinco el digno de eterna memoria Colegio de Moquegua, cuya existencia fué por desgracia tan breve. Su fundación fué empresa del Ilmo. S. Abad Illana, dignísimo Obispo de Arequipa, que lo pidió al Rey de España para la reducción de las Islas de Otaiti, que él creía de su jurisdicción. Más, por desgracia, mientras se corrían las tramitaciones debidas, los astutos ingleses se posesionaron de dichas Islas; y entónces se resolvió que los nuevos misioneros empleasen su apostólico celo en la conversión de los infieles más inmediatos.

Aquí se nos dispensará que nuestra gratitud consigne los trabajos, las fatigas, los riesgos de aquellos Padres Venerandos que emprendieron las reducciones del Departamento de La Paz. No será esto una digresión, sino como el precedente de nuestra genealogía, ya que de tan ínclitos varones es hijo este Colegio apostólico. *Gloria filiorum Patres eorum.* Dediquemos pues á nuestros espirituales progenitores el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II.

Santas tareas y empeño de los Padres del Colegio de Moquegua.

Imponderable fué el gozo de los piadosos moqueguanos al ver el claustro edificado por ellos, habitado y ennoblecido por aquellos edificantes siervos de Dios, que parecían respirar el fuego sagrado que J. C. vino á encender y que deseaba ardiese en todas las almas. Así es, que apenas llegados de España, en vez de disfrutar de la religiosa tranquilidad de sus celdas, viendo cuán ancho y enmarañado era el campo á que los destinára el Padre celestial, resolvieron salir luego desmontarlo, y á arrancar de él las malezas de los vicios, para plantar en su lugar, cual otros Jeremias, edificantes arbustos de virtud. La obediencia, primer adorno de los conversores, espresada por la voz del R. P. Guardián, de acuerdo con su V. Discretorio y con el Ilustrísimo Diocesano, destinaba los individuos á los lugares á que debian ir á desempeñar su apostólico ministerio.

¡Ah, cuán bello era verlos salir de dos en dos, cual los discípulos del Salvador, para anunciar las verdades eternas á los pueblos que tan hambrientos estaban de oirlos! Su descalzés, su modestia, su fervor conmovian los corazones y arrancaban lágri-

mas de ternura al verlos venir con el Crucífijo en el pecho y el pendón de la Vírgen dolorosa, Patrona del Colegio, cantando con voz afectuosa y penetrante el perdón y la misericordia divina. Los párrocos, los cabildos y la multitud, que salían á recibirlos, contestaban á sus patéticas saetas más con sollozos y gemidos que con cantos. El respeto que les tributaban casi rayaba en veneración, y casi siempre se renovaba la escena de Jerusalen, adornando con ramos y flores y hasta tendiendo sus mantas en el suelo, que debían pisar esos enviados y venidos en el nombre del Señor. Ellos, léjos de engreirse, se humillaban con estas demostraciones entusiastas, que les servían como de llave para introducir más facilmente la gracia de la conversión en las conciencias endurecidas: daban por todo gracias á Dios, *cui soli honor et gloria*!

Los templos más capaces no alcanzaban á los numerosos concursos que afluían de las comarcas vecinas, cuyas conversiones y confesiones manifestaban la eficacia de la palabra divina por ellos anunciada, como se viera en Samaria á la enérgica voz de Saúlo y Bernabé. Sus doctrinas eran escuchadas con el más profundo recogimiento, cuyo fruto se veía luego en los escandalosos que se moralizaban, en los divorciados que se unían, en los mal unidos que se desposaban, en los agraviados que se reconciliaban, y en todas las clases sociales que se reformaban. Y estos inestimables beneficios no los dispensaban en un solo pueblo, sino en cuantas partes se los llamaba para misiones ó ejercicios, cuaresmas ó novenarios. En estas fatigantes, pero consoladoras tareas se les veía contínuamente ocupados, no solo en las poblaciones cercanas á Moquegua, sino á las más distantes. Hemos conocido vecinos respetables de Arica, de Tacna, de Arequipa, de Puno, del Cuzco, de Lampa, y de otras localidades, que aun recordaban con emoción las palabras y doctrinas de aquellos varones, que se parecían á los Bernardinos y Leonardos: todavía se acordaban del júbilo con que se los recibía, y de los llantos y clamores con que al despedirse les daban su bendición, como lloraban los de Éfeso y Mileto al despedirse del Apóstol de las gentes.

Más, en medio de estas constantes excursiones evangélicas, ellos nunca se olvidaron que su Colegio era de Conversores de Propaganda Fide, y que á más de los fieles á quienes fortificar en la fé de J. C. existían tras las nevadas cumbres de los Andes numerosas tribus de infieles á quienes se les debía evangelizar. Al efecto eligieron á su Prefecto de Misiones, segun dis-

ponen las Bulas pontificias; uno de los primeros fué el insigne P. Tadeo Ocampo, que vino luego á la Paz para iniciar esta religiosa empresa; que sí bien por lo pronto tropezó con inconvenientes, los allanó despues su infatigable sucesor el R. P. Antonio Avellá, á principios de este siglo. Asombra lo que este santo varon hizo, escribió, anduvo, volvió, empeñándose con los Gobernadores, Virreyes, Provinciales, Obispos y cuantas personas podían coadyuvar á su internación y la de sus hermanos en las regiones de infieles y de neófitos decaidas.

Y decimos decaidas, porque sí bien las reducciones del Bopi, del Beni y de Apolobamba, iniciadas por los RR. PP. Franciscanos de la provincia á mediados del siglo anterior, ofrecían esperanzas; más después iban decayendo, ya por falta de sujetos que se consagráran á ellas, ya que la estinción de los Jesuitas hubiese desalentado los ánimos, ya que el gobierno dejase de favorecerlos como debía y como les encargaba el Monarca, ó por causas que desconocemos; lo cierto es que algunos neófitos se remontaban, y probable era que algunas doctrinas hubieran desaparecido sí Dios no hubiese traido tan oportunamente al dicho P. Avellá y á sus dignos compañeros de Moquegua. Al tratar de cada reducción veremos esto más claramente, espresando quienes fueron á conservarlas: ahora solo indicaremos la venida providencial de estos celosos cultivadores de la viña del Señor, que sí bien á hora de sexta no estuvi ron ociosos, trabajaron con valerosa constancia, como lo manifiesta el interesante documento, que para comprobación de lo dicho, copiamos textualmente. Dice así:

«Rmo. P. Ntro.»

« En cumplimiento de la real órden del Supremo Consejo de Regencia de 26 de Agosto del año p. p. de 1812, comunicada por V. P. Rma. á este Colegio de Moquegua en su carta fecha en Cadiz á 28 del mismo mes y año, dirigida toda á que remitamos á esa comisaría general una exposición clara y específica de los trabajos apostólicos que tenemos impendidos en las reducciones de infieles de nuestro cargo, con inserción del diario del P. Fr. Ramón ¡Busquets y demás que puedan contribuir al perfecto esclarecimiento de la verdad, que se desea, decimos—Que este Colegio no ha promovido ningun espediente en órden á reducciones. Solo sí la real Audiencia del Cuzco, con fecha 17 de Setiembre de 1807, mandó al R. P. Prefecto de Misiones Fr. Antonio Avellá, á continuación de una real cédula, fecha en S. Lorenzo á 20 de Setiembre de 1806, que informase sobre el estado de las re-

ducciones del Valle de Santa Ana y demás de su cargo. Dicho R. P. hizo su informe instruyéndolo con documentos justificativos de todas las ocurrencias acaecidas en su tiempo, el mismo que es regular haya elevado su Alteza al Supremo Consejo de Regencia, y sobre el que dice V. P. Rma. había informado lo conveniente.»

«Este Colegio no ha descuidado remitir á esa comisaría general en todos sus capítulos, el estado de las reducciones y sus adelantamientos en ellas con todas las incidencias ocurridas. La falta de contestación y mucho más la de noticias que dice existir en esa Secretaría general, indica haberse perdido por el camino. Con este motivo nos ha parecido necesario hacer una exacta relación de todas las expediciones que tiene verificadas este Colegio desde el año 1799 para adelante á los infieles de las fronteras del Cuzco, de la Paz y de Carabaya, perteneciente al Gobierno de Puno. En ellas se ha trabajado y padecido mucho, y se ha adelantado muy poco á causa de los contínuos obstáculos y tropiezos que se nos han presentado á cada paso, de los que no dudamos se hallará suficientemente orientado por informes verbales del R. P. Ocampo.»

«En cuanto á la frontera del Cuzco no hay que enmendar en cuanto relaciona el P. Fr. Ramón Busquets en su diario, respecto de ser todo cierto lo que en él refiere. Solo se debe advertir qué, á exepción de la primera reducción de Ntra. Sra. de la Expectación de Cocabambilla, ninguna de las otras existe; porque el P. Monserrat tuvo que desamparar la suya por enfermo. Después no han vuelto á salir los infieles á buscar religiosos. Ahora tres años el P. Pred. apco. Fr. Pedro Plá se arrojó á entrar solo con dos hombres, sin que se haya vuelto á tener noticia de ellos, lo que nos hace creer que los mataron los bárbaros intermedios, y en este supuesto se le han aplicado los sufragios.»

«De toda la relación del P. Busquets se infiere lo primero, que los PP. Misioneros han sido los únicos que han reconocido el rio de Santa Ana hasta el rio Ucayalí que desagua en el Marañon. Lo segundo, que desde la Misión de Cocabambilla, distante treinta y seis leguas del Cuzco, hasta la primera reducción del Colegio de Ocopa, sita en dicho Ucayalí, hay quinientas leguas rio abajo, poco más ó ménos: que de las dichas las seis primeras tienen muy malos pasos hasta llegar á las pampas interiores, en que se acaba la cordillera de los Andes. El Sr. Presidente Castilla intentó vencer las dificultades que presentan esas cien leguas de malos caminos por el rio, abriéndolo por tierra. En el

mismo proyecto estuvo el Sr. Presidente D. José Manuel de Goyeneche; pero las intrincadas ocurrencias del dia interceptaron poder darle curso. Mientras no se allane esta dificultad siempre serán infructuosas las diligencias que se practiquen, y las reducciones de los infieles que habitan aquellos terrenos interiores: por el contrario, abierto el camino por tierra de modo que puedan internarse las mulas cargadas hasta concluir los cerros de la cordillera, en ménos de dos años pueden reducirse todas las naciones que relata el P. Busquets, y otras muchas circunvecinas, no faltando los operarios necesarios. El costo no será tal vez mucho, porque los cerros tienen buenas faldas y muchos trechos de pampas y pajonales. Aun cuando sea algo cuantioso se recompensa suficientemente con la reducción de tantas y tan varias naciones infieles como pueblan aquellas inmensas pampas hasta el rio Marañon.»

«En cuanto á las reducciones del Gobierno de la Paz, diremos: que en virtud de una real cédula fecha en Aranjuez á 15 de Abril de 1793, y órdenes dadas á continuación por el Emo. Sr. Virrey de Buenos Aires, en 6 de Marzo de 1798, el Sr. Intendente de aquella Ciudad, vencidas varias dificultades que se presentaban por parte del Ilustrísimo Sr. Obispo D. Remijio de la Santa y Ortega, unido con los PP. de esta provincia franciscana de los Charcas, se nos entregaron, no los tres pueblos que mandaba la citada real cédula, sino solos dos los más inmediatos á los infieles pertenecientes al partido de Apolobamba, á saber, el de Cavinas, donde se encontraron ciento sesenta y nueve almas, y el de Pacaguaras, en el que solo existían cuarenta y cuatro.»

«Durante nuestra residencia en Pacaguaras el Padre Conversor Fr. Antonio Serra verificó la reducción de los infieles Toromonas, con esperanza de reducir igualmente á otros inmediatos, segun aparece de su certificación, pero como el Ilustrísimo Diocesano de la Paz siempre llevó á mal que los Misioneros de Moquegua sirviesen aquellas reducciones establecidas por los Franciscanos de Charcas, consiguió una real órden fecha en Madrid á 30 de Octubre de 1804, en la que se le mandaba poner curas seculares en los pueblos de Apolobamba que estuviesen en aptitud para mantenerlos; que los Misioneros de Moquegua devolviesen á los PP. Franciscanos de Charcas las reducciones de Cavinas y Pacaguaras, como así se verificó á 29 de Julio de 1806, segun aparece del documento (n. 3.) en virtud de la cual entregaron nuestros PP. Conversores dichas reducciones bajo formal

recibo. De lo que resultó se malograse la reducción de los Toromonas y demás naciones vecinas, como demuestra la declaración del P. Fr. Josef Mariano Salas.»

«Á más de esto, compadecido el Sr. D. Diego Quint Fernández Dávila del abandono en que se hallaba la reducción de indios Lecos del pueblo de Mapiri, pertenecientes al partido de Larecaja, se interesó con el Gobierno de la Paz para que, supuesto que los tres pueblos que mandaba el Rey Ntro. Sr. en la real cédula arriba citada se entregasen á los PP. de Moquegua en el partido de Apolobamba, solo se nos habían entregado dos, se nos podía aplicar también el de Mapiri, para cumplir en parte las intenciones de su R. M. En efecto, esta reducción que ántes servían los PP. Agustinos y se hallaba enteramente desamparada, el Gobierno de la Paz, con acuerdo de la Superioridad de Buenos Aires la encargó á los PP. Misioneros de este Colegio, quienes se posesionaron de ella el 12 de Julio de 1800, y habiendo encontrado en ella 87 almas, durante nuestra residencia en aquél pueblo el P. Fr. Miguel Dieguez de Soto fundó otra reducción dos dias aguas abajo del mismo rio, en el encuentro del de Tipuani, á quien puso por nombre San Antonio de Guanay. Pero dentro de poco tiempo el Ilustrísimo Diocesano de La Paz, en virtud de la real órden del 30 de Octubre de 1804, ya citada, tuvo por conveniente poner en dicho pueblo de Mapiri cura secular. Con eso nos quedamos con solo la misión de San Antonio de Guanay. Desde allí se han hecho dos expediciones por abajo hasta el pueblo de Reyes de la Provincia de Mojos, en las que se ha logrado fundar otra Misión de los infieles Muchanis, nombrada S. Miguel de Tinendo, con esperanza de reducir otras varias naciones vecinas, siempre que haya operarios idóneos para el efecto, como lo demuestra el diario del actual R. P. Guardián Fr. Manuel M.ª Dominguez, y la certificación del Sr. D. Pedro Pablo de Urquijo, Gobernador de la Provincia de Mojos.»

«Por lo que respecta á la frontera de Carabaya, es muy cierto que desde el año 1800 se ha intentado la reducción de aquellos infieles; pero hasta el dia nada se ha conseguido. Por el mes de Mayo de 1800 entraron por el valle de San Gaban, con anuencia del Gobernador de Puno, los PP. Fr. Tomás Anaya y Fr. Pascual Doul, habilitados con algunos cortos auxilios que les franqueó la piedad de un cura particular del mismo partido. Estuvieron dos meses solos dentro de la montaña hasta acosados de

la necesidad y viendo que no aparecía infiel alguno, se vieron precisados á abandonar la empresa. Desde entonces no se pensó más en tal reducción, hasta que, por repetidas instancias del Sr. Gobernador Intendente de Puno D. José González y Montoya, el R. P. Comisario, Prefecto de Misiones, Fr. Antonio Avellá, á fin de evitar los pleitos que eran indispensables con el Gobierno de la Paz, cuando devolvimos las misiones de Cavinas y Pacaguaras á la provincia franciscana de Charcas, por habernos quitado también la reducción de los Toromonas, que era fruto de nuestro sudor y trabajo: acordó con dicho Sr., mediante el beneplácito de la Superioridad de Lima, tantear el bado de la reducción de los infieles de Carabaya. En efecto, se hizo una expedición por el P. Fr. José Figueira y Fr. Benito Valencia, en compañía de aquel Sub-delegado de aquel partido la que no surtió efecto por mal dirigida. Lo propio sucedió con la segunda que hizo el mismo P. Valencia con el P. Fr. Buenaventura Quintana por otro rumbo.»

«Después se presentó el P. Fr. Vicente Ferrer al Gobernador de Puno, quien se comprometió á verificar solo dicha reducción, si se le daban los auxilios necesarios. Conseguidos estos de la superioridad de Lima en cantidad de mil pesos, se dió principio á la expedición con 20 hombres y el Sub-delegado de aquel partido, los mismos que acompañó el P. Comisario hasta dos jornadas antes de llegar á los primeros infieles, según decían los prácticos. Viéndose la gente tan inmediata á ellos desmayó desde el Subdelegado para abajo, y no quisieron acompañar á dicho religioso más adelante: con eso se perdió la empresa, y se malogró la plata del real Erario, como de todo se dió cuenta á la Superioridad de Lima, aunque hasta lo presente, no se haya vuelto á dar paso en el asunto.»

«Sin embargo, como todos los años salen algunos infieles á hacer sus correrías y robos en las haciendas de aquellos valles, el Gobierno de Puno siempre aspira á que se realicen dichas reducciones, por la mano que se dán con las naciones perdidas de los Toromonas y sus vecinas, según se vé por la certificación del P. Fr. Joséf Mariano Salas, y acredita también el Sr. Gobernador Intendente D. Manuel Quimper en la carta que escribió al R. P. Guardián de este Colegio. Del mismo parecer es el Ilustrísimo Sr. D. Remijio de la Santa y Ortega, dignísimo Obispo de la Paz, desde que tiene su residencia en la ciudad de Puno. Este Sr., reconocido sin duda de sus pasados equívocos acerca los Misioneros de Moquegua, en la ocasión no omite diligencia alguna para

elogiar su mérito y colmarles de beneficios, tanto que en su compañía tiene al P. Fr. Vicente Ferrer, y se halla en el mayor empeño para que este colegio funde un Hospicio en la referida Ciudad de Puno, con el único objeto de auxiliar mejor las reducciones que tenemos en las fronteras de la Ciudad de la Paz, y facilitar también de este modo la de los infieles del Partido de Carabaya, á cuyo fin tiene tomadas sus medidas y dirigidos sus informes en unión con aquel Gobierno é Ilustre Cabildo á la Soberanía de las Córtes, por mano del Sr. Diputado de dicha provincia el Dr. D. Tadeo Gárate con esperanzas muy probables de lograr el piadoso fin de sus laudables designios.»

«No obstante, todas las diligencias parece serán devalde para el logro de tan interesantes objetos, miéntras no se varie el método de fundar las nuevas reducciones. Hasta aquí sólo han corrido por cuenta de unos pobres religiosos, que no tienen más conocimientos ni tratos de gente que los aprendidos en el claustro. Derepente se hallan engolfados en este gran mundo, y después de mil diligencias, sonrojos y fatigas para conseguir los auxilios, que siempre se franquean con escasez, á pesar de las piadosas intenciones del Soberano, ellos mismos los han de conducir á sus respectivos destinos. De lo que resulta que, entre lo que se desperdicia por los caminos, las más veces intransitables, lo que roban los conductores y otros incidentes de aguas y averías que se ofrecen á cada instante, es muy poco ó nada lo que utilizan los PP. Conversores y sus Neófitos; motivo por que los tales luego se aburren y no quieren parar en las reducciones.»

«El método más constante y eficaz para el logro de tan santos fines, parece sería que, supuesto que la constitución previene que las provincias cuiden de promover las reducciones de sus respectivas fronteras, se les mandára que cada año hagan á sus espensas ó de la real Hacienda, una espedición dirigida á romper las montañas por su naturaleza impenetrables, á rumbear los caminos y facilitar los malos pasos que presentan contínuos precipicios, con evidente peligro de perder la vida, hasta llegar á los primeros infieles. Verificada esta operación podrán entrar los Religiosos Conversores con seguridad á entablar la reducción de los dichos. Lograda que sea la primera población se deberán poner en ella algunos hombres para el resguardo de los PP. y evitar toda sorpresa de los bárbaros inmediatos. Así mismo se deberán poner algunos matrimonios de afuera rentados por el Rey, de los oficios de herrería, carpintería, sastrería para que

vayan atrayendo á los Neófitos, como también algun ganado vacuno para abasto de todos.»

«Haciendo la misma diligencia en los años consecutivos y en los meses oportunos dentro de poco tiempo se puede avanzar mucho en este asunto, mayormente si todos los gastos de las temporalidades relativas á este ramo corren por la inmediata dirección de los Gobiernos, y de los Ecónomos de mayordomos asignados á ellos, quienes deberán cuidar de subir las producciones de todos y los enseres necesarios, y ponerlos en sus destinos bajo de responsabilidad, sin más intervención de los Religiosos que los informes jurados que deberán dar de sus respectivas necesidades y urgencias: como también los recibos que deberán calificar la entrega de todo lo que se les remita por el Gobierno. De este modo ellos no tendrán que entender en mas temporalidades que las de sus sínodos, y evitarán los juicios temerarios que varias veces se han formado los Jefes de su mala versación, en órden á los caudales reales; y contraidos únicamente á las funciones propias de su ministerio con su desinterés serán más bien quistos de los Gobiernos y venerados de los infieles.»

«Así mismo se hace preciso que los Religiosos que vengan de España seán aparentes para el desempeño de tan sagradas funciones. Para ellas no basta que tengan suficiente literatura, si que también es indispensable que seán Religiosos de buen espíritu, y que tengan algunos principios de matemáticas para poder levantar con exactitud planos topográficos de los lugares en que existen. La falta de estos conocimientos es el motivo porque hasta ahora se ignora el punto fijo y los rumbos en que se hallan situadas la mayor parte de las reducciones.»

«Por último hacemos presente que así este colegio como los demás de esta América Meridional se hallan muy escasos de operarios, y si no se procura surtirlos con prontitud de un número competente de Religiosos, no se podrá avanzar nada en las reducciones de infieles. De este de Moquegua, en este año y el que sigue, tememos que se desiliarán seis ú ocho á lo ménos de los que actualmente se hallan en las reducciones del Cuzco y de La Paz. De los pocos que hay en casa los más tienen recumplido su tiempo, y algunos pasan de cincuenta años, llenos de achaques contraidos en el ejercicio de las Misiones. Cuatro ó seis sacerdotes jóvenes que hay, son absolutamente necesarios para los servicios de comunidad, asistencia á los enfermos de esta villa, y para el remo anual de las misiones que tenemos obligación de hacer en los pueblos de este Obispado de Arequipa, como podrá infor

marle el R. P. Comisario colectador Fr. Narciso Girbal.»

«Nos ha parecido conveniente apuntar todo lo dicho para su inteligencia y gobierno. Sin omitir el proponerle el medio ó arbitrio que se podría tomar para que no escaseásen los Religiosos en los colegios en lo sucesivo:—esto nos parece el más acertado, que cumplidos cierto número de años en el ministerio, y llegando á la edad de los cincuenta, se les concediese alguna dispensa de las asistencias de comunidad, sin perjuicio de la vida común; que se les dispensáse de la pensión de salir á misiones á alguna distancia fuera del colegio. Con esto algunos Religiosos de buen espíritu permanecerían en ellos, los jóvenes trabajarían con más empeño por la esperanza de descansar; no faltarían PP. de respeto que sostendrían la disciplina regular y diesen dictámenes acertados en los negocios ocurrentes. Mientras no se adopte este arbitrio siempre escasearán los Religiosos en los Colegios de América, porque los más, abrumados del contínuo remo y de la ninguna esperanza de tener alivio en su vejez, solo aspiran á cumplir su tiempo, miran con desamor las obligaciones del ministerio y el mayor decoro de sus colegios, y luego que pueden piden sus credenciales para regresar á España, ó incorporarse á alguna de estas provincias á fin de lograr el descanso que no hay en los Colegios.»

«Á consecuencia de todo lo dicho, para el pronto surtimiento de Religiosos, así para el servicio de las reducciones de infieles, como también para el cumplimiento de las obligaciones claustrales, nos parece sería muy acertado, durante las actuales urgencias del Estado, pensionar á cada uno de los barcos que vengan para América á que traigan de limosna cuatro ó cinco sacerdotes de los ya colectados para los Colegios, hasta los puertos más inmediatos á ellos; desde donde los mismos Colegios podrian habilitarlos de todo lo necesario sin gravamen del real erario, hasta ponerlos en sus respectivos destinos. De esta suerte los Religiosos destinados, supongamos á Moquegua, pueden ser traidos por los barcos que vengan á Lima, hasta el puerto de Arica, que esta comunidad se compromete gustosa á trasportarlos á sus espensas hasta ponerlos con la decencia correspondiente en este colegio. Lo mismo que es regular practiquen los demás para habilitarse de operarios.»

«Esperamos que V. P. Rma. tendrá la bondad de elevar este humilde informe, con todos los documentos que le acompañan, al Supremo Consejo de Regencia, agregándole aquellos conocimientos prácticos que le asisten para su mayor esclarecimiento,

á efecto de que inteligenciada S. R. Majestad plenamente de todo su contenido, pueda dictar por el conducto de esa comisaría general las órdenes que conceptúe ser más terminantes y eficáces, así para el mejor arreglo de las reducciones de los infieles, que se desea; como también acerca del establecimiento de la más sólida y perfecta consistencia de los Colegios de Propaganda Fide de ambas Américas.»

«Dios guarde á V. P. Rema. muchos años. Colegio de Moquegua y Mayo 17 de 1813. Fr. Manuel María Dominguez Guardián, Fr. Antonio Avellá, ex-Prefecto, Fr. José Neves, ex-Guardián, Fr. Jaime Masip, ex-Guardián, Fr. José Viñals, Discreto, Fr. Antonio Serra, Discreto, Fr. Manuel Tont, pro Discreto, Fr. Andrés Herrero, pro Discreto y Secretario.»

«Es copia de su original, de que certifico, el mismo que camina original á la Com. gen. de Indias junto con todos los documentos que se citan en testimonio de que doy fé.—Dámaso de Alcazar.»

Omitimos trascribir aquí los documentos que se indican, por su demaciada estención; aunque siendo tan interesantes quizá los pongamos en un apéndice.—Nos basta por ahora el informe trascrito para ver los esfuerzos, los sacrificios, los planes de aquellos varones, que, á pesar de tantas contradicciones, no se desalentaron en su apostólica empresa. La lástima es que las ocurrencias políticas desbarataron tan bellos proyectos, y poco faltó que se perdiera todo, cuando el Colegio naufragó después de la victoria de Ayacucho. La providencia preservó del naufragio á tres, que, como los hijos de Noé, se salvaron en Misiones. Uno de estos preservados es el verdadero P. de este Colegio de la Paz y el conservador de los Colegios de Bolivia y del Perú. Este varon predestinado, cual otro Zorobabel, para la restauración de la Ciudad santa, es el que firma el documento anterior como Secretario, es el inolvidable P. Fr. Andrés Herrero, á cuya veneranda memoria no podemos ménos que dedicar, cual gratos hijos, el capítulo siguiente.

Fr. Andres Herrero

CAPÍTULO III.

Biografía del R. P. Fr. Andrés Herrero.

Hombres hay sin cuya biografía no puede comprenderse la historia. ¿Cómo nos formaríamos idea de las empresas y conquistas del apostolado, sino conociéramos la valentía y el genio de San Pablo? ¿Cómo comprenderíamos esas caminatas pedestres por países salvajes desde Lima al Tucumán, desde la Rioja á Potosí y otras comarcas, sin conocer antes el inflamado espíritu del gran Solano? Pues así, aunque en menor escala, no podríamos hacernos cargo de los trabajos y esfuerzos del fundador y restaurador de estos Colegios sin describir antes su carácter y fisonomía. Vámos pués á bosquejarla.

Este digno hijo del seráfico Patriarca nació en Armedo, provincia de Logroño, Burgos, el año 1782, de padres eminentemente católicos (1), que infundieron en el alma bien dispuesta

(1) Sus padres fueron D. Andrés Herrero y Dª. Clara de las Heras; de ocho hermanos que tuvo Fr. Andrés, cinco se consagraron al estado religioso. Vistió el hábito franciscano entre los Observantes de la provincia de Burgos.—(N. del Editor.)

de su hijo los sentimientes de las virtudes que después debía él practicar y enseñar á tantas gentes. Ellos cultivaron con esmero este tierno arbusto, que debía elevarse como un encopado cedro, á cuya sombra cobijarse debían no solo las ovejas de J. C. sinó los mismos pastores de su santo rebaño. Él ignoraba los designios de Dios, cual los ignoraba Samuel al ser presentado en Silo por su madre: más, al ser conducido á Zaragoza para sus estudios, no ignoraba que el principio de la sabiduría era el santo temor de Dios: así es que al salir de la Universidad no omitía su fervorosa visita á la Vírgen del Pilar, en vez de ir á solazar su espíritu en las frívolas puerilidades de otros jóvenes, que lo admiraban y respetaban como los alumnos del colegio romano á Leonardo. Al pié de aquella arca santa fortificó el fervor de su vocación religiosa, que al fin puedo realizar con la bendición de sus padres. La religión seráfica lo recibió con gozo y esperanza, por que veía en él un decidido empeño á la perfección. Su amor á la mortificación y á la humildad acabaron de realzar aquel carácter pacífico y modesto, que conservó hasta su muerte. El era naturalmente suave y algo pausado en su voz, su mirada apacible, su andar grave y hasta su sonrisa revelaban la bondad de su alma buena con que el cielo le dotára. Las virtudes religiosas y el celo del apostolado brotaban de su pecho á su rostro, y fueron como el aliento de su vida.

Así que fué de los primeros que dió su nombre al insigne P. Fr. Tadeo Ocampo, Colectador de Moquegua para ir el año 1810 á buscar almas en las misiones de esta América. Grande fué su gozo, cuando luego de llegar fué destinado á misionar con otros padres de aquel Colegio por los pueblos de la Diócesis de Arequipa: allí fué su aprendizaje; pero conociendo los superiores la capacidad de su genio para las reducciones de infieles lo destinaron á las de Mosetenes, sitas en las margenes del Beni; más abajo de la confluencia de este rio de la Paz, llamado Bopi por los indígenas. Allí esplayó su celo y es imposible describir lo que sufrió y padeció por aquellos rios y montañas en busca de los Inicuanis, de los Muchanis, de los Madalenos y de otras tribus nómadas y salvajes, que erraban por aquellas quebradas. Pero él reputaba por nada sus fatigas y sus hambres cuando podía reunir una familia ó dos para irlos agrupando, acompañándose con ellos, viviendo como ellos, haciéndose todo para ellos, para conquistarlos á J. C.

Cada misionero es una copia del buen pastor; pero nuestro P. Herrero lo fué muy especialmente; por que sólo, descalzo, casi sin hábito, sin más alimentos que los del bosque, rendido del

ayuno y del cansancio, su corazón revivía al encontrar aquellos infieles, cuya desnudez cubría, cuyos hijos acariciaba, cuya barbarie amanzaba y en cuyas almas infundía suavemente las semillas de la fé y de la civilización. Algunos se resistían tenaces á sus santas insinuaciones, especialmente los que podían llamarse apóstatas por haber sido ya antes conquistados; pués á principios de este siglo los PP. de Tarata, bajando de los Yuracarés por el Beni, habían penetrado ya por aquellas fragosidades y les habían sucedido en sus tareas los PP. Observantes de la Paz, que después se retiraron; y los pocos reducidos viéndose sin padre, se remontaron y volvieron como acostumbran á su dispersión montaraz, á la cual tienen una propensión indeleble. Pués estos simarrones son las obejas descarriadas, cuya lenta reducción no agotó la paciencia del P. Herrero, que al fin pudo tener el consuelo de formar la misión de Santa Ana, principio y núcleo de las demás. Por quince años contínuos, como lo escribió el mismo el año 1834 en su carta latina á los provinciales, continuó incesante su penosa conquista, no solo en la hoyada hórrida del Beni, del Bopí, del Inigua, del Huanay, sinó en los páramos de los indomables Yuracarés, de los feroces Chimanis, y demás tribus vagantes: y esas inmensas escursiones tenía que hacerlas sin compañero, con dos ó tres neófitos, que á veces lo abandanaban en medio de pajonales, de *curiches* ó de selvas impenetrables, acribillado de las picaduras de los tábanos y otros insectos, espuesto á ser devorado por los chacales.

Su Colegio iba en decadencia, y no se le podian mandar los colaboradores que él reclamaba para abrazar tan vasto campo: pero conociendo el V. Discretorio de Moquegua el ardoroso celo de este operario evangélico, lo nombró Prefecto de sus misiones el 4 de Setiembre de 1820. Y ese honroso título que poco el servió entonces por la escasez de sujetos, fué después el lazo de trasmisión á los Comisarios Prefectos del Colegio pacense. En aquella fecha él no podía estar en todas partes, ni cubrir los puestos que quedaban acéfalos por el desaliento y salida de sus compañeros, asustados con los azares de la guerra y las tropelías de los partidos, cuyos excesos trasmitían allá dentro los ecos de los Andes. Así es que, aún cuando el quisiera conservar y aumentar las misiones y evangelizar al mundo universo, la falta de cooperadores lo precisa á renunciar las empezadas en el Departamento del Cuzco, y reducirse á las de Mosetenes, donde tuvo por único compañero al P. Fr. Manuel Pozo, habiéndose re-

tirado ántes su antecesor el P. Fr. Gerónimo Berdión: y el P. Pozo no era para conquistas.

Cualquiera que no hubiera tenido el alma tan grande como el P. Andrés ni el amor tan amartelado á los infieles neófitos, hubiera tomado la ruta de Europa, con los PP. de Moquegua, los de Tarija y Tarata, únicos Colegios entonces en el Alto Perú: pero él se mantuvo firme entre sus queridos indios, como Elías entre los Israelitas, sufriendo las más angustiosas penurias, sin atreverse á salir á la Paz, y solo aventurándose como furtivamente á llegar á algun pueblo de Yúngas, para proveerse de lo absolutamente necesario. En esta apremiante situación sus clamores llegaban al Cielo, temiendo que la hambre y las enfermedades destruyesen sus amadas reducciones, esperando con todo que Dios al fin abriría un camino para conservarlas.

Así pasó algunos años entre angustias y esperanzas, sin dejar de trabajar, catequizando mejor á sus queridos hijos, enseñándoles las artes y traduciéndoles en su idioma la doctrina cristiana, cuyo catecismo ha servido después de pauta á sus sucesores. La jornada de Ayacucho resolvió el problema de la independencia; pero Bolívar y Sucre fundadores de Bolivia desaparecieron de la escena, y después de constituido el gobierno regular del General Santa Cruz, se animó el P. Herrero á salir á la Capital del Departamento, y tuvo la gran fortuna de ser recibido con benevolencia y con ánimo decidido en favor de las misiones: se le abonaron sus sínodos devengados, y se le prometió habilitarlo para ir á traer Misioneros de Europa. Le pareció entónces ver rayar la aurora de un feliz porvenir; compró algunas telas, utensilios é instrumentos, y se volvió á vestir, á socorrer y á consolar á sus queridos neófitos, que lloraban de gozo al volverlo á ver cargado de tantas cosas para ellos; pués mucho temieron que ya no volvería, habiéndose estendido entre ellos la triste voz de *Matahuas matar Padres*. Más, sí grande fué el júbilo de los neófitos al recobrar á su amantísimo Padre, inmensa fué su tristeza al observar que el hacía sus aprestos para otra marcha. El pensaba prepararles los ánimos gradualmente, cuando al salir de misa lo esperaron todos en la puerta de la Iglesia, hasta las mujeres con sus criaturas, llorando y gritando en tono desgarrador —¡Padre, porque te quieres ir! ¿porque nos quieres dejar? ¿Que te hemos hecho? El Padre viendo tan justa consternación prorumpió en llanto: no sabía como acallarlos, pués ya no podía ocultarles su plan, ni ménos quería engañarlos. Calmado un tanto el clamoreo les fué esplicando con su innata pacifiquez la

necesidad de más padres que ellos y sus hijos tenían, los recursos que para traerlos le franqueaba el Gobierno, la prontitud con que volvería etc. etc. Los pobres pero, no se convenciáu, y solo se resignaban á más no poder. El dia de la marcha fué otro dia de consternación, á pesar de quedar el P. Manuel Pozo al cargo de ellos. Algunos lo acompañaron hasta la Paz, donde algo se tranquilizaron viendo la buena acogida del Gobierno y de los vecinos, y las seguridades que estos les daban del pronto regreso del Padre. En su tierna despedida lo conjuraron de nuevo con lágrimas que volviese pronto con PP. como él.

La gratitud nos obliga á consignar aquí, como entre paréntesis, los nombres de las personas que más favorecieron al empresario evangélico. Estos fueron el Sr. Lara Ministro de Hacienda, el Sr. D. Francisco Pinedo Prefecto de la Paz, el Sr. D. José Manuel Indaburo Gobernador Ecco. y después Obispo de la Diócesis, D. Francisco Sorzano su antiguo benefactor desde Moquegua y otros.

Antes de pasar adelante no debemos omitir un hecho que recomienda altamente á nuestro Padre. Hallábase en la Paz cuando el congreso del año 32 un Diputado tuvo la insenzates de proponer la abolición del celibato eclesiástico. El celo del santo Religioso se enardeció y publicó impreso bajo su firma la refutación de tan impía demanda, sosteniendo con vigor la ley de la Iglesia y la bella nitidez de la continencia religiosa. Su energía despertó la piedad de los sacerdotes y de los fieles: y el proyecto se retiró. Sigamos ahora su viaje.

Este se lo hizo próspero aquel Sr. que impera á los vientos y mares, y por cuya gloria lo había emprendido á principios del año 34. Sus ansias lo conducían á España: más el cólera morbo infestaba entónces la peninsula, y librándole Dios de naufragar entre Barcelona y Mallorca, aportó en Génova, de donde pasó luego á Roma, y expidió una carta á los provinciales, fechada en Araceli el 2 de Abril, parecida á las de San Bernardo, por lo correcto de su latín y lo elevado de sus sentimientos. Mientras la carta circulaba por los conventos, el no estaba ocioso en la metrópoli católica: sus recursos eran medidos; pero él se proporcionó libros muy útiles, instrumentos varios, una imprenta, algunos ornamentos sagrados, y (lo que el más estimaba) tres cuerpos santos, uno de ellos Santa Felicidad. El gran Gregorio XVI lo recibió paternalmente, lo alentó con su apostólica bendición.

Interín se reunieron en Genova doce Religiosos; y el 25 de Setiembre del mismo año 34 se dió á la vela para el Pacífico, más

contento de los expedicionarios de Palos al surcar hacía las Antillas. Su traves a fué próspera. Al llegar á Valparaiso tuvo que dejar dos de sus colectados á instancias de D. Joaquín Prieto, Presidente de Chile, para educar á los jóvenes del Colegio de Chillán: y esto sirvió de estímulo para mandar después un colectador de cuenta de aquella República. Este bién produjo el ejemplo del P. Herrero, que con los diez religiosos restantes siguió su rumbo á Arica, y luego á La Paz, donde llegaron el seis de Abril de 1835. Su entrada en esta ciudad fué una verdadera ovacion; pués los trasportes y júbilo de los paceños al ver llegar á los PP. con la urna de Santa Felicidad, son indiscriptibles. Testigos presenciales nos aseguran que ni las entradas de Jefes reales, ni la del mismo Bolívar, fueron tan entusiastas y populares. Al saber que los PP. se aproximaban salieron muchos caballeros á encontrarlos más allá del alto; algunos se inclinaban á besarles los piés, y todos á porfía querian llevar en sus hombros la urna de la Santa. Una multitud de Señoras, cholas é indias los esperaban en el Panteón y su camino, con ramos de flores y mistura, envidiosas de cargar ellas también el cuerpo de la Virgen Martir. No fué posible complacerlas, porque no hubieran podido resistir las boleadas populares que iban engrozando al entrar en la calle ancha, donde los esperaban el Cabildo Ecco., los PP. Franciscanos, los Mercedarios y Juandedianos, que rodearon á los recien llegados, con quienes entonaron la letanía: pero fué imposible ordenar la procesión; y entre las avenidas de la multitud, entre aplausos y llantos de gozo, y vivas á los PP. y á la Santa, llegaron á la Catedral, donde se cantó el *Te Deum*. Las aclamaciones á esas santas reliquias y al P. Herrero, su conductor, exceden toda ponderación; y casi diriamos que podria compararse esta ovación á la entrada del Arca de la Alianza en Salem (ciudad de paz.) Pero, el humilde P. repetía con David: *Non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Los compañaros repetían asombrados y aturdidos de tanto obsequio.

La Santa quedó algunos dias en la Catedral, y los PP. fueron alojados en la casa de Ejercicios de la Tercera Orden: y este fué el primer orígen del colegio de la Paz, como la Porciuncula lo fué de la orden seráfica: orígen débil, porque la casa era prestada y los PP. pocos, y luego fueron ménos; por que era preciso satisfacer las necesidades de Misiones y de los Colegios, que habían contribuido á su trasporte. Así fué que en este hospicio quedaron solos tres, dos fueron mandados á los neófitos, y los otros cinco á Tarata y Tarija, que los esperaban como un agonizante

á su médico. Pero esta misma escasez exitó la sed y manifestó la imprescindible necesidad de repetir otra colectación más numerosa, so pena de dejar morir de inanición las Misiones y los Colegios. Las personas sensatas y el mismo Gobierno comprendieron esa urgencia, y todos repitieron con el P. Herrero —*messis quidem multa, operarii autem pauci etc.* El se ofreció gustoso para regresar á Europa; y el Gobierno lo recomendó y lo habilitó con mayores recursos. Sigamos pués al incansable restaurador en su nueva empresa.

El era de un temple que sin descanzar no se canzaba de insistir pacientemente para llegar á su objeto completo, y no á medias: y esta vez hizo Dios que rebalzára la medida de su benéfico zelo. Un Sr. Cisternas de Chile le había suplicado le trajera misioneros para fundar un Colegio en su hacienda de las Palmas; y el Sr. Arzobispo de Lima, D. Jorge Benavente le pedía otros para el moribundo Colegio de Ocopa. El Sr. Arzobispo de Sucre, Mendizábal pedía también para su Recoleta, y los dos colegios de Bolivia clamaban por más hermanos. El se propuso satisfacerlos á todos; y á pesar de no tener fondos para tan numerosos pedidos, creyó y esperó casi contra esperanza, como Abrahan, que Dios proveería, y Dios preveyó de un modo que él no podía presumir. En su primer viaje no pudo aportar á España, infestada por el cólera; ahora le encuentra abrazada por la revolución, los conventos destruidos, y los frailes escapados de las llamas y del puñal, dispersos por Europa, como las demolidas piedras del Santuario.

Pués esta dispersión religiosa, causada por la impiedad, parece que Dios, que sabe sacar bienes de los males, la permitió para que el P. Herrero llenase bién su cometido: lo cierto es que sin esa permisión providencial, él no hubiera podido recojer tan copiosa red de colaboradores, y los Colegios y sus Misiones se hubieran acabado por consunción. Al llegar á Cádiz escribe é imprime su tercera carta el 2 de Agosto de 1836, y marcha para Italia. Llega á Genova, y embarca luego para Lima á cuatro sacerdotes franciscanos, mientras él se dirije á Roma para hacerse autorizar del Supremo Pastor y Prelados de la órden. Estos se asombraron de la prontitud de su regreso, lo colmaron de bendiciones y de amplios poderes. La Sag. Congregación de Propaganda le obsequió un caliz, que conservamos cual preciosa prenda, y el Sumo Pontífice Gregorio XVI. lo nombró Comisario general de Indias, para que levantára del mejor modo posible los

decadentes y algunos extinguidos Colegios de América:—y hubiera él llenado tan soberano mandato, porque su pecho era como el de Moisés; pero Dios disponía premiar ántes á su fiel siervo. Por entónces algo le cruzó su colectación la del P. Zenón Badía mandado por Chile con igual objeto; pero él, como diestro pescador llenó suficientemente sus redes: así es que ántes de terminar el año 36 ya tenía reunidos en Genova como setenta Religiosos entre Sacerdotes, Coristas y Legos, españoles é italianos; y á principios de Febrero del 37 salió con el primer buque, llevando como 30 para Giblatar, donde se le incorporaron cuatro más, con el benemérito P. Matías Breton, y luego tres Sacerdotes andaluces más con dos coristas y un lego. Quedaron en Genova otros tantos, que salieron á principios de Abril con otro buque, presididos por el P. Juán A. Roca, que fué después Guardián de Chuquisaca. Por todos eran como ochenta individuos, sí bién dejó diez en Chile para el colegio de las Palmas, y veinte del segundo buque destinados al Colegio de Ocopa. Y á pesar de esta desmembración y de la apostasia de cinco andaluces en el Brasil, quedáronle más de cincuenta para Bolivia, que el mismo distribuyó luego entre Tarata, Tarija, Chuquisaca, La Paz y Misiones. Este gran refuerzo de operarios fué providencial, repetimos, pués sin él hubieran perecido estos establecimientos religiosos, y su sostén es debido sin duda al valeroso celo del P. Herrero: y á él se debe no solo la revivicencia de nuestras antiguas casas, sinó también su multiplicación; pués á más de las fundaciones de Chuquisaca y de la Paz, se fundáron el Colegio de Potosí, los Hospicios de Cochabamba y de Santa Cruz; y del de Ocopa han nacido los de Lima, de Arequipa, del Cuzco, de Ica, de Cajamarca etc.

Ciertamente que él no verificó estas últimas erecciones; pero puso el simiento que sus hijos y hermanos han levantado; y puede decirse con toda verdad lo del restaurador Nehemias.—*Erexit nobis muros eversos, et stare fecit portas et seras, et erexit domos nostras.* (Ec. 49. 15.) Y sí Dios hubiese prolongado sus dias tan llenos, el hubiera repetido sus empresas, hubiera dado impulso á otras mayores, y hubiera visto lo que nosotros vemos. Más, aquel Señor que tiene contados nuestros pasos, lo llamó para introducirlo en el descanzo y gozo eterno de sus escogidos; él presintió su llamada, se reconcilió en Sauces, continuó enfermo su marcha y al llegar á la cuesta de Mendoza el 17 de Agosto de 1838, entregó su alma al criador, á una jornada de Tarija, donde descanzan sus restos.

Nuestros lectores nos dispensarán si en vez de una breve biografía les parece que hemos hecho el panegírico de nuestro amado Padre: es un tributo de gratitud pagado á su mérito, y también de exactitud para entrar mejor en el relato de la fundación de este apostólico Colegio.

CAPÍTULO IV.

Primer Guardián del Colegio.—General Loaiza, su donación,—instalación de la Comunidad.

Ya dijimos que nuestro amado colectador dejó varios Religiosos en la casa de Ejercicios de esta Ciudad, como alojados provisoriamente, esperando que la Providencia divina, dadora de alimento y abrigo á las aves del aire, nos proporcionase un Rivo-torto, ó un Alverne. Ínterin Dios nos lo preparaba, quizo el P. Herrero, antes de salir á visitar los Colegios y Reducciones del interior, presidir la elección del primer superior, para dejar así constituida la comunidad, que hasta entónces había gobernado él solo como único prelado. Al efecto convocó á todos los Religiosos allí existentes, Sacerdotes, Coristas y legos, en la capilla de la Tercera Orden: y después de la invocación al Espíritu Santo, se procedió á la votación por escrito, y en el primer escrutinio salió electo con notable mayoría el R. P. Fr. José Comas,—el 20 de Enero de 1838, que acto contínuo fué confirmado por el dicho P. Comisario General, que entonó el Te Deum, dijo las oraciones sólitas, y los Religiosos prestamos obediencia al electo P. Presidente Guardián, como él lo declaró.

En los dias inmediatos fué destinado para las misiones el P. Fr. Ángel Baldorino á Madalenos, el P. Serafín Braucí á Cavinas,—el P. Antonio Gili á Tumupasa, el P. Ignacio Blanquí á Isiamas (donde ántes había mandado de los primeros colectados, al P. Antonio Giacherí) el P. Serafín Opicini al Huanay (donde aún vivía el P. Suñes,) y al lego Fr. Julián Botini á Santa Ana, para asistir y relevar al muy enfermo P. Manuel Pozo.

Á principios de cuaresma, cuando el P. Comisario estaba para marchar á su visita supimos habían llegado á Tacna, salidos del colegio de las Palmas, los PP. Fr. José Puidengolas, Fr. Sebastián R. Sors, Fr. Santiago Padró, y los dos coristas Fr. Antonio Masoller y Fr. Pedro Moreno. Ordenó el R. P. Comisario que el P. Fr. José Comas fuese á traerlos acá, y quedase de Presidente interino el P. Fr. Rafael Sans. (1) Después de cuaresma los Señores D. Victoriano Gurruchaga y D. Julián Riva se insinuaron con el General José Ramón Loaiza residente en su hacienda de Macamaca, para que nos cediera la casa que hacía construir para huérfanos, más arriba de S. Sebastián. Este piadoso Señor accedió á sus insinuaciones, y después de algunas entrevistas con el P. Sans, y de una carta poder escrita desde Chuquisaca por el P. Herrero, en que aceptaba y agradecía la donación, nombraba al dicho P. Sans como su representante para la escritura. Esta se extendió y otorgó el 12 de Julio de 1838, en la misma hacienda de Macamaca, al lado de Caracato, donde residía el donador, y en donde murió después de nuestra traslación á la casa, asistido por el R. P. Comas. (2)

(1.) El P. Fr. José Comas nació en Camprodon, en Cataluña, el año 1810; tomó el hábito de la órden del Patriarca San Francisco y fué escrupuloso observante de su regla; siendo ya Sacerdote en 1834 fué el primero que se ofreció para asistir á los apestados del cólera en Barcelona. Vino á La Paz el año 1837, fué dos veces guardián de este Colegio, Prefecto de Misiones y durante treinta años cura conversor de Isiamas. Afable y cariñoso con todos, servidor en las desgracias, el P. Comas ha dejado gratos recuerdos entre los habitantes de esta ciudad, en la que murió santamente el 23 de noviembre de 1885. (N. del E.)

(2.) *D. José Ramón de Loaiza,* nació en esta ciudad (año 1747 ó 1748,) fueron sus padres: el General Miguel de Loaiza, antiguo Corregidor de ella, y la señora María Gertrudis Pacheco y Salgado.

Poseía un genio altamente apacible y conciliador; dotado de grande fortuna, realizó muchos de sus caritativos deseos, pués que

Para que su piadosa donación tuviese mayor firmeza quiso que el Presidente de la República la aprobase, ya que se hallaba entónces investido de facultades extraordinarias. Y en efecto, el General Santa Cruz la aprobó en 17 de Julio, ántes de salir

---

solía estar siempre dispuesto á hacer el bién. Mantenía muy buenas relaciones con los hombres públicos de su época, y gozaba de prestigio entre sus conciudadanos.

Á principios de este siglo, el Cabildo secular estableció el *hospital de mujeres*, en el local que ocuparon las religiosas dsl extinguido convento de Nazarenas; D. José Ramón de Loaiza coadyuvó con su dinero para el planteamiento de este asilo de caridad. De ahí es que, más tarde, la Municipalidad ha dado á este establecimiento el nombre de *Loaiza*.

En el hospital de Cochabamba fundó la sala de mujeres, pués hasta principios de nuestro siglo, existía la de hombres; en Chuquisaca parece que también procuró el ensanche del hospital.

Las inquisiciones históricas aún no han señalado los pormenores de la *Logia secreta* que se organizó en esta ciudad á fines del siglo pasado, con el deliberado fin de realizar la *separación de este continente* del poder de España; la falta de esos datos importantes, impide manifestar si Loaiza pertenecía á aquella patriótica asociación, de la que eran miembros D. Clemente Medina, los Lanza, Sagárnaga, Castro, Orrantia, y otros. Sin embargo, no se puede negar que privadamente tomó parte activa para la revolución del *16 de Julio de 1809*, en que se dió el primer grito de independencia en esta ciudad.

Como Alcalde provincial de la Junta Gobernadora (así se llamó al Cabildo,) Loaiza con sagacidad y constancia impidió que la *Tuitiva* realizase otros atrevidos proyectos, calmó los ánimos de los exaltados que por todas partes divulgaban el *degüello de los chapetones*. El 4 de Octubre de 1809 tuvo que abandonar la ciudad por habérsele hecho saber que intentaban asesinarlo.

En 1810 ejercía el cargo de Alcalde de 1.° voto y contribuyó eficazmente á la construcción de la cárcel pública, que fué vendida en subhasta pública en la administración del Sr. Tomás Frias —Su inclinación á *la causa de la patria*, le ocasionó dos expatriaciones, una á la Argentina y otra á Chile, donde contrajo íntimas relaciones con algunos personajes de aquella época, especialmente con el Iltmo. Sr. Vicuña, obispo, y después Arzobispo de Santiago. La proscripción arraigó en él los sentimientos de caridad, así es que en medio de sus aflicciones políticas núnca omitió practicar actos de privada filantropia.

de la Paz, á su desgraciada campaña de Yungay. Corridas estas diligencias fuimos preparando el edificio, bien mesquino por cierto, dándonos el mismo los recursos, poniéndole un pequeño claustro, que no lo tenía, ventanas en las celdas, altar en la capilla, arreglo de oficinas etc. etc: y así perentoriamente arreglado, el dia 12 de Octubre de mil ochocientos treinta y nueve la pequeña grey misionera pudo trasladarse y se trasladó de la casa

---

En Chile hizo su testamento dejando todos sus bienes á la patria. De regreso á Bolivia, fué ascendido al grado de coronel; cuando la invasión de Gamarra el 8 de Mayo de 1828 desempeñaba la Prefectura del Departamento de La Paz y tuvo la debilidad de adherirse á la política peruana.

Después de la retirada del ejército de Gamarra se sublevó en La Paz, y dándole la denominación de Alto Perú, trató de establecer un órden de cosas que parecía pretender revivir el régimen colonial. El Vice-presidente de la República General José Miguel Velasco, que estaba encargado del Ejecutivo, para conjurar la sublevación, se encaminó á La Paz, transigió con Loaiza y lo ascendió á General de Brigada.

El 14 de Diciembre de 1828 la Asamblea reunida en Chuquisaca eligió Vice-presidente de la República al General Loaiza; la victimación del Presidente general Blanco, reanudó el régimen gubernativo anterior á aquella elección. El general Loaiza se encastilló desde esa época en su finca Macamaca, que después legó al hospital de mugeres de esta ciudad; obsequió á los padres Recoletos la casa que estaba edificando para asilo de huérfanos; murió á fines de 1839, su corazon se depositó en aquel hospital y su cuerpo está enterrado en la hacienda Chivisivi, del canton Saapaqui.

El 19 de Marzo de 1915, tuvo lugar en esta ciudad un acto solemne de gratitud en favor de la memoria General Loaiza; el gobierno ordenó que el busto de Loaiza fuese colocado en el salon principal del hospital de mujeres (órden de 19 de Marzo). Á este efecto, á h. 1 p. m. reunidos en la casa de Beneficencia departamental: el Intendente de policía, Jueces de Letras y de paz, y un numeroso concurso, escoltados por el piquete de gendarmería montada, fué conducido el retrato del General al hospital de mujeres. Las calles por donde pasó la comitiva estuvieron preparadas de antemano con banderas y adornos que se emplean en los dias de grande festividad.

La Paz conserva grata memoria y bendice al filantropo D. José Ramón Loaiza, que fundó y sostuvo el hospital de mujeres durante su vida. (N. del E.)

de Ejercicios á esta casa casi desmantelada, irregular é incómoda, que después con la ayuda de Dios y de los fieles, se ha engrandecido y mejorado, cual hoy tenemos la dicha de verla.

Nuestra traslación é instalación en ella merece consignarse, pués fué una manifestación espléndida del piadoso afecto que nos profesára esta católica Ciudad. Ya dijimos que nuestro venerando P. Herrero trajo de Roma el cuerpo de la martir Santa Felicidad; y no teniendo entónces más casa que la prestada de Ejercicios, cuya capilla estaba dentro de clausura, se depositó dicha Santa en la Iglesia de N. P. S. Francisco: más ya que ahora íbamos á tener propiamente Colegio, quisimos llevarnos aquel precioso tesoro, que se había traido de Roma con este preciso objeto, como el Ángel tutelar de sus muros; pués quiso y obtuvo y trajo para cada colegio de Bolivia un cuerpo santo, como el de Moquegua tuvo el de la gloriosa Santa Fortunata. Pero, á los PP. Franciscanos les dolía el desprenderse de aquella reliquia, é intentaron oponerse. Más nosotros á las ocho de la mañana, á vista de ellos mismos, tomamos la preciosa urna, y pasando por la sacristía nos la subimos á la capilla de la espresada casa de Ejercicios, pidiendo al mismo tiempo al Sr. Obispo D. Manuel Fernandez de Córdova, que se dignase autorizar nuestro recobro y acompañarnos en su traslación. Este Ilmo. Prelado, visto el informe del Sr. Dean Indaburu (á quien constaba la intención del finado R. P. Herrero) y que existían en nuestro poder la llave de la urna y la auténtica de las reliquias, ordenó su entrega y traslación solemne, con acompañamiento de les comunidades religiosas: además, de nuestra parte fueron invitadas las autoridades civiles y militares, que se presentaron con placer. Así es, que el dia siguiente, doce de Octubre de 1839, acompañada del clero secular y regular, escoltada por un batallon con su banda militar, que trajo el Sr. General Raña, y un gentío numeroso, salió la Santa de la casa de Ejercicios en procesión, que entró en la Iglesia de N. P. S. Francisco, donde la esperaba su comunidad. La urna descansó sobre una mesa, y el Sr. Obispo agradeció á los PP. de San Francisco el cuidado con que habían conservado aquel depósito, que ahora se llevaban sus dueños, y cuya entrega les suplicó hiciesen más solemne acompañándola á su casa. Uno de los padres quizo alegar algo; pero S. Ilma. ordenó marchar, y los cuatro sacerdotes nuestros Fr. Antonio Giacheri, Fr. José María Ciuret, Fr. Buenaventura Carlés y Fr. José Vicente Damasio volvieron luego á cargar la urna, la música rompió la marcha y salió la procesión á la plazuela.

Imposible es describir el alborozo de aquel inmenso gentío al ver salir la Santa, cuya urna quisieron tener el honor de llevarla en sus hombros los Generales D. Dámaso Bilbao, Villagra, Raña y otros caballeros distinguidos, quedando sosteniendo sus esquinas los PP. indicados, revestidos con dalmáticas. Las calles del tránsito aparecieron como de improviso engalanadas con arcos y colgaduras: el entusiasmo del vecindario de Churubamba, que ya debía ser de la Recoleta, rayaba casi en delirio, cuando la Santa se asomó á la puerta de la pequeña Iglesia: y preciso fué que la tropa contuviese la fervorosa multitud, mientras el Sr. Obispo bendecía dicha Iglesia á puerta cerrada. Concluida la bendición entró la urna entre un torrente de empellones y de aclamaciones; y cantando la comunidad la *aña*-*Veni Sponsa Christi*, fué colocada en su altar provisional; pués entónces aún no pudo formarse otra cosa, y la tal Iglesia era la terceta parta de lo que es ahora.

Al pié de la urna se prendieron infinidad de ceras, y avanzando la tarde fué preciso despedir la gente, que quería velarla toda la noche con luces y cantos, festejando á su modo á esta bendita Santa, como defensora y pobladora de este barrio, que entónces era el ménos poblado de la ciudad. Al dia siguiente se celebró misa solemne con sermón, asistiendo el Sr. Obispo con algunos Canónigos y otros Sacerdotes, varios religiosos, muchas personas de distinción y excesivo concurso. El mismo Sr. Córdova, como apoderado especial del Sr. General Loaiza, nos dió solemne posesión de la casa; y declaró que se tuviese sin clausura por tres dias, para satisfacer la devota curiosidad de los paceños y paceñas; cuya disposición nos fué muy útil, pués al ver la desnudez de la capilla, de las celdas, y demás piezas del reducido edificio, se esmeraron en traernos cuadros, mesas, bancos, catres, silletas, ollas, platos y demás útiles; y aún algunas señoras vecinas nos trajeron la comida, arreglaron la cocina y cocinaron ellas mismas nuestro alimento; probando así estas oficiosas Martas, que la caridad es solícita y generosa, y que la Providencia es la madre de la pobreza, cuya hija lejítima es la orden seráfica.

CAPÍTULO V.

Situación del Colegio.—Sus mejoras succesivas.

Instalada ya seráficamente la grey misionera, no pudo desentenderse del arreglo de aquel fundo irregular, que la muerte impidió concluyera el piadoso Fundador: él creía que el edificio constaba de dos casas capaces con su gran Iglesia por medio; pero, en realidad, solo había una casa inconclusa con diez y seis habitaciones sin ventanas, una cocina con su despensa y el pequeño refectorio: la capilla tenía unas treinta varas; al lado oriental de ésta, en un campito de cenizal y malezas, había las paredes viejas de unos ranchitos sin techo, que los encargados de la construcción le hicieron consentir al buen General Loaiza, que era otra casa. Por fortuna pudimos disuadirlo de este equívoco, y convencerlo de la necesidad de reformar la escritura y las celdas. Así lo ordenó, y de su órden se construyó el claustrito, se derribó el lienzo de pared que vá desde la portería hasta el rincón del frente, pués estaba fuera de plomo, y se reconstruyó poniendo las puertas á un lado y su ventana con vidriera en cada celda, para poder ver y estudiar á puerta cerrada con recojimiento.

La capilla la adornamos con los catorce cuadros de via-crucis, obsequiados por el piadoso fundador, lo mismo que la hermo-

sa efigie de San José, que nombró Patrono y Titular de nuestro Colegio; la cual, por depronto, se colocó en un altar interino con su mesa sencilla, debajo del arco de la derecha, donde estuvo hasta que la Iglesia se agrandó. Lo que llamábamos el altar mayor consistía en una mesa con sus gradas formadas de adobes, enlucidas y pintadas, sobre cuyo aparato se colocó un altarcito dorado con sus nichos de ménos de una vara cada uno; en el del centro se colocaba la pequeña custodia de plaqué, regalada por el mismo: en el de arriba estaba la Purísima, y en los cuatro restantes las pequeñas imágenes de N. P. S. Francisco, Sto. Domingo, S. Francisco de Paula y Sta. Clara: este altarcito dorado nos lo obsequió el Sr. Presbítero D. José Montes sacándolo de su oratorio, que mucho le agradecimos.

En el rincon del altar mayor, muy ajustadamente se colocó la urna de Sta. Felicidad sobre su mesa y grada de adobes pintados, para poderle decir misa por separado. Al lado izquierdo de este altarcito, había una pieza, que no podía llamarse crucero, que fué destinada para sacristía, en cuyo principio se pusieron unas tablas para revestirse los Sacerdotes: después adquirimos dos cómodas grandes para los ornamentos, y poco á poco los demás muebles. Debajo de las cuatro ventanas de la Iglesia se formaron los confesonarios, no de madera, sinó de adobes, con tabique de ladrillo y su rejilla de lata, de un solo lado. El coro estaba enteramente pelado: le pusimos unos asientos de tablas, que después convertimos en sillas, pintando sobre cada una de ellas un santo de la Orden: luego añadimos dos asientos para los cantores y un facistol giratorio. Lo que más falta nos hacía era un órgano, y tuvimos la buena suerte de que el Sr. Prefecto Asin, de acuerdo con el Sr. Indaburu, nos concediese uno pequeño, algo descompuesto, pero de lindas voces, que fué de los Jusuitas, y que estaba arrinconado en el coro bajo de las Educandas. El piso del coro era de palos poco sólidos, y los reforzamos con un cancel que le servía de sostén y de resguardo á la Iglesia, construida incautamente en la línea de la calle, sin un palmo de cementerio ni cosa parecida. Tal era la desmantelada Iglesia ó Capilla, que encontramos, en forma de martillo y con tumbado angular, que los encargados hicieron creer al Sr. Loaiza, era uno de los mejores templos de La Paz. Así es que desde el primer dia nos propusimos agrandarla, é insistimos en esa idea hasta lograrlo. No se pudo realizarlo tan pronto por falta de recursos; pués las limosnas que entraban debían invertirse en algun caliz, ornamentos, refacciones indispensables del edificio, enseres impres-

cindibles para el culto, el sostén de la Comunidad y la grave urgencia de aumentar su personal, desde que por surtir á los otros Colegios habiamos quedado pocos, y debiamos atender á las confesiones de casa, á las de fuera, á los ejercitantes y enfermos, á las cuaresmas que nos pedian y á las misiones de fieles é infieles, que antes fueron de Moquegua. Agréguense á estas ateuciones el encargo del Santuario de Copacabana, que el Gobierno civil y eclesiástico quisieron imponernos después de Ingavi. Fué, pués, preciso por entónces, irnos sirviendo de la Iglesia tal cual estaba, reuniendo recursos para la colectación á Europa, cuyo desempeño se confió por el V. Discretorio al P. Rafael Sans, en Noviembre de 1842.

Interin se fué despejando para huerta el cenizal y sitio destinado para la otra casa, de cuyo cultivo fué el primer encargado Fr. Julián Botini, y le succedió como más experto Fr. Isidro Gelis: pero entónces esa huerta era un reducido cuadro irregular, que nos impedian ensanchar las casas circunvecinas, especialmente las del lado de la calle, cuyos dueños se quejaban contínuamente de las filtraciones del riego. Tal era entónces reducida y molesta nuestra huertita, que después, en la guardianía del P. Vallés, se ensanchó con la adquisición de la casa contígua. También se trabajó, antes de ese ensanche, una pequeña librería, tres celdas más de bajos; pués al principio todo era chico y sin altos: de tal manera que, aumentándose la comunidad, imposible era acomodarse á tal estrechura. Y sin embargo, así se hallaba el local cuando llegaron los 21 colectados por el P. Sans: entónces se alojaron de dos ó de tres en cada celda: pero luego se hicieron algunas celdas más al lado de la huerta, tres de ellas en altos con el refectorio, la cocina y corredor. Luego después se emprendió en el ensanche de la Iglesia, que debió prolongarse más de veinte varas; pero, al estarse terminando, se derrumbó la pared del lado de la huerta, envolviendo en su derrumbe al P. Sans y á veinte trabajadores, sin más desgracia que algunas contusiones, quedando el techo como suspendido.

Pero esa ruina fué para mejor; pués, siendo ya Guardián el P. Francisco Nogués, siguió un plan más lato con crucero y coro bajo, sacristía y cuarto de ceras, aún cuando para realizarlo se tuvo que sacrificar la mitad del claustrito, y parte de la huerta. Después de la media naranja, el altar mayor, entre el coro y el presbiterio, los altares laterales de San José y de Santa Felicidad, de San Antonio y de Dolores, se hizo el altar hondo del Calvario, y últimamente (en la guardianía del P. Vicente Roquí) se

hizo el del frente para nuestra Señora de la Luz: también se reformó el tumbadillo de la Iglesia primitiva, se reformó el arco del coro, se pusieron columnas enclavadas con su elegante cornisa, se botaron los confesonarios de ladrillo, se pusieron otros de madera bajo arcos más anchos, y por fin, en la guardianía del P. Blás Borrás se construyó la torre octógona de dos cuerpos con grandes ventanales, que antes era un pequeño campanario. Tal es nuestra Iglesia en la hora que escribimos estos apuntes en 1881.

Á más de esta costosa mejora del templo, se hicieron en la casa otras cuatro notables que le dan gran comodidad y ornato: la primera, con la adquisición de los corrales de las casas inmediatas, se prolongó el corredor del lado de la huerta con seis celdas más y una espaciosa Biblioteca. Segunda, el traspatio de la cocina con un corredor alto, ocho celdas más y una bodega, con despensa y carpintería. Tercera, el noviciado con altos, ocho habitaciones, oratorio, ancho corredor y bello jardin, con su balsa de agua. Cuarta, la chacarilla, esto es una huerta que tuvimos que comprar á espaldas del Colegio, por el manantial que nos proporciona el agua para la cocina, las celdas, la huerta y el jardin, y cuyo caño no nos quizo el dueño vender, sinó tomándole el terreno, que posteriormente se ha ensanchado algo más comprando un rancho contíguo.

Otra mejora más debemos notar, y es la construcción de seis nichos y un osario, debajo de la torre, donde, después de haber trabajado para Dios y el prójimo, esperamos descanzar en paz. También debe reputarse por mejora la imprenta, colocada en los cuartos de medias aguas de la casa que compramos, cuyo patiecito y otras piezas destinadas á gallinero, pesebrera, almacen de ladrillos y de trastes, se trata de reformar.

Prolija por demás habrá parecido esta descripción: pero la hemos juzgado oportuna, para que nuestros succesores se hagan cargo de lo que era cuando nos la dieron, y de cuanto nos habrá costado para ponerla como actualmente se halla. Su reforma total, aunque sucesiva y lenta, calculamos que pasará de treinta mil pesos.

CAPÍTULO VI.

Copacabana, dos veces ocupada y dejada por la comunidad.

Habiendo sido aquél Santuario confiado por dos veces á los PP. de este Colegio, es ya como un episodio imprescindible de nuestra historia. Consignaremos, pués, aquí este hecho repetido, indicando sus motivos, para que no se nos juzgue por indevotos ó livianos.

Sabido es que el Gral. Santa Cruz, de acuerdo con el Diocesano, viendo que los PP. Agustinos se iban acabando por consunción, dispuso que Copacabana fuese una Colegiata, para cuya erección canónica debía ocurrirse á la Santa Sedé: más, sea omisión ú olvido, no se recabó la tal sanción pontificia, y quizas por esto empezaron los nombrados Canónigos á desavenirse y á dispersarse, hasta que por fin quedó uno solo, el Sr. Sarmiento, que era Prepósito, Cura y Capellán á la vez, con un ayudante ex-Agustino. Creyendo el Gobierno que un eclesiástico anciano, no podía desempeñar debidamente las varias atenciones del Curato y del Santuario, dispuso, después de la victoria de Ingavi, que esta comunidad se encargase de su desempeño. En efecto, en virtud de un decreto Supremo y de una nota especial del Gobernador Eclesiástico Sr. Indaburu, el P. José Comas fué nombrado cura interino y Presidente de Copacabana, acompaña-

do del P. Salvador Morera: y el Sr. D. M. Guachalla Cura de Tiaguanaco fué comisionado del Gobierno civil y eclesiástico para darles posesión, que en efecto se les dió muy solemnemente.

Con esta atención más quedó la comunidad partida y más débil; y preciso fué aumentarla con una colectación á Europa. Destinado para realizarla fué el P. Rafael Sans, que salió de la Paz á últimos del 42, y estuvo acá de regreso con veintidos colectados en Abril de 1844, víspera de Santa Felicidad. Algunos de estos Religiosos debían ir al Santuario. Más durante su venida fueron removidos de Copacabana los PP. Comas y Morera sin más causa que los recelos del Gral. Ballivián, que creyó á los PP. adictos al General Santa Cruz, que andaba barloventeando por la costa. Así es que entónces fué indispensable ensanchar el Colegio y la Iglesia, pués los recién llegados tuvieron que acomodarse de dos y de tres en cada celda, como se dice en el capítulo anterior.

El General Ballivián, viendo que con nuestra retirada el Santuario decaía del arreglo y decoro con que lo iba realzando el P. Comas, y queriendo sin duda darnos alguna satisfacción, quizo enmendar su error, y nos hizo invitar por su Ministro D. Pedro Guerra, á volver á hacernos cargo de aquel curato y Camarín. Más, recelando de la recelosa política de aquel Gobierno, no creimos prudente exponernos á otro inmerecido desaire. Además, el P. Morera, por la injusta expulsión de Copacabana, contrajo unos accidentes espasmódicos que lo precisaron á irse á Chile á medicinarse; el P. Comas se fué á Misiones, y luego los PP. Vallés, Cabot, Cerdá, Palet, Fr. Martín, Fr. Tomás y Fr. Pacífico igualmente: y así quedaba la comunidad con suficiente personal para cumplir debidamente los oficios de dentro y fuera, sin pensar más que en esto y las misiones.

Sin embargo, siguiendo la decadencia del Santuario, y los clamores del público reclamando nuestra vuelta al lado de la Vírgen, el General Belzu nos instó y rogó varias veces que aceptásemos; pero no nos decidimos hasta que él insistió comprometiéndose á costear la conducción de doce religiosos para dicho Santuario. Solo así, y aún con no plena aprobación del V. Discretorio, y para llenar los vacíos que la marcha de algunos y muerte de otros dejaban en el Colegio, nos resignamos á satisfacer los deseos del público y del Gobierno. Puesto este de acuerdo con el Sr. Obispo D. Mariano Fernández de Córdova, se dió una silla en el coro de la Paz al Sr. Jimenez, que era entónces cura propio, y fué nombrado cura interino y Presidente el P. Fr.

Francisco Miguel Cabot, que había regresado de Misiones. Y ciertamente no podía escojerse un sujeto más á propósito para restaurar moral y materialmente aquel pueblo. El se contrajo con un celo infatigable á reedificar el convento, que estaba en completa ruina, refaccionó el techo de la Iglesia, metodizó la devoción, extirpó varios abusos, persiguió las beodeces, y, á fuerza de vigilancia y de constante vigor, logró que en los domingos y fiestas todos cumpliesen con el precepto, y que en la hora de la misa parroquial quedase la plaza limpia, entrando los indios á la doctrina y á la misa, y los demás á sus casas. Así es que la moralidad, el arreglo y la devoción, que después encontramos en los vecinos y romeros, fué obra de sus desvelos y de su celo sacerdotal: seguimos el sistema iniciado por él hasta que volvimos á retirarnos á nuestro Colegio.

Las causas de nuestra segunda salida fueron varias, y vamos á indicarlas aquí para que se tengan en cuenta y se juzguen imparcialmente. Apenas llegado el P. Fr. Rafael Sans de su segunda expedición, marchó á reemplazar al P. Cabot con el P. Fr. Vicente Oliveri, P. Fr. Daniel Varuti, P. Fr. Benigno Bibolloti, P. Pablo Emilio Reinaud, Fr. Pedro Schiara, Fr. Vicente Roquí, Fr. Luís Sacani, Fr. Luís Foco, Fr. Antonio Barberis, Fr. Antonio Arteche, coristas teólogos, y dos donados. Así quedó instalada aquella pequeña comunidad, que, de acuerdo con el V. Discretorio, el Sr. Obispo y el Rmo. P. General debía ser el hospicio del colegio de la Paz.

Á pesar de los gratos auspicios de nuestra llegada, las circunstancias políticas fueron algo desfavorables. Se había declarado la interdicción entre Bolivia y el Perú, lo que impedía la afluencia de novenantes, cuyas romerías venían antes por el Desaguadero (entónces cortado,) y nos hacían escasear los recursos y los víveres, poniendo á la comunidad y al pueblo como en estado de sitio. Los amagos de las cruzadas (como se llamaba entónces á las conspiraciones) nos impedían los pedidos á La Paz, aumentándose la penuria. Sobrevino la fatal catástrofe del asesinato del Dr. D. José María Guerra, que, á pesar del empeño de los PP., del comandante y del Correjidor, fué degollado por los indios la noche del segundo viernes de cuaresma, mientras estábamos rezando el Via-crucis por la plaza. Este atentado nos causó un terror pánico, y los PP. vivían sobre saltados: les aumentó el miedo la fiebre amarilla ó tifoidea, que en 1858 diezmó estas comarcas, á pesar de haber establecido lazaretos en el pueblo y en las estancias, asistiendo á los enfermos con medi-

cinas y alimentos para contener la mortandad. Hubo dia que el P. Presidente acompañado solamente de Francisco Navia tuvo que sepultar seis cadáveres en una misma fosa. El P. Antonio Arteche se portó en aquellas circunstancias como un S. Camilo de Lelis, sin miedo al contagio ni á la muerte.

Á esta calamidad sobrevino después el atropello del corregidor Estrada, aguijoneado por un tata Alda y el comandante Guzmán contra el P. Vicente Oliveri (Presidente accidental en ausencia del P. Saus,) contra el cual mandaron al comisario Sucso con indios prevenidos para llevarlo; pero él se resistió y se encerró en el Convento. Esta violencia la ocasionó la injusta demanda del clérigo Bolaños, que, después de haber estado hospedado en casa, nos pagó con ingratitud. El P. Vicente Roqui, escapando ocultamente, fué á La Paz á dar parte de semejante atentado, cuyas turbulencias se calmaron aparentemente con el regreso del P. Sans y la ida de D. Pedro Iturri, Sub-Prefecto entónces, que se esforzó en conciliar los ánimos de los vecinos y de los PP,. que ya se apesaraban demaciado de sus sufrimientos, y poco á poco se iban volviendo al colegio hasta quedar solo cuatro en Copacabana.

El mal estar se iba agravando con el corregimiento de D. Francisco Roson, hombre de ánimo hostil, caviloso y amigo de nuestros émulos, que nos indisponía con los indios, nos quitó los servicios, y á fuer de leal servidor de Linares, espiaba nuestros pasos para malquistarnos. Sin embargo, cumpliendo siempre con nuestro deber, emprendimos la obra de la Hospedería, alentados por el Sr. D. Benigno Clavijo, entónces Sub-Prefecto. Durante esta obra es que nos vimos en el otro conflicto de Yunguyo, cuyos indios tumultuados intimaron venir á Copacabana á tomar al General Castillo, á Ureta, á Chamorro, á *Loza* y á otros asilados peruanos: para impedir que viniesen á cometer semejante violación fué el P. Cura á apaciguarlos, acompañado de D. Lope Machicado y de D. Tomás Noriega. Más, al acercarse á Yunguyo, fueron tumultuosamente acometidos, quedando muerto Noriega, maltratado el P. Cura, y D. Lope pudo escapar felizmente á uña de caballo. Apaleado y herido del dedo, el P. Sans se asiló en la casa del cura, defendido por un cholo paceño. Y fortuna que llegó un batallón mandado por D. Bernardo Casapía, que aplacó el motín, y que, al dia siguiente, lo hizo custodiar al P. hasta Caasani. Su llegada calmó la consternación de Copacabana, pué lo creyeron muerto también en el tumulto.

Ya eran suficientes estos percances para retirarnos del Santuario; pero vino á poner el colmo á nuestro disgusto el golpe furtivo del Dr. Linares. Á pesar de la época aciaga de interdicción, conspiraciones, pestes, animosidades etc., nuestras economías y buen órden nos habían permitido avanzar algunos fondos, que íbamos reservando para concluir la hospedería y para agrandar el Camarín, cuya pequeñez se hacía cada vez más notable por la excesiva concurrencia de devotos. Pués bién, aquél hombre que prodigó su patrimonio conspirando y cuya administración poco tuvo de boyante ni holgada, mandó dos oficiales á Copacabana con órden al Corregidor Roson y una intimación al Cura para que sin demora entregase cuatro mil pesos para las urgencias del Estado, que después el erario nacional le repondría al Santuario. Los términos de la nota sonaban como empréstito, pero el espíritu era otra cosa, que no nos atrevemos á clasificar. La resistencia era imposible en un Dictador que se creía omnipotente, y que solía decir, sentaría en un banquillo al que se opusiese á sus órdenes, aunque fuese un Obispo. No teniendo el P. Saus vocación para martir, como San Lorenzo, entregó los cuatro mil pesos con competente recibo, y con firme resolución de renunciar el tal curato, que tantos disgustos, y peligros nos atraía.

En efecto, marchó luego á avistarse con dicho Linares, y si bién el parecía no quería aceptar la renuncia, por no encontrar un clérigo capaz y digno, decía él, al fin el mismo Padre le propuso al Sr. D. José Baldivia, que, autorizado por el Sr. Obispo Córdova, vino á relevarnos en Junio de 1860: y nosotros, después de entregado el Camarín, Iglesia, Sacristía, Convento, Beaterio, hospedería, todo con aumentos y mejoras, segun inventario, nos salimos el dia de Corpus con sentimiento de la población, que nos siguió llorando hasta la cuesta, presintiendo quizas las desgracias que sobrevinieron.

Juzguese ahora si tuvimos razon de volvernos á nuestro amado Colegio, donde no nos faltaban ocasiones para ejercitar nuestro ministerio con ménos sobresaltos y amarguras. Y suplicamos se tenga esto en cuenta, si acaso se repitiese la invitación ó la tentación de volver á Copacabana, que mientras Bolivia sea un país tan anárquico, será siempre una frontera peligrosísima y de serios compromisos. La milagrosa efigie de la Santísima Vírgen, que allí se venera, es digna del más puro amor, más el pueblo es algo quisquilloso, los indios supersticiosos y malignos: y si en tiempos de recelos toca algún corregidor ó comandante taimado, es capaz de hacer agonizar al cura más santo.

CAPÍTULO VII.

Ocupación de los PP. Misioneros de La Paz.

PREDICAD el Evangelio á toda criatura.—Este mandato de J. C. á sus discípulos resume los deberes del Misionero apostólico; y esos deberes son los que se han esforzado en cumplir los Religiosos de este Colegio. Los habitantes de la Paz no necesitan leer este capítulo; pués ellos han visto y tocan diariamente lo que vamos á referir, y que muchos de afuera ignoran: para estos, pués, haremos esta sucinta reseña, no para ostentación, sinó para edificación, en honor y gloria de Dios, del cual dimana todo bién.

Á más de las misiones vivas ó de neófitos, de las cuales hablaremos después especialmente, no se han olvidado los alumnos de este Colegio del ejercicio del ministerio de la Divina palabra. Desde los primeros años de su llegada ellos han desempeñado casi siempre las ferias de la Catedral, los ejercicios espirituales de ambos Monasterios y las pláticas de cuaresma; alguna vez los ejercicios de mujeres, en la casa que fué del Sr. Saá, y los de varones en la tercera Orden; y posteriormente en la misma casa al clero secular y regular, en la visita del Sr. Ablegado Eyzaguirre; y también al mismo clero diferentes veces en tiempo del Ilmo. Sr. Bosque.

En el mismo Colegio casi no cesa la predicación, pues, á más de los ejercicios públicos en la segunda semana de cuaresma, con lecturas, meditaciones y pláticas morales, hay sermones los martes de la misma: además los novenarios de almas, de la Purísima, del mes de María, y algunos otros, sin omitir los panegíricos de los Patriarcas S. José y S. Francisco, Sta Felicidad, Corpus é Inmaculada, pláticas de comunión y otros adventicios. Los más de los panegéricos del Cármen y de las Concebidas suelen encargarse á los PP. Misioneros.

Cuaresmas: han desempeñado alternativamente las de Tacna, Puno, Lampa, Coroico, Irupana, Chulumani, Sorata, Corocoro, y algun otro pueblo algo castellanista, sintiendo no poderse hacer comprender en los pueblos aimaristas, cuyo idioma les es imposible; y Dios no se ha creido obligado á infundirles el don de lenguas, como á los Apóstoles.

Misiones de fieles: por idéntica razon no han podido dar las que se han deseado; pero se han dado con fruto por dos veces en la misma Paz, una en la Catedral por el P. Cabot y P. Zacañi y otra en S. Agustín por los PP. Bernardino Gonzales, Pablo Fernandez, Victoriano id y José Cárdenas. Igualmente por dos veces las han dado en Sorata, una el P. Cabot y el P. Fidel, y otra el P. Pablo Fernandez y el P. Luís Sarrá. Otra dió el P. Cabot en el Obraje, con gran concurrencia de gentes de la misma Paz, sin contar los de Yúngas, de la puna, y de los valles, donde lo llevaba incesantemente su apostólico celo, haciendo penetrar sus fervorosas predicaciones en el Cuzco, Puno, Tarata, Cochabamba, en cuya inmediación cayó rendido entregando su alma al criador. Fué varon de grande espíritu, muy observante y ejemplar: había sido médico muy experto, después presbítero, novicio y profeso de este Colegio, misionero conversor infatigable en sus tareas evangélicas hasta su último trance, dejando en todas partes gratos recuerdos de sus religiosas virtudes.

Una de las funciones más santas del Ministerio Sacerdotal es la que el divino Salvador se dignó confererir á sus discípulos, dándoles el Espíritu Santo y la gran facultad de perdonar los pecados; y esta es la que, mediante la confesión sacramental, han ejercido diaria é incesantemente los Sacerdotes de esta casa, en cuyo caritativo desvelo los pobres pecadores, las almas fervorosas, los enfermos y moribundos han encontrado siempre el bálsamo de su corazon y el consuelo en sus más tristes lances. Á la vista está, y lo publican los más indevotos, que la Recoleta es la verdadera piscina de las almas conpungidas; y, en medio de las

fatigas del Santo Tribunal, nos consuela vernos rodeados de penitentes, que, como los leprosos á J. C., nos piden la limpiadura de sus corazones. Raros son los dias que dejen de haber confesiones; pero, cuando más nos abruman es por la santa cuaresma, jubileos, novenarios, pascuas y comuniones generales; y á veces por mañana y tarde, dejándonos apenas tiempo para comer y cumplir con el oficio divino, madrugando ántes de las cinco.

Á más de estas cotidianas tareas, se agrega la de confesar á las religiosas de ambos monasterios los miercoles y sábado del año y de algunas festividades, á los ejercitantes que suelen llamarnos, y á los enfermos de toda clase que de dia y de noche acurren á nuestra campana, convencidos que les hará falta un Sacerdote. Pocas son las noches que dejen de llamar al pobre Penitenciario, y á veces salen dos, especialmente en épocas que grasa alguna enfermedad común: por cuyo motivo se estableció, por turno semanal, el desempeño de esta penosa tarea, que suele indisponer y talvez rendir al misionero que se sacrifica por la obediencia y por la caridad, á imitación del Redentor Divino. Y, en obsequio de la justicia, los mismos paceños nos han asegurado varias veces, que antes de la fundación del Colegio eran muy raros los enfermos que morían con un Sacerdote al lado.

La asistencia á los infelices ajusticiados ha sido comunmente desempeñada por los PP. Misioneros, no solo confesándolos, sinó aún acompañándolos de noche y en su calabozo ó capilla, antesala de su muerte, prodigándoles todos los consuelos posibles de la Religión y de la humanidad. Y ¿á cuantos han librado de morir en un infamante banquillo con sus ruegos y empeños? Alguna vez podían ser desatendidas sus súplicas; pero ellos llevaban con resignación el desaire con tal que á fuerza de rogar pudiesen salvar la vida á un solo hombre. No escribimos esto por jactancia ¡Dios nos libre de tal necedad! sinó para sobre llevar con cristiana resignación la ingratitud insoportable de ciertos fátuos que desdeñan los servicios que prestamos gustosos á la felicidad de las familias y de los individuos, á la pacifiquez y bién estar de esta nuestra patria adoptiva. Estas líneas no son un panegírico, son historia verídica.

También es historia que dos Padres de este Apostólico Colegio han sido nombrados Comisarios generales, el P. Fr. Ignacio Blanquí, para visitar la provincia franciscana de Buenos Aires, y el P. Fr. Rafael Sans, para la provincia de Chile y la Recoleta de Santiago: y este fué también comisionado del Sr. Obis-

po Córdova para hacer la visita pastoral en las provincias de Yúngas y Caupolicán. Y ambos fueron igualmente Delegados para visitar el Colegio de Tarata y presidir sus capítulos en diferentes épocas.

En 1880, la ciudad de La Paz ha hecho una mejora notable, la adquisición de las monjas de Santa Ana, para el servicio de los hospitales, tanto de hombres como de mujeres: y la conducción de estas caritativas Hermanas se debe al P. Vicente Roquí, miembro y ex-Guardián de este Colegio, impulsado por D. Benigno Clavijo y su digna esposa, que costearon su trasporte; con lo que creemos que se ha hecho un gran bién á la humanidad doliente, no solo de La Paz, sinó de los otros departamentos de Bolivia, cuyos desvalidos enfermos afluyen á esta capital; y este ejemplo esperamos será imitado por las otras capitales del Estado.

Al mismo P. Roquí se debe la instalación de una imprenta y la fundación de un periódico religioso. Este siglo de prensas y de escritores ha inundado el mundo con el diarismo, creyendo de buena ó mala fé que sus publicaciones hacen marchar á vapor la ilustración y la prosperidad universal; más una triste experiencia nos hace palpar que hechuras y frutos son de estos papeles los trastornos de la sociedad, y los más son unos insidiosos enemigos de la Religión, cuyos dogmas atacan, cuyos ministros infaman, cuyos fundamentos zapan y cuyos templos quisieran arrazar. Para atacar, pués, esa falanje satánica é impedir la seducción de las almas desprevenidas, se han armado también los católicos, con aplauso de los Supremos Pastores; y para cooperar á tan justa defensa se emprendió la publicación de «El Jardincito de María,» conocido después por «El Semanario Católico de La Paz:» publicación pequeña y sin pretensiones, pués no presumimos compararnos al Universo de París, ni al estandarte de Chile, ni á la Sociedad de Lima, ni al Cruzado de Sucre, pués no llegamos á la talla de sus redactores, pero si nos anima igual celo por sostener los derechos de la Iglesia, la verdad de los sanos principios y la salvación de las almas: así es que sus artículos suelen prescindir de la política, que es una maraña de pasiones, y se contraen cuanto pueden en publicar y reproducir artículos sensatos, morales y religiosos, que desvanezcan sofismas é ilustren las inteligencias. Con este plan creemos hacer un bién positivo á la sociedad y á las familias; y que los hombres bienintencionados nos agradecerán nuestra humilde publica-

ción, contándola como una de las tantas ocupaciones útiles y no indignas de nuestro ministerio, desde que ella se ha merecido las bendiciones de los Soberanos Pontífices.

Con todo esto y el fiel cumplimiento de los deberes monásticos, esperamos no ser tenidos por inútiles, ociosos, sí bién de todo debemos dar á Dios el honor y la gloria.

CAPÍTULO VIII.

Empeño de los PP. de Moquegua en dilatar sus Misiones.

SICUT missit me pater, et ego mitto vos. El verbo Divino fué el Misionero celestial que, después de haber hablado al mundo por boca de sus Santos, nos vino él á enseñar prácticamente el modo de conquistar las almas, escogiéndose á sus Apóstoles, haciéndoles abandonar sus redes para adiestrarlos á *pescar hombres.* Ministerio sublime y penoso, como penosa y sublime fué la misión de J. C. y de sus Enviados, á cuyas fatigas y sacrificios se debe la conquista espiritual del mundo, la rehabilitación del género humano y la civilización de tantas tribus bárbaras, tanto en el antíguo como en el nuevo mundo, que no hubieran podido humanizar la política ni la filosofía, cuyas tendencias se dirigen á esclavizar y á bestializar al hombre: la Religión se esfuerza en declararlo y hacerlo hijo de Dios.

Gran parte de este empeño corresponde á los misioneros de este nuevo hemisferio, y nuestros Colegios del Perú dignos son de participar de esta gloria, por haber regado con su sudor y con su sangre las playas de sus caudalosos rios, y las cumbres de los montes habitados por los infieles del antíguo imperio de Manco Capac, que la espada de los Pizarros no pudo someter á las Españas.

Ya se ha dicho ántes que el Colegio de Moquegua fué como el Padre del Colegio de La Paz; por que un Prefecto suyo lo fundó y nos trasmitió el legado de sus misiones; pudiéndosenos aplicar aquello de J. C. *Vos in labores eorum introistis* (Joan 4. 38.)

Ya hemos visto en el documento copiado en el capítulo segundo, el estado en que tenían sus reducciones los PP. de aquel Colegio; y veremos ahora lo que las hubieran adelantado, si se les hubiera auxiliado cual correspondía, ya que sin recursos y solo á impulso de su celo hicieron lo que apenas se concibe. En comprobación vamos á extractar el diario del P. Busquets, y á copiar la carta del P. Monserrat, aludidas ambas piezas en el informe citado.

En primer lugar, el P. Fr. Ramón Busquets, alentado por el Sr. Conde Ruiz de Castilla, presidente dela Audiencia del Cuzco, acompañado de los PP. Fr. Juan Monserrat y P. Cristobal Rocamora (que se enfermaron y no pudieron seguirlo,) verificó el más rápido viaje con la curiosidad más prolija, recorriendo en ménos de diez meses un trayecto, casi circular de más de mil leguas, fundando una misión que debía abrir á la fé las varias y numerosas tribus del interior del Perú en las margenes de los rios más caudalosos que afluyen al Amazonas: más no pudiendo relatar todos los incidentes de su curiosísima excursión, consignaremos siquiera los puntos que tocó, cuya nota podrá servir de brújula á los sucesores.

El 1.° de Setiembre de 1806, después de implorar la protección de la Santísima Vírgen con una misa cantada en la Reducción de Cocabambilla (fundada en 1799 por los PP. Francisco Girbal y Barceló, á 76 leguas del Cuzco, emprendió su marcha con algunos balseros y dos intérpretes, llegando ese dia al puente de Chacaguaras, distante 6 leguas. En el 2.° dia se volcó la balsa del P. Rocamora, se perdieron muchos avios, y con gran trabajo se salvó la gente, cerca del rio Yanatili: anduvieron más de 10 leguas. Casi igual camino bajaron el dia siguiente con grandes molestias, hasta la Reducción de Santa Magdalena de Timbao: anduvieron más de 10 leguas. Allí encontraron al P. Vicente Ferrer. Después siguieron hasta el rio Coribeni, en cuya quebrada vieron á los infieles Antis, que les proveyeron de comidas. De allí, á las 15 leguas, llegaron á una gran playa, cerca del rio Ciriato, donde cazaron una gran bestia y cuatro javalies. Al dia siguiente anduvieron unas 25 leguas sin nove-

dad; más el otro dia hallaron muy malos pasos, remolinos etc. hasta la confluencia del famoso rio Mantalo, en cuyas margenes superiores viven infieles Antis y algunos Cocapacoris, que quiere decir *matadores*: ese dia anduvieron 20 leguas. Á las 20 de allí descansaron en la playa del rio Ticumbinia, en cuyas cercanías hay también Antis. Más abajo, á las 25 leguas, ya se concluye la serrania, y salieron á una gran pampa: por este lado marcharon tres dias seguidos sin tropiezo, como 25 leguas por dia. Grande fué su gozo al encontrar allí cerca la Reducción de Nta. Sra. de Misericordia, fundada el año anterior por el P. Rocamora, en una playa llamada Siapa, en la entrada de la Nación Chontaquira, cuyos indios los recibieron con mucha alegría: allí se quedó el P. Monserrat, y allí salió el Capitán Ceueti á pedir Padre para su tribu. Se lo ofreció el P. Busquets, le dió la medida para la capilla y casa, y el P. Moserrat fué después á visitarlos.

Después de tres dias de grato descanso, siguió el P. Busquets su derrotero, viendo el desagüe de los rios Maeria, Ascuya y Misagua, en que vaquean Chontaquiros y Mascos: unas 10 leguas más abajo desagüan Umaria y Ascunia: á poca distancia vieron, á la derecha, la boca del caudaloso Sipagua, en cuyas margenes se fundó la misión del dicho capitán Canti, 10 leguas arriba, y allí cerca hay un lugar llamado Cuya, guarida de los Chontaquiros, quienes dicen que, atravesando dos dias por el monte, se halla un rio grande casi igual al Ucayali, que sospechó fuese el Beni, ó el que los portugueses llaman Yavarí: pero nada de cierto pudieron averiguar. Y no estraño, porque, no entendiendo bién su idioma, todo queda en incertidumbre, y á veces en errores fatales, verificándose lo que tan sábiamente escribe S. Pablo (1. cor. 14. 11.): cuando se hallan dos que no comprenden el significado de sus palabras, son como dos bárbaros el uno para el otro.

Siguiendo el descenso, encontraron, á pocas leguas, el rio Sapani, y luego el desemboque del rio Pigiria, viniendo de los infieles Epitineris, lo mismo que las inmediaciones del Aficha y del Sipa, que desagüan más abajo. Esos Epitineris son ladrones crueles, sus flechas son muy grandes y dañinas. Algunos de los invadidos por estos siguieron al Padre á la nueva reducción, en cuya compañía navegaron contentos como unas 20 leguas, dejando á la izquierda los rios Huamaria y Canipregli, una isla de una legua de largo, una quebrada llamada Sirigua, habitada por Epitineris, y, más abajo, entra el rio Mapeche. El dia siguiente

madrugaron mucho para pescar, y tomaron unos pescados grandes, que se los comieron sin dejar nada, como acostumbran los indios sin pensar en mañana: pero tampoco se quejan cuando no hallan que comer, siendo á la vez tan parcos como voraces.

Bajando, vieron á la derecha el rio Chiriapa más abajo, á la izquierda, el Miruati, y, unas leguas más abajo, entra igualmente, por la izquierda, el famoso rio Tambo en dos brazos corpulentos, que, por su gran caudal, parece ser el Apurímac. Por ahí viven Chontaquiros, y más adentro Campas. La marcha fué de otras 20 leguas, y al dia siguiente, dejando á la izquierda el rio Sigurija y el Cajirapa, y más abajo dos islas, y dando vuelta al rio Campchia, encontraron tres ranchos, uno de los cuales era del Capitán Montiaca, cerca del rio Marintoni. Este Capitán se empeñó en que allí mismo se fundase la Reducción, y si bién el Padre Busquets no se resolvía, viendo poca gente; viendo después la que vino del Apurimac y sus cercanías, como doscientas almas, con grandes manifestaciones de respeto y docilidad, se determinó á fundar en aquel sitio. Y después de haberles esplicado con intérprete el espíritu y las condiciones de la misión, que ellos aceptaron gustosos, el Padre les repartió herramientas, con cuyo auxilio concluyeron en mes y medio la capilla y casas para el Padre y para ellos. Así instaló aquel celoso misionero aquella Reducción de Marintoni, que, por su situación, sus productos, sus tribus vecinas, debía haber sido el núcleo de posteriores conquistas y la puerta de aquellas vastas regiones. Admira la relación que hace el P. Busquets de la feracidad de aquellos terrenos, de la variedad de sus producciones y de sus animales, de la abundancia de recursos para la vida de un gran pueblo. Sus bosques están apiñados de cacao, de cascarilla, de finísimo algodón, de balsamo de Canime y Copaiba, de estoraque, incienso y resinas, de copál más fino que el de la China, de Caraña muy medicinal para los tullidos, de aceite de María para llagas, de cera blanca, de Umeche, que es una cera mantecosa, la cual, molida y hervida en una talega, saca manteca blanca, que sirve para velas, que, encendidas, dan un olor muy suave, y aún los indios la àplican á sus llagas, como bálsamo.

Las producciones de sus terrenos son arróz, maní, frejoles, plátanos, yucas, caña dulce, maiz y cuanto se siembra; gran copia de hierbas medicinales, en especial el Cimaruba, que ántes venía de la China, y la descubrió en Mainas en 1794 el P. Fr. Narciso Girbál, famoso específico para varias dolencia.

Abanda también en varias especies de animales, como la gran bestia, ó anta, javalies de dos clases, Iperis ó Ronsocos, (la capiguara) animal anfibio y de buena carne, tigres en abundancia, monos de todos tamaños, unos de frente colorada y sin cola, víboras sin número, bichos, mosquitos y zancudos etc. En oposición á estos molestos insectos, se vén pájaros de diversas especies y colores, como loros, guacamayos, paujiles, (pava del norte) pavas, piseris, perdices, águilas reales con su corona, pájaro-órgano de canto dulcísimo. La providencia se ostenta grande y próvida.

En su rio serpenteán infinidad de peces: los más singulares son la vaca-marina, de figura estrañísima, de enorme peso, como de seis á siete quintales, la cabeza del tamaño de una vaca sin orejas, en las que tiene una piedra medicinal para la gota coral y disenteria, dos aletas que le sirven como brazos para llevar su cria; los caimanes menores que los de Guayaquil; los bufeos, peces grandes, cuya grasa solo sirve para alumbrar, su carne inútil; el payá, de tres á cuatro varas de largo, de escamas grandes como de medio peso, su carne blanca y sabrosa; la doncella ó charagua, con cabeza chata, cuerpo redondo, carne sabrosa; súngaros ó gamitanas, peces negros, como el rodaballo ó lenguado, su carne suave y mantecosa; tortugas de todos tamaños, algunas de un quintal, de cuyas carnes y huevos se saca manteca. Sabido es cómo esos anfibios ponen en la arena de las playas, cuyo calor los fermenta. Omito otros pescados, cuyas especies sería prolijo enumerar.

En lugar tan ameno y abundante fundó el P. Busquets la misión de Chontaquiros, ó de Marintoni, en la que solo bautizó á tres *in artículo mortis*: uno de ellos tuvo que enterrarlo él mismo, pués sus chunchos no quisieron hacer este acto de caridad, por ser de otra nación del Apurimac.

El 15 de Setiembre los visitaron 36 hombres y 46 mujeres de la nación Cuniva, á quienes todos recibieron con especial cariño y obsequios, con que volvieron contentos á sus chozas; halagándolos así para atraerlos y tenerlos gratos, pués son los más perversos del Ucayalí, que en tiempos pasados mataron á unos Padres de Ocopa. Les propuso si querían reducirse á pueblo, y el principal contestó que lo propondrían á los suyos. Otros más también fueron; pero no se dicidieron.

Á últimos de Noviembre enfermó el Padre gravemente de cuartanas y disenteria: y viéndose sin auxilios, propuso á los indios que lo llevasen á las Misiones de Ocopa, lo que ejecutaron

acompañándolo tres hombres y dos mujeres, con el sargento é intérprete. Se despidió, pués, de sus neófitos el 15 de Diciembre, y emprendió la navegación por el grande Ucayalí, viendo á las tres leguas el desagüe del rio Unini, en cuyas margenes viven indios Campas: parece que es el rio Chanchamayo que pasa por el cerro de la sal, según estos indios; pués dicen que más arriba hay herramientas enterradas, que pueden ser de los cañaverales que hubo ántes del alzamiento de los indios de dicho cerro. Siguiendo el viaje se hallan luego, á la izquierda, los dos rios Aguanitiati y Pocani y, á la derecha, el Ipinigua; un poco más abajo entran otros tres llamados Sinipo, Mamoliato y Sicucha. Pararon en un rancho desamparado, donde empezó á sentir zancudos en abundancia.

Continuaron diez dias aguas abajo, encontrando las bocas de los rios Montiavo, Cuyba, Graania, Taunia (en que viven Epitineris) Aroya, Sipiria, Pachitea, Tamaya, Enriqui, Abujare, Aguatia, Pisgui, en cuyo monte viven Sinavos, Sensis, Maguacas y otros.

El dia 25, después de haber andado como doscientas leguas, llegaron á la Reducción de Ntra Sra. del Pilar de Vapuano, del Colegio de Ocopa, situada en la margen del caudaloso Cusyabantay, y más abajo el rio Cachiaco. El P. Conversor Fr. Buenaventura Marquez lo recibió con gran caridad compadecido de sus males y admirado de su arrojo. Descansó allí doce dias, durante los cuales fueron á visitarlo los PP. Fr. José Barco y Fr. Martín Aguirre, de la Reducción de Chanchagua ya, y el P. Fr. Manuel Plaza, de la de Sarayacu, á la cual pasó el desfallecido navegante, por ser la más provista. Pero, á pesar de las esmeradas atenciones de aquellos Padres, no se aliviaba; y siéndole ya imposible el remontar á su Reducción, determinó salir, por la vía de Tarapoto á la capital de Lima. El 12 de Febrero salió de Sarayacu, en una cánoa gobernada por indios Cumbases, siguiendo el Ucayalí: el dia 13 entraron en el caño de Santa Catalina, luego una laguna y después el rio de dicho nombre, subiendo seis dias por él trabajosamente por las muchas empalizadas, llegaron al puerto: de aquí siguieron el viaje por tierra, andando á pié cinco dias: llegaron al alto puerto, donde hay canoas. Se embarcaron en el rio Chipurana, bajando dos dias, y entraron en el Guallaga, subiendo por él otros cinco, con peores riesgos que los anteriores: llegaron por fin cerca del mal paso llamado Pongo, y viendo la imposibilidad de vencerlo, regresaron hasta la boca del rio Cainalachi, á media jornada de Mainas; subieron diez dias

por él; y después á pié subiendo cerros escabrosísimos, y sin provisiones de boca...

El 9 de Marzo llegaron estropeados á Tarapoto, donde hay hospicio de Ocopa: y aunque solo dista trece jornadas de Manoa, tardaron 26 dias, por estar los rios muy cargados. El P. Presidente Fr. Pedro García los asistió con igual caridad que los PP. de Manoa, los 10 dias que allí descansaron. Siendo imposible seguir el viaje por Guallaga determinó andar por Moyobamba, por haberse enfermado el sarjento, y se salieron á Huánuco con el P. Presidente, donde llegaron el 24. Allí se detuvo dos dias, y emprendió para Chachapoyas, donde llegaron el once de Abril. Aunque Moyabamba solo dista unas sesenta leguas de Chachapoyas, tardó ocho dias por sus intransitables caminos. Se detuvo allí un mes por falta de bestias; salió el 9 de Mayo, y el 16 llegó a Cajamarca, tan abatido que ya fué preciso medicinarse formalmente. Algo aliviado, se encaminó á Trujillo, donde llegó el 9 de Junio; á los tres dias continuó el viaje con el correo, llegando á la capital el 20.

No se sabe, concluye el P. Busquets, que hayan bajado Misioneros ni otros españoles por el rio de Santa Ana; ni ménos estranjeros. Solo los PP. de Ocopa bajaron en 1686 por el Chanchamayo, y salieron al Ucayalí, cuya confluencia, según opino, dista tres leguas de la población que he fundado en Marintoni. Si se recuperase el tan importante Chanchamayo, las Misiones de Ocopa y de Moquegua podrian en todo tiempo estar socorridas y facilitarse la salida de las producciones de la montaña. No se notan en este diario los grados y los rumbos de los rios por falta de instrumentos propios: solo digo que el rumbo principal desde Santa Ana hasta Manoa tira casi siempre al norte. Todo sea para mayor gloria de Dios y conversión de tantos infieles que pueblan los lugares que he transitado. Amén.

Lima 20 de Junio de 1807.—Fr. Ramón Busquets. Esta minuciosa relación del rápido viaje de tan celoso Misionero está certificada por el Comisario de Misiones, el V. P. Avellá mandó se archivase, remitiéndose cópia auténtica al Com. General de Indias en Madrid; y así se hizo.

Veamos ahora la recorida casi igual del P. Juan Monserrat, cuya carta no nos atrevemos, á epilogar por no quitarle el mérito de la ingenuidad, y conservarle su tenor, como documento. Dice así:

«R. P. Guardián y V. Discretorio del Colegio de Moquegua.»

«Mis VV. PP. y estimados hermanos: el estado en que me hallo no sé si me permitirá espresar lo que oculta mi pecho; pero, la pluma que sabe patentizar los afectos, podrá tal vez manifestar algo de lo que tengo en mi interior. Ciertamente me hallo confuso sin saber por donde empezar, porque la imaginación se me vá confundiendo con la muchedumbre de las especies y asuntos. Me considero obligado á patentizar á VV. PP. y RR. lo que he practicado en estos dos años que Dios Ntro. Sr., por su infinita misericordia, me ha conservado entre los infieles de la vasta nación Chontaquira; pero de todo doy por menudo al Prelado de Misiones una relación exacta y verídica; á VV. RR. me contentaré con espresarles sustancialmente lo principal de lo que he adelantado en dicha nación desde el 15 de Setiembre de 1806 hasta el 15 de Junio del que rije, que fué el dia que salí del pueblo Marintoni para estas misiones, acompañado de un convoy de 22 canchas y 125 almas.»

«En primer lugar debo decir que, sin embargo de haber carecido de salud todo el primer año, sinque pudiese lograr que me dejáran siquiera por ocho dias las tercianas, cuartanas y arrebatos; con todo esto PP. mios, no perdoné trabajo con el fin de cumplir con mi obligación y volver por el honor del Colegio y de los Religiosos, que bién les consta lo deteriorado que estaba por motivo de no haberse adelantado en aquel tiempo las conquistas, que para tapar las bocas á nuestros antagonistas me sacrifiqué á emprender apostólicamente una expedición para el Mantalo, sin más provisión que tres docenas de cuchillos y dos hachas, y para nuestro sustento unos charquecillos de vaca. No pude dar el debido cumplimiento á mis deseos, ni á los bién intencionados del P. Prefecto por haber naufragado en el encuentro del Yantalí y por los malos pasos de la navegación, que acobardó á mis conductores á no querer pasar adelante, botándome, digámoslo así, en las playas de Churitiati, desde donde solicité me embarcasen jente para rogarles me llevasen de allí al mencionado Mantalo; y habiéndose escusado, viendo la gente al parecer muy humilde, pués me habían recibido con mucho cariño, y que eran por junto cinco ó seis familias, contemplando por otra parte que todas ó las más de las poblaciones se empezaron por un corto número de vecinos, por no volverme con solos los deseos, y que mi regreso sin adelantar nada había de dar más motivo de murmurar de los religiosos, resolví proponerles la Reducción, y como á Juan, de facilidades dimos principio á la cosa para fundar el pueblo en una pampa llamada Tambo, que es nombre de un curichi ó lago, que

se forma en el rio grande, menguando las aguas; y yó, por no tener nombre dicha pampa, le puse el de Tumbao. Aquí, como es notorio, trabajé sobre mis fuerzas hasta perder la salud, y con el tiempo cumplí y fuese en forma, como lo presenció el P. Vice-Prefecto, todo lo que tenía prometido.»

«Por disposición de este P., me interné de allí á la nación Chontaquira, con órden de quedar de conversor en la reducción de la Misericordia de Siappa y conquistador de la nación. Llegué á dicha reducción el 15 de Setiembre con unas fuertes cuartanas, que me acompañaban desde el 4 de Junio, y á pesar de estar tan enfermo, no me negué á los trabajos, emprendiendo una larga navegación de 80 leguas en tiempo de aguas, sujetándome á sufrir todas las inclemencias del tiempo; y finalmente, para decirlo de una vez, no perdoné trabajo alguno en procurar por todos medios el ganarles la voluntad. Fundé en dicho año el pueblo llamado Carapareja, que toma el nombre de un rio que pasa junto á las casas. Allí se fabricó casa y capilla, y traté como debían portarse cuando les viniese Padre; y luego á continuación fundé en Miaria, Puijas, Sipascharquita, Polesja, Mapolja, Canuani, Cultumahappa; y por las ocurrencias se enfriaron de hacer casa y capilla los de Camisiri y Catiati, pero en la actualidad solo están trabajando casas y desean tener Padres los de Sipaguarquita, los de Cumuatapa, que son los mismos que vivían en Ciappa, los de Carapareja, los de Cultumahappa, que todos cuatro pueblos están sitos en el rio Sigaulia: los de Polerga, los de Mapolja, los de Canuani y Marintoni. Estos son los Chontaquiros que quieren Padres: y en los Conivos, en tres sitios, que son Tenasa, Caso y Pasocanche también me han rogado por PP. Esto es todo lo que he trabajado en el corto tiempo de dos años escasos que he vivido y morado en dicha nación.»

«Ahora, PP. mios, me veo precisado á patentizarles de paso los motivos que me han obligado á viajar por estas Misiones; pero no puedo ménos que renovar el sentimiento y pena que tuve el 23 de Enero pp., el cual sentimiento, la causa y sus resultas, me motivaron á determinarme á emprender una tan larga y peligrosa navegación, como lo es desde Siappa hasta estas Misiones, que conceptúo, habrá 285 leguas.

«Los motivos son los siguientes: en primer lugar la noticia que me dieron que los Campas y los Masios habían muerto á nuestros hermanos á los cuatro dias después que nosotros nos habíamos regresado de aquel mismo sitio, donde sucedió el sacrilego estrago, del que Dios nos libró por su infinita misericordia: y

los demás motivos fueron por hallarme en estrema necesidad y enfermo sin esperanzas de salir á Cocabambilla sin manifiesto peligro de muerte. Y en esta navegación nos hemos librado también de ella, por razon de haber sido acompañado de 22 canchas, pués supe por estos PP. y aún por los conivos de arriba, que los conivos de abajo querían matarme por atribuir una epidemia de catarros que mató á muchos, á que el P. Busquets les había dado esa enfermedad. Pero como iba acompañado de tantos no se atrevieron á nada, ántes bién por el miedo me recibieron con mucho cariño y me regalaron mucho.»

«En fin, llegué á la primera misión de estos PP., que se llama Cuntamaná el dia 20 del que rije, y el 21 á la segunda, que se llama Beguano, donde fuí recibido con mucho cariño del P. Conversor Fr. Buenaventura Marqués. Este santo y caritativo Padre, viéndome en tan estrema necesidad, me socorrió con un par de zapatos, pués ya andaba descalzo y enfermo, una camisa para mudarme y un pañuelo para limpiarme el sudor.»

«El dia 22 llegué á esta de Sarayacu, donde me encontré con los PP. de Cuntamaná y Canchavaya, que se habían juntado para la fiesta de Corpus. Me faltan voces para espresar el recibo que me hicieron; pués en verdad les aseguro que al verme en el estado en que me hallaba de flaco, desnudo y enfermo lloraron de compasión...Y sin demora, los caritativos me desnudaron con sus propias manos de aquellos andrajos que me servían de descencia, y me vistieron de nuevo de piés á cabeza, y me alentaron á ensanchar el pecho, y que no tuviese cuidado, que ya estaba en salvamento, ofreciéndose todos á administrarme los remedios para mi curación y alivio.»

«En la actualidad quedo en compañía del R. P. Fr. Manuel Plaza, que me asistê y ejerce conmigo las mayores finezas de Padre, y me parece que voy sintiendo algún alivio; pero según la debilidad y flaqueza en que me hallo, me parece necesitaré de mucho tiempo para poder tomar alguna fuerza y proseguir el viaje. Por lo que, suplico á VV. PP. y RR. que no estrañen la demora, porque sobre el hallarme tan débil y flaco, tengo que caminar mucho, pués me dicen que solo para llegar á Lima necesitaré dos meses y más.»

«Yo me confundo por no saber donde estoy, y deseo tener algún aliento para proseguir. Desde Lima remitiré al P. Vice la razon de todo para que tome sus líneas; pero me temo que se ve-

rán precisados á despreciar esta tan grande obra y los trabajos que tenemos hechos, por motivo que no han de dar tan breve las providencias para abrir caminos; y por otra parte el tener que internarse por este camino es muy dilatado y hande gastar mucho: y los Señores suspiran mucho para aflojar un peso. En fin Dios lo remediará todo y lo disponga para su mayor gloria.»

«En esta fecha escribo al P. Nicolau que me haga la caridad de remitirme á Cambasa algunos pesos para poder habilitarme; pués de otra manera no me sería posible el poder viajar, por que entre los cristianos todo vale plata, y sin ella no podemos dar un paso, lo que no sucede entre infieles, que nos conducen devalde y nos franquean todo lo que tienen para nuestro sustento.»

«Por las pocas fuerzas y la indisposición del cuerpo no me dilato más; pero, con el favor de Dios, les comunicará lo demás el P. Vice. Yo quedo muy enfermo, por lo cual les ruego me tengan presente en sus oraciones, como lo hace para toda esa V. Comunidad, y los saluda y abraza con todas las veras de su corazon este humilde súbdito y amante hermano que besa las manos de VV. RR.»

Fr. Juan Monserrat.

Sarayacu, Junio 27 de 1808

CAPÍTULO IX.

Malogro de estas expediciones y sus causas

Molesta quizás habrá parecido la relación de estas expediciones; pero nosotros la hemos creído oportuna é imprescindible, tanto para que no perezcan en ingrato olvido los esfuerzos de espíritus tan apostólicos, cuanto para que se comprendan los motivos de su mal éxito. Lástima dá, y grande, verse malograr empresas tan útiles y costosas por falta de cooperación y de concurso oportuno. El inmortal Genovés, á pesar de su arrojo y de su génio, no hubiera enriquecido al mundo con un nuevo continente, si una reina magnánima no le hubiera abierto su mano generosa, creyendo posible y ventajoso lo que muchos tenían por sueño y delirio. Así sucedía con los incansables misioneros de Moquegua: si no emprendían la conquista de los infieles, moradores nómadas de este hemisferio, se les achacaba de indolentes, sin considerar que las atenciones de su ministerio en las poblaciones de dos dilatadas Diócesis los tenían en incesante ocupación, que no todos los indivíduos tienen la fortaleza de alma, el valor y el tino que demanda la conquista de los salvajes, que la pobreza franciscana puede dar hombres, más no fondos suficientes para dar cima á tan vastos planes; y que estos mismos planes meditados

por ellos de dia y de noche, estudiando la dificultad de los terrenos y la índole de las tribus, cuando los proponían como realizables, lejos de encontrar apoyo se veían desdeñados con punible apatía: y si ellos los emprendían de su cuenta y riesgo, contando demasiado con su celosa juventud y en promesas ilusorias, se los dejaba abandonados en su empeño, haciendo así estériles sus sacrificios, dejando abatidos los ánimos de los chunchos, desconfiados de suyo, y los de los fatigados Misioneros llenos de decepción y de amargura, después de haber perdido la salud por aquellos barrancos, rios y bosques, siempre mal alimentados, descalzos, mojados, tostados con el sol tropical, picados de los zancudos, á veces de las culebras, y alguna vez traspasados por la flecha del salvaje.

Es cierto que ellos soportaban con admirable teson estas penalidades, como el gran Apóstol (2 cor. 6. 4.) *in angustiis, in periculis, in fame, et nuditate*, con tal que pudieran bautizar un infiel, ó plantar una cruz en alguna loma, como prenda de esperanza y de salvación. Pero la naturaleza humana no es de bronce, como decía Job (6. 22.); y si las campañas militares causan bajas en los ejércitos, las religiosas también tienen sus víctimas, que con dolor sufren las comunidades, y que una sociedad demaciado egoista finge ignorar. Algunos magistrados apreciaron algo estos sacrificios, y estimulados por los pueblos más solícitos que ellos en el progreso de la propagación de la fé, se compadecían de las pérdidas de los Misioneros, acojían sus reclamos y les ofrecían su amparo: más, como sus solicitudes tenían que elevarse á los vireyes, y estos las mandaban á Madrid con informes no siempre propicios ni tan pronto como demandaba el caso; las más veces se perdían, ó venían tarde y mal despachadas, por mal entendidas, á pesar de haber sido consultadas en el gran consejo de Indias. Así es que con esas tramitaciones y la tardanza, se entorpecían estas santas empresas, y se malograban.

Añadamos á estas causas la oposición directa, aunque hipócrita y oculta, con que la envidia ó la maldad desbarataban los planes más bién concebidos. Helados se quedaban los animosos expedicionarios, cuando después de mil conflictos, esperando meses y años una provisión favorable para cojer ya el fruto de sus sudores, les venía de Buenos Aires, de Lima ó de La Paz, un carpetazo injusto y cruel, negándoles los subsidios y prohibiéndoles la prosecución de sus conquistas, que se veían obligados á abandonar dejando llorando á los neófitos, cuya reducción posterior se hacía casi imposible, porque ya desconfiaban de los PP. creyéndolos impostores y sin fé.

Ciertamente que las fatales circunstancias que á principios de este siglo trabajaban á la España, la invasión pérfida de Napoleón y los amagos de la independencia americana, desconcertaban á los gobernantes de acá y de allá, que, atendiendo más á la conservación de sus destinos ó de sus provincias, postergaban el adelanto de la conquista espiritual y desoían los clamores de los misioneros. Talvez, á fuerza de clamar, de instar oportuna é inoportunamente, venía alguna provisión, pero siempre tardía y mezquina; pués los recursos que se les concedían, eran tan escasos que apenas sufragaban para algunas herramientas y avíos, que consumidos quedaban en las primeras etapas: de que resultaba el desaliento de los expedicionarios, las enfermedades y el mal éxito de las expediciones. Las luchas entre realistas é independientes, que empezaron el año nueve y concluyeron á últimos del 24 en Ayacucho, tuvieron gran parte en la desatención de las autoridades, absorbidas completamente en aprestar armas y elementos para la guerra. Y en tan triste periodo, imposible fué emprender expedición alguna; y aún las reducciones fundadas apenas se conservaron con sus propios recursos, bién miserables por cierto, y por la Divina Providencia, que vela por sus criaturas aún cuando parece que las olvida. Y la prueba más palpable de ese cuidado paternal es, que en medio de tal trastorno político, cuyas marejadas arrojaron hasta España á los PP. del V. Colegio de Moquegua, algunos de ellos quedaron entre sus pobres y amados neófitos, allá en bosques del Inicua, y de Tinendo, de Tipuani y del Huanay, entre ellos el inmortal P. Herrero, reservado espresamente, como Elias ó Esdras, para la restauración de obra santa.

Al tratar de cada misión veremos mejor la trascendencia que estas causas indicadas tuvieron en el atraso, decadencia y casi perdida de tantos esfuerzos en bién de la Religión. Preciso es tomarlas en cuenta para no achacar al descuido ó ineptitud de los misioneros moqueguanos, lo que fué efecto de las turbulencias de la época, de la poca cooperación de los mandatarios, de algunas intriguillas socapadas, y de ciertas miserias casi naturales en las personas y cosas humanas. Y lo doloroso es que con la pérdida de las misiones del rio de Santa Ana y la clausura del Colegio de Moquegua, quedaron abandonadas las de la Diócesis del Cuzco; y quedó roto el hilo del gran laberinto del interior de esta América meridional: hilo que debía conducir á los Teseos evangélicos al enlace de tantos millares de nómadas y antropófagos esparcidos en las inmensas playas del Ucayalí, del

Beni, del Itenes y del Bermejo, guareciéndose como culebras en las enmarañadas selvas de los Sibipos, de los Pacaguaras, de los Araonas, de los Mojos, de los Chiquitos, de los Yuracarés, de los Tobas, de los Chimanes, de los Chiriuanos y de tanta infinidad de salvajes unos dóciles, otros feroces, que forman no el soñado imperio del Paititi, sinó el de la más embrutecida barbarie, cuyo rey es el príncipe de las tinieblas, y cuyas costumbres son las de la pobre humanidad hundida en su última degradación, cuya existencia bestial sería capaz de conmover las entrañas del mismo Rousseau, á pesar de que el decía:—Que el salvaje era feliz porque los árboles del bosque le daban sus frutos para alimento y sus hojas para su cama. ¡Ah, si el filósofo ginebrino viera la clase de frutos de aquellos bosques, la desnudez, el idiotismo, la indolencia y á su vez la ferocidad de aquellos míseros seres! vería que no es lo mismo hablar y escribir desde un bufete ó un gabinete confortable de París, ó ir como un pastor fatigado por vados y riscos tras las huellas de sus ovejas fujitivas, trasformadas en lobos, que abandonan sus hijos, que devoran los ajenos, y que constituyen su placer supremo en acabarse de embrutecer bebiendo su chicha en el cráneo de sus enemigos!

Pués bién: el placer más grato del sacerdote misionero es el ilustrar una de esas almas, el convertir en manso cordero uno de esos lobos, el reunir en un solo redil, por pequeño que sea, unas cuantas familias de estos seres miserables, cuyo rudo idioma, casi graznido ó ahullido diriamos, es preciso aprender, acostumbrarse á sus escasos y nauseabundos alimentos, seguir sus ridículos caprichos y tolerar con suma paciencia sus brutales instintos; hasta que á fuerza de sufrimiento y de caridad, que todo lo aguanta y sufre por Dios, se logra hacerles comprender algo de su mísera situación y de las ventajas de la vida social. Asi pone la religión en el tosco corazon del infiel la base de la futura civilización; no con utopias ridículas, sino con el ejemplo del trabajo, de la frugalidad, de la abnegación, de la privación absoluta de la comodidad y de los goces más legítimos que tendriase derecho á disfrutar...!Cuantas veces el estúpido infiel resistiéndose á las insinuaciones amorosas de su catequizador parece decirle con sarcástica ironía lo que J. C. decía á sus dicípulos: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me!* (Math. 8. 14.) Y hay que seguir á estos hijos del desierto para que no se pierdan, trepando tras ellos con el fardito al hombro, el breviario en una mano y el báculo

en la otra, por entre breñas y matorrales espinándose los piés y piernas, rindiéndose de fatiga y de angustia, hasta que el veleidoso nómada se resuelve á plantar el primer palo de su cabaña: entónces el Misionero planta la cruz, delinea su capilla, y vá desmontando el bosque que será el campo de su reducción. Así se inicia la agrupación de algunas chozas, que después se llamarán Apolo, Reyes, Trinidad, etc. No se olvide el lector estas indicaciones que no son poéticas, y que verá comprobadas en la continuación de este relato.

CAPÍTULO X.

Misiones de Apolo ó Caupolicán, su origen é intercadencias.

Perdidas las esperanzas de poder continuar las expediciones religiosas por el interior de la Diócesis del Cuzco, no se extinguió por eso el fervoroso celo de los PP. Conversores: por desgracia todo el vasto corazon de esta América está, no diremes poblado, sino serpenteado de inumerables hordas de montaraces indígenas, cuya feroz rudeza no pudo domeñar el genio de los Incas, ni hacerles conocer algo de la empresa asaz civilizadora que iba paulatinamente amanzando los demás distritos de su dilatado imperio. Los indolentes é indómitos hijos de los rios y de los pantános, de los pajonales y de los matorrales, esparcidos por la zona oriental de los Andes, opusieron una resistencia tenaz á los bravos nietos de Manco-Capac, á pesar de su aguerrida destreza en las peleas de las pampas y valles de la situación occidental. Quizas el calor exesivo, la escasez de alimentos análogos enervaba en aquellas vegas pantanosas á los guerreros de la puna, que perecían por fiebres malignas, mordidos de tábanos y mil insectos, ó tenian que retroceder penosamente sin haber podido divisar muchas veces á unos bárbaros más habiles que ellos en el disparo de la flecha, en vadear los rios más caudolosos, en embarcarse

como culebras y en vivir de raices y frutos silvestres, como monos: lo cierto es que ellos conservaron su aislada vagancia contra los conquistadores, cual los Vascos conservaron su independencia contra los cartagineses y los romanos.

Pués bién; á esas tribus de dura cerviz, de corazon indómito, de raza ferina, de tipo indescriptible, son las que se propusieron amanzar con la fé aquellos buenos hijos del seráfico Patriarca, que ardía en santo celo para poner á todo el universo á los piés de J. C. Con este espíritu emprendieron el recobro y adelanto de las misiones infieles del Partido de Caupolicán; algunas de las cuales habían sido antes reducidas por los PP. del Colegio de Tarija, como diremos más adelante; y otras las doctrinaban todavía los Padres de la provincia franciscana, llamada de S. Antonio de los Charcas: pero los bárbaros circunvecinos las asaltaban frecuentemente para robarles las herramientas, y también las mujeres y los hijos, que se volvían paganos y apóstatas, como solía suceder con los europeos esclavizados por los piratas africanos. Para impedir, pués, tan perjudiciales invaciones, preciso era un refuerzo de nuevos operarios, como una República necesita nuevas fuerzas cuando son invadidas sus fronteras. Los misioneros, pués, vinieron como nuevos soldados de J. C., á despejar el campo, á reducir á los inquietos vecinos, atrayéndolos con sagacidad, obsequiándoles hachas, machetes, cuchillos y otros objetos que ellos tanto apetecen, ya que la fé suele entrarles por las manos.

La empresa se tomó por dos rumbos ó puntos casi opuestos, aunque debían concentrarse con el tiempo, tomando por puntos de partida Apolo y Tipuaní, fundados antes por los Franciscanos y Agustinos, como avanzadas provistas de algún apoyo y recursos para internarse en la barbarie, cuya reducción era árdua y casi imposible; pués algunas de sus tribus ya habían sido iniciadas en el cristianismo, y cuando alguna vez lo dejan son como los frenéticos renegados, á quienes se les puede aplicar lo de S. Pablo á los Hebreos (6. 4.): es imposible volver á renovar en la penitencia á los que una vez fueron iluminados y creyeron. Sin embargo, para facilitar esa renovación en espíritus tan embrutecidos, el Rey Cárlos IV mandó que les diesen á los PP. Misioneros de Moquegua tres pueblos ó reducciones inmediatas á las fronteras de la barbarie. La real orden se cumplió, aunque con ciertas restricciones que dieron mal resultado. y con escasísimas

provisiones por parte de los que debían suministrárselas: defecto común, que ha hecho fracasar casi siempre las empresas más halagüeñas, digo, si se trata de empresas religiosas, pués para las civiles y militares, no se escatima nada por enormes que sean los presupuestos y los derroches.

Los destinados al recobro de aquellas tribus fueron los intrépidos PP. José Figueira, Fr. Antonio Serra y Fr. Vicente Ferrer, que, venciendo dificultades, tuvieron la suerte de poderse insinuar favorablemente en los ánimos de aquellos infieles, á quienes anteriormente y en diferentes épocas se les había intentado reducir. Y aquí, en obsequio de la justicia y de la sinceridad histórica, es indispensable consignar las diferentes empresas anteriores, ya por los Padres de la provincia, ya por los de Tarija, si bién interrumpidas y no logradas. Y para mejor inteligencia de las vicisitudes que han sufrido aquellas reducciones, daremos una compendiosa reseña de su conquista y diferentes empresarios.

Á mediados del siglo 17 pidió Dn. Pedro de Alegui Urquizo la conquista de Caupolicán, que le concedió el Rey con privilegios; y la emprendió con gente y grandes aprestos, y con unos Padres Agustinos, con los cuales fundó su primer pueblo, llamándolo S. Juan de Sahagun de Mojos. Continuó su expedición, y fundó Apolobamba con el nombre de Ntra. Sra. de la Concepción: pasó adelante hasta Aguachiles, pueblito de indígenas, donde murió de tercianas. Su segundo quizo conquistar los Lecos; pero murió en la empresa, y la gente desalentada se retiró á Mojos penosamente, dejando Aguachiles y Apolo abandonados: lo que fué una gran fatalidad. Como diez años quedaron así, hasta que en 1670 Dn. Gabriel Gonzales, alucinado con la idea del Paititi, la volvio á emprender bajando por el rio con sus gentes; pero nada encontraron, y se volvieron á Mojos dejando las armas y aprestos en una isla. Iba de capellán en esta comitiva el P. José Vascones franciscano (vease la nota adjunta.)

NOTA. Para aclaración de lo dicho copiamos una nota interesante, sacada por Dn. Vicente de Ballivián y Roxas de de la crónica del P. Calancha y otros.

«Huaina-Capac mandó á su hermano Urcu Huaraca á conquistar á los Chunchos; pero nada pudo conseguir. Pizarro mandó con el mismo objeto al célebre Pedro de Candia, pero nada logró: mandó después á Pedro de Anzures,

Ya que los exploradores militares fracasaron en esta empresa, la tomaron de su cuenta los hermanos del dicho P. Vasconnes, entrando por Carabaya en 1680: estos fueron cuatro, á saber, el P. Bartolomé Sumaeta, el P. Francisco Corso, el P. Andrés Castro y el P. Pedro de la Peña, á los cuales se asoció el cura de Sandia Dn. Antonio Camargo. Vencidas varias dificultades, pudieron reunir como treinta familias de la nación Casanagua, que son los que suelen salir á Paucartambo y cañaverales de Quillobamba, con los cuales formaron el Pueblo de Santa Bárbara, donde quedó el cura; y los PP. avanzaron hasta Araónas con indecibles percances; dos años estuvieron incomunicados con los de afuera, y si bién escasamente alimentados por los infieles, no podían celebrar, y se volvieron desconsolados después de haber bautizado algunos, llevándose solo un muchacho que, bién instruido, fué bautizado en el Cuzco por el Ilustrísimo Dn. Juan de Cartajena, Obispo consagrado de Tucumán, poniéndole por nombre Domingo.

Mientras estos cuatro franciscanos se salían de la barbarie por Sandia, otros siete se entraban por Mojos, cuyos nombres son, P. Francisco Cortés, P. Luís Enriquez, P. Pedro Saenz, P. Diego Gomez, Fr. Francisco Ruiz, Fr. Manuel Lago, y el hermano Juan Ojeda. Los Agustinos de Mojos se quejaron que estos pasasen por su reducción; y el Virey ordenó que se abriesen

---

con el mismo mal éxito. Pasados algunos años, y siendo Virey el Conde de Nieva, nombró este por Gobernador de los Chuncos á Diego Maldonado, llamado el rico y vecino del Cuzco: este mandó á su Capitán Juan Nieto, que se volvió de Apolobamba. Fueron sucesivamente nombrados otros por Gobernadores, pero nada consiguieron, hasta que el Virey Montesclaros nombró por gobernador al Capitán Pedro de Legui Urquizo, dándole el corregimiento de Larecaja por tres años. Antes de este entraron algunos sacerdotes con vario suceso, y entre ellos el P. Miguel de Urrea, jesuíta, que fué el primero de esta Orden que entró á los Chunchos en 1597, quien murió allí, y su cuerpo fué trasladado á La Paz en 1601, á esfuerzos del Corregidor de Larecaja (Arecacxe) Dn. Diego de Vargas Carvajal. (Libº. 2º. cap. 9.º)

«Habiendo el Capitán Pedro de Legui recibido los despachos de Capitán general, Gobernador y poblador de las tierras de los Chunchos y Provincia de Tipuani, con amplia facultad de hacer levas de gente, juntó 165 soldados y entró con ellos por la parte de Camata, el 14 de Junio de 1615, llevando tres reli-

otro camino; y guiados por un indio baqueano, lo abrieron por Amantala: vadeando este y otros rios, trepando serranías y valles, descalzos, casi desnudos y extenuados, pero siempre con invicto teson, lograron tener diez reducciones en menos de seis años: cuatro de estas, por la inconstancia de los neófitos, desaparecieron; y fueron S. Pedro de Alcántara de Araonas, S. Buenaventura de Chiriguas, el de Lecos y otra. Fatalidad fue esta, pués eran como las avanzadas á la gentilidad: pero quedaban seis, que son S. Juan de Buena-vista fundada por el P. Nicolás Dias, Fr. Diego id. y Fr. Juan Treviño, con los indios Siliamas y Pamainos, que quisieron establecerse en una calurosa vega, donde se apestaron y tuvieron que subirse á Pata en 1686, cuya Iglesia se aperó con todo lo necesario: el 2.° fué Apolo, restaurado en 1682, en mejor lugar por el P. Pedro Saenz de Mendoza, con buena Iglesia, Convento, vasos sagrados, efigies etc: el 3.° S. José de Uchupiamonas, con Iglesia decente y su convento: el 4.° Santísima Trinidad de Yariapu ó Tumupasa, con Iglesia y convento corrientes: el 5.° S. Antonio de Isiamas, con iguales edificios: el 6.° Santa Cruz de Valle ameno, fundada por el R. P. Fr. Estéban, Aramburú *bis* Provincial, varón de grande espíritu, que la constituyó casa central, enfermería y Colegio de lenguas de esas Misiones, en 1740, con fondos provinciales: su convento capaz, bella Iglesia con vasos sagrados y ricos ornamentos. Á

giosos, dos de ellos Agustinos. Llegó primero á Mojos (pueblo cerca de Pelechuco,) después á Apolobamba, donde el 10 de Agosto de 1615 fundó una población con el nombre de Ntra. Sra. de Guadalupe, en un sitio agradable, cerca de la cordillera de Colapillosa, rico de minerales de plata: en ménos de tres meses quedó edificada la población, pero, como el corregidor de Larecaja no le mandase los víveres precisos, tuvieron que salirse hostigados por otra parte por los indios Lecos. El gobernador juntó de nuevo gente en Larecaja, y por 2.ª vez entró á Mojos por Pelechuco, en Junio de 1616. En Mojos fundó la Villa de San Juan se Sahagun y en ella el convento de S. Agustin en Julio de 1617: vinieron varios caciques á prestarle obediencia.—El Gobernador Legui murió en 1628, en Calacoto, mombrando por su sucesor al Capitán Pedro Macuso, vizcaino como él; pero este renunció el gobierno en el Maese de Campo Franco. Gil Negrete, quien no siguió la conquista por varios incidentes; pero en el tiempo de su mando, en 1642, se descubrió que el rio Tuichi era navegable (Lib. 2.° cap 26.)»

estos seis se agregó S. Francisco de Mojos, que desampararon los Agustinos. *Estos siete* pueblos ó reducciones franciscanas constaban de 2325 almas, según una relación escrita en el Cuzco en Julio de 1747.

Sensible es que este manuscrito no nos dé más luz sobre los años posteriores, que sospechamos irían en decadencia tan prósperos principios, por falta de recursos ó de sujetos asaz valerosos en la provincia para continuar tan ardua empresa. Algunos, empero, quedarían á sostener los puntos establecidos hasta que vinieron á auxiliarles seis Padres del Colegio de Ocopa, de los que iban á fundar el Colegio de Tarija en 1755: pués consta que, llegados al Cuzco en Julio de dicho año, fueron á Apolobamba á estrenar su apostolado los PP. Fr. José Orduña, Fr. Alonzo Barrera, Fr. Manuel Chacon, Fr. Matías de S. Diego, Fr. Buenaventura Bellido, sacerdotes, y el converso Fr. Juan Navarro; á quienes se les reunió luego el P. Fr. Manuel Gil primer Vice-Comisario de aquel Colegio, donde se fueron después de haber trabajado tres años enteros entre los infieles de Caupolicán, dejando allí algunos de sus hermanos de la Provincia de S. Antonio de los Charcas, que siquiera á fuerza de sacrificios sostuvieron aquellas reducciones tan difíciles como penosas por la indolencia, inconstancia y pobreza de sus catequizandos, tanto más que estos y sus conversores no tenían más recursos que los de la caridad de los fieles de afuera, siempre escasos é inciertos.

Quizás estas penurias agotaron ya la paciencia de los PP. observantes; pués en una presentación del R. P. Avellá al Virey de Buenos-Aires, se asegura que la Provincia hacía mucho tiempo había renunciado aquellas misiones, y aún, que el Obispo de La Paz tenía órden de S. M. para colocar en ellas clérigos seculares: cosa bién difícil, y cuyos inconvenientes no podían preveer desde Madrid los consejeros de Indias. La distancia, la falta de nociones exactas sobre las localidades, las personas y las circunstancias, la carencia de veracidad en los informantes, el prurito de los Estadistas en creerse competentes para resolver lo que solo entienden y pueden ejecutar los hombres prácticos; las intrigas que siempre culebrean en las cortes y malean las intenciones más sanas, las pretensiones de interes particular ó de pasión: todo esto ha contribuido á dictar disposiciones desacertadas que no han podido tener aplicación ó que la han tenido desgraciada en gran parte de los asuntos de América, y especialmente en lo relativo á misiones ó reducciones de infieles, cuya

índole y costumbres, cuya suspicacia y volubilidad no pueden conocer los que no se han tomado la molestia de ponerse en contacto con ellos allá en sus selvas y pajonales: sólo el pobre misionero, con el breviario en una mano, su bordon en la otra y su atadito al hombro, siguiendo aquellos nómades indefinibles, conoce y comprende sus miserias y necesidades, el modo de reducirlos y conservarlos; asi como sólo el audaz marino conoce y marca el rumbo y los escollos de los mares, (Eccli 43. 26.), sigue impertérrito á través de un Istmo fragoso hasta bañarse en el Pacífico, como Balboa, ó hasta salir de un estrecho pantanoso al océano del sud, como Magallanes.

Un océano de dilatadísimos bosques, cruzados por caudalosos rios, por fieras y salvajes era el ideal de los tres misioneros antes nombrados, el P. José Figueira, P. Antonio Serra y P. Vicente Ferrer, al internarse en aquellas inmensas zonas, sin horizonte, cuyos confines se estienden hasta las fronteras del Brasil y de Mojos, cuyos rios pagan tributo al Madera y Amazonas, y cuyas inumerables tribus deseaban civilizar hasta hacerlas á todas capaces de la vida social y cristiana, que con caritativa abundancia vino á darnos J. C., á quien los samaritanos aclamaron Salvador del mundo, y sin cuya intervención el mismo mundo civilizado retrocedería á la barbarie con el monstruoso ateismo.

CAPÍTULO XI.

Continuación—contradicciones á los Padres: fracaso.

Ya hemos dicho en el capítulo precedente que los Padres destinados á la reducción de infieles del interior de Caupolicán, fueron el R. P. Figueira, y el P. Serra los dos del Colegio de Moquegua: ellos emprendieron su comisión á mediados del año 1804, con tanta resolución como felicidad: recursos les faltaban, pero no les faltó valor, y Dios les fué propicio en su empresa. Las tribus que esperaban reducir al rebaño de J. C. eran las de los Toromonas, Matchuvis, Araónas, Sacabinos y sus limitrofes, nómades semi-apóstatas, de cuya ferocidad había esparcido la fama tristes anécdotas, pero nada los intimidó.

Después de algunos dias de camino al N. de Pacaguaras, entre pajonales, curiches, ciénagos, etc., encontraron algunas rancherías, cuya vista ensanchó su corazón, mucho más al ver que su capitán Amutarí los recibió el 25 de Agosto de 1805 con buen ánimo, disponiendo Dios su mente como la del Eunuco de Candace; y con su empeño, el celo y paciencia de los misioneros consiguieron formar, por lo pronto, el pueblo de N. S. del Carmen de Toromonas, el 12 de Octubre de 1805, con la fundada esperanza de formar luego otros ocho pueblos más de las otras tribus que

se iban presentando por las invitaciones del buen Amutari, por los regalitos que les hacian los Padres y las promesas que les repetian de traerles más herramientas y un Padre para cada reducción: aquellos infelices estaban locos de contento y prometian atraer al cristianismo á otras familias más interiores, conocidas y relacionadas suyas, cuyas correrías alcanzaban desde las vertientes de Carabaya hasta más allá del rio Nagigi (Madidi), de modo que las almas reducibles se calculaban por miles, y los reductores comprendieron que los dos solos eran insuficientes para cosechar una mies tan copiosa y esparcida; verificándose entónces lo del Evangelio (Math. 9. 73.): *messis quidem multa, operarii autem pauci.*

Los mismos indios se convencieron de la indispensable necesidad de más misioneros, de más herramientas y de más todo, para poder llevar á cabo tan vasta conquista; mucho más desde que los machetes, hachas, cuchillos y demás útiles apenas habían bastado para estimular la codicia de los que se venían presentando. Por lo que se convino, de común acuerdo, entre los indígenas y los Padres, que uno de estos saliese á La Paz á dar parte del descubrimiento de aquellas gentes y de sus buenas disposiciones; y á traer más recursos y colaboradores, comprometiéndose los neófitos á continuar catequizándose, á preparar los terrenos, á construir las casas y capillas, mientras el comisionado iba y regresaba de su expedición; mientras que el otro Padre quedaba ahí no solo como catequista sino como en rehenes ó garantía de la pronta vuelta del P. José Figueira, que sin perder tiempo, ni acobardarse por ser estación de aguas, emprendió su marcha de 400 leguas, confiado en la Providencia y dulcificando las penalidades de tan áspero viaje con las lisonjeras esperanzas de su benévola acojida y pronto despacho.

Pero ¡cuál sería su pena y tristeza, cuando, después de haber llegado rendido y enfermo á La Paz, donde contaba encontrar protección, recursos, colaboradores; encontró obstáculos, contradicciones, intrigas, que al fin de fines malograron la realización de aquella conquista que se presentaba tan próspera, y que por esa fatalidad se perdió, quizas para siempre! ¿Y á quién atribuiremos la culpa de aquella pérdida? Doloroso es decirlo; pero preciso es que el lector y la posteridad conozcan los antecedentes, para que su buen criterio infiera lo que callar deseáramos.

Los dos espresados sacerdotes, al pasar por Tumupusa é Isiamas, supieron por los vecinos la terrible prevención que los

Pacaguaras y demás tribus tenían á los conversores por un exceso cometido con ellos por un Padre imprudente, que 30 años antes, había intentado su conquista, y que, al llegar al rio Nagigi, (Madidi) entónces caudaloso, quiso obligarlos á pasarlo á nado para traer una canóa de la otra banda: ellos no se atrevieron, y enfurecido el P. Eusebio Mejía, tomando el miedo de ellos por desobediencia, mandó (decían) cortar la oreja á algunos de ellos, y tres fueron flechados: castigo tan cruel como inmerecido produjo funestísimas consecuencias, siendo la primera la retirada del mismo Padre, que tuvo que abandonar su empresa: los amputados sublevaron á los demás y se vinieron sobre Isiamas con ánimo de vengarse; por fortuna los Padres pudieron evitar su vengativo furor, escondiéndose: y no habiendo podido encontrarlos, desfogaron su rabia, flecharon á un Isiameño y á la imagen de S. Antonio, creyéndolo, obcecados, el P. Mejía, viéndolo con hábito azul. Estos dos hechos correlativos los sabían los vecinos de Isiamas, y los testificaron el R. P. Fr. José Jorquera, Visitador general de la Provincia, y el P. Fr. José Ballesta: pero el Sr. Obispo La Santa y Ortega se obstinó en negarlos, tratando al P. Figueira de impostor y algo más: hizo que el Gobernador Intendente le negase los recursos que pedía, y resolvió él mismo ir á visitar las Misiones y ver con sus ojos lo que la fama refería.

Bueno y laudable era que el Ilmo. Pastor de la Diócesis fuese á visitar aquellas ovejas suyas y las que iban á serlo luego por los esfuerzos de los PP. Misioneros de Moquegua. Más recelamos que aquella su resolución no era tanto por celo pastoral cuanto por la antipatía que él tenía á dichos Padres, por razones que á fuer de verídicos debemos siquiera indicar. El R. P. Fr. Tadeo Ocampo, primer Prefecto de Moquegua, tuvo su etiqueta con aquel Ilmo. Sr., que se dió por altamente ofendido de sus desatentas espresiones; de cuyo desmán se quejó á S. M. C.: y aquel Monarca obligó al referido Padre á dar una satisfacción al ofendido Prelado: se la dió muy cumplida desde Madrid, y la corroboró acá mismo el actual Prefecto Fr. Antonio Avellá. Más aquel Sr., cuyo génio no era *in omni patientia et doctrina*, no depuso su enojo; y parece le fué de capricho el oponerse á los planes ventajosos de los PP. de aquel Colegio, envidiándoles la gloria de aquella conquista. Cohonestaba él, para oponérseles, el que los Padres de la Provincia habían sido an-

tes los emprendedores de aquella expedición; que en verdad así fué; pero también lo era que la habían abandonado renunciándola formalmente al Virey, como se ha dicho en el capítulo anterior. Quizás ahora les pesaría de su renuncia viendo el buén éxito de sus hermanos de Moquegua, é intentaron en revindicar su derecho influyendo en el ánimo poco grato del Sr. La Santa; además invitaron al comisionado P. Figueira á desincorporarse de su Colegio y á tomar el hábito azul, sin querer atender que ese color echaría á perder la conquista; pués los indios, al verlo con hábito igual al del P. Mejía, se enfurecerían, recordando su inhumano castigo: y por esto habían protestado no querer recibir á sus parecidos, y si ahora se prestaron dóciles fué por que se convencieron que los nuevos Evangelizadores no eran de aquellos.

¡Que lástima! cuanto más el P. se esforzaba en inculcar esta especie, que no era infundada, más se empeñaban sus opositores en negarla: después, tarde yá tocaron con las manos los efectos de su incredulidad, hija de la antipatía y del capricho. Los recelos entrarían algo en aquella oposición; pués los PP. de Moquegua pertenecían á la Diócesis de Arequipa, y habían intentado varias veces internarse á Pacaguaras por los valles del Cuzco. Temería, pués, el Obispo de La Paz que, verificando estos tan codiciada conquista en terrenos no deslindados aún, podrían adjudicarla ó anexarla á la Diócesis Cuzqueña, privando á la pacense de su adquisición; idea infundadamente supuesta, pués jamás entró en la imaginación de aquellos religiosos varones, que reconocían sinceramente la jurisdicción del Diocesano de La Paz; y al Gobernador Intendente de la misma pedían los recursos para su conquista evangélica: y ni aún después, cuando se vieron injustamente desposeidos de aquellas reducciones, desengañados de sus esfuerzos y calumniados, imaginaron tal segregación; ocurrieron, sí, al Virey de Lima y al Gobernador de Puno, pidiéndoles autorización y recursos para poderse internar en busca de aquellos neófitos por el rumbo de Sandia ó Carabaya; porque les dolía en el alma que se perdiesen aquellos infelices, que realmente se perdieron, como ellos lo temían.

Cada vez que recorremos los documentos justificativos de lo que dejamos escrito, y de lo que vamos á escribir, sentimos el más vivo pesar viendo la satánica astucia con que el enemigo del hombre supo sembrar su maligna zizaña en los ánimos de los Ungidos del Señor, alucinándolos con quimeras, para marchitar en flor el buén grano del Evangelio sembrado en aquella región

que tan copiosa mies ofrecía: sí; solo Lucifer pudo preocupar á tan digno Prelado, haciéndole creer fácil el presentarse personalmente en medio de aquellos bárbaros y lograr su total conversión con los PP. de la Provincia, entre los cuales pretendió que fuese el P. Figueira; más este, temiendo el fracaso, no quiso cambiar su hábito de jerga, y se fué para Puno á dar parte á su Prefecto P. Avellá, cuya venida á La Paz impidió sagazmente el Sr. La Santa. La marcha del P. Figueira á Puno fué clasificada de fuga escandalosa por S. Ilma., cuando el pobre Padre, viéndose defraudado en sus justas esperanzas, acosado para que cambiase su hábito, creyó no podía ni debía cometer esa especie de deserción contra su amado colegio; convencido á demás que la tenacidad de S. Ilma. en llevar hábitos azules á aquellas tribus preocupadas tendría funesto resultado.

Pero Dn. Remijio, á pesar de mil reflexiones, que él creía imposturas, emprendió su marcha bién premunido de recursos, de religiosos y de regular comitiva; y llegó á Atén sin alientos para internarse más, á pesar de haber dicho y escrito que entraría hasta las nuevas reducciones: en ellas estaban los PP. Serra y Ferrer esperando con ansia el regreso de su compañero P. Figueira, cuando recibieron órden de salir á presentarse á S. Ilma. en Atén. Se resignaron á obedecer, dejando desconsolados á sus amados indios de Santiago y del Cármen: al verlos S. Ilma., los alagó y los invitó á cambiar de hábito para continuar su conquista; con igual empeño escribió al P. Antonio Lorenzo Sobral, que había estado por Cabinas.

Al salir estos sumisos religiosos á presentarse á S. Ilma., entró á Isiamas el P. Fr. José Ballesta, con hábito blanco, no azul, hízole entregar al P. Serra su misión del Cármen de Toromonas, con dolor de sus neófitos, que presentían la ruina de tan prósperos principios. Los misioneros, apesarados de tan inopinada destitución y desengañados de los halagos de aquel Prelado, salieron á Puno á referir este golpe al P. Prefecto Avellá, quién, indignado de ver como usurpado á sus religiosos y á su Colegio un campo tan vasto para emplear provechosamente su apostólico celo, escribiole á dicho Sr. una carta llena del más justo sentimiento por tan injusta destitución: carta que fué como el ultimatum de su correspondencia y el vaticino de lo que pronto sucedió con aquellas tribus desgraciadas. Vaticinio que en breve tuvo que deplorar el mismo Padre Ballesta destituidor del P. Serra. Oigamos lo que el mismo escribía desde Isiamas, el 6 de Julio de 1807, al Sub-delegado de Apolo, Dn. José Santa

Cruz y Villavicencio. «Yo esperaba muy feliz progreso.....Pero ¡ay Dios! (esclama) dia de la Santísima Trinidad por la tarde, 24 de Mayo, se eclipsaron mis esperanzas, mi corazón quedó cubierto con una nube triste y opaca que casi me hace experimentar la mortalidad. Considere U. cual quedaría habiendo visto la buena disposición de aquella nación para recibir el Santo Evanjelio, y saber ahora que murió Amutari, que ya no existen los Toromonas, que todos se han reducido á huesos secos y calaveras, que el pueblo de nuestras cristianas esperanzas se ha trasformado en un osario; y que las enfermedades y peste fueron cebándose en devorar á aquellos pobres hasta el término de acabarlos á todos: etc.» Así lo escribía y lo creía el P. Ballesta, que la peste había concluido aquellos infieles tan bién dispuestos; pero su compañero y colaborador declara esplícitamente aquella trajedia del modo siguiente.

«Fr. José Mariano Salas, religioso profeso de esta Santa Provincia de S. Antonio de los Charcas, en la mejor forma que haya lugar, digo: que, habiendo entrado por santa obediencia á servir las misiones de Apolobamba, presencié la entrega que el R. P. Fr. Antonio Serra, misionero del Colegio de Propaganda de Moquegua y primer fundador de la reducción de Ntra. Sra. del Cármen de Toromonas, hizo, así de dicha reducción como del 2.° pueblo que tenía hablado, al R. P. Fr José Manuel Ballesta, Comisario de Misiones de esta Provincia, bajo el correspondiente inventario y formal recibo, por órden del Ilmo. Sr. Obispo de La Paz. Que habiendo entrado después el referido P. Comisario Ballesta, por Setiembre de 1806, á posesionarse de los Toromonas con hábitos blancos, acordó con el caporal Amutarí que respecto á estar ya muy próximas las aguas, lo llamaría para el mes de Abril siguiente. En cuya virtud, dejó todos los enseres que había internado en poder de los infieles, regresando á Pacaguaras. En efecto, llegaron á su pueblo, el mismo que encontraron desierto y lleno de cadáveres, persuadiéndose que la peste los había consumido, por cuyo motivo el P. Ballesta suspendió reitirar su entrada, dando cuenta de todo al P. Provincial. Posteriormente entramos, por orden de S. Ilma., cuatro religiosos, acompañados de soldados y otra gente en número de 26, á reconocer dicho pueblo para certificarnos mejor de lo sucedido. Un indio de Pacaguaras, llamado Vicente, que por todo el camino nos estaba animando que no habiamos de volvernos sin hablar con los infieles, al llegar cerca del pueblo, se despareció de nuestra compañía: entramos sin embargo en él á las ocho del dia,

lo registramos todo á nuestra satisfacción, sin ver alma viviente, solo hallamos sesenta cadáveres entre hombres, mujeres y criaturas, con dos ó tres cabezas puestas en lo alto: herramientas ninguna, algunas medallas en la cama que fué del P. Serra, cuya vivienda estaba con todos sus adeherentes hechos por dicho relgiioso. Asi mismo encontramos dos ornamentos y dos capas de coro, un misal deshojado, y el libro de bautismos y entierros de tres que fallecieron mientras dicho Padre estuvo allí. El caliz no pareció. Á las doce del mismo dia, que fué el 4 de Octubre del año pasado de 1807, volvió el indio Vicente, antes desaparecido, y llamando á solas al Capitán de Pacaguaras, llamado Nicolás, habló un rato con él, y derrepente nos dijo—vámonos, tatas: vámonos, que los Toromonas están enojados, y pueden venir los Matchues á matarnos. El P. Fr. Juan Bautista Maurola insistió que nos llevase á ellos: á lo que respondió el indio: «Tata, este es el camino (indicándole) si quieres ir, véte con tus soldados. Yo nó: porque matar sacerdotes es mucho pecado.—Entónces, dame gente.—Gente no quiero dar, porque todos vais á morir». Oyendo esto salimos todos del pueblo á las dos de la tarde del mismo dia, tan aprisa que lo que caminamos á la ida en ocho, á la vuelta solo tardamos cinco...Observamos con toda claridad los cerros nevados de Carabaya, desde cerca del pueblo de Toromonas al poniente. De todo lo cual se concluye, primero.—Que la reducción de Toromonas no se hubiera perdido quizás, si hubiese permanecido en ella el P. Fr. Antonio Serra, pués en todo el año que él estuvo allí no hubo la menor novedad. Lo segundo, parece que no todos los Toromonas murieron de la peste, sino que los mataron las naciones vecinas por interés de las herramientas, que no se halló ninguna: lo que se comprueba con las cabezas que vimos separadas de sus cuerpos. Lo tercero, que los Toromonas que habían quedado ú otros infieles no estaban léjos, sinó emboscados cerca del pueblo, que rejistramos, y que el dicho indio Vicente habló con ellos. Lo primero se confirma con haber visto pisadas frescas cerca de un cadáver, y un indio dijo. —Tatas, aquí han venido á llorar. Lo segundo está manifiesto, pués siendo el indio Vicente el más empeñado antes en llevarnos á los otros pueblos, después fué el más empeñado en que regresemos para salvar la vida. Cuarto, que es muy difícil se haga reducción de tales infieles y sus inmediatos con los religiosos de la provincia por el lado de Apolobamba, por no haberlos conocido antes y tener muy presentes hasta el dia de hoy los agravios que ahora muchos años les infirió el cacique de Isia-

mas, llamado Dapapuri (significa comida estrujada) en compañía del P. Eusebio Mejía, religioso de la provincia, desde cuyo tiempo estuvo interceptada la comunicación con aquellos infieles, sin que ningún religioso se animase á entrar á visitarlos, hasta que el P. Antonio Serra consiguió el reducirlos. Quinto, que solo entrando misioneros de Moquegua por el Partido de Carabaya, hay esperanzas de reducirlos á todos á nuestra Santa religión, por que así los Toromonas que han quedado, como los demás pueblos de infieles están cerca, ó en las mismas orillas del rio Magno (Manu,) que parece ser el mismo rio de Inambari ó de Carabaya, de donde están no muy distantes, según observaciones por las contínuas humaredas hacia el lado de la cordillera. Es cuanto puedo decir, según Dios y mi conciencia, en obsequio de la verdad. Y para que no se malogren tantas almas, hago esta declaración, que estoy pronto á jurar en debida forma en caso necesario, y entrego al R. P. Prefecto de Misiones del Colegio de Moquegua para los efectos que le convengan. Puno y Marzo 1.° de 1808.—Fr. José Mariano Salas.»

Así terminó tan fatalmente una conquista que prometía ser tan floreciente para la sociedad religiosa y civil; y gracias á Dios que su disolución no se manchó con el sacrílego asesinato de los Sacerdotes, como lo temía el indio conductor. Véanse con esta pérdida los funestos resultados de un capricho, y quizás algo de ojeriza á los misioneros de Moquegua. Lo doloroso es que todas aquellas tribus, casi nómades, emigraron léjos, y algunos grupos que vagan por aquellos bosques y pajonales, quizás Guarayos, se asoman alguna vez á robar las chacaras de Isiamas.

CAPÍTULO XII.

Cavinas, su orijen, sus vicisitudes, sus expediciones—su actualidad.

Como aquellla remota misión está ahora á cargo de este Colegio de La Paz, es indispensable recordar siquiera su orígen, sus vicisitudes y sus condiciones actuales: además los Pacaguaras, los Guarayos, los Araonas, los Mojos y otras tribus esparcidas en el inmenso radio, ó delta casi diriamos, formado entre el Beni y el Madre de Dios, concurrieron á la formación ó reducción de Cavinas, cuya primera tentativa la verificó un Padre Jesuita, reuniendo algunos Mojeños ó Guarayos en la banda occidental del Beni. La discordia, siempre maligna, se introdujo entre estas dos tribus, que se ensangrentaron recíprocamente y al fin se separaron, como los hijos de Cam. Dos ó tres familias de Guarayos se acogieron á Reyes, y los Guarayos se fueron subiendo el Madidi, intentando aproximarse á Isiamas.

Este cisma bárbaro coincidió precisamente con la espulsión de los Jesuitas, hasta que el Padre Simón Sosa, recoleto de Arequipa, volvió á reunirlos de un modo providencial. De las familias acojidas en Reyes, vivía un individuo que le instó al P. Simón, ofreciéndole acompañarlo, asegurándole que aquellos antropófagos se dejarían amanzar oyéndolo hablar en su lengua.

Resuelto el Padre, tomaron tripulación reyesana y se bajaron por el Beni en una semana. Esto era á últimos del siglo diez y ocho. Al ver los Cavinas esa gente estraña, echaron á correr; pero, llamados en su propia idioma por aquel su pariente, se acercaron, oyeron dócilmente sus proposiciones, y se resolvieron á aceptar el cristianismo: y desde aquel momento, aquellos bárbaros domaron su innata ferocidad, pero también fueron el blanco del odio de los caribes Pacaguaras, cuyas incesantes hostilidades les obligaron á trasladar el pueblo al otro lado del Beni, en un lugar que hasta ahora se llama Chiriequi, que significa pueblo de piques, donde estuvieron dos años, y donde aún los invadieron los bárbaros Pacaguaras: entónces resolvieron establecerse tres dias más arriba del Beni, en el arroyo llamado Vira; pero ni allí los dejaban en paz, repitiendo sus rapiñas y asesinatos, hasta que, enfurecidos los Cavinas, tomaron la ofensiva y fueron persiguiéndolos hasta sus rancherías, que las quemaron, mataron á cuantos encontraron, ménos á los niños, que se los llevaron á Cavinas.

Con esa represalía cruel, propia de salvajes, vivieron tranquilos, aunque el pueblo estaba en lugar insalubre, y la gente moría hinchada. Hasta entónces ya se habían relevado cuatro Padres, á saber, en marzo de 1801 estuvo encargado de Cavinas el P. Fr. José Figueira con Fr. Pedro Plá, misionero del Colegio de Moquegua, quien se animó á emprender la conquista de los Capuibos é Isabos; dejó encargado Cavinas á su compañero P. Fr. Antonio Serra, y bajando por el Beni tres dias, hallaron, á la derecha, un riachuelo navegable, subieron un dia hasta dar con el pueblo de los bárbaros, que los recibieron flecha en mano; más, al ver que los exploradores tiraban las suyas al suelo y el Padre su bastón, se fueron amanzando, entraron en explicaciones, sirviendo de intérprete un apóstata de la Exaltación de Mojos. El Padre les regaló cuchillos, hachas etc.: vinieron después las mujeres y niños, que se habían escondido, les dió medallas y avalorios; y al fin convinieron en hacerse cristianos: eran allí 42 almas; pero más adentro decían que había muchos más. Como el Padre agotó sus provisiones, y no tenía paramentos para la misa, resolvió volver á Cavinas, donde lo acompañaron su capataz Yusairy (Sarare, según el P. Armentia) su mujer Buy, su hija Yaca y otros dos: á los cinco les gustó mucho Cavinas, y más Isiamas, donde los llevó el Padre para que viesen el órden y aseo de los cristianos. El Padre Figueira pensó proveerse de

todo para la fundación de aquel nuevo pueblo que pensaba llamar Purísima Concepción de Capuibos.

Esto escribía al Sr. Sub-delegado Quint el P. Figueira; pero dudamos que lo realizase, pués no hallamos documento alguno, y luego empezaron las desavenencias con el Sr. La Santa, que mandó entregar Cavinas á los Padres de la Provincia de Charcas, cuya entrega formal les hizo el mismo P. Figueira en Julio de 1806. Entre estos figura el venerando P. Mariano Paredes, de Arequipa, que estuvo con sus neófitos unos quince años, hasta que cegó, y se volvió á su Recoleta. Este santo varón trasladó el pueblo donde ahora está. En su reemplazo vino el R. P. Fr. Mariano Yangurén: entónces tenía el pueblo como quinientas almas, siendo las tribus más numerosas los Tiriguas, Cavinas y Pacaguaras. Siendo los Tiriguas los más, adulteraron el idioma cavina originario, y se formó el actual, que tiene alguna afinidad con el de los Araonas.

En esa época Dios libró á Cavinas de un total exterminio. Estaba el pueblo en tranquilidad, cuando un rencoroso Pacaguara, llamado Canasibo, concibió el proyecto de asesinarlos á todos y arrasar sus moradas. Para ello reunió mucha gente de sus parciales; venía marchando muy orgulloso, cuando la disenteria lo dejó muerto, como á Antioco, en tierra extraña. Al morir encargó á su segundo la ejecución de su diabólico plan, que se hubiera realizado, si hubiesen tenido un poco más de precaución. Para explorar la situación del pueblo destacaron cuarenta hombres, que fueron sentidos: sus mismos paisanos, establecidos ya en Cavinas, salieron como á saludarlos, les sonsacaron su proyecto, que comunicaron luego á los demás, y resolvieron batirlos. Tomaron, pués, sus flechas y se emboscaron, mientras unos de ellos emprendieron el ataque. Aseguraron al P. Yangurén en su misma casa, sin duda para asegurarlo mejor. Viéndose los invasores inpensadamente atacados, iban retirándose, cuando saliendo los emboscados, se huyeron en desórden, pasando el Madidi unos en canoa, otros á nado. Pasado el rio, se trabó una pelea entre ellos, matándose recíprocamente; y los que quedaron fueron tragados por un remolino del Beni. Solo salvó uno como los pastores de Job, que llevó la noticia del desastre á sus paisanos. Cavinas quedó salvo: el escapado se convirtió después, se llamó Sebastián Ruiz, y se casó con una pacaguara el año 1842.

Por entónces también favoreció á Cavinas una desgracia: esta fué la pérdida de Santiago de Guacanánas, cuyos neófitos se remontaron por habérseles ausentado el P. Conversor (muy expuesto es dejar sin Padre á las reducciones nuevas). Sabiendo el P. Yangurén aquella dispersión, mandó treinta cavineños, que encontraron las casas abandonadas y tiradas las cosas de la Iglesia, que las recogieron y se las llevaron. Al regresar, buscaron la gente, y encontraron unas quince familias que condujeron á Cavinas. Otros dispersos fueron á dar á Isiamas: solo se perdió la familia de los Tabus, Santiago, cuando se remontó según declaración verídica, constaba de veinticinco matrimonios, poco más ó ménos. Asi es que las quince familias recogidas aumentaron Cavinas; pero una calamidad la disminuyó: luego sobrevino la viruela, asociada de la disenteria, enfermedades casi endémicas en aquellos lugares, que se tragaron la mitad de la población; y muchos de los Pacaguaras apostataron por miedo á la muerte. Para colmo de desgracia, el celoso Padre Yangurén perdió la vista: por ver si la recobraba lo llevaron á Tumupasa y á S. José, donde se alivió un poco con el esmero de sus buenas gentes: los suyos salieron, y tanto se enterneció al verlos que se bajó con ellos á Cavinas, cuidándolos en su ancianidad del mejor modo posible, cual otro Tobias; después de un año falleció *in osculo Domini* rodeado y llorado de aquellos sus tan queridos hijos, en 1838.

Antes de fallecer fué mandado á sucederle el P. Serafin Brachi con Fr. Benito Lanteri; éste, lego entónces, permaneció allí dos años; pero el P. Brachi se salió antes muy enfermo. Ambos eran miembros del Colegio de La Paz. La viruela y la disenteria iban concluyendo la población: compadecido el P. Fr. José María Ciuret de tanta desdicha, fue á consolarlos desde Tumupasa, en Marzo del 42, que al ver los ranchos abandonados, las familias esparcidas en el pajonal unas, otras más lejos y desoladas, las animó y reunió, prometiéndoles mandarles Padre; y si no hubiese quién, que él iría. ¡Que contraste! un pueblo que debía contar como dos mil almas, estaba entónces reducido á solas ochenta, por las pestes, viruelas, discordias etc.

El P. Ciuret, por más que anhelaba remontar aquella expirante misión, no puedo, por entónces, cumplir su palabra, porque contrajo la espundia en Tumupasa, y tuvo que salir á curársela en La Paz, donde logró que fuese á Cavinas el P. Fr. Alvaro Heredia con Fr. Salvador Sadó, en Junio de 1845, si bién no estuvieron un año, rendidos y fatigados de tanta consternación y

miseria: entónces fué el P. Ciuret con Fr. Martín Pueyo, cuyo primer cuidado fue emprender la reducción de los Pacaguaras fugitivos; y después de penosas pesquisas, al cabo de dos semanas, pudieron encontrar veinte personas escondidas, que otras tribus las perseguían de muerte. Fueron, ó más bién dicho, se dejaron conducir como asiladas á Cavinas, de donde, al medio año, desaparecieron una noche. Algunos Cavinas fueron á traerlas; más volvieron sin ellas; y se sospechó que ellos mismos las incitaron á consumar su deserción; pués es sabido que los tales Cavinas, sea por celos, sea por brutos, son enemigos de la hospitalidad y de la anexión de sus vecinos infieles, y las más de las expediciones emprendidas se han malogrado por su culpa: y si no fuera que Cavinas es como una etapa avanzada para otras reducciones, bién merecería ser abandonada, como Corazain y Betsaida; pués para ninguna otra misión han necesitado más virtud, más abnegación y más sacrificios los Conversores que para la tal Cavinas.

En el alma le dolía al P. Ciuret la fuga de aquellos infieles, y fué luego en persona á buscarlos, como un buén pastor; pero debálde, pués, si bién encontraron su rastro, al fin lo perdieron, y tuvo que volverse desconsolado después de un penoso rodeo de cien leguas. Y nótese, que estas arriesgadas excursiones las hacía el P. Ciuret por su celo, cuando aún no estaba encargado de aquella doctrina: pero, luego que se retiró el P. Heredia, ya se la encargó el P. Prefecto; y entónces se contrajo á catequizar á los insubordinables cavineños, tan bestias como los Cretenses, según frase de S. Pablo (Tít. 1. 12.). Cuando los indómitos Pacaguaras se veían acosados por otras tribus más feroces, se venían á refujiar á Cavinas; y á últimos del 49 y principios del 50 se presentaron 51 indivíduos, que algunos volvieron á fugar, otros murieron bautizados, y pocos quedaron.

El año 51 fueron otros Pacaguaras y tres Araonas á buscar herramientas, avalorios etc.: se les dieron los que se pudo, y se fueron contentos prometiendo volver: en efecto el 51 volvieron 55 hombres Araonas y Cavinas, con los cuales no podían comprenderse por la diferencia del idioma. El Padre propuso entónces á uno de ellos que le dejase sus chicos para instruirlos, y después podría volverse á su tierra. Convino el principal en dejarle su hijo, diciéndole.—Yo te lo entrego. El jóven Araona quedó triste primero, pero alégrose luego que entendió la lengua de la misión, y con ella se hizo capaz de la doctrina cristiana, y decía.—El Dios de los cristianos es muy bueno y rico: el nuestro

es muy pobre y mentiroso. Al verse su buena disposición se le bautizó con el nombre de José Nari; después se casó allí mismo y le sirvió de intérprete al Padre en la expedición á los bárbaros en agosto del 57: expedición penosísima, que solo sirvió para iniciar una conquista ulterior: en esta entre ida, vuelta y descansos estuvieron un mes cabal, cuyas molestas jornadas refiere el Padre dia por dia, sufriendo lo indecible de hambre, sed, enfermedades, abejas, hormigas etc. etc., hasta que llegaron en 14 dias al rio Mayari ó Manuripe, significa rio chico en lengua araona: en la otra banda encontraron la ranchería, cuyas mujeres les proporcionaron plátanos, yucas etc.; los hombres estuvieron muy recelosos, hasta que José Nari les esplicó el objeto de nuestra visita, que, al parecer, recibieron bién y sin repugnancia. Más, viéndolos algo desconfiados, como todo indio, les regalaron algunos cuchillos, chaquiras, sortijas etc. y se fueron á dormir á la otra banda del rio, de donde regresaron á Cavinas, con iguales trabajos que á la ida.

Tal fué la primera expedición ó excursión á los Araonas: la segunda se hizo el año 1858, por Octubre, en compañía del P. Benigno Bibolloti y P. Bernardo Clerici: las pascanas y trabajos fueron iguales ó peores que en la anterior, guiados siempre por Nari, experto en aquellos descaminos é idiomas: sus insinuaciones á aquellos sus afines facilitaron la buena acojida del pueblo del año anterior. Y sabiendo que como tres leguas más allá había un grupo de seis familias, fueron á anunciarles el reino de Dios, y á aconsejarles que se reuniesen con los otros para formar un pueblo grande: y se comprometieron á ello. Se les hizo el acostumbrado regalo de herramientas y chucherías que ellos más apetecen, y sin cuyo atractivo no se les reduce. El año siguiente complieron su palabra: se les reunieron otras familias y formaron el pueblo que se llama Concepción de Araonas. El franciscano no puede olvidar su Purísima.

La tercera expedición se hizo con el P. Samuel Mancini, en Noviembre de 1860. Á más de las molestias ordinarias, el P. Ciuret sufrió una fuerte insolación y una dislocación de pié; que temía le impidiese el viaje; pero Dios lo alivió pronto, y pudieron proseguir á pié por un inmenso pajonal; y lástima es que no esprese que rumbo tomaron. El tercer dia durmieron en Paya sepere, que quiere decir, arroyo que llora. Dos dias después llegaron á una ranchería abandonada; el dia siguiente á un pueblito de bárbaros, que ya los conocían y los recibieron muy bién: de éste pasaron a otro pueblo que tendría como 22 matrimonios.

Á todos se les anunció la buena nueva de la fé, se les obsequiaron los regalos de costumbre, se les invitó á formar un solo pueblo con los otros y con los vecinos que ellos conociesen. Se ofrecieron á cumplirlo: vinieron luego algunas partidas más, de eosas también de reunirse. Dejándolos en esta buena disposición, emprendieron su regreso, y á los dos dias se encontraron con dos infieles mandados de otro pueblo para que los visitasen: les agradecieron su atención, les dieron algunas cosas, y les encargaron el reunirse con los anteriores: luego se pasaron al primer pueblo, que encontraron á la ida, que recibieron á los PP. con gran agasajo y comidas. El P. Ciuret mandó hacer una gran Cruz, que la bendijo, adorándola todos y haciéndola besar á sus hijitos; trajeron flores silvestres y clamaban—Tata edurzi, que equivale á—Señor, ten piedad de nosotros! Así quedó como plantada la Religión en ese pueblo de Araonas, que lo llamaron—la Asunta de los Araonas, y al primero Concepción.

Esta reducción calcula el P. Ciuret que podría contar más de quinientas almas: la de los Caviñas de seiscientas cincuenta, y todavía andan esparcidas por aquellos páramos otras varias tribus, que podrían formar otra tan numerosa ó mayor reducción. Lo lastimoso es que faltan Misioneros para reducirlos y catequizarlos, faltan también recursos para atraerlos y habilitar aquellos desnudos é indigentes infieles, que no se someten á la fé sinó con el aliciente de machetes, hachas, cuchillos, ropas etc. de que absolutamente carecen y sin las cuales nada se haría con ellos. Otro inconveniente grave entorpece el adelanto de aquellas tribus, y es preciso consignarlo para precaver ilusiones. Los indios de Caviñas, de ese pueblo que tantos sacrificios cuesta, tan poco susceptible de ilustración, tan idiota y fanático, tan indolente para los pobres Misioneros, tan egoista y tan dominado por la envidia, no se presta, al contrario, se opone á la conquista; solo á pura fuerza acompaña á los exploradores, se finge cansado y enfermo para sus empresas; y cuando á fuerza de fatigas y de riesgos se logra reunir ó reducir algunos de sus circunvecinos, ellos, los cavineños, los vejan, los hostilizan hasta aburrirlos y hacerlos apostatar. Esta conducta desleal y pérfida es tal vez la causa principal del atraso de aquel pueblo, cuyos habitantes van diezmando cada año las endemicas disenterias y viruelas. ¡Cuán difirentes de los Mosetenes y Madalenos, cuyo mayor placer es seguir el rastro de los bárbaros, en animar y acompañar al Padre en la conquista y en traer almas á sus pueblos! Su empeño dulcifica todas las amarguras de las excursiones

del celoso Conversor. Si los cavineños los imitasen, su pueblo, léjos de disminuirse y atrasarse más cada dia (ahora solo cuentan ciento cincuenta almas): hubiera sido el emporio de aquellas numerosas tribus mesopotámicas, vagantes entre los caudalosos rios Beni y Manu, como los hijos de Sem entre el Tigris y el Eufrates: y en vez de estar adorando todavía á Belzebud bajo, el nombre de Baba—tsutu, adorarían al divino Redentor de nuestras almas, serían útiles á la sociedad y contribuirían grandemente á su mismo bién estar y al progreso de la industria, que activada con tantos elementos los pondría en comunicación con el resto del mundo y aumentaría la de los indivíduos y de la nación.

Si el celo de los PP. misioneros no despiertan su salvaje apatía, quizás á su pesar los dispertará la codiciosa especulación de los Gomeros cuyas barracas se ván plantando en aquellas riberas, y cuyas labores no son tan humanitarias como sería de desear. Muy de temer es que, siguiendo un sistema de tirantez, la mala alimentación, la inmoralidad y sus instintos brutales, acaben aquellos indígenas; y sus terrenos tan feraces queden sin brazos y se pierdan; pués no es fácil internar colonos extranjeros en paises tan mediterráneos, cuyo clima poco salubre los enervaría, y quizás los acabaría. Tampoco es fácil que la inmigración colonice el riñon de esta América meridional, como ha colonizado y civilizado los terrenos de los Natches, Iroqueses y demás indígenas de la América del norte; aún que allá no son ciertamente los indígenas los que han logrado las ventajas de aquella rápida transformación: los infelices se han visto arrojados y casi extinguidos de su suelo natal por esas oleadas de europeos á quienes las crisis y convulsiones del viejo mundo lanzan á miles á las inmediatas playas del nuevo, convirtiendo con su industria aquellas hutas y landas silvestres en campos productivos y en florecientes ciudades rivales de las de Europa. Más, acá casi es imposible esta metamórfosis por lo recóndito y desprovisto de estos inmensos páramos interiores, donde la afluencia de extranjeros laboriosos es más difícil que á la Siberia ó al Asia central. ¡Quiera Dios que el aliciente de empresas lucrativas faciliten las vías fluviales á la concurrencia de hombres emprendedores que conviertan estas soledades bolivianas en opulentas californias! Pero si algún dia llegase nuestro deseo á realizarse, sería indispensable que el Gobierno de Bolivia tomase medidas previsoras para que aquellas fertiles regiones no sean anexadas al Brasil, no se declaren colonias independientes,

ó estados rivales: que todo puede suceder en este variable mundo. Pero dejemos este cuidado á los directores supremos del porvenir, y sigamos nosotros la historia de nuestras misiones.

Antes de concluir este capítulo debemos notar que la de Cavinas, á más de su exelente arroz, yucas, plátanos y varias yerbas medicinales, produce espontáneamente en un vasto radio el cacao más exquisito y unas almendras más sabrosas que las de Cataluña: ellas son allí el grato alimento de aquellos naturales, y lo serían de los civilizados si lo costoso de su extracción no lo impidiera. Muy ricas cosas hay allá adentro, pero la dificultad de sacarlas nos priva de la complacencia de saborearlas.

CAPÍTULO XIII.

Chimanes, su conquista, asesinato, su ruina.

Estos indígenas de siniestro instinto son unas tribus nómades, cuyas madrigueras solían ser los bosques y playas de los rios Ocoñi, Emey, Anasene, Cosinge, Yaralda y Chimán, afluyentes del Coiro, que más abajo de S. Borja se llama Manique, muy caudaloso y navegable, aunque impiden su tránsito gran número de empalizadas, que forman bancos ó barreras, en las cuales anidan los caimanes, como los cocodrillos en las encañadas del Nilo: estos voraces anfibios suben hasta más arriba de Chimanes. El agua del Coiro es tersa y tan trasparente que se vén las piedras de su alveo y la gran multitud de peces que por ambos lados bajan como en procesión de tres y cuatro de fondo, de manera que los neófitos pueden cazarlos con certeza y facilidad, mejor que en la corriente casi siempre turbia del Beni, al ménos desde que el Boppi, Wopi, según la pronunciación de los indios, ó rio de La Paz, desagua en él.

La situación topográfica de Chimanes, en la provincia de Mojos, está, poco más ó ménos, á los 15 gs. de latitud sur, al S. E. de Reyes y de S. Borja, de cuyo pueblo dista unas veinte leguas, atravesando pajonales pantanosos y algunos bosques, si-

guiendo una senda paralela al rio Coiro: si bién los primeros exploradores fueron desde Madalenos por cerros y quebradas enteramente desiertas y penosas. El primero que las trepó, en busca de esa raza de Cananeos, algo emparentados con los Mosetenes, fué el incomparable P. Herrero en 1824. Copiaremos las palabras de sus apuntes. «Á principios de este mismo año hice una expedición á los indios Chimanes, que también son Mosetenes y del mismo idioma, quienes en varias ocasiones han venido á Sta. Ana á comprar herramientas y otras cosas. Los hemos tratado algunas veces, y siempre han manifestado muchos deseos de ser cristianos y vivir con el Padre. Viendo sus buenas disposiciones, determiné ir á sus rancherías; y en efecto fuí á visitarlos, acompañado de ellos mismos y de algunos de mis neófitos. No esperaban ellos mi visita; pero como ya tenían noticia de nuestras tareas, y viéndonos acompañados por sus propios deudos, nos recibieron con cordial benevolencia. Después de los primeros saludos, nada diplómáticos, les hablé de Dios y de sus almas y de la felicidad de los cristianos: hice llamar varias familias que vivían dispersas en aquellas inmediaciones. El grupo mayor de sus ranchitos donde llegué, se llama Coisinge, por estar cerca de un rio no muy grande, asi llamado. Mucho deseaba yo formarles una misión, según ellos me pedían, pero faltaban operarios; sin embargo, confiado siempre en Dios N. S., que no debalde había llamado á estas almas, quise, antes de ausentarme, y por si acaso algún dia se proporcionaban Misioneros, descubrir comunicación con la provincia de Mojos, que al parecer se ofrecía fácil por el rio Manique, en el cual desagua el Coisenge, y ambos se pierden en la pampa. Efectivamente, dispuse la gente y balsas necesarias, y nos embarcamos el 5 de Febrero de 1824. El resultado y sucesos del viaje lo refiero en el diario que escribí entónces». Lástima es que el tal diario se haya perdido.

«Concluida la expedición, sigue el Padre, y consolada aquella gente, me volví para Santa Ana, y en la Pascua inmediata vine á Huanay por varias diligencias y en especial por internar las vacas del Beni, que, como diremos luego, se llevaron por el camino nuevo. También habilité gente de Tipuaní para ayudar á hacer la roza del nuevo pueblo en Suapi; y todo se ha verificado con facilidad, gracias á Dios!»

Esto es lo que sobre la primera visita á Chimanes nos dejó escrito de su puño y letra aquel cultivador incesante de la Viña del Señor; pero creemos deber amplificar su relato con varios pormenores que él mismo nos refería al traernos de Europa en 1837, y con los recuerdos de los mandones de Mosetenes, que lo acompañaron en aquella expedición.

Los Chimanes oyeron con suma atención las doctrinas del Padre; y al ver que él, sacándose el crucifijo y besándolo, como en acción de gracias por haberle hecho encontrar aquellas ovejas descarriadas, se hincaron enternecidos, manifestando su buena disposición: mucho se fijaban en la modestia del misionero y en el respeto de sus neófitos. Su admiración se acrecentaba viendo á estos con talles decentes, con sombreros de paja, sus machetes (necesarios para abrirse camino al travez de los bosques), una escopeta y otros chismes de que ellos carecían en su pobre y desnudo salvajismo, y cuya vista les causaba codicia.

No hay duda que el deseo de adquirir esas cosas los induce más que la persuación de dejarse reducir, tanto más que los neófitos les explicaban á aquellos infieles que la ropa é instrumentos que más les llamaban la atención eran adquiridos ó industriados por el Padre, que les había enseñado á tejer, les proporcionaba cuchillos, agujas, ropas etc., y aún les perfeccionaba el cultivo del maiz, del arroz, de la Yuca, del maní, del cacao y de criar gallinas, con tal esmero que en su misión todos estaban contentos, porque todos andaban vestidos y bién alimentados, y todos trabajaban juntos en sus chacras, y juntos rezaban en la Iglesia, y mútuamente se ayudaban á formar sus casas y todos vivían como hermanos.

Encantados escuchaban estas relaciones aquellos bárbaros, que viendo el efecto y veneración de sus visitantes al afable y venerando misionero, se decidieron á aceptar la buena nueva, pero con la condición de que se les formaría la reducción en aquellos mismos parajes. Y no era extraña tal exigencia, pués hasta los civilizados siempre tienen un apego irresistible á su país natal por mísero que sea. En esta afición son iguales el esquimal y el francés. Convino, pués, el Padre en complacerlos, y ellos designaron el lugar de su futuro pueblo, desmontando una planicie en la banda oriental del Coiro; y mientras trabajaban y cuando descansaban, el Padre no perdía la oportunidad de irlos catequizando y fijar mejor en sus rústicas inteligencias los misterios de nuestra Santa Religión. Algunos, creyéndose bastante instruidos, pidieron el bautismo; más el nuevo Solano no los

creyó capaces aún, y como además no podía permanecer allí, sinó que debía volver luego á dar cuenta de su descubrimiento al Superior, que debía mandarle un relevo para Santa Ana; les encargó que esperasen su regreso, que procuraría verificarlo cuanto antes.

Más, á pesar de sus vivos deseos, el P. Herrero no pudo cumplirles su promesa, porque sobreviniendo por entónces las agitaciones de la independencia, los Padres de Moquegua dejaron de mandar operarios á las misiones, y los pocos que no se salieron al Colegio, quedaron como clavados y sin recursos, sin poder desamparar las reducciones formadas en el Beni, en cuyas encrucijadas vagaban otros infieles, que debían reducirse; los que para proveerse de hachas y herramientas solían invadir aquellas recientes misiones. En esta santa empresa andaba desvelado el P. Herrero, acompañado del R. P. Fr. Gerónimo Berdión, entónces Prefecto de Misiones, en cuyo destino le sucedió el P. Andrés, por elección del V. Discretorio de Moquegua. Esta elección no podía ser más acertada; pero fatalmente los operarios faltaban, los tiempos empeoraban, los recursos cada dia escaseaban más, pués los fondos del erario eran devorados por ambos partidos belijerantes, y era imposible avanzar un paso en el progreso de aquellas reducciones, tanto más que las atenciones del nuevo Prefecto abarcaban un horizonte más dilatado, y le exigían una actividad extraordinaria, que la supo tener, como lo prueban las siguientes líneas, que nos dejó escritas en sus notas. «Fuí á S. Pedro de Mojos á verme con el Sr. Gobernador, para ver si me facilitaba el atravesar por tierra el camino á los Chimanes y demás Misiones. Las aguas y la muerte de dicho Sr. Gobernador impidieron mis proyectos. ¿Y qué hacer entónces? Por no quedarme ociosamente detenido en Mojos todas las aguas, determiné salir por el rio Chaparé, hacia las misiones de Yuracarés, pertenecientes al Colegio de Tarata; y en el mes de Diciembre inmediato salí de Mojos y llegué con felicidad á dichas misiones, y sin detención á Tarata, á Cochabamba y á La Paz. De aquí pasé á Moquegua, y pasados pocos dias, al Cuzco, y luego regresé á La Paz; de aquí á Yúngas, y vuelta á La Paz, para entrarme por Sorata á estas Misiones, donde llegué antes de un año de mi salida de ellas, y después de andadas cerca de mil leguas». (Se vé que el celo apostólico equivale al vapor.)

«Mi viaje al Cuzco, dice el Padre, tuvo por objeto la renuncia de las Misiones de Cocabambilla, de Chaya y Sandemato, por ser imposible atenderlas por falta de operarios....El doce de

Agosto de este año 1822 llegué á la Misión de Huanay, y me interné inmediatamente á la de Muchanis, donde estaba el P. Manuel Pozo. En esta ocasión trasladamos el pueblo de Tinendo al encuentro del rio Kaka, junto á un arroyo llamado Apichana. Luego me trasladé á la Misión de Santa Ana, que estaba sin sacerdote, pués el P. Narciso Arnau había pasado á Huanay: durante las aguas me dediqué á enseñar la música á los chunchitos, que luego la aprendieron, y tuve el gusto de oirlos tocar sus instrumentos y cantar la misa, el rosario y otras funciones.»

«Pasadas las aguas, volví á Muchanis con el P. Pozo, que mandé á Reyes en solicitud de varias cosas indispensables; y luego me encaminé al Huanay con rumbo á La Paz, para cobrar los sínodos atrasados y proveerme de lo más necesario. Interin esperaba que se me pagase, pasé á Yúngas á informarme del estado de las misiones del Beni por los neófitos que debían salir á Irupana. Al volver á La Paz tuve que salir inmediatamente con el Sr. Obispo hacia Sorata, por la llegada de los patriotas al mando de Santa Cruz. De Sorata me entré á misiones sin llevar más que mi pobre hábito. El desaliento se apoderó de los Padres viéndome sin recursos y con un porvenir azaroso. Sin embargo, procuré animarles, les proporcioné provisiones, interné veinte vacas, que repartí en las tres misiones, instalé la escuela de música, la herrería, la carpintería, la tejeduría y otras artes precisas, sin mayor gravámen, esperando de la divina Providencia tiempos más bonancibles, que desgraciadamente no vieron.» ¡Y en que conflictos no se vería el angustiado corazón del Padre, viéndose casi solo, sin más compañero que el Padre Manuel Pozo en estas reducciones, y el P. Juan Zuñer cuidando Tipuaní y Huanay?

No era, pués, extraño, que por el retiro de los otros compañeros y el abandono del Colegio por la comunidad, cuyos individuos se fueron á España, no pudiese el P. Herrero repetir su visita á los Chimanes, aún cuando ellos salieran alguna vez á reclamarle su promesa. El no podía abandonar la organización de las Misiones de Muchanis y de Sta. Ana, ni la reducción de las tribus inmediatas á estas: y además para fundar una nueva misión son indispensables muchos auxilios, herramientas, y sobre todo la permanencia constante del Misionero. Así fué, que careciendo él de todo esto, no pudo instalarse en Chimanes; y lo peor era, que no pudiendo esperar auxilio humano, su espíritu se angustiaba al preveer que aún sus primeras reducciones iban á quedar en acefalía. Para evitar esa fatalidad, repetía sus sa-

lidas á Irupana y á Sorata para recojer de limosna lo más preciso para el sostén de sus amados neófitos; hasta que, vencidos ciertos recelos, se animó á salir hasta La Paz, cuyo católico vecindario lo favoreció, y el Gobierno lo auxilió. Viendo él esas buenas disposiciones, y que los Colegios iban disminuyendo, pensó en realizar un viaje á España en busca de nuevos operarios; y verificó su empresa en 1834, y la repitió en 1836. Al regreso de ésta, él resolvió visitar las Misiones, y luego emprender la reducción de Chimanes: más Dios se lo llevó á su eterno descanso, y solo, después de 1850, pudieron llevarla á cabo los RR. PP. Fr. Salvador Vallés y Fr. Pablo Mateo Cerdá, Conversores de Sta. Ana y de Concepción de Madalenos.

En ambas reducciones se conservaba viva la tradición de la visita y de la promesa del finado Padre Herrero á los Chimanes, y estos PP., instados por sus mismos neófitos y acompañados por ellos, marcharon animosos por la misma dificultosa ruta que algunos recordaban. Fueron bién recibidos, y luego aquella gente se decidió á formar población cristiana. Pero, como estaban esparramados en las inmediaciones del Coiro y del Cosinge, y ellos querían establecerse en sus respectivas localidades, se fundaron dos reducciones, llamando á la una San Pedro y á la otra S. Pablo de Chimanes ó Doñoy. Les trazaron el plan de las capillas de ambos pueblos, exhortándolos vivamente á mantenerse firmes en su resolución, y se volvieron á sus misiones, ofreciéndoles mandarles pronto Padres propios, de los primeros que iban á llegar de Europa: lo que se verificó, aunque no tan luego como se deseaba; porque, según las disposiciones pontificias, no deben mandarse los Conversores ó Religiosos recién llegados, sinó después de instruirse, residiendo algún tiempo en en los Colegios; como no sería prudente mandar al combate á un recluta bisoño sin el prévio ejercicio de las armas y empresas marciales.

Por esta justa razón se retardó la ida de los PP. Fr. Pablo Emilio Reynaud, Fr. Samuel Mancini y el lego Fr. Julián Botini, destinados allá en 1854. Al fin vieron los Chimanes viejos cumplidos sus deseos de tener Padres propios para sus dos pequeñas reducciones. Los principios fueron prósperos y de halagüeñas esperanzas; pero sobrevino luego la desgracia de ser más que diezmados por una peste de disenteria que les precisó á dejar abandonada la de S. Pablo, y á reunirse los sobrevivientes en la de S. Pedro. Entónces el P. Mancini y Fr. Julián fueron á prestar sus servicios á las misiones de Cavinas y del Beni; y el

animoso P. Reynaud se ofreció á quedarse en aquella asolada y aislada reducción. ¡Resolución funesta!

Desde aquella fatalidad data la decadencia de Chimanes, á pesar de los esfuerzos del Padre Conversor para adelantarla en las artes, en el cultivo y demás cosas que ignoraban aquellos rudos salvajes. Los viejos que habían conocido al P. Herrero, y que eran los más decididos á convertirse y civilizarse, habían desaparecido víctimas de la peste y de varias enfermedades: la nueva generación y algunas cortas familias que se iban conquistando, no podían ó no querían docilitarse á la subordinación y al órden con que se acostumbra educar á los neoconvertidos. El genio del mal se introdujo en los ánimos de algunos díscolos, y especialmente de una familia no bautizada aún, cuyo capataz feroz urdió una conjuración para matar al Misionero, quien, á pesar de la astucia salvaje de aquellos parricidas, se apercibió del complot, aunque tarde. En el libro parroquial de bautismos, matrimonios y defunciones encontramos esta nota. «Mi vida está en peligro: la familia Mecu se ha conjurado contra mí; pero yo me dejo en las manos de Dios, desde que la obediencia me ha destinado á esta misión». Esta nota de su puño y letra nos patentizó la superchería con que ellos quisieron ocultar su crímen, como los hermanos del Casto José, viniendo á contarnos en Covendo, que un tigre había asaltado al Padre al volver de la salina con los indiecitos. *Mentita est iniquitas sibi.*

El que esto escribe, hallándose entónces de Prefecto de Misiones, creyó de su deber el ir á cerciorarse allá mismo del crímen que recelaba, mucho más cuando vió que un niño que ellos decían haber estado con el Padre cuando el tigre lo asaltó, se desconcertaba y se contradecía en el interrogatorio que se le hizo, y solo contestaba balbuceando, según las señas que le hacían sus conductores. Con esta casi convicción nos marchamos con el P. Pablo Mateo Cerdá, acompañados de los mismos Chimanes, aunque los Madalenos quisieron también acompañarnos para custodiarnos; pués no se fiaban de los Chimanes, que decían *era mala gente.* Bajamos por el Beni, pasamos por Reyes y por S. Borja, cuyos curas nos hospedaron con suma cordialidad, pero recelosos de nuestro viaje, pués tenían motivos de recelar la hipócrita alevosía de los Chimanes.

Al llegar allí fuimos recibidos con evidentes indicios de recelo: los más sospechosos se habían ido al monte, y mandamos que vinieran: vinieron en efecto, incluso el capataz y la familia del instigador del asesinato, indicado por el difunto en la nota

que, como hemos dicho, encontramos en el libro de partidas. Mucho nos conmovió el ver al lado del presbiterio la tierra elevada bajo la cual lo habían sepultado. Pedimos un palo para formar una Cruz y colocarlo sobre aquella tosca sepultura de un hermano sacrificado. Ellos creyeron que yo iba á exhumar el cadáver; y en efecto lo había pensado, pero sin comunicarlo á nadie, para cerciorarme mejor de la clase de muerte que había sufrido. Dios me disipó aquel intento y me libró; pués estaban resueltos á victimarme si lo hubiese ejecutado, como ellos mismos lo declararon después. Tres dias estuvimos allí sumidos en las ideas más funestas, indagando con gran precaución lo sucedido, á pesar de las intimidaciones con que los conjurados habían impuesto el silencio, aún á las mujeres y á los niños. Al regresarnos de aquella tierra manchada con sangre sacerdotal, llevamos como compañeros á dos que resultaban más cómplices, quienes al llegar á S. Borja, declararon el crímen, que ratificaron en Reyes, y que, prévio juramento, explicaron más detalladamente ante el casique y los mandones de Covendo. De las declaraciones de estos y de otros datos, resultaba, que la familia antes indicada, indómita y feroz, fué la instigadora del crímen, buscándose cómplices en otros descontentos, que nunca faltan.

Lo raro es que el Padre Emilio supo el complot, quizá demasiado tarde, y no quizo evadirse, á pesar de tener armas y ser un jóven valiente; pero como un buén discípulo de J. C., prefirió el sacrificio, que fué así: en la noche del 24 de Junio de 1862, después de rezar el rosario, conociendo las malignas intenciones de los conjurados, hizo una fervorosa exhortación á la gente de la Iglesia para apaciguarlos, y se retiró á su casa que comunicaba con la sacristía; al irse le dijo el sacristán: ¡Padre, estamos mal! Si, le contestó él: voy á encomendarme á Dios.....Apenas se había entrado y empezaba á rezar, cuando los foragidos invadieron la habitación, llamándolo tumualtariamente: se les presentó sereno, y rodeándole lo ataron, le cortaron su brazo, y después la cabeza, sin que en su martirio profiriese más palabras que el dulcísimo nombre de Jesús. Requiescat in pace!

Tan feroz asesinato desalentó á los misioneros; y aún cuando deseábamos mandar otro Padre para conservar aquella infeliz reducción, ya no fué posible; pués léjos de mostrarse arrepentidos, hicieron alarde de su sacrilegio, quemaron la Iglesia, se embriagaron con frenesí, bailaron con las casullas puestas, bajaron á S. Borja causando horror, y después se dispersaron, y se

acabó la Misión: misión que se inauguró con tan halagüeños auspicios, que se esperaba sería el oásis, el punto de partida para la conquista de otros bárbaros: misión para cuyos progresos tantos sacrificios estaba haciendo el que fué tan mal correspondido. Dios se los habrá pagado en su gloria.

Se dió parte oficial de tan atroz atentado al Supremo Gobierno, que se creyó impotente para castigarlo, por hallarse los criminales fuera del alcance de sus trámites judiciales y ejecutivos. Asi es que quedaron impunes, se volvieron más salvajes que antes, como sucede con todos los apóstatas, especialmente si están marcados con el estigma de Cain; su crímen los hace andar prófugos, y su innata aversión al orden se arraiga más con la obstinación y la malicia.

CAPÍTULO XIV.

Isiamas, Tumupasa, S. José de Chupiamonas.

En los capítulos precedentes hemos dicho ya que estas Misiones ó Doctrinas fueron iniciadas por los RR. PP. de la Provincia franciscana de Charcas sostenidas algún tiempo por los PP. destinados al Colegio de Tarija y vueltas á los Padres observantes, que las sirvieron del mejor modo posible hasta que yá, por falta de sujetos y de recursos, ó por otros motivos, tuvieron que entregarlas al Ordinario, como ya lo tenía prevenido S. M. C. al Sr. La Santa; para que pusiese á la cura de ellas sacerdotes seculares: medida que también la tienen prevenida las Bulas pontificias, pero cuando ya están las reducciones bién metodizadas y los neófitos se hallan en estado de civilización regular para cumplir los deberes de los demás súbditos del Estado.

Más aquí entónces la ejecución fué algo prematura; pués dichas doctrinas, en vez de prosperar, como se esperaba, fueron en notable decadencia por el poco afecto de aquellos indios á los curas, y por la no costumbre de estos á tratar con una clase de feligreses muy diferentes en sus usos y costumbres de los otros

indios conocidos. Asi que, unos por disgusto, otros por falta de salud, y los más por carecer de medios de subsistencia, las fueron desamparando sucesivamente, y el Diocesano se vió precisado á volverlas á consignar á los Regulares, para que no se perdiesen aquellas cristiandades, que tanto habían costado, y que debían ser como unos reductos de defensa contra los bárbaros circunvecinos, cuyas invasiones eran temibles, mucho más desde que los desbandados de Santiago de Pacaguaras y del Cármen de Toromonas ya eran como apóstatas enemigos jurados de los cristianos, cuyas hostilidades repiten cuando desean herramientas ó cuando se creen agraviados. De temer es que si se abandonan aquellas doctrinas, pueda la barbarie envalentonada avanzar hasta el mismo Apolo, Santa Cruz y Pata: lo que sería un retroceso infausto y un perjuicio incalculable á los intereses de la sociedad y de la Religión, como ha sucedido con la pérdida del cristianismo en el litoral mediterraneo del África, del Asia menor, de Palestina y de otras partes.

Para evitar semejante desastre, el Sr. D. Manuel Indaburu, Gobernador Diocesano, suplicó al tantas veces nombrado P. Herrero, luego que llegó de Europa el año 1835, que mandase religiosos á hacerse cargo de aquellas acéfalas doctrinas; pero, por lo pronto, no pudo mandar más que uno, el R. P. Fr. Antonio Giacheri, pués tuvo que mandar otro á Tipuani y Huanay en auxilio del P. Zuñer, rendido y próximo al fin de su vida: éste fué el R. P. Fr. Pedro Peliehí acompañado del lego Fr. Julián Botini. De los demás colectados del año 35 quedaron tres acá en la casa de ejercicios, otros fueron á sostener los Colegios de Tarata y Tarija, que se hallaban muy escasos de personal. Por esta escasez no pudo entónces mandar más que al dicho P. Giacheri al cuidado y sostén de aquellas tres doctrinas; y luego que llegó la segunda colectación del P. Herrero, en 1837, fueron destinados á ellas el P. Fr. Antonio Gili, el P. Fr. Serafín Brachi, y sucesivamente el R. P. Fr. Ignacio Blanchi, Fr. Benito Lanteri, lego (después se le precisó á dejarse ordenar de Sacerdote por su celo y capacidad, y al fin murió santamente en Tumupasa) el P. Fr. José María Ciurot, el R. P. Fr. José Cómas, el P. Fr. Bernardo Clericí, el P. Fr. Nicolás Armentia y algún otro, entre ellos el P. Pablo García, que murió allí, lomismo que el P. Gili. Este industrioso misionero sufrió agudísimos dolores por la maligna úlcera de la espundia, que se le comió la nariz; fué á Europa á hacerse poner una artificial, y tuvo la dicha que el inmortal Pio IX lo bendijese, besara la cicatriz, dándole medallas

y rosarios para sus tumupaseños, en cuyos brazos murió con sentimiento inconsolable.

Se nos dispensará que en obsequio de la verdad, y en comprobante del cariño que aquellos indios profesaban á este su Padre espiritual, refirámos la tierna escena que presenciamos. Al hacer la visita, como Prefecto de Misiones, observaron ellos el reconocimiento que con inventario en mano estábamos haciendo de los cálices, copón, custodia, manteles, imágenes y demás enseres de la Iglesia, como se acostumbra: no recuerdo si le hice al P. Gili alguna observación ó encargo sobre el aseo ó lo que faltaba para la decencia del culto; lo cierto es que ellos se fijaron en la prolijidad de la recorrida, y sospecharon que yo me hubiese enojado y que pensase en retirarles ó cambiarles al Padre: con esta sospecha, concluido el acto, nos acompañaron en numerosa comitiva hasta el convento ó casa cural: al llegar allí les dí las gracias por su atención, y les dije que ya podían retirarse. No, Padre! me dijieron.—Queremos hablarte.—Esta bién, les dije, hablad.—Se levantó un murmullo, que iba creciendo en tono y en confusión: el P. Gili que los entendía, y que yo deseaba me sirviese de intérprete, se escapó. Entónces les dije—no hableis todos, pués yo no os entiendo. Si hay alguno que entienda el castellano, ese que hable. En efecto un viejito tomó la palabra. ¡Tata Padre! me dijo, esta gente dice no quitar Vos Padre Cura, que bueno es, é mucho quiere nosotros, Iglesia cuidar bién, enfermos caridad, guaguas curar.....Al oir esto, las mujeres que seguramente entendieron la frase, levantaron sus hijitos, unos con carachas, otros con espundia, los más paliditos, diciéndóme. —Mira estas guagas! el Padre los cura, remedios pone, consuela nosotros.....No quites Padre! Si Padre quitas, peste acabar pueblo.—No os lo que quito, les contesté: os lo dejo no más, ya que estais contentos con él, y ya que él os cuida como un Padre y un buen Cura de vuestra salud espiritual y corporal. Esto es lo que he venido á saber, y me alegro al oirlo de vuestra boca. Podeis retiraros tranquilos con esta seguridad. Esta bién, respondieron—gracias tata Padre! ¡Dios pagará!

Más estos amorosos indígenas, después de haberlo ayudado á su querido Padre Conversor en la reconstrucción de su bonita Iglesia, tuvieron el dolor de verla quemada, con el Convento, los muebles y todo lo del Padre, algunas casas del pueblo; y por fin perdieron á su Padre Gili, que, como buen Pastor, murió rodeado, asistido y llorado de sus ovejas, el 24 de Agosto de 1868, habiendo recibido los Sacramentos y auxilios espirituales admi-

nistrados por el P. Conversor de S. José. En su viaje á Europa había hecho imprimir el Catecismo en lengua Tacana, que poseía y hablaba correctamente, trajo ornamentos y varios adornos para su Iglesia y diferentes objetos para sus feligreses, que hasta ahora lo recuerdan.

El P. Fr. Tomás Hermoso fué destinado á sucederle: y después ocupó su lugar el P. Fr. Nicolás Armentia, que desde Tumupasa emprendió, con las debidas licencias, su tan útil viaje por Cavinas y el Beni, en busca de los célebres Araonas y Pacaguaras, de cuya exploración daremos más detalles en los capítulos siguientes. Ahora desempeña interinamente la doctrina de Tumupasa el P. Juan Cardeña. Tumupasa, dice el P. Armentia, está situada á los 14,° 8' latitud Sur, y á los 70°, 36' de longitud occidental de París, fundada en un plano inclinado y pedregoso al pié de la última falda escalada de la gran cordillera de los Andes, domina la inmensa planicie que serpentea el Beni hasta las fronteras del Brasil: desde la colina de Tumupasa se presenta el panorama más sorprendente, pués el espectador viendo aquel vastísimo horizonte verdiazulado, crée ver el océano; y para completar la ilusión, se divisan allá á lo léjos las copas sobresalientes de algunos árboles más elevados que parecen buques flotantes. La salida del sol, en dias despejados, encanta suavemente, pués su disco se presenta más grande y de un plácido resplandor que puede contemplarse sin pestañear: suponemos que el rocio ó los vapores de tanta vegetación producirán este fenómeno. Casi igual espectáculo se disfruta en las noches de luna llena. Esto por lo relativo á lo natural; vamos á lo moral.

Dice el Padre Gili en sus apuntes, que Tumupasa fué formada de varias hordas salvajes: á saber Tacanas, Marcanis, Saparonas, Pamainos, Toromonas, Araonas y Chilliubos. Estas tribus, en su gentilismo, reconocían á un Dios criador, y lo adoraban en un monte llamado Caquiahuaca, con este mismo nombre; creyendo que los juzgará al fin del mundo. Los Toromonas vinieron en 1780 á visitar esta deidad, y de Caquiahuaca se llevaron un ídolo, que lo llamaron Edutzi, que quiere decir guiador ídolo ó deidad, para que los guiase en su viaje. Esta supersticiosa creencia aún se conserva entre algunos viejos Tumupaseños, como conservaban algunos judios la memoria del buey Apis.—La lengua tacana es la común en estos parajes: prueba que aquella tribu era la más numerosa.

Pasemos á Isiamas: esta misión ó doctrina, quizas la más poblada de Caupolicán, fué fundada por los Padres Franciscanos

de la La Paz, bajo la advocación de S. Antonio, á últimos del siglo 17, como se infiere de los datos que hemos trascrito en el capítulo XI de estas memorias. No podemos señalar el año fijo de su fundación por carecer de los libros que perecieron en un incendio: fatalidad demasiado frecuente en aquellos parajes, cuyos ranchos y aún las Iglesias se componen de puras materias inflamables, como palos, cañas, palmas, paja etc., cuya combustión enardecen ordinariamente los vientos dominantes de Sur y Norte, que suelen además enfriar con exceso aquel suave clima.

La situación de Isiamas está como á 15 leguas de Tumupasa al N. O., rodeada de bosques y pajonales muy útiles, aunque no tanto como los de Reyes, para pasto de los ganados. Sus producciones son casi iguales á las de Tumupasa: exquisito café, sabroso arroz, cacao, plátanos, maiz, yucas etc. El terreno es feraz y podría producir todos los frutos tropicales; pero su gente es floja y holgazana, que solo por fuerza cultiva lo absolutamente necesario para vivir muy parcamente, comprar alguna pieza de tocuyo ó de quimón para cubrirse ellos y sus mujeres en los dias de fiesta, ó para ir á la Iglesia; para los dias ordinarios llevan sus talles de algodón hilado y tejido por ellas mismas, en su blanco natural ó teñido con zumo de ciertas yerbas y cáscaras de las tantas que allí abundan, al par que en las otras misiones; y no solo se tiñen sus ropas, sino que algunos mozos aún se pintarrajean sus feas caras y brazos, como si todavía estuvieran en la barbarie: quizás se creerán que con tales tiznaduras son más lindos y más valientes, como se lo presumen ciertas mujeres, civilizadas que con sus coloretes y arreboles se creen ménos ridículas de lo que las hizo natura; haciéndose vanas como la pintada Jezabel (4 Reg. 9.), y como aquella reprobada á quien dice el Señor por Jeremias (2. 22.) aunque te laves con nitro, te perfumes con borit ó con pomadas olorosas, manchada quedarás delante de mí. Pero lo que merece la reprobación de Dios en las mujeres cristianas, es muy disimulable en aquellas pobres indígenas; cuyas fachas nada tienen de atractivo y cuyas intelijencias son tan escasas. Sin embargo, ellas llevan la carga más pesada de las familias. En los hombres domina demasiado la indolencia, el desaseo y la pereza, causa de su pobreza y de sus enfermedades. Si ellos tuvieran un poco de previsión é industria, serían los hombres más felices: la Providencia los ha colocado en unos terrenos, si bién cubiertos de bosques y de malezas, pero naturalmente feraces para toda especie de plantas y cereales, que con poco trabajo podría darles copiosos productos, no solo

para su decente subsistencia, sino para la exportación y el comercio. El cacao tan estimado podría ser para ellos un manantial de prosperidad, si se dedicasen á cultivarlo; pero, dicen que el del bosque, nacido entre la maleza, es más exquisito, y les cuesta poco el recogerlo. Para sacarlo á vender ó cambiar hasta Apolo, Pelechuco ó Cojata, suelen moler la pepita, amasándola en bollos de seis ó más libras.

También recogen el tamarindo, cuya pulpa mezclada con sus pepitas acomodan en zurrones de cuero: éste es un artículo muy valioso, pues sirve para medicina y para regalo, pero á veces escasea tanto que ni en las farmacias se encuentra. Si ellos cultivasen este árbol tan lindo y frondoso, y recogieran metódicamente sus sazonadas algarrobas, sacarían grandes utilidades de tan valiosa producción. También podrían especular algo con las sabrosas almendras, cuyos árboles aseguran que se hallan no muy lejos de Isiamas; pero la apatía y las molestias del recojo y de la conducción, nos privan de éste y de otros artículos; pues lo escabroso de los caminos y el tener que sacarlo todo, á sus espaldas los arredra, porque, aún cuando se les pague bién, no se les compensa su trabajo, y los acaparadores de afuera suelen engañarlos en sus ventas ó cambios, abusando de su inexperiencia ó de su necesidad.

Antes de concluir lo relativo á Isiamas, debemos consignar los nombres de los PP. Doctrineros de nuestro Colegio, que la han regentado, y los esfuerzos que han hecho para adelantar la conquista de las tribus circunvagantes. Ya se ha dicho anteriormente, que desde la retirada de los Padres Franciscanos, esta Doctrina, lomismo que Tumupasa y San José, fué atendida accidentalmente por varios Sacerdotes, ya regulares, ya clérigos, hasta que, en 1838, fué destinado allí el ya mencionado P. Gili, que contrajo la cancerosa llaga de la espundia, y tuvo que venir á La Paz á curarse, si bién nada avanzó; y así con su nariz carcomida volvió de Cura á Tumupasa, sucediéndole en Isiamas el R. P. Fr. José Cómas, ex-Guardián de este Colegio, y después como Prefecto de Misiones, que regentó dicha doctrina por espacio de 27 años, y tuvo que salir á La Paz por haber sido elegido segunda vez Guardián de esta Apostólica comunidad. En su tiempo se emprendió una travesía para Cavinas, directamente por tierra, para evitar el incómodo rodeo de ir á dicha misión por el Tarene, el Beni y el Madidi; pero se malogró la empresa, porque los Cavineños no salieron oportunamente con sus fogatas, y por que se tomó mal rumbo. Más, al fin y al cabo aquella sen-

da tendrá que abrirse para poner en comunicación ambos pueblos, que por lo visto distan solo un grado y medio uno de otro.

Después del P. Cómas, se destinó á Isiamas al P. Fr. Inocencio de Andrea, que sucumbió el miercoles de ceniza de 1880, consumido por la terciana, que contrajo al bajarse por Madalenos. Sensible fué su muerte, pues era Sacerdote de talento, de celo y de relevantes prendas. Para cubrir esa pérdida, marchó á Isiamas el P. Raimundo Merten, que está actualmente al cuidado de dicha doctrina.

Los Padres que alternativamente han residido en Isiamas nunca han perdido de vista el objeto principal de su ministerio, en ver si podrían avanzar algo la conquista de las tribus Guarayos, Pacaguaras, Matchuis y demás que infestan aquella dilatada é impenetrable zona, de cuyos tupidos bosques, como salteadores, salen algunas veces de sorpresa hasta las inmediaciones del mismo Isiamas, asaltando las chacras, pillando cuanta herramienta encuentran en ellas, y aún asesinando á los indefensos. Los que se atreven á tales atrocidades, se vé claramente que han sido apóstatas de las malogradas misiones de Pacaguaras, de Toromonas y aún de las de Carabaya, pues tienen una astucia refinada y profieren palabras castellanas del más feo significado. Alguna vez se les ha rechazado con buen éxito, pero no siempre es fácil combatirlos; porque, apesar del instinto de los neófitos para seguir el rastro de cualquier viviente, tienen aquellos bárbaros tal cautela en no estampar sus pisadas, y tal sagacidad en poner agudas espinas en las casi imperceptibles sendas de sus escondites, que no es fácil seguirles la pista, y ménos el capturarlos.

Pero, á pesar de su táctica salvaje y de sus insidiosas emboscadas, se han tomado precauciones, y aún se han practicado batidas para rechazarlos al fondo de sus selvas, donde tienen sus ramadas, que trasladan, ó las forman nuevas, á donde ellos se consideran más seguros. Su carácter nómade y su salvajismo insidioso ha tenido en contínua vigilancia á los Conversores, que no siempre han podido emprender expediciones, sin embargo el R. P. Fr. Pablo Mateo Cerdá, acompañado de algunos Isiameños, se expuso á atravesar aquellos páramos, bosques y charcos, en busca de la tan suspirada dirección de Cavinas, con cuyos neófitos debían encontrarse. El plan fue bién calculado, pero no surtió efecto. Los Cavineños siempre díscolos y flojos no salieron oportunamente, como antes se indicó; y el pobre P. Cerdá, con su gente, después de andar á pié varios dias por entre curi-

ches, sartanajales, malezas que le cortaron piés y piernas, agotadas las provisiones, extenuados de hambre y de cansancio, tuvieron que retroceder á Isiamas con mayores trabajos que los exploradores del Amazonas, sin haber llegado á barruntar la verdadera dirección que deseaban; porque entónces, á mediados de este siglo, se carecía allí de instrumentos técnicos para calcular las longitudes, y solo podían dirijirse por las conjeturas indicadas por los neófitos, sin ver siquiera un monte ni un punto fijo, que pudiera sérvirles de norte, como á marineros en alta mar sin brújula y en noche oscura.

Sensible es que no se haya podido adelantar por aquel lado la conquista de dichas tribus, ni logrado trazar una vía terrestre de tan corto trayecto que abreviaría mucho los rodeos y molestias de las vías fluviables seguidas hasta ahora. Preciso es insistir en una empresa que, á nuestro modo de ver, sería ménos costosa y más útil sin duda que el descubrimiento del pasaje del mar del norte, que tan inútilmente ha preocupado á los marinos y al mismo Chateaubriand.

Por Isiamas pasa el rio Itaca que va á desaguar al Beni, que en esa confluencia suele correr más manso. Nada diremos de los monos, loros, culebras é infinidad de sabandijas en aquel punto; pues son, á poca diferencia, las mismas que en las demás localidades de aquella zona. La escasez de población aumenta siempre el número de animales nocivos, que se retiran y disminuyen á proporción de lo que el hombre avanza; como lo comprueba la experiencia.

Pasemos á S. José de Uchupiamonas. Esta es otra misión fundada igualmente por los Padres Observantes, cerca del año 1686, en una meseta ó llanura de alguna extensión, al S. O. y como á ocho leguas de Tumupasa, y cerca 30 de Apolobamba, corre á sus piés el caudaloso Tuichi, que baja desde la cordillera de Pelechuco, recogiendo al Amantala y otros afluentes, que lo hacen navegable; desemboca en el Beni antes de la encañada de Bala ó de S. Buenaventura. La gente para fundar S. José la recogieron dichos Padres, con grandes trabajos, recorriendo aquellas montañas y quebradas, juntándolos de cuatro y de seis por familias, que llegaron á formar el número de seiscientas almas, que no siempre se han mantenido en ese guarismo, porque, á pesar de lo despejado de la localidad, dominan varias enfermedades, especialmente las viruelas, disenterias de sangre, tercianas etc. Asi es que actualmente, á pesar del esmero de los Padres para combatir estas calamidades con el aseo y la hi-

giene, á penas contará ahora ciento cincuenta almas, cuya mayor parte advenediza, hablan quichua.

No queremos omitir una tradición, á la cual los viejos san josefinos atribuyen el decrecimiento de su pueblo. Un anciano de cerca de cien años fué el que con sensible conmoción me refirió, que en el siglo pasado, cuando la población iba en progreso, formada la Iglesia más que capilla, quiso el Padre Cura de entónces poner en ella á más de la imagen del Patriarca titular, otra del Señor Crucificado. Para adquirirla trabajaron los neófitos, hicieron su derrama, y cuando ya estuvo concluida y pagada, el Sr. Cura mandó unos mozos á traerla, encargándoles mucho que no la descubriesen, pues venía bién encajonada, y así debía llegar al pueblo. Pero la misma eficacia del encargo exitó la curiosidad de los mozos conductores, que tuvieron el atrevimiento de descubrirla y registrarla: ella era una imagen muy perfecta, y la sangre de las llagas estaba tan bién imitada que parecía sangre humana, ellos en su brutalidad, quisieron ver si realmente lo era, y empezaron á peñizcarlo; y viendo que no brotaba y que las uñas no se clavaban en aquella efigie, que tal vez creían ellos un cadáver, se enojaron torpemente, la sacaron del cajón y la azotaron con sus lazos.....Barbaridad impía, que solo el demonio podía inspirarles. Sangre no salió; pero si quedaron marcados los azotes en los descarnes de aquella Santa imagen del Redentor. Por estas señales, y especialmente por la ausencia de uno de los conductores, es que el cura sospechó alguna maldad; y les acriminó el haberlo asesinado en el camino: viéndose apremiados y tan sospechosos de este crímen, confesaron el hecho de los azotes, y que el impío instigador de aquel sacrílego atentado había muerto casi repentinamente con un temblor y convulsiones espantosas, como herido de la mano de Dios; y aún ellos mismos habían quedado tan trastornados y enfermos que temían morir. En efecto murieron unos tras otros en cortos intérvalos, quedando aterrados todos los moradores de S. José, y atribuyendo como á castigo del cielo por aquella flagelación, la diminución de su pueblo. Consignamos esta tradición tal cual se la oimos á aquel buen anciano.

La cura ó el régimen de esta doctrina ha pasado por iguales alternativas, ausencias acefalias que las demás misiones, desde que se retiraron los Padres fundadores á principios de este siglo. Clérigos sueltos, algún P. Mercedario, algún otro Sacer-

dote peruano, y á veces ninguno, pasaban algunos meses entre esta pequeña grey hasta que, en el año 36, ya la vió ménos transitoriamente el R. P. Fr. Antonio Giacheri, luego el P. Ignacio Blanchi, después el P. Pablo Mateo Cerdá, y desde 1854 la rige el P. Fr. Bernardo Clerici.

Esta doctrina de Uchupiamonas era antes una pequeña Babel por la confusión de varias lenguas que hablaban sus moradores, pertenecientes á diferentes tribus agrupadas allí de aquellas cercanías y también de varios advenedizos de Pelechuco, de Mojos y aún de la cosmopolita plebe cochabambina. Para evitar aquel guirigai de idiomas, el P. Clerici se propuso refundirlos, amalagamarlos, tomando por base general la quichua, que los hijos del Tunari ya habían introducido allí, como los caldeos la suya en Pelestina; al efecto se proporcionó una gramática, y dando y acabando, y ensayándose y ejercitándose en la conversación con quichuistas, pudo luego hacer sus pláticas y catecismo en dicho idioma, sino muy correcto y castizo como el del Cuzco ó de Charcas, inteligible siquiera, aunque infestado con palabras castellanas, tacanas, y otras, como sucede siempre en toda colonia de distintas procedencias y de diferentes dialectos. Esta fusión uniforme, si bién muy tosca, no deja de ser una ventaja, que con el tiempo se perfeccionará formando el lenguaje popular de aquella población: y ójala que los curas de los otros pueblos tomasen con teson un empeño igual; á fuerza de constancia obtendrían igual resultado; sin que resulte de esta amalagama un gran inconveniente, como no lo tuvo el catalán, el vasco, el genovés, y otros varios dialectos europeos, ingertados con palabras latinas, griegas, árabes, godas etc., dejadas por los advenedizos y ocupadores.

CAPÍTULO XV.

Huanay y Mapiri, sus principios, su actualidad.

Aunque estas reducciones actualmente ya no corren á cargo de este nuestro Colegio de S. José, es preciso hablar de ellas por la parte que en su fundación tuvieron nuestros Padres de Moquegua, que desde allí emprendieron la conquista de Muchanis, y porque también algunos años después las regentaron varios de nuestros Misioneros pacenses.

En un manuscrito del Colegio Moqueguano encontramos la nota siguiente: «Esta población y conquista de Mapiri tuvo principio en el año de 1718, en la que trabajó el sargento mayor Dn. Melchor Mejía, por comisión que le dió el principal conquistador de la quebra de Urumani, Chinijo y Mapiri, que lo fué el Maestro de campo general Dn. Lorenzo Valverde. Este adjudicó las tierras comprendidas desde el alto de Chinijo hasta el alto de Cachira á sus cuatro hermanos, Dn. Diego Antonio, Juan Josef, Roque y Pedro Valverde, como conquistadores y pobladores, y conforme á la real cédula expedida en el bosque de Segovia á 13 deJulio de 1578 á favor de los conquistadores y descubridores. La citada adjudicación de tierras fué confirmada por los Señores Vireyes de Lima, á saber por el Príncipe Santo Bono con fecha

del 17 de Julio de 1719, y por el Marqués de Castel-fuerte con fecha del 13 de Febrero de 1726, resultando de esta razón que las tierras que se dilatan desde el dicho alto de Cachiri hasta la Misión de Mapiri, deben pertenecer á los mismos indios catecúmenos de Mapiri, que serán siete leguas poco más ó ménos.»

Aquí termina la dicha anotación, sin espresar quien ó quienes fueron los primeros conversores de esta Reducción, si bién después consigna que lo fueron los PP. Agustinos, diciendo: «La Misión de Mapiri en otro tiempo corrió á cargo de los PP. Agustinos, y hoy por encargo superior al de los PP. Misioneros de Moquegua, los que se posesionaron de aquella reducción el 12 de Julio de 1800, y fueron los PP. predicadores apostólicos Fr. Antonio Serra y Fr. Vicente Ferrer, á quienes, por enfermedad, han succedido los PP. Fr. Lorenzo Sobral y Fr. Miguel Dieguez con disposición de que el P. Serra entre á Muchanis, y lo verifique el P. Dieguez». Estos Padres, al posesionarse de Mapiri, tuvieron la advertencia de anotar el número de individuos que entónces existían y fueron:

INDIOS DOMICILIADOS.

Matrimonios 21: almas	42	
Viudas	3	
Párvulos varones	18	
Mujeres id de todas edades	9	72

MESTIZOS AVECINDADOS.

Matrimonios 4: almas	8	
Solteros	5	
Párvulos varones y mujeres	6	19
Total de indios y mestizos		91

Nota de los mismos apuntes. Habiendo entrado el P. Prefecto y Comisario de Misiones de Moquegua Fr. Tadeo de Ocampo á visitar esta reducción por Octubre de 1800, en los dias 26, 27 y 28 de dicho mes, confirmó á toda esta gente, después de haber confesado y administrado la comunión á todos los adultos, prescribiendo á los PP. Conversores lo conveniente para la instrucción y buen régimen de aquellas almas, que entónces no eran

en gran número, por haberse dispersado en los años anteriores, ya por la retirada de los PP. Agustinos, ya por las penurias y enfermedades endémicas del lugar.

Era pues preciso volver á reunir á esos dispersos que vagaban silvestres por aquellas serranías; y los destinados á este penosísimo trabajo, supieron cumplir, á fuerza de sacrificios el oficio del buen Pastor, y aquello del Salmo 146. *Dispersiones Israel congregabit.* Y esta recolectación (preciso es repetirlo) es siempre más penosa que la primera conquista: el indio transfuga es más montaraz é indomable que el recién convertido. Para volver, pues, á reunir á tantos prófugos, es indecible lo que tuvieron que sufrir los PP. Misioneros, debiendo hacer esas excursiones por terrenos fragosos, sin recursos ni comodidad de abrigo y de alimentos: pero lo sufrían todo con gozo cuando, después de algunos dias de hambre y de cansancio, encontraban dos, cuatro ú ocho de esos cimarrones en las inmediaciones de Iruyapi, de Chiñire y otros andurriales: entónces decían, como el sediento Salvador allá en el pozo de Jacob: Mi comida y mi bebida es el hacer la voluntad del que me ha enviado.

Con este constante empeño pudieron reunir algunas familias más, pero no pudieron convencerlas á volver á su primer pueblo de Mapiri, porque alegaban lo enfermizo, miserable y esteril de su situación, mientras que se conformarían á juntarse, no solo estos sinó otros muchos que vagaban por aquellos lugares, si se les formaba una reducción ó pueblo allí cerca, en un paraje que ellos creían más sano y más provisto, por la pezca de los rios y la caza de los bosques vecinos.

Estas mismas razones alegaban con insistencia los de Tiliguara, que se hallaban allí; y viendo los Padres su tenacidad, consintieron en formarles un pueblo nuevo en dicho lugar, haciendo con sus capitanes una especie de pacto, cuya condición principal consistía en que no se los obligaría á volver á Mapiri. Los misioneros ofrecieron cumplirles sus deseos, ya porque en realidad aquel punto era más sano, ya porque serviría de centro de reunión para conquistar á los otros esparramados por aquellas quebradas, ya especialmente para aproximarse más á los Muchanis, cuya conquista era el objeto preferente de su celo.

Para proporcionarse los recursos necesarios á la nueva fundación, para obtener la autorización competente de fijarla en Huanay, y también la licencia de trasladar el pueblo de Mapiri de su lugar tercianiento al más salubre de Charobamba, se vino el P. Dieguez á La Paz, dejando á los Lecos (asi se llaman los in-

dios de aquel Distrito), desmontando la área del pueblo designado, abriendo los cimientos de la capilla y de algunas casas, preparando el terreno para chacaras, y aún sembrando las semillas que el Padre les diera. Este creyó que al llegar á La Paz sería recibido en palmas, no en premio de sus fatigas, sinó por el gran paso que había dado en pró de las espirituales conquistas, tan ventajosas á la Religión y al Estado. Más, en vez de la protección y recursos que él esperaba para realizar luego sus proyectos, tuvo que sufrir las demoras nacidas de la indiferencia oficial y los desabrimientos de la chicanería intencionalmente opositora. Presentaciones, informes, consultas, traslados, declaraciones de los vecinos de Sorata y todos los trámites inventados para estorvar una empresa tan útil, todo se puso en juego para mortificar al celoso misionero y para malograr la iniciada conquista. Los meses iban pasando con tan fastidiosos procedimientos, hasta que el R. P. Antonio Avellá, entónces Prefecto de Misiones, le pasó una nota algo enérgica al Gobernador Intendente de La Paz, diciéndole, que sinó se le daban al P. Dieguez las facultades y recursos pedidos para su empresa, él mandaría á los Religiosos que saliesen de allá dentro, que regresasen á su Colegio de Moquegua, y se fuesen á las Misiones del Cuzco, donde se les dispensaba más confianza y protección.

Esta justa queja hizo su efecto, pues sacó de su apatía á aquellos magistrados, y con otro informe fiscal favorable, se resolvió que se le diesen al espresado Padre Misionero la licencia para su fundación y mil pesos para herramientas y demás objetos indispensables. Asi habilitado y premunido el conquistador del Huanay, partió luego con igual contento que Jesué y Caleb con el gran racimo de la tierra prometida, volando temeroso que sus amados neófitos se hubiesen vuelto á sus madrigueras, como en efecto algunos cansados de esperar al Padre se habían huido: si bién después, sabiendo su regreso con herramientas, avalorios, ropas, etc. se fueron reuniendo paulatinamente; y luego tuvieron el consuelo de ver instalada su reducción bajo el título de S. Antonio de Huanay, el dia 24 de Junio de 1805, en que la Iglesia celebra la natividad de S. Juan.

Y con motivo de estas tramitaciones morosas é inconducentes que tuvo que sufrir el celoso fundador del Huanay, no podemos ménos de hacer notar la impropia conducta de los Gobiernos, muy generosos y hasta pródigos por lo común con toda clase de especuladores, pero siempre avaros y quisquillosos con los anunciadores de la paz y del santo Evangelio. Se presentan in-

genieros, telegrafistas, tácticos, aunque sea el llamado aún General de la comuna de París, y cuanto impostor se recomienda á la vanidad ó especulación de los mandatarios; para esta clase de advenedizos se abren las arcas nacionales sin reparar en miles más ó ménos aún cuando los proyectos y las empresas se las lleve el viento: pero viene un pobre misionero cargado de achaques y de deudas contraidas por adelantar en el progreso moral y territorial, sacrificado allá entre salvajes y fieras; pide algún recurso necesario para el sostén y mejora de las reducciones, y se le disputa y se le niega; y si alguna vez se le atiende es á fuerza de instancias y humillaciones. Aunque este es un achaque irremediable por lo inveterado y contagioso; pues arranca desde los más célebres Vireyes hasta los Presidentes más ilustrados. Y después se quejan si las Misiones no progresan, y si los chunchos no son más civilizados.....Bién podrían los Sres. mandatarios acordarse de aquel axioma de Aristóteles, sabido de Alejandro, repetido por Descartes y Napoleón: esto es, que—*Ex níhilo nihil fit.* Solo Dios crió de la nada al universo—los hombres no pueden hacerlo.

Perdonésenos la degresión, y sigamos nuestra historia de Huanay.

Dice el Santo Evangelio que las águilas ó los cuervos acuden donde hay un cuerpo que devorar: y esto es lo que se verifica entre los salvajes capaces cuando saben que sus vecinos se han reunido formando cuerpo ó pueblo, para atacarles y robarles las herramientas, machetes y demás cosas de que ellos carecen. Asi fué que, al año de la fundación de Huanay, cuando los PP. Dominguez, Sobral y Sta. Susana estaban más atareados y complacidos en el arreglo material y político de la Reducción, instruyendo á los neófitos en el catecismo, en el cultivo del campo, en el arreglo doméstico y en la práctica de las virtudes sociales...se vieron casi repentinamente asaltados por los bárbaros Muchanis, que en grupo como de 150 hombres, los rodearon á principios de Setiembre de 1805. La sorpresa no fué tan fácil como creyeron los invasores, porque los Padres, prevenidos ya por otras tentativas de los asaltantes, habían hecho una pequeña estacada, que siquiera sirviese de estorvo al enemigo. Además, como la gente ya estaba algo regularizada, se levantó toda al primer grito de alarma. Se trabó el combate encarnizadamente por dos flancos de la población, las flechas se disparaban como rayos de ambas partes; y la victoria hubiera sido de los salvajes, si los neófitos no hubieran tenido los parapetos de sus ranchos,

dos fusiles viejos que sirvieron bién, y el aliento de los Padres que dirigían la defensa en los puntos de más riesgo.

Después de cuatro horas de terrible lucha, dice el parte del Padre Dieguez, los salvajes huyeron dejando el campo regado de sangre, prueba de los muchos heridos que tuvieron ellos, sin tener uno de nuestra parte. La falta de municiones, el cansancio y la precaución de los Padres, impidió la persecución de los derrotados, prefiriendo dejarlos huir escarmentados. Sin embargo, temiendo otra invasión más peligrosa, pidieron hombres y armas á Tipuani, á Sorata y á La Paz, formaron un foso, reforzaron la empalizada y tomaron otras precauciones necesarias. Por fortuna el ataque no se repitió; y más bién la Providencia dispuso que aquel mismo peligre sirviese en cierta manera como medio de la conquista madalena, tan deseada, como diremos luego: y aún otro asalto más desastroso, verificado anteriormente en Yutico, en que los tales Muchanis tomaron prisioneros á varios niños y mujeres, matando algunos hombres; aún esta fatalidad contribuyó á dicha conquista. Antes de referirla, consignaremos lo que de esta misión de S. Antonio de Huanay dejó escrito el R. P. Com. Fr. Antonio Avellá, sobre la de Mapiri, cuando hizo su visita en ambas por Junio de 1805.

«En el dia, dice, solo existen en Mapiri 94 almas, porque muchos se pasaron á S. Antonio de Huanay, y otros se murieron con terciana, que esperamos desaparecerá con la traslación de la gente al pueblo nuevo, y también con la apertura del camino y comunicación con el Pueblo de Consata. El talle de los indios é indias es honesto, formado con cierto aire. Los hombres son flojos para el trabajo; las mujeres muy hacendosas, inclinadas á casarse pronto por evitar los peligros, pues abominan la fornicación y el adulterio, sus costumbres muy honestas; las más usan su larga camiseta y algunas ya empiezan á vestir jubon: los hombres ya usan calzón. Con el auxilio de los PP. Conversores se van civilizando más; ya saben bién la doctrina cristiana y se van injeniando con el comercio de los que entran á vender.....Las producciones de cascarilla, bálsamos, resinas, hiervas medicinales y algunas pepitas de oro que recojen en las playas del rio Tipuani, forman sus recursos.»

El mismo P. Avellá también consigna la nota siguiente.» Se espera que á la corta misión de Mapiri se agregarán varias familias de Poroma, que está á dos dias de aquí, sin contar con las que pueden haberse escapado de las tomadas por los Muchanis en Yutico.....Y digo que la misión de Huanay está más ade-

lantada en un solo año que la de Mapiri en más de un siglo: y cada dia está más atrasada, á menos que, con la traslación del pueblo nuevo, algunos se animen á venir, por ser lugar sano y libre de terciana. Pero siempre progresará más este de Huanay así por verse muchas criaturas de ambos sexos, y por otras que se esperan, aún cuando sea cierta la fatalidad de Yutico.»

Confirma esta idea del P. Avellá el auto de visita verificada el 10 de Agosto del año 1816 por el P. Gerónimo Berdión, quien dice.—«Que habiendo visitado las Misiones de S. Miguel de Tinendo y de Santa Ana del Beni, visité esta de S. Antonio, y he encontrado que las cosas pertenecientes al culto divino, sacrificio de la misa y administración de Sacramentos, están aseadas y bién administradas, aunque con alguna pobreza. Igualmente he notado con gran consuelo mio, que se practican las costumbres de misión, doctrinando á los neófitos todos los dias y velando sobre sus costumbres, procurando asi mismo adelantar en los ramos de lo temporal. La población sigue en aumento: y en esta visita fueron confirmados 28 párvulos, como consta del libro de Bautismo.»

También consta que el incansable fundador de Huanay, el R. P. Fr. Miguel Dieguez de Soto fué elegido Guardián del Colegio de Moquegua, y su compañero el P. Fr. Manuel M. Dominguez, cura conversor de Mapiri, en Discreto del mismo Colegio; por cuyo motivo se le participaba al Señor Obispo de La Paz, que ambos serían reemplazados por el P. Buenaventura Quintana en Huanay, y por los PP. Fr. Pablo Carrazcosa y su hermano Julián en Mapiri.

No se sabe cuantos años estuvieron dichos PP. en Huanay ni el órden con que les sucedieron los demás; pero si consta que residieron allí alternativamente los PP. Gerónimo Berdión, Andrés Herrero, José Santasusana, Manuel Pozo y Juan Zuñer: este último, aún después del abandono del Colegio de Moquegua, permaneció allí cuidando de las tres misiones de Tipuani, Mapiri y Huanay, en las cuales tuvo de coadjutor al R. P. Pedro Pelichi en 1835 y después al P. Fr. Serafín Opichini, que residió allá 15 años, teniendo que venir á curarse de la grave enfermedad de parálisis, que lo llevó al sepulcro en Agosto de 1856. Muerto este buen religioso, no tuvo este colegio como mandar un continuador: y por lo mismo la comunidad las renunció al Sr. Obispo, que desde entónces han sido mandados varios clérigos,

hasta que por fin Huanay ha quedado casi extinguido, y Mapiri se hubiera perdido ya si la feracidad de aquellos terrenos no llamára la concurrencia de nacionales y extranjeros para plantaciones de quinales, cuyas cáscaras son tan valiosas, que constituyen uno de los ramos de más riqueza de Bolivia. Pués bién ¿la puerta de tan rica especulación quién se la abrió á los afortunados explotadores? Los misioneros, cuyas fatigas y sacrificios nadie agradece, ni nadie recuerda. Y para que aquella entrada fuera más ancha y expedita, ya, desde principios de este siglo, los Padres misioneros, preveyendo el porvenir de estas regiones, propusieron al Gobierno la apertura de caminos menos escabrosos, que desde Sorata facilitaran la comunicación y el tránsito, evitando los retardos y los desgraciados accidentes que ocurren á cada paso por sendas tan fragosas como mal trazadas; pero nada: la voz religiosa fué desoida, y las cosas siguen así, hasta que viniendo algún ingeniero alemán ó chino, que se haga dar algunos miles para el trazo, y la ejecución, se logre y lo deje peor. Entónces, lomismo que ahora, el fatigado caminante tendrá que decir en sentido material aquello del poeta.—*Deteriora sequor*.

CAPÍTULO XVI.

Mosetenes, su descubrimiento, su fundación, sus traslaciones etc.

Ya hemos insinuado que el pensamiento dominante de los PP. de Moquegua era el penetrar en las rinconadas del Beni, las guaridas de esos Madalenos, de los cuales tenían cierta idea, por haber oido que los PP. de Tarata, á últimos del siglo pasado, y algún Padre de S. Francisco, á principios del presente, habían visitado aquellas playas del Beni y del Boppi; y aún se creía que se habían dado algunos pasos para iniciar una reducción. Deseando, pués, llevar á cabo esta conquista espiritual, es que discurrieron modos para poderla realizar; pero siempre se les presentaba el gran inconveniente del rio caudaloso, de la quebrada, del carácter feroz de tales bárbaros y el no saber de fijo la playa ó bosque de sus aduares; y sobre todo el ignorar su dialecto y no tener intérpretes, desde que ellos no se creían dotados, como los apóstoles, del don de lenguas.

Más, la divina Providencia siempre adorable aún en la permisión de las desgracias, les proporcionó el logro de sus deseos. Leamos el siguiente apunte. «En el año del Señor de mil ochocientos siete, á diez de Agosto, se dió principio á la reducción de los Muchanis, de un modo prodigioso. Sabido es el trájico

suceso de las muertes que los dichos Muchanis habían ejecutado en Yutico con los hombres que vivían allí de esta nación Leca de S. Antonio de Huanay, llevándose consigo á los muchachos y muchachas y á las mujeres. ¿Quién había de pensar que un hecho tan horroroso había de ser ocasión de la conversión de los mismos homicidas? ¿Quién sinó el que sabe que un Señor en todo admirable halla como sacar bién de los mismos males? En aquel tiempo estaban los Lecos tan resentidos de las desgraciadas muertes de sus padres, hermanos y deudos, que era preciso un milagro de la gracia para olvidar el agravio y no vengarse de él....Pero el Padre de las misericordias los llamaba, y preciso era que nadie lo estorbase.»

«Fué el caso que una mujer, llamada Tomasa Tuliapo, de las que se habían robado, vino en compañía de un Muchan llamado Gaspar Cristóbal, diciendo que venían á servir al Padre. El Padre los agasajó según pudo, los trató con cariño hasta que se aficionaron tanto que dijo el Muchan que quería ir á su tierra á llamar á su padre: se le dió licencia, encargándole que invitase á todos á ser cristianos, que serían dos veces felices, porque tendrían lo necesario en esta vida y después irían al cielo. Tan al vivo lo hicieron, que no solo trajeron á sus padres, sinó á todos, aunque fueron viniendo sucesivamente: omito el orden y el número por no alargarme demasiado. Los Padres que estaban de conversores en esta misión eran el P. Fr. Manuel Dominguez y Fr. Gerónimo Berdión. Los Muchanis permanecieron aquí entre los Lecos hasta que el referido P. Fr. Manuel fué tras ellos á su tierra, en donde hicieron una casa para el Padre y una capilla para decir misa etc. Se puso por patrón á S. Miguel Arcangel en el lugar llamado Tinendo, por lo que se llamó S. Miguel de Tinendo. La inconstancia de los indios ha hecho mudar el pueblo á Oyapi, y después vuelta á Tinendo por circunstancias dignas de atenderse, una de ellas fué la conquista de los Inicuanis, con esperanza fundada de conquistar á otros muchos del mismo idioma, que lo entiende medianamente el P. Fr. Andrés Herrero, á cuyo cargo están ahora los dichos Inicuanis á las cercanías del Beni y del Inicua, su confluente. Y en efecto, Tinendo fué el punto de partida, la base de la conquista de las diversas tribus de Madalenos, que nómades vagaban por esta grande hoyada de rios navegables.»

Verificada, pués, la reducción de los Muchanis, se colocó de su padre Conversor al P. Rocamora con el P. Fr. Manuel del Pozo, para que el animoso P. Herrero, siempre de vanguardia,

pudiese emprender la conquista de los limítrofes, aunque no tan cercanos gentiles. Más, antes de referir sus fatigosas empresas, asunto de los capítulos siguientes, diremos algo de las costumbres de estos paganos, y de las cosas notables de estas comarcas, copiando lo que sobre este particular nos dejó escrito el R. P. Fr. Benigno Bibolloti, que fué su cura.

Tinendo, ó S. Miguel de Muchanis, está colocado entre dos arroyos llamados el uno Tinendo y el otro Muchan, á poca distancia del Beni, y como á dos leguas del desagüe del caudaloso Kaka, ó Huanay. Su clima, exesivamente caluroso y fértil, produce plátanos, yucas, maiz, arroz, frejoles, café, cacao, sandias, piñas, naranjas, limones, algodón, hiervas medicinales y cuanto quiera plantar la mano del hombre; si bién se sufre allí la terrible llaga de la espundia, la terciana, la disenteria y, lo que es peor, la ferocidad de los tigres, que se ceban en las criaturas y aún en cuerpos mayores; cuyas desgracias han precisado á los naturales á pararles trampas, en las cuales, en un solo año, cayeron aplastados once de ellos. Desde entónces ya no se atreven á invadir al pueblo, pero infestan los bosques inmediatos, donde no se puede ir desarmado.

El carácter de estos indígenas ha sido feroz; más ahora se han amanzado algún tanto á fuerza de correcciones y diarias reprimendas por los PP. Conversores: algo también se han corregido de su innata pereza y voluble inconstancia, que por tres ó cuatro veces los han hecho desertar de sus reducciones, como de Oyapi, en tiempo del P. Ramos, de Tinendo en tiempo del P. Miguel Cabot, y después, en tiempo del P. Pablo Cerdá, del P. Pabet y del P. Baldovino. Esta maldita propensión al monte, natural en todos los salvajes, es en estos Muchanis casi tan indeleble como las manchas oscuras de su cutis; lo mismo que las supersticiones de su paganismo, como los brujos y brujerías, hiervas fatídicas, huesos de animales para ir á cazar, apariciones y diálogos con el demonio, y mil abusos idolátricos de su grosera ignorancia. No lo estrañemos: los que no están ilustrados con la luz de la fé, caen en el pozo de esas tinieblas: ahí están los egipcios y los persas, los griegos y los romanos, los galos y los escandinavos, y aún otros que no se creen fanáticos.

Solían también estos ignorantes hacer uso de varios venenos, especialmente las mujeres para abortar: abominable pecado contra sí mismas, contra el fruto de sus entrañas, contra la sociedad. La Religión ya las ha hecho conocer los alcances de este crímen, que su barbarie les hacía creer permitido, como los in-

sestos y otras nefandades, cuya negrura no alcanza á ver la pupila de la sola luz natural. Pero en medio de sus abusiones, conservaban sus tradiciones sobre la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, el juicio y la vida futura figurándose de un modo gresero sus campos elíseos con hartos monos y loros, pescados y frutas, casi al par que se los pintaban los poetas á los ciudadanos de Atenas y del Lacio.

Estos tinendos también tuvieron su templo, su ídolo, sus ofrendas, sus sacrificadores y adivinos, llamados Cucucis; cuyos oráculos eran tenidos como sentencias de vida ó de muerte, como los de los mentidos vates de Delfos ó de Accaron. Para ser iniciados en especie de ministerio del dios Zoyo y Dojid debían practicar rigorosos y prolongados ayunos, como los Dervíches de la India, untarse los ojos con zumo de tabaco y otras hierbas, con ridículas ceremonias. Estas supercherías las han referido algunos de los mismos que antes fueron Cucucis; los mismos que custodiaban su templo ó pagoda, y no permitían la entrada á mujer alguna. El que esto escribe ha visto un pedazo de tronco medio labrado, que era su ídolo, con el banco ó pedestal en que lo adoraban. Por fortuna la generación actual mosetena ya se olvidó de aquella idolatría, mejor que los Hebreos del buey Apis, y los cartagineses de su Saturno.

Ya hemos hablado del P. Francisco Ramos, primer doctrinero de estos Muchanis en Oyapi y después en Tinendo; y debemos añadir, que este celoso misionero, yendo á Huanay, á buscar útiles para su nueva misión, pereció ahogado en el Kaka. Desgracia que llenó de consternación á sus pobres balseros, que no pudieron encontrar el cuerpo de su padre, sumido en las oleadas de aquel rio. Vinieron á reparar esta pérdida los Padres Dominguez y Dieguez; después el P. Herrero y el P. Pozo: este es el que escapó de las fauces de un tigre invocando el santísimo nombre de Jesús, y cuidó aquella reducción hasta el año 1838, en que fué á relevarlo el P. Ángel Baldovino, al cual sucedió el P. Francisco Miguel Cabot en 1846. En aquella época, en que las deserciones y las pestes habían diezmado á los Muchanis, los volvió á reunir el dicho P. Cabot, dejándolos al cuidado del P. Pablo Mateo Cerdá en 1850. Este celosísimo Padre se propuso aumentar su pequeña grey con la conquista de los salvajes Chimanes. Para esta ariesgada empresa se asoció con el P. Salvador Vallés, entónces encargado de Guachi ó Madalenos: llevaron de guias algunos de sus neófitos, y entre peligros, hambre y cansancio, llegaron al rio Manique, desde cuya playa divisaron al-

gún rancho, y gritaron á los de la otra banda para que los hicieran pasar: vinieron luego con una balsa, y los pasaron á los indios, habiéndose los Padres quedado atrás hasta ver si los recibirían bién. En efecto, luego que los Mosetenes les hablaron de cuán bién estaban con su Padre Conversor, manifestaron deseos de tenerlo. Entónces les digeron que estaban cerca, y que les llevasen comida, pués venían cansados y hambrientos. Fueron volando, y les digeron que ántes había muerto el muchan doctrinero, que el P. Herrero les había dejado; y que después ellos habían muerto á un clérigo de San Borja, que no se conducía bién. Así digeron ellos; pero lo cierto es que tales Chimanes no empezaron á manchar sus manos sacrílegas con sangre sacerdotal en el asesinato del P. Pablo Emilio Reynaud.

Sin embargo, entónces recibieron contentos á los PP. Cerdá y Vallés en 1852, oyerón dóciles sus exhortaciones para su conversión y formación de un pueblo ó dos, segúnfuese la gente; para cuyo objeto se les mandaría un Padre expreso. Con esta esperanza se despidieron de ellos, y se regresaron á Tinendo con mil riesgos, pero dando gracias á Dios de haber surtido feliz éxito su penosa expedición.

Al regreso encontró el P. Cerdá al P. Vicente Candela en vísperas de regresarse á La Paz, y dejó en su lugar al P. Amadeo Boydi, en 1851. Este Padre era un ejemplar de paciencia: pero tuvo que sufrir mil odiosidades de estos ingratos Muchanis, que hasta intentaron asesinarlo: crímen que el evitó escondiéndose cautelosamente, como J. C. *abscondit se*; pero no abandonó su rebaño, si bién llegó á enfermar gravemente y recibió los últimos Sacramentos, resignado á morir: más Dios se satisfizo con el sacrificio de su voluntad, y lo alivió. Se salió á La Paz á convalecer y lo subrogó en su lugar el P. Benigno Bibolloti, en 1858; después de regresar de una expedición á los bárbaros Toromonas. Este Padre se contrajo á normalizar las escuelas y el buen régimen de la misión, adornó la Iglesia, se esmeró en hacerles cultivar las chacras y enbellecer los alrededores de la población.

Más, cuando por la fundación de Covendo, se creyó conveniente trasladar á los Muchanis á la confluencia del Boppi con el Beni, el P. Bibolloti fué á establecerlos; pero poco permanecieron allí, pués no pararon hasta volverse á su favorito Tinendo, dejando Concepción á los cascarilleros, que no son misión, ni pueblo, sinó una guarida de proletarios infelices, solo ocupados en sus explotaciones y en sus vicios, sin más gobierno ni más cu-

ra que el empresario industrial, sin más autoridad que la del látigo. Así anda ello.

El P. Bibolloti decayó mucho en su salud, y se vió precisado á salir para recobrarse; y aún pensó volver á Italia con la debida licencia. Más su enfermedad se agravó en el viaje, y murió en Tacna con los sacramentos y auxilios oportunos de nuestra santa religión, el 2 de Setiembre de 1869. En su lugar fué destinado á S. Miguel de Tinendo el P. Fr. Pedro Barenis, y actualmente los asiste el R. P. Fr. Luís Fernandez, ex-Prefecto y ex-Guardián de este apostólico Colegio.

CAPÍTULO XVII.

Santa Ana, fundada por el P. Herrero, sus marchas etc.

Conquistado Tinendo, era preciso continuar la conquista de los demás consalvajes de aquella extensa región, cuyos espinosos chumes habían ya intentado desmontar algunos hijos de S. Francisco, aunque sin lograr un arraigo: el que después lo logró fué nuestro apostólico P. Herrero, cuyo relato copiamos aquí. «Tinendo y Junio 27 de 1815. Mi venerado Padre Vice-Prefecto Fr. Gerónimo Berdión: aunque quise con la brevedad posible responder á la suya, no retardar tanto su salida tan necesaria, me fué preciso suspenderlo por noticiarle el resultado de una expedicioncilla que se me proporcionó hacer en los dias que llegó el portador Gaspar. Presentáronse en esta el sábado 17 del corriente seis infieles de los que viven en la costa de este gran rio Chulumani (ó Beni) que ellos llaman, diciendo que venían á verme y detenerse aquí algunos dias, y que luego se volverían á su tierra: determiné no perder esta ocasión de ver estas gentes, anunciarles el reino de Dios, atrayéndoles que viniesen (si me era posible) á este de Tinendo con nosotros; y de nó, catequizarlos del mejor modo: en efecto me

puse en camino el martes 20 de este (al otro dia de haber recibido la de V.); me acompañaron cuatro de estos Muchanis, uno de ellos Cunay el capitán, que al tercer dia de jornada tuvo que volverse por enfermo acompañado de otro; con que me quedé con dos Muchanis y los seis referidos Inicuanis. Llegamos, al fin, á los cuatro dias de jornadas muy largas al pueblo de nuestro destino, el viernes 23 por la tarde, salieron sus gentes á recibirnos á la playa, por que uno de los indios se adelantó á avisarles; al vernos manifestaron mucho gozo por nuestra llegada, y todos con singular cariño nos condujeron hacia sus casas, que todas son techadas de palma y puestas en órden, de modo que forman una plaza como la mitad de la de Huanay. Me dieron á entender estar contentos en su pueblo, porque allí tenían ya sus chacras y mucho que cazar, en cuya atención no quise hablarles de su traslación á Tinendo, porque á la verdad vivo siempre persuadido, que nunca puede ser muy duradera la misión de Indios entre otros de distiuta nación, aunque no sean enemigos. Sin embargo les hablé sobre el fin de mi venida, y prometiles que, si querían ser cristianos, yo escribiría una carta á Moquegua para que viniera otro Padre que les enseñase la doctrina y los hiciese cristianos como á los Muchanis, de lo que les resultarían tantas ventajas, no solo por lo espiritual sinó también por lo corporal etc. En efecto convinieron muy gustosos, y en seguida canté las Ave-Marías, y ellos á su modo me acompañaron arrodillándose delante de la imágen de María Santísima que llevaba. Los convidé para la mañana, por que ya era tarde: nos dieron de cenar miculos, yuca, camotes y pescado en abundancia, y regalaron bastante chicha á los Muchanis que me acompañoron. Á la mañana del 24, dia de S. Juan Bautista, enarbolé el madero de la Santa Cruz, y delante de la dicha imágen de María Santísima dije la doctrina cristiana, á que respondieron todos: después les propuse la felicidad de los cristianos que se salvan, lo cual ellos podían también conseguir, si querían, y sus hijos, los que voluntariamente me ofrecieron para que los bautizase, como lo hice allí delante de ellos, y hecho esto, canté la letanía de los Santos invocando por tres veces el nombre y protección de Santa Ana, Madre de María Santísima, á la cual nombré por patrona, quedando el Pueblo bautizado por ahora con el nombre de Santa Ana del Beni; y por último, dije el Bendito, y me retiré á mi posada, en donde les repartí algunas frioleras, como agujas, cintas, cuchillos, rosarios y azúcar; ellos correspondieron con camotes, yucas, maiz, algodón y sal, tanto á mí como á mis compañeros.

con esto me despedí de ellos dándoles mucha esperanza de que vendría otro Padre, y que yo mismo los visitaría, y si era posible, queriendo Dios, sería por el mes siguiente, y que estaría algunos dias con ellos, lo que ahora no podía hacer por el cuidado que me daba la enfermedad del Capitán Cunay. En efecto, la misma mañana del 24, como á las nueve ó diez nos embarcamos para Tinendo, donde llegamos á los dos dias de camino. Este pueblo está muy arriba, y es donde ó cerca de donde mataron los Madalenos al P. Fr. Lázaro Agramonte. Nosotros solo tardamos cuatro dias en subir, pero fuimos muy ligero, y hacíamos largas jornadas, tanto que para bajar hasta Tinendo, apenas pudimos en dos dias. Hay en dicho pueblo una campana, que al parecer la trageron los PP. de La Paz, á otro pueblo que está más arriba y que desampararon sus moradores, no sé por que motivo, y de allí la tomó un indio de estos y la trajo á su pueblo, es casi del tamaño como una de Huanay. El número de habitantes ahora apenas ascienden á 30, pero probablemente pueden aumentarse á mucho, porque los parientes de estos que viven en el rio Inicua, distante de aquí aún no un dia de camino por el monte, son dóciles como estos, ya los conozco yo, pués son los que vinieron á Oyapi el año pasado. Tiene este pueblo algunas ventajas, no solo porque de aquí se puede entablar una ruta para salir con balsa hasta Irupana ó Chulumani, como alguna vez lo han hecho ellos para traer sus provisiones necesarias, sinó también por que de aquí puede tomarse ocasión de reducir á los Madalenos por la vecindad y aún parentezco que tienen con algunos de estos indios. En fin es pueblo abundante de chacras que producen lo que he dicho. Sus indios son trabajadores tanto ó más que estos Muchanis, y sobre todo tienen unas salinas muy ricas, de que se proveen para su uso y para regalos y comprar lo necesario. Yo no he visto estas salinas por lo poco que me demoré entre ellos; pero en primera acasion lo haré, Dios mediante, para darles algunas instrucciones para beneficiarla. Me dieron palabra que bajarían á Tinendo por el mes siguiente á ayudarme en la roza que todavía no está concluida, y después se volverán, y yo con ellos, como lo haré si hade ser para honra y gloria de Dios y provecho de sus almas. El viaje á Reyes, aunque tenga muchas ganas de hacerlo, por ahora no me es posible, porque tengo algunos enfermos, y apenas hay con quien ir. Dios lo compondrá todo si es su voluntad Santísima, en cuyo caso haré todos los encargos lo mejor que pueda. La Tomasa parece que quiere quedarse á vivir aquí, porque los parientes de Gas-

par la han hablado con instancia y aún creo que vá á ayudarles; pero vá también á persuadir á su hermano Agustín Coata á que se venga á Tinendo: en fin, sea lo que fuere, si V. P. conoce que no es conveniente, puede impedirlo mejor que yo acá: lo que sí le digo es que á Caimani le diga que se venga cuanto ántes, y con él, ó en primera ocasión, envíeme un poco harina ó trigo, que hace mucha falta para las hostias, como también estoy muy necesitado de sebo para las velas, que sino puedo ir luego á Reyes, fuera bueno que me enviara siquiera media docena de ellas; en pago envio estas dos ollitas de sal de la que me regalaron los Inicuanis. Aquí tienen dos loros, que haré que los lleven por si acaso sirven, sus dueños son Murena y Cunay, que sin duda irán con el favor de Dios, como á últimos de Setiembre; y entonces recibirán la paga. Para ese tiempo será bueno haya entre otras cosas, alguna provisión de ollas para cocinar, porque estas no sirven. Por último, cuanto V. P. conoce que puede necesitar un pueblo nuevo, como el que ya he dicho, en donde no ví más que una hacha vieja, de modo que la roza del pueblo se conocía estar hecha casi toda á fuerza de fuego; por lo que tuve que dejarles mi hachita de mano, para que me hiciesen la casa y chacra que ellos mismos ántes de darles yo nada, ya me preguntáron en que sitio harían la Iglesia y Convento. Aunque yo he encargado á Mise, puede V. P. volverlo á encargar á él ó á Caimani, si viene ahora, que traigan la alfombra del altar, que por pesada y no aguantar más la balsa, dejé en Oyapi; y también algo de arroz de que hay en la tinaja.....No ocurre más: memorias á los Señores Síndicos Don Francísco, Don Julián y Don Juan, si se vén por esa, y sobre todo á mi compañero el P. Pozo, á quien le encargo un poco de pólvora, que ya toda se acabó; y sino tiene cómpreme en Coroico, aunque sea dos ó tres libras. Soy su más obediente súbdito Fr. Andrés Herrero.» - Es copia fiel. Fr. Jaime Masip—Guardián. Moquegua Setiembre 4 de 1815.

Suplicamos al lector nos dispense la prolijidad en copiar íntegra esa carta, mejor dicho, ese documento minucioso, del gran varón evangélico, que, sin más armas que su fé, tuvo valor para internarse en aquellos bosques regados poco ántes con la sangre de su hermano, el P. Agramonte, dispuesto el mismo á derramar la suya con tal que pudiese salvar un alma, como decía el grande Apóstol.—*Impéndam.....et superimpendar pro animabus vestris* (2 Cor. 12.) Como este asíduo cultivador del campo evangélico sabía muy bién el encargo del Señor á su profetal

(Jer. 1. 10.) de arrancar, destruir y disipar la zizaña de los errores de las gentes entre las cuales debía plantar y edificar el trigo puro de la fé, se dedicó á escudriñar los vicios, las supersticiones y fanatismo de aquellos Inicuanis que iba reuniendo de diversas tribus y pequeños grupos, con los cuales se desvelaba para formar con ellos una pequeña grey de J. C. Y sabiendo por experiencia que un Misionero, para poder penetrar al alma de sus neófitos, debe saber y hablar su idioma, se dedicó vivamente á perfeccionarse en el de estos recién convertidos, que ya antes conocía, con tal contracción, que luego pudo predicarles en su lengua mosetena, y aún les compuso un catecismo de doctrina cristiana, con las oraciones, los artículos y demás cosas necesarias: catecismo que después ha servido de modelo á sus sucesores, y cuyo texto se imprimió en la litografía de Propaganda fide, en Roma.

Curiosas son las noticias que nos ha dejado en sus cartas sobre la índole, tendencias, abusos y cualidades buenas y malas de aquellos pobres Mosetenes, á los cuales, á pesar de sus desarreglos, él quería y amaba como á hijos, á ejemplo del Vaso de elección con los Corintios (1°. 4. 15), por haberlos engendrado en J. C. con su Santo Evangelio. Ellos espiaban todos los pasos del Padre, y se asombraban de no ver en él más que abnegación, pureza, trabajo, y las más acendradas virtudes; mientras que él disimulaba con caridad paternal sus liviandades, sus supercherías y los ridículos abusos de su gentílica idolatría; les escuchaba sus tradiciones del Masange ó del Dogit; que decían haber venido antiguamente á sus tierras, y les había provisto de comidas: que este era el Dios que había creado las gentes y demás cosas del mundo; que el hombre tiene una cosa distinta en su cuerpo, que no muere con él; que el alma del que muere de muerte natural se queda algún tiempo entre los restos del difunto; pero la del muerto violentamente se sube á las nubes para tomar venganza, atribuyéndoles los eclipses, cometas y rayos, fenómenos atmosféricos: al primero llaman *Soyó*, y al segundo *Begagte*, todo esto lo oía el Padre, valiéndose de estas confusas ideas para explicarles los dogmas de la creación, de la redención y santificación que N. S. J. vino á enseñarnos.

¡Cuanto trabajo le costaría el arrancar las groseras tradiciones de aquellas inteligencias embrutecidas é incapaces de elevarse á la altura de las verdades de nuestra Santa fé! Dice S. Ambrosio, que la magnitud de estos misterios no cabe en los angostos pechos de los impíos. ¡Y cuanto ménos cabrá en las os-

curas mentes y estrechísimos corazones de los salvajes! El mismo Santo Doctor nos enseña que en el principio de la Iglesia vivían los gentiles poco ménos que animales, *more pecadum ante viventes*: expresión que es más tristemente exacta en esas hordas degradadas, sin pudor, sin freno, entregadas á los brutales instintos de la más abyecta naturaleza....¡Oh, cuanto tiene que sufrir, que disimular y que fatigarse el celoso Misionero para reducir á la razón unos seres tan irracionales, y para hacerles comprender lo más indispensable para la honestidad de la vida social y cristiana!.

Es, por lo mismo, digna de todo elogio la paciencia, la sagacidad, la caridad inagotable del civilizador de los Inicuanis. Se conoce que su corazón sudaba sangre al ver los desmanes de sus beodeces, de sus odios, de sus riñas, de sus preocupaciones idolátricas, especialmente la poligamia y de más abominaciones de la lujuria. Pero, á pesar de todo, todo lo sufría su caridad, *charitas omnia suffert*, para ganarlos á J. C. á fuerza de mansedumbre: y esta era cabalmente la virtud característica del P. Herrero. El no solo les disimulaba, sino que aún les disculpaba, sus extravagancias é impropiedades; y rara vez se valía del rigor para corregirlos; solo con los insolentes y obstinados se permitía algún castigo. Él se complace en referir la habilidad de esos indígenas en saber curar la terrible llaga de la espundia, úlcera fatal de aquellos climas, para cuya cauterización ellos aplican la arena caldeada: remedio doloroso, bárbaro, si se quiere, pero eficaz, pués con tal cauterio se logra cambiar aquella úlcera en quemadura, de fácil remedio. De igual modo celebra la habilidad con que sacan del ojo el insecto imperceptible, llamado *moioy*, que no sacado á tiempo destruye la vista; en cuya dolorosísima operación, dice el Padre, son más diestros que el más hábil cirujano europeo. También admira el modo de sangrarse entre ellos, que consiste en abrir una incisión en la parte inflamada ó adolorida, chupando la mala sangre que escupen.—Ellos no tienen lanzeta ni cosa equivalente para picar una vena; y crée el Padre que esta absorción local de la sangre es más eficaz y efectiva que la sangría común. Prefiere igualmente la aplicación que de varias yerbas y raices hacen para sus dolencias ordinarias: si bién esta especie de botánica natural es común á todos los indios; pero escribe el Padre que, si algunos naturalistas entrasen por aquellas selvas, hallarían muchas plantas medicinales y aún aprenderían muchas cosas de aquellos salvajes. ¡Se conoce cuanto los quería!.

Con la esperanza de aumentar esta reducción y emprender la conquista de los Madalenos, el P. Gerónimo Berdión, entónces Prefecto, 1818, reforzó estas misiones con los auxiliares siguientes: al P. Rocamora en Tinendo, al P. Juan Zuñer en Santa Ana; así como habia dejado en Huanay al P. Fr. Felipe Echenagusia. «Entré á hacer esta visita, dice el P. Berdión, por Irupana, embarcándome por balsa en el rio de La Paz; visité de paso á tres rancherías de indios Madalenos situados en las margenes del Boppi, el número de almas ascendería á 40, y están en disposición de recibir Padre abrazando la religión cristiana, lo mismo que los Inicuanis, que ascenderán á setenta almas; y asi mismo los infieles del rio arriba, Beni, que á porfía piden Padres, y ascenderán á cien almas. La dificultad está en hacerlos juntar, porque no quieren, ni es fácil convencerlos, de la utilidad que les resultaría de juntarse; y por otra parte no es fácil poner Padres en todas las rancherías, como ellos desean. Pidamos á Dios que lo remedie. Huanay 13 de Octubre de 1818.»

En el año siguiente repitio su visita el Padre Berdión, cuya nota copiamos por creerla conducente: dice así.—«En el año del Señor de mil ochocientos diez y nueve, á principios de Mayo, concluí la visita de S. Antonio de Huanay, y el tres del mismo me embarqué para proseguir la visita de las otras reducciones, tocando antes en el pueblo de Reyes, con el fin de informarme si habría fácil comunicación desde allí a la conquista de Carabaya, que se está intentando hacer, y otras miras para mi gobierno. Viendo muy dificultosa é imposible la actual comunicación, dí luego la vuelta hacia la inmediata reducción de S. Miguel de Tinendo, de nación Mosetenes, llamados Muchanis, de donde concluida mi visita, me pasé a la de Santa Ana. Cuando llegué á esta misión, á últimos de Junio, me ví rodeado de infieles Chimanes, Madalenos y de neófitos Muchanis é Inicuanis, que son los de Santa Ana; y sin detenerme por entónces á visitar esta misión, me dirijí al dia siguiente á la nueva de S. Juan Bautista de Madalenos en compañía del P. Presidente Fr. Andrés Herrero y del P. Fr. Narciso Arnau, que quedó allí como de reductor ó primer cura Conversor de aquella misión; y el P. Fr. Andrés como intérprete me acompañó en la expedición, que continuamos para convidar á los infieles dispersos por las margenes del Beni, á que se reuniesen á la nueva reducción de S. Juan Bautista, cuyo punto se llama Tacupí, y cuyo nombre retiene por un arroyo cercano. Concluimos la expedición con el favor de Dios felizmente, porque se reunieron en breve los convidados, como lo su-

pimos luego de regresados á Santa Ana, para hacer allí la visita que me restaba, la que verificada me despedí por el rio Boppi para Irupana, habiendo agregado antes á la misión 50 almas, que vinieron del rio Inicua y del Boppi, á los que habilité de herramientas y otras cosas con que quedaron muy contentos, quedando al cuidado de todos el P. Fr. Andrés y el P. Juan Bautista. Notamos de paso que los Chimanes manifestaron deseos de ser cristianos, y los de Virquitunzi, también Madalenos con otros muchos que viven en el mismo rio Beni y en el de Quetoto en varias rancherías dicen lomismo. Salí pués para Irupana el 9 de Setiembre, á donde llegué en 15 dias sin novedad grave, apesar de lo rigoroso que es el tal Boppi. Hay actualmente en la misión de Huanay 140 almas; en Muchanis 80, poco más ó ménos, en Santa Ana 150; en Tucupí 70: en lo que me remito á sus padrones, y suman 440 almas. Y para que conste lo firmo en Irupana 12 de Octubre de 1819.—Fr. Gerónimo Berdión, Com. Prefecto.

Por el tenor de esta nota se vé el empeño de aquellos Padres en conquistar estos paises ribereños del Beni y del Boppi, los sacrificios que para lograrlo hacían, y también la idea favorita de adelantar dichas conquistas por el Norte hasta la cordillera de Carabaya. Idea grandiosa, cuya ejecución malogró la oposición del Señor La Santa retirando á los Padres de las reducciones de Pacaguaras y Toromonas; si bién resultó de esta oposición que aquellos Operarios evangélicos se consagraron directamente á la reducción de estos infieles, pertenecientes al Gobierno y á la Diócesis de La Paz. Así fué que el P. Herrero, convencido de la imposibilidad de realizar aquel antiguo plan y de la posibilidad de avanzar por este lado, renunció formalmente, siendo Prefecto, las Misiones del Cuzco, y se dedicó á estas con todo el celo de su espíritu. Veremos su empeño copiando su memoria: es como sigue.

«Tocante á las cuatro Misiones del Departamento de La Paz, aunque á la verdad no están muy adelantadas en lo temporal, á causa de las actuales circunstancias del erario, que no permite socorrerse como es debido; pero creemos fundadamente que progresarán en el ramo espiritual, y aún en el temporal, atento que de parte de los indios se ha observado buena disposición y el ser de buen natural; y de parte de los Padres esperamos en Dios que, ayudándonos con su Santa Gracia, no desistirán de la empresa, trabajando ya con nuestras fuerzas, ya con nuestras limosnas y otras diligencias que nos son permitidas, á fin de lograr la salvación tan deseada de estas almas.»

«Hasta este dia, Junio de 1821, tengo hechos algunos gastos y practicadas algunas diligencias á este objeto tan interesante, costeado todo con limosnas de misas, sermones y parte de los sínodos (aunque muy escasa y atrasadamente). Y entre otras cosas que tengo ya prevenidas, son algunos instrumentos de música, dos maestros y varios aprendices, porción de ropa, como frazadas, bayetas, libros, imágenes y otras muchas menudencias necesarias á las Misiones. Todo se halla ya actualmente en disposición de trasladarse á su destino, luego que salgan las balsas á este pueblo de Irupana, donde me hallo, y donde deben llegar en breves dias, según el aviso que les hace por la vía de Huanay. ¡El Señor se ha servido de encaminarlo todo á honra y gloria suya!»

«En efecto, salieron los indios neófitos conductores, aunque no tan pronto, á mediados de Agosto; y esta demora fué causa que se me frustrasen algunas diligencias, y gastos que tenía adelantados. Pero, sin embargo, poniendo nuestra confianza en el Señor, que si bién permite algunos contratiempos para prueba de nuestra fé y paciencia, verificamos el viaje, bajando por el Boppi (que es el mismo rio de La Paz,) en tres balsas, dejando en Irupana para otro viaje, alguna gente y varios efectos que ya estaban dispuestos, y solamente pudimos llevar cuatro muchachos aprendices de música con algunos instrumentos y algunas otras cosas. No faltaron trabajos en el rio, pués se nos volcó una balsa tres veces, y por estar el rio de avenida, tuvimos que apearnos en diferentes partes, en que se ofrecieron algunas incomodidades, que se toleraron con paciencia, por el deseo grande de llegar luego á nuestro destino.»

«Llegamos, por fin, á la misión de Santa Ana el 17 de Agosto, después de cuatro dias de navegación, y allí encontramos á los PP. Fr. Juan Zúñer y Fr. Narciso Arnau. Este estaba antes encargado de otra misión, allí más próxima, que es S. Juan de Tucupi; y la había desamparado, alegando la mala condición de sus moradores. Pero habiendo yo meditado sobre la gravedad de este punto, determiné que no enteramente se dejase dicha Misión hasta informarme personalmente de los naturales, haciéndole los cargos y oyendo sus respuestas. En efecto, me puse luego en camino, y llegué hasta el rio Payani, donde se habían retirado la mayor parte de los de Tucupi. Llamé á todos los hombres á parte y habiéndoles reconvenido sobre su fuga, contestaron algunas razones pueriles y propias de indios, que les fuí

contestando plenamente, concluyendo mi discurso con encargarles que, menospreciando cualesquiera motivos ó pretextos, era preciso volverse á reunir en Tucupi, para que no acabasen de perder sus almas, engañadas por el demonio, y para que no se frustrasen los trabajos y afanes que ellos y los padres tenemos ya adelantados en la formación y adelanto del pueblo.»

«No verificaron por entónces su regreso á la misión, por razones para ellos indispensables, como era el haber determinado hacer, en aquellos dias, una pesquería etc: pero me dieron fundadas esperanzas de que volverían siempre; y aún para más estimularse les prometí que yo mismo, á pesar de tener otras atenciones en los demás pueblos de mi cargo, había de ir á ser su Padre luego que me desocupára, y sería tal vez antes del término de un mes. Últimamente me despedí de ellos, y en Tucupi dejé á mi llegada algunas disposiciones relativas á su conservación, donde todavía permanecían algunas familias, y destiné á su cargo al donado Cristóval Ponce, á falta de Sacerdote, porque el P. Narciso Arnau, que antes estuvo, debía quedarse en Santa Ana, y su antecesor el P. Juan Zúñer se había de trasladar á S. Miguel de Muchanis.»

Hemos juzgado digna de conservarse esta minuciosa memoria del P. Herrero, en que se fotografía á si mismo y á sus neófitos. Y no se crea que por haber ido á conciliar á los prófugos de Tucupi y dejar provistas las tres reducciones, él se fuese á descansar, nó: su celo y su genio no se lo permitían. Sigámos copiando lo que nos dejó escrito de su puño y letra, y lo veremos mejor.

«Por apurarme el tiempo, dice en sus notas, á fines ya de Agosto, próximo á las avenidas que impiden el paso por los rios, procuré demorarme lo menos posible; y llegado de regreso á Santa Ana, envié dos balsas á Irupana para que acabasen de traer las cosas que habían quedado; y sin más detención, me puse en camino para la Misión de Huanay para tener tiempo de volver á estas Misiones antes que entrasen las aguas. El 28 de Agosto llegué á Muchanis, después de visitado Huanay, y no siéndome posible salir por el Boppi, á causa de las crecientes, determiné pasar á Mojos etc».

Ya vimos la prontitud con que este V. Padre verificó aquella marcha, su salida por Cochabamba, á La Paz, á Moquegua, al Cuzco, á Yúngas, y su vuelta á sus predilectas reducciones del Beni, que deseaba agrandar y normalizar, para reunir en centros mayores á cuantas familias infieles infestaban aquel dilatado te-

rritorio, si bién para llevar á cabo tan basta empresa le faltaban auxiliares. Oigámos algo más de su relación.

«Es de advertir que la reducción de S. Juan de Tucupi no se pudo recobrar principalmente por falta de operarios, pués con motivo de la guerra han dejado de venir Misioneros de España, y desde el año 815 no ha venido colectación alguna: así es que con mil trabajos y contradicciones, hemos podido conservar hasta el dia, estas tres Misiones de Huanay, Santa Ana y Muchanis. Parece que se han reunido todos los impedimentos para su progreso. Los operarios enteramente escasos y desanimados, ya por falta de sínodos, que a penas se pueden cobrar y nos deben más de dos años, ya por miedo á los trastornos etc». Aquí repite el P. Herrero sus esfuerzos en sostener á sus tímidos compañeros, con los escasos recursos que él podía reunir y con la viva esperanza de consumar la obra empezada con los auxilios divinos.

«En la actualidad (son sus palabras) se hallan estas reducciones notablemente aumentadas en el número de almas respectivamente, y nada escasas de todo aquello que produce el país. La de Santa Ana tuve á bién trasladarla, por muchas razones, al encuentro del rio Suapi, con lo que ha quedado en proporcionada distancia, y muy fácil de comunicarse, por medio de un camino que yo mismo he descubierto, con los indios en este año, entrando al monte por el rio Inicua y caminando al naciente se llega en un dia al rio Beni. Y por allí es por donde han caminado las vacas». ¡Cuanto le costaría esta internación por lugares sin caminos ni sendas siquiera!

En seguida nos refiere el P. Herrero su visita á los Chimanes, de la que hemos hablado ya en su lugar. Notamos ahora que esta reducción de Santa Ana, desde su conquista hasta el año 1838, fué sostenida alternativamente por el P. Pozo, á quien sucedió el P. Fr. José Tomás, con sus intermedios el P. Ángel Baldovino, que después conquistó á los dispersos Madalenos (como veremos más adelante): al P. Baldovino sucedió el P. Vicente Candela, á quien relevó el P. Pablo Mateo Cerdá, después de cuya preciosa muerte fué destinado allí el R. P. Fr. Cesáreo Fernandez, al cual alguna vez relevó el P. Fr. Tomás Hermoso, que ahora está en Covendo, y sigue el P. Cesáreo de actual Conversor de Santa Ana.

El virtuoso P. Cerdá corrobora, en sus informes sobre esta Misión, todo lo espresado por el P. Herrero, relativo á las costumbres, idolatría, traslaciones, pestes y demás ocurrencias no-

tables, consignando dos muy especiales: la una es, que estos neófitos fueron los auxiliares de los PP. en conquistar á los infieles del Boppi, del Quiquivé, del Tuichi y de cuantos parajes podían, aumentándose con sus pesquizas el número de familias; la otra es el haber conservado más sumisión y ménos fugas al monte, que en los montaraces de otras regiones: y esta sumisión tan recomendable es fruto, dice el P. Cerdá, de los buenos principios y santas máximas que les infundió su primer Evangelizador, el P. Herrero. Es cierto que no siempre se conservaba la concordia entre ellos, pués reunidos de diversos rios y costumbres, de diversos dialectos y rudas pretenciones, tenían sus riñas, especialmente en sus embriagueces, como nuestros indios; pero, disipada la beodez, les pasa la rabia y vuelve la calma, especialmente oyendo al Padre.

CAPÍTULO XVIII.

Madalenos, su conquista, sus tradiciones, su actualidad—Convento

Madalenos, Madalenos! esta era la palabra que de dia y de noche repetian los ecos del Tinendo, del Inicua, del Chiboy y de todas las colinas y margenes del Beni: y esos ecos resonaban en los oidos y en el corazón del memorando P. Herrero, de sus compañeros y de sus hijos, que no descansaron hasta encontrarlos y reducirlos al aprisco de J. C. Asi es que, desde los primeros dias que los espinados piés de los hijos de S. Francisco, *pedes Evangelizantium* pisaron aquellas fragosas playas, se iban adquiriendo más datos, y se iban avanzando pasos para llegar á sus remotas madrigueras y reducirlos á vivir en sociedad unidos con el vínculo suave y civilizador de la Religión.

Antes de referir cómo se realizó su reducción, creemos conducente consignar lo que sus mismas tradiciones narran, aunque así, con cierto rubor y cortedad. Pués bién: estos salvajes no se llamaban Madalenos; y ni ellos mismos se daban nombre, desde que no formaban sociedad alguna, sino pequeñas agrupaciones de familia, ó tribus muy cortas, sin domicilio fijo, nómades y vagabundas, aún cuando alguna vez se juntaban en sus cazerías ó rapiñas, y llegaban á emparentarse en enlaces conyugales. Al-

gún grupo de estos se atrevía alguna vez hasta las cercanías de Yúngas para robar herramientas y cuanto les era útil, teniendo en contínua alarma las haciendas de Irupana y sus inmediaciones. En una, pués, de estas salidas hallaron descuidada á una pobre Señora con su criatura: el capataz de esos forajidos arrojó al rio aquel angelito, y se llevó á la madre, de la cual tuvo después algunos hijos, á quienes llamaron Madalenos, porque Madalena era el nombre de su madre: y este nombre, ya que no se les conocía otro, fué el que se les aplicó á todos sus consalvajes de aquellas hoyadas del Beni y del Boppi.

Á esta tradición debemos añadir otra más triste, que prueba el carácter recalcitrante y perverso de estos bárbaros. Refieren los más viejos de ellos mismos, que en tiempo atrás (sería á principios ó mediados del siglo XVIII) vinieron á estas tierras unas familias llamadas Yacomitas, de los terrenos quizá regados por el rio Yacuma, prófugos seguramente de las Misiones de Mojos, que entónces reducían los PP. Jesuitas: estos Yacomitas eran de genio indómito y feroz, peores aún que estos indígenas; ellos asolaban y devastaban cuanto se les oponía, y á fuerza de crueldades, desollando y descuartizando á cuantos caían en sus manos, precisaron á los inferiores á remontarse por las quebradas del Boppi, del Quetoto, del Igiñi, del Chimán y otros riachuelos. Parece que los Yacomitas, vencedores dueños del campo, se establecieron en la confluencia del Boppi y del Beni: pero no disfrutaron mucho tiempo de su sanguinaria conquista, porque los PP. Jesuitas mandaron de Mojos una fuerza competente, que los destrozó en encarnizado combate, llevándose prisioneros á Mojos los pocos que escaparon con vida.

Destruidos así los Yacomitas volvieron los indígenas á recobrar sus antíguos terrenos, formaron sus chacritas, y aún entablaron su pequeño comercio de loros, plumas, cueritos, cacao etc. con los Irupaneños, y aún con algunos Cochabambinos por la vía de Yuracarés. Con estas comunicaciones casi casuales se excitó el celo de los misioneros, que se arriesgaron á visitarlos, siendo por la pronto bién recibidos. Estos fueron del Colegio de Tarata, que vinieron por el Quetoto, y formaron el pueblo ó reducción en Igiñi, antígua morada de los alejados Chimanes. No sabemos cuantos años permaneció esta primera Misión; pero si aseguraba una mujer muy anciana, conocida del P. Luís Zacagñi, que ella había sido bautizada en Igiñi, que había dos padres, que uno de ellos se volvió loco, que se escapaba hacia al monte, y que, al fin, lo encontraron muerto y algo comido de los gallina-

os; que el otro Padre siguió algún tiempo más, aunque siempre triste, ya por verse sin compañero, ya por la poca docilidad de los indios, hasta que un dia, cortando palos para la chacra, cayó uno grande al lado del Padre, que creyó se lo habían hecho caer los neófitos de intento para matarlo; sospecha no temeraria que atemorizó al pobre misionero y le hizo abandonar la Misión.

Luego después vinieron á recobrarla otros Padres de Cochabamba y formaron el nuevo pueblo en Cocotchi, como una legua más abajo de Igiñi, bastante numeroso y con un camino algo regular hasta Cochabamba, de donde bajaron vacas, ovejas, caballos, chivatos y también algunos Cochabambinos: con esto marchaba la Misión en progreso, cuando unas terribles tercianas casi acabaron á los huéspedes y á los naturales: estos, reacios siempre á la voz de sus pastores, llegaron á insultarlos; el capitán desapareció, y la Misión volvió á perderse. Para mayor desgracia sellaron su rebeldía con el atroz asesinato del P. Agustino Lazaro Agramonte. Este buén religioso Conversor de Mapiri había venido á visitar á los Padres que estaban en S. Francisco del Boppi y Cocotchi (reducción que pronto desapareció), trayendo cuchillos, hachas, herramientas y varios efectos para estos Madalenos; pero más abajo de Chiboy se encontraron con tres bárbaros que los acecharon y llamaron á otros para robarlo con más seguridad. Viendo los balseros su mala intención se escondieron nadando bajo la balsa, y el Padre fué flechado y muerto, pero los asesinos no pudieron lograr el objeto de su crímen, porque los balseros, al verlos venir, echaron al rio todo el cargamento. Así acabó de quedar infamada esta región madalénica.

Otra tradición poco grata nos dejaron los ancianos mosetenes: y es la desaparición de la Reducción de S. Miguel de Ipiri, fundada por aquel tiempo por los Padres de Tarata, á la margen del rio Ipiri, como seis dias más arriba de la desembocadura del Boppi, limítrofe casi á los fieros Yuracarés. Dicen que habiendo salido el Padre á traerse provisiones, unos derrumbes le impidieron su vuelta; pero, lo más verosimil es que los tales Ipirinis obstruirían el camino para que no volviese, pués estos salvajes saben trepar y abrir sendas por donde les place, mejor que el más hábil ingeniero. Cuando el P. Luís Zacagñi mandó sus neófitos á traer á algunos apóstatas escapados por aquellas alturas, encontraron restos de aquella pérdida misión y trajeron un incensario roto con su naveta, y un martillo, de hechura no muy antígua.

Todos estos relatos conservados y tramitados por los mis-

mos Madalenos, que de vez en cuando se asomaban á Tinendo ó á Santa Ana, para proveerse de herramientas, debían haber desalentado á nuestros Misioneros, para no ir á buscar peligros y quizas su muerte entre tribus tan decididamente rebeldes á la civilización y al Evangelio. Pero no: los enviados por J. C. á la enseñanza moral del universo, observan igual conducta en todas partes, lo mismo en la Australía que en la América, en el Japón y en la China, donde más peligros y más mártires hay, más voluntarios cultivadores se presentan, aunque en vez de uvas sazonadas no les produzcan aquellas viñas espinosas más que lambruscas y abrojos; verificándose siempre aquella frase de Tertuliano—la sangre de los Mártires es una semilla fecunda de nuevos cristianos, y aún de nuevos Apóstoles: doce fueron los primeros; pero más de doce millones han sido y son sus imitadores, de los cuales puédese también decir—*Plantaverunt Ecclesiam sanguine suo.*

Pués bién: parece que el P. Berdión y el P. Herrero aspiraban á ser del número de estos atletas evangélicos, cuando, á pesar de tan funestos antecedentes, se lanzaron á la reconquista de aquellos forajidos. Más, la gracia divina alentó el humilde celo de los Misioneros, cuya constancia parece que cambió aquellos endurecidos corazones; pués apenas supieron su llegada, se les presentaron desarmados varios grupos de Chimanes, de Visquitunis, de Quetotos, y de otras rancherías también Madalenos, pidiendo Padre para hacerse cristianos, como queda dicho por el P. Berdión en el capítulo anterior: si bién por entónces, no se les pudo cumplir su petición, par carecer de operarios para cada tribu ó ranchería; pués el Colegio de Moquegua iba amenguando de indivíduos, acobardados con los trastornos de las luchas civiles. Pero, al fin, se había dado felizmente el primer paso de la tan deseada recuperación, se había abierto la puerta tristemente cerrada por las atrocidades, y se había vuelto á prender la chispa de la fé, apagada antes por el helado soplo de la apostasia: y esa chispa, cual la pequeña llama de un fósforo, debía comunicar su luz á esas tribus infieles sentadas en las sombras de la muerte.

Esta luz se iba aclarando por las visitas repetidas del que la prendió, del Padre Herrero; si bién el concentrarla en un foco común; esto es, el reunir aquellos diversos grupos en una colectividad ó Reducción, estaba reservado al Padre Ángel Baldovino: este buén Misionero no perdía de vista esta religiosa empresa, y para alcanzarla más facilmente, trasladó su pueblito de Santa Ana al punto de Chivoy para aproximarse á Guachi, don-

de proyectaba concentrar á los Madalenos que atraidos por la necesidad de proveerse de herramientas y de mujeres, y con los agasajos y exhortaciones del Padre, venían acercándose y aficionándose más al cristianismo. Unas veces se presentaban sueltos y otras en familias, algunas de las cuales se iban quedando ya allí, y el Padre cuidaba de arraigarlas y catequizarlas como ovejas propias. Estas agregaciones parciales aumentaban mucho aquella Misión; pero era indispensable formarles otra especial y propia, para evitar deserciones ó fugas á sus tierras natales, como solía repetirse.

Para llevar, pués, adelante la deseada reducción, el Padre les hacía sus frecuentes visitas, y aún les mandaba sus emisarios, instándoles cariñosamente que se resolviesen de una vez á incorporarse en Chiboy; pero ellos insistían en quererse establecer en alguno de sus rios con Iglesia y Padre propio: lo que no era facil por falta de operarios. Pero, al fin, Dios dispuso por cierta casualidad que se facilitase la obra. Una familia de las ya domiciliadas en Santa Ana se desertó allá entre los Madalenos; fué el Padre á buscar á estos desertores, que se obstinaron en no querer regresarse á la Misión, clamando con más tenacidad que solo allí se establecerían y formarían su pueblo; otros más insistieron en la misma petición; y el Padre tuvo que consentir á su justa demanda: y luego ayudado por ellos mismos, despejaron el terreno, delinearon el plan y empezaron á trabajar la capilla y sus ranchos en un sitio cerca de Guachi, al frente del desagüe del Boppi en el Beni, lugar casi céntrico á sus antiguas y favoritas chozas.

Esta iniciativa de instalación se efectuó á últimos de 1838 y principios del 39, atraidos estos contumaces por la novedad, por las súplicas del Padre y los impulsos de la gracia. Más, no se presentaron ni se reunieron todos; muchos se retraían por no perder su salvaje libertad, otros por no dejar las dos ó tres mujeres de su inveterada poligamia, y los más bárbaros por no doblar su serviz feroz al suave yugo de J. C., diciendo como aquel necio de la escritura.—*Non serviam.* Lo cierto es que la total reducción de estos rehacios idólatras costó muchos años de trabajos en idas y vueltas, en ruegos y explicaciones para desarraigarles sus fanatismos, sus vicios y sus miserias; de tal manera que, como lo dejó escrito el P. Zacagni, solo la paciencia y la constancia del P. Ángel Baldovino pudo llegar á reunirlos y á medio domes-

ticarlos. Algunos suponen que el salvaje es un hombre racional, dócil, sumiso y cumplidor de las relaciones instintivas de la naturaleza. Error, grave, aunque creido por los llamados filósofos, que no conocen ni han tratado á los salvajes más que por las descripciones novelescas de poetas soñadores; que si se tomaran la pena de visitarlos en sus guaridas, en sus bosques, en sus luchas de tribu á tribu, verían que estos entes desgraciados son lo más estúpido, lo más envilecido, por no decir lo más bestial de la degradada humanidad: ellos se resisten á todo esfuerzo que se haga para mejorar su suerte, y á cuanto la filantropia haga en su favor para emanciparlos de tan abyecto embrutecimiento y elevarlos un poco á la dignidad del hombre hecho á imagen de Dios. De ellos, en tal estado, puede bién decirse lo de David.—El hombre decaido de la gracia no comprendió la altura de su honor; se rebajó al nivel de los jumentos, y se hizo semejante á ellos.

Muy difícil sería restaurar un manchado ó roto lienzo de Apeles, ó una estátua mutilada de Fidias: pero sin duda más incomparablemente difícil restituir á los primitivos rasgos morales é intelectuales al hombre salvaje, de cuya mente se ha desfigurado la imágen del Criador, y de cuyo corazón se han roto las fibras del pudor, de la equidad, de la justicia natural y de todas las virtudes sociales, de las cuales ni idea tienen aquellos infelices, nacidos, criados, envejecidos en la más absurda disolución. ¡Cuanto, pués, no le ha de costar al paciente Misionero el infundir estas ideas en aquellas mentes embrutecidas con la ignorancia más crasa, la embriaguez frenética, la rabiosa ira, la incontinencia más asqueroza! Y si en los indivíduos civilizados es trabajo y muchas veces imposible el volver morigerados y decentes á sujetos de costumbres rotas é inveteradas; cuán difícil y penoso no será el trasformar aquellas masas, el arrancar de sus entrañas aquellos vicios tan encarnados para hacerlos sobrios, laboriosos, mansos de corazón, púdicos y religiosos. Este es el milagro que se realizó en la transformación del mundo pagano por la predicación evangélica; y el mismo, aunque en menor escala, es *el que* se verifica en la conversión de los salvajes catequizándolos pacientemente, é infundiéndoles con el ejemplo las virtudes cristianas. Y esto han hecho los Misioneros de diferentes órdenes en el Japón y en Filipinas, en el Paraguay y en Mojos, en los Chiriguanos y en Mosetenes.

El P. Ángel no hizo más que imitarlos al reducir y cristianizar en Guachi á las díscolas tribus de Madaleuos; á pesar de

haberse visto algunas veces en peligro inminente de ser flechado por algunos más rebeldes, que no podían ni querían sujetarse al sistema de la moralidad y de la civilización: más él llegó á dominarlos con la sagacidad, con la viveza de su genio y de su mirada y con el auxilio del Señor. Cuando los veía tumultuarse, salía hacia ellos resueltamente, y al clavarles sus ojos centellantes les hacía caer las flechas de la mano y correrse despavoridos. En una ocasión bajaba por el Boppi con cuatro de ellos, y les percibió ciertas palabras siniestras mientras el estaba rezando. Se levanta de repente y les manda atracar la balsa á la playa: toma un remo y les dice.—Malvados! ¿por qué quereis volcar y ahogarme? Ellos lo niegan; pero él les replica, que el Breviario se lo ha revelado; y sin más toma al que había hablado, lo amarra contra la balsa boca abajo; los otros piden perdón y declaran el maligno proyecto. Al llegar á la Misión reunió la gente, les declaró el hecho; y el cacique indignado mandó azotarlos y poner en cepo, del cual hizo soltarlos el mismo Padre. Desde entónces ya lo temían casi tanto como los recalcitrantes Israelitas á Moisés.

El se desvivía por el bienestar de ellos; y conociendo que el primer sitio de la fundación era angosto y algo húmedo, expuesto á tercianas, lo trasladó algunas cuadras más léjos del riecito, en un llano más seco y ventilado, pero cerca del Beni como Jericó á las cercanías del Jordán: el rio y las palmas le dan alguna semejanza.

Algunos años continuó el P. Baldovino entre aquellos sus tan caros y costosos hijos, hasta que fué á relevarlo el P. Fr. Miguel Palít, que continuó las pesquizas de los bárbaros que aún quedaban por los altos matorrales, y de los apóstatas escapados de esta y otras reducciones. Este P. Palít tuvo por auxiliar al lego Fr. Tomás Lovarano, hábil carpintero, que construyó el retablo ó altar de madera, desgraciadamente quemado en el incendio de 1855, que no solo quemó la Iglesia, sinó también el Convento, la mayor parte de las casas, los libros de partidas y demás útiles; salvándose solo el Calvario y algunos ornamentos. Los incendios son muy frecuentes en las Misiones, ya por el descuido negligente de los indios, ya por lo infamable de los palos y palmas con que están construidas las habitaciones. Ahora, para evitar estas desgracias, ya construyen los Padres sus Iglesias con adobes.

Antes de dicho incendio, en 1853, se retiró el P. Palít, y fué á relevarlo el P. Fr. Salvador Vallés, religioso activo y de gran

celo, que continuó con mayor empeño la reducción, la pesca de los más montaraces, ya que J. C. llama á sus discípulos pescadores de hombres: él metodizó la instrucción de los adultos y de los niños, para irlos fundando mejor en los conocimientos morales y religiosos, sin los cuales es imposible la civilización. Lástima que su permanencia en ese destino fué de solo dos años, y aún interrumpidos por su conquista ó excursión á los Chimanes con el P. Cerdá, como dijimos en su lugar; pués el año 1855 salió á La Paz, para proveerse de recursos, y no pudo volver, por haber sido electo Guardián del Colegio á principios del 56: acertada elección, pero muy sentida por los neófitos que ya tenían puesta en él su confianza y cariño y suelen amartelarse cuando su Padre se les ausenta.

Para remediar esta ausencia, el P. Pablo Mateo Cerdá, entónces cura de Santa Ana y Prefecto de Misiones, se encargó de asistir y atender á estos tristes neófitos, alternativamente; esto es, yendo y volviendo de Santa Ana á Guachi con gran molestia y perjuicio de su salud, que, el estimaba poco con tal que fuese en bién de las almas: y nadie mejor que él comprendía la necesidad de este sacrificio, porque la experiencia le había mostrado que una reducción sin Padre es más triste que un rebaño sin pastor; ya que sin su presencia estos indios desamparan el pueblo y vuelven á huirse á sus antíguas selvas. Al volver una vez á visitarlos los encontró algo desmoralizados y á pesar de su caritativa prudencia creyóse obligado á reprenderlos con energía, especialmente á uno cuyos desmanes habían ya dado mucho que sufrir á los Padres anteriores. El culpable se les insolentó atrevido, y aún le amenazó pegarle. Dios lo contuvo, pero también lo castigó, pués á los pocos dias cayó muerto á vista de todo el pueblo, pagando así su sobervio atrevimiento y sirviendo de escarmiento á los demás, como sirvió de santo temor la muerte del mentiroso Anamás.

Tanto el Padre Cerdá, como el P. Vallés y todos los misioneros, han tenido siempre una vigilancia especial para la conservación del pudor y la honestidad de las mujeres, especialmente de las jóvenes neófitas, á las cuales consideran como un santo depósito, ya que siendo sus padres espirituales, se creen en el indispensable deber de cumplir con ellas el precepto que el gran Doctor de las gentes daba á su discípulo Tito, y antes el espíritu divino á todos los Padres, al decirles.—*Filiæ tibi sunt? serva corpus illarum* (Eccli. 7. 26). Y esta vigilancia paternal prescrita por la conciencia y la moral cristiana, tiene allí una razón muy espe-

cial económica, si así quiere llamarse; desde que por una anomalía incalculable, ó sea una aberración de la naturaleza en dichas Misiones nacen más hombres que mujeres: desigualdad que pone en tortura á los Conversores para poder combinar los matrimonios, é impedir graves inconvenientes. Y si á estos apuros apremiantes se viene á introducir la licenciosidad de los advenedizos, que á título de mercachifles ó exploradores, reducen y pervierten á las muchachas, y aún á las casadas (como se ha visto más de una vez) ¿cómo quieren que toleren tales raptos, y que los Padres se callen á vista de tales audacias, peores que la de Sichem con la hija de Jacob, ó la de los Romanos con las Sabinas? No, no es posible, por más que se insulte de intolerantes y fanáticos á los Encargados de la honestidad de las jóvenes y de la castidad de las esposas. El callarse en tales casos sería una complicidad criminal. Y las quejas y clamores de los Misioneros no solo deberían ser atendidos por las autoridades, sinó que estas deberían considerarse obligadas á reprimir tan funesta inmoralidad.

Ya que no se aplica á tales inmorales el condigno correctivo, no debe estrañarse que los Padres encargados de la conservación de las Misiones, del orden, de la moralidad, y de la paz doméstica de aquellas familias, anden tan solícitos y desvelados en impedir la invasión de esta especie de lobos que se introducen en aquellos rediles nuevos, formados con tanto trabajo, para devorar aquellas incautas ovejas, por cuya salvación los Padres darían sus almas. Esta era la firme resolución del venerando P. Herrero, del P. Baldovino, del P. Vallés, del P. Cerdá y demás que les han sucedido en aquel cargo.

En auxilio del P. Cerdá, tan fatigado, fué el P. Antonio Barberis el año 1856 por Agosto; aunque poco pudo adelantar allí, porque luego se enfermó, no pudo aprender el idioma moseteno, como lo aprendieron y hablaron sus antecesores, y tuvo que regresarse á La Paz, quedando encargado otra vez el dicho P. Cerdá, hasta que en Setiembre de 1857, fué á encargarse de Concepción el P. Benigno Bibolottí: este siguió el mismo sistema de recolectación y pesquiza por los montes; y entre los recogidos se hallaron dos mujeres viejísimas que luego murieron teniendo la dicha de ser bautizadas antes. Este Padre laborioso emprendió la reconstrucción de la Iglesia y Convento, quemados cuatro años antes, si bién no puedo concluir su obra; porque debiendo salir á proveerse con licencia del Padre Prefecto, dejó la Misión encargada interinamente al P. Luís Zacagni, que después fué

destinado allí mismo como cura conversor, pasando el P. Bibolotti á la Misión de Muchanis. El referido P. Zacagni continuó y concluyó el trabajo de la Iglesia, que la bendijo el dia de la inmaculada concepción de la Santísima Vírgen, su titular y patrona: conclusión y bendición que llenó de indecible gozo el corazón de los neófitos al ver ya sus pobres tugurios restaurados y puéstos al abrigo de una Iglesia regular, casa cural y escuela, como de un pueblo formal, cuyos moradores ellos mismos se empeñaban en aumentar buscando siempre nuevos enganchados.

Para lograr mejor este empeño común, mandó el Padre formar unas balsas: al efecto fueron los indios Beni arriba á buscar palos especiales, parecidos á magués grandes, con que se construyen esa clase de embarcaciones ligeras, únicas conque puédese navegar este rio, que solo de Reyes para abajo puede navegarse con canóas. Al ir pués, á cortar dichos palos de balsa, hallaron los cortadores rastro de bárbaros: y digamos de paso que el hallazgo de estas huellas es uno de los placeres más gratos de estos neocristianos, que tienen tal instinto en seguir la pista de estas pisadas, imperceptibles para otro cualesquiera, que al fin y al cabo dan con el que las ha estampado sea en la leve arena de las playas ó entre las hojas y brosa del bosque: y aún su perspicacia llega á tanto que distinguen si la pisada es de hombre ó de mujer. Lo mismo sucede con las direcciones terrestres: ellos nunca se desorientan;bién puede ser la noche más lóbrega, ó el dia más tenebroso, ellos siempre saben donde está el norte y el sud, el este ó el oeste, y cual es su rumbo.

Con esta aptitud instintiva es como llegan á descubrir unas familias desparramadas por allá arriba del Beni, á veces en número d 48 almas, que reunieron y trajeron á Concepción después de un mes y medio de correrías, habiendo invocado antes de salir las auxilios del Espíritu Santo y de la Vírgen inmaculada. Viendo el buén éxito de esta expedición mandó otra el mismo P. Zacagni, y le trajeron cinco más, prófugos ó dispersos de las reducciones anteriores; pués algunos decían que ya habían sido bautizados en Yuracarés y en Mototo. Trajeron además un hombre con tres mujeres y dos hermanas unidas insestuosamente con sus propios hermanos, cosa muy común entre bárbaros, que apenas conocen algunos deberes de la ley natural; y á los cuales los Padres Misioneros, á fuerza de explicaciones, ruegos y ejemplos, pueden convencer de la ilicitud de tales enlaces: igual y quizás mayor trabajo cuesta el convencer á los polígamos á que se contenten con una sola mujer, dejando las otras que en su gentilidad

se han enlazado á fuer de audaces y de más valientes, privando de consortes á los tímidos y moderados. Y el reducirlos á la monogamia es de indispensable necesidad tanto para combinar los matrimonios dando á los solteros sus legítimas esposas, cuanto para que los que tienen más de una, con una sola se queden, dejando á las otras en libertad; pués de otro modo no se los podría bautizar, como lo comprenderá fácilmente cualquier cristiano. Sigamos la historia.

Con estas reducciones parciales ya formaba la de Concepción un pueblo respetable: más, como casi todos eran Madalenos colectados de las quebradas y playas del Beni, suspiraban siempre para que se los trasladase y se les formase su población cerca de aquellos sus terrenos favoritos, especialmente por las inmediaciones de Covendo, rio tributario del Beni, abundante en pesca y agua más potable. Manifestaron sus deseos al P. Zacagni, y en petición popular se los repitieron al Padre Prefecto en la visita verificada por Junio de 1862. Este repugnaba la solicitada traslación, porque le dolía que se abandonase aquel lugar tan bién situado frente al desagüe del Boppi, estando la población tan bién formada, las casas tan arregladas, la Iglesia tan aseada, con el Convento, oficinas, escuela y todo tan ordenado: pero el cacique replicó.—Padre, si esto te gusta, más te gustará el pueblo que formaremos allá. Si nos das permiso y vuelves al año, verás la Iglesia, el Convento y todo lo demás mejor que esto. Esta bién, les contestó el Prefecto; pero ¿qué será esta población, guarida de fieras, ó la quemareis? No, Padre, dijeron ellos; vendrán á ocuparla los Muchanis.

Como el Padre Conversor aprobase las indicaciones de sus neófitos, y antes ya se hubiese puesto de acuerdo con el P. Benigno Bibolotti, doctrinero de Muchanis, consintió el P. Prefecto la pedida traslación; y quizo ver personalmente la localidad en que debía verificarse. Al dia siguiente subimos en balsa Beni arriba, y por tierra fueron como veinte indios al punto por ellos escogido, distante como seis leguas de la boca del Boppi. Es indecible el gozo de aquellos dóciles infieles al vernos bajar de la balsa en la playa de Covendo: dudamos que los Israelitas manifestasen tanto júbilo al verse conducidos por Josué á las riberas del Jordán. Fuimos luego á reconocer el lugar atravesando un tupido bosque, que ellos despejaban con sus machetes, para que pudiésemos imponernos bién de la situación de aquella colina, algo elevada como en la base de un triángulo formado por ambos rios, el Beni y el Covendo: medimos con largo cordel la distancia

de las dos playas, calculando también la elevación, para precaver que las inundaciones pudiesen alguna vez anegar ó arrasar la nueva población, como ha sucedido varias veces tanto en América como en Europa: por ejemplo, Mecapaca, aquí; y hallá varias de Andalucía.

Medido pués, y calculado todo, designamos el punto que debía desmontarse para formar la plaza y colocar la Cruz en la mañana siguiente. Al momento sacaron sus hachas, cortando y derribando árboles con más ardor que los fundadores de Roma desbrozaron la colina inmediata á la roca Tarpeya para fundar el Capitolio. Lo cierto es que al amanecer el otro dia hallamos el bosque derribado, una gran cruz bién formada y la plazuela como de treinta varas en cuadro. No hubo más que bendecir la Cruz y plantarla, y adorarla todos cantando el—*Vexilla Regis*...etc. y ¡*Oh crux, ave spes única*! cántico que repetido por ellos nos conmovió tiernamente, pareciéndonos que los ecos de aquellos cerros repetían nuestro canto.

Un incidente muy grato acabó de coronar el júbilo de aquella instalación. Estaban aún cantando los Madalenos el Ave María, cuando se oyeron gritos y silbidos del lado del Beni: paramos la atención, y repitiéndose ya de más cerca, contestaron los nuestros; pués no conocieron que eran los exploradores mandados un mes antes por el P. Zacagni en busca de dispersos ó de tránsfugas. En efecto eran ellos, que habían ido hasta Yuracarés, donde habían encontrado un viejo con su hijo mozo, neófitos antes de Concepción, y los traían. Al apercibirse ellos que estábamos allí iniciando la instalación del pueblo por ellos tan deseado (los nuestros se lo gritaron) saltaron á tierra los seis, corrieron á besar la Cruz con trasportes entusiastas; luego se les dió de comer, pués venían hambrientos; y despues de explicarnos los trabajos de su exploración nos bajamos juntos al pueblo, cuyos moradores al oirnos llegar salieron á recibirnos á la playa con música y flores, como á vencedores ó triunfadores de un gran combate. ¡Tanto era el contento de sus corazones al considerar que pronto irían á vivir en aquella su tierra predilecta!

Desde el dia siguiente se iban mandando á Covendo, por familias, quienes acabasen de desmontar el bósque, formar chozas, y preparar los terrenos para chacras, dejando suficiente espacio para la plaza, la Iglesia, el Convento, las casas y demás, conforme al plano que se les diseñó: y todo lo ejecutaron con tal previsión y exactitud que el año siguiente 1863, al repetir su visita el Padre Prefecto, ya los encontró allí en sus casas, la Iglesia

casi concluida con más gusto y aseo que la de allá. Desde aquella fecha todo ha marchado en progreso; el personal aumenta aunque paulatinamente en razon de las enfermedades endémicas de aquella zona; las chacras son más productivas, y el pueblo se vé surtido de agua límpia y potable por la copiosa acequia que el Padre Nicolás Armentia hizo fluir del mismo rio Convendo. Asi es que ahora este pueblo puede llamarse el más adelantado de los existentes en aquella comarca del Beni; y más progresaría aún si los cascarilleros posesionados ahora de Concepción, no infestásen con sus malas costumbres, y no abusasen con sus fraudulencias de la incauta sencilléz de los madalenos. Y oportuno creemos advertir aquí á quién corresponda, que si la cascarilla es un gran manantial de riqueza en Bolivia, las estorciones de los empresarios, la inmoralidad de los peones, la falta de religión en aquellas barracas, la insalubridad de aquellos climas, el abuso del alcohol, la nociva alimentación de casi todos, son focos infectos de tercianas, disenterías y otras enfermedades funestas, que al fin concluirán con los hombres útiles de las misiones y aun de las poblaciones de Caupolicán y de Mojos.

Quiera Dios que esta insinuación no sea mirada con desden, y que el Gobierno Nacional se tomára la molestia de escogitar y aplicar un remedio eficáz á esa gangrena sorda, que si bien cubierta con la venda del lucro de algunos, acabará por consumir los brazos y las familias de miles de hijos de Bolivia; resultando de este desfalco la ruina y pérdida de innumerables individuos á quienes el misionero humanizaba y civilizaba; y que la barbarie volverá á ocupar sus antíguos bosques, y quizas á invadir las provincias civilizadas. ¡No permita Dios que antes de cerrarse el siglo décimo nono se tenga que deplorar cumplido este siniestro pronóstico!

Sensible fué que el Padre Luís Zacagni, fundador é impulsador de los adelantos materiales y morales de Convendo, deje su misión con sentimiento de sus neófitos, para emprender otro plan de misiones por los terrenos del Amazonas pertenecientes al Brasil, si bien con el laudable objeto de poner en contacto aquellas reducciones con estas, y proporcionarles por via fluvial instrumentos, herramientas y diversos efectos de difícil introducción por las vías difíciles de La Paz ó de Pelechuco. Este plan inventado por el Padre Jesualdo Macheti y P. Samuel Mancini, fué aceptado por el Padre Zacagni, que se marchó, dejando en

Covendo al P. Nicolás Armentia, y despues al P. Tomás Hermiso. Pero el plan se malogró; porque al llegar al Janeiro en vez de volver al Beni con recursos, el Gobierno del Brasil los comprometió á quedarse en Manaos, en San Antonio y otros puestos para misionar; y aún los recomendó á Roma para que se aprobase su detención allá, y no se les inculpase su salida de estas misiones de Bolivia. El resultado fué perjudicial para estas, pues se perdieron tres misioneros exelentes y de difícil reemplazo, en circunstancias en que el Colegio iba sufriendo un notable déficit en el personal de sus individuos por la marcha y la muerte de varios de ellos: pérdidas que han ido en aumento desde entonces, de modo que así es imposible el poder cubrir el servicio de todas las misiones, y mucho ménos estando el P. Nicolás Armentia en la conquista activa de los Pacaguaras, de que hablaremos después; y además por la marcha del P. Jesualdo que dejó acéfala la de San Buenaventura, de cuya suerte vamos á hablar en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIX.

San Buenaventura, su fundación y su presente.

Siguiendo el curso del caudaloso Beni, engrosado con los caudales del Kaka, del Tuichi, del Quiquioé y otros menores, en dirección al N. E., después de pasada la imponente cañada que el ímpetu de sus aguas ha habierto en el último estrivo de los Andes, se descubre un inmenso horizonte que va á perderse de vista allá lejos, muy lejos, en las pertenencias del Brasil, y más al norte hasta las cordilleras de Carabaya. Al salir pués de esta encañada se presenta á la derecha un reducido grupo de chozas que se llama Rurenavaque perteneciente ya al curato de Reyes, que solo dista ocho leguas; y á la izquierda, en la playa occidental del Beni, se ve una pampichuela que tenía dos ranchitos y una carpa para albergue de los pasajeros que transitan de Mojos á Caupolicán, con dirección á Tumupasa, que dista 18 leguas.

En esta pampita rodeada de arboleda y de algun pajonal donde encontró el que esto escribe á un señor Marín, hombre industrioso en cascarilla y otros efectos, quién nos hizo observar que allí podría establecerse un pueblito ó reducción desde que ya era como el puerto y descanso de los reyesanos y demás viajeros para Apolo y Pelechuco. La indicación nos pareció acer-

tada; más antes de aceptárla quisimos consultar con los Padres Misioneros inmediatos sobre la conveniencia y utilidad de la tal fundación, y especialmente para saber con que jente se podría contar para formarla, sin detrimento de las otras reducciones. Los padres José Cómas y Antonio Gili apoyaron la indicación, y el P. Jesualdo Machetti se ofreció para desempeñar el cargo de cura conversor, que por lo visto, ya tenía hablados algunos individuos para el efecto.

Al regresar á La Paz dimos cuenta de este proyecto al Señor Obispo Córdova y al General Achá: ambos convencidos de las ventajas de dicha fundación. que con el tiempo debía ser el punto preciso de comunicación para el comercio de ambas provincias, y quizás el punto de las embarcaciones que desde los Amazonas remontan el Beni (cosa que no creemos lejos de verificarse); aprobaron la propuesta, y expedieron la aprobación oficial para instalarla, y los títulos al P. Jesualdo de Cura Conversor de San Buenaventura con opcion á trescientos pesos de Sínodo, como los demás Misioneros.

Con ambas autorizaciones, civil y eclesiástica, fué el referido P. Jesualdo desde Tumupasa, con algunos indios á construir una capilla, casa de su habitación, algunos ranchos para los que quisieran ser sus feligreses y escojer terrenos para chacras. Luego se le mandó de acá una linda imágen del doctor seráfico que vistieron las Señoras hermanas del Señor Dean Cisneros, ornamentos, manteles y demás útiles indispensables para la celebración del Santo Sacrificio de la Misa. Con estos auxilios y los que el natural ingenio del industrioso P. Jesualdo, supo inventar y aplicar, la Reducción marchaba en progreso. En los seis años que él la regentó iba floreciendo y casi causaba emulación á las antíguas reducciones inmediatas; y no dudamos que por su situación y la permanencia del P., hubiera llegado á ser un emporio tan interesante ó más que Reyes y Apolo. La lástima fué que el fundador, queriendo proporcionarse recursos para agrandar más su doctrina, la dejó á principios del año 1869, sin poner un suplente siquiera que la fomentase. Así es que, quedando acéfala, en vez de prosperar como antes, fué decayendo, á pesar de haber provisto el Señor Obispo, que fuese á hacerse cargo un Sacerdote Secular: este se aburrió y se fué con algunos de sus feligreses á buscar mejor fortuna por las barracas de los gomeros establecidos en las márgenes del Beni. Triste resultado, que nos obliga á repetir lo antes dicho: esto es, que la goma y la cascarilla podrán formar algunas fortunas, pero serán á no tardar

la ruina de muchas poblaciones bolivianas, inclusas las naciones salvajes, que en vez de reunirlas para civilizarlas, se las recluta para explotar sus fuerzas, sin mejorarlas, antes bien inficionándoles los vicios que en su salvajismo ignoraban, haciendo que el producto escaso de su ímprobo trabajo, no se emplee en un alimento sano, sino en bebidas nocivas que los acaba de embrutecer. Y lo peor es que cuando ellos por el exceso de sus beodeces no pueden satisfacer las deudas que contraen con su amo, este para cobrarse los vende como esclavos al dueño de otra barraca. Esto no es progreso, sino lastimoso retroceso de la mísera humanidad á la esclavitud, pudiéndose repetir aquí aquellos del Doctor de las gentes á su discípulo Timoteo (2, 3, 13.) *Seductores proficuent in pejus, errantes et in errorem ducentes*, etc.

Más, no fué por cierto, la intención del Padre Jesualdo al marcharse de San Buenaventura; sino, como hemos dicho, el ir á proporcionarse recursos, que creyó hallaría con más facilidad y copia por la vía de Amazonas que ya se comunicaba con el departamento de Mojos y con las barracas establecidas por las orillas del Madera. Laudable fué su proyecto, más no acertado ni profícuo para su misión, tanto ménos desde que él no volvió, y se comprometió en las reducciones del Brasil. Asi que San Buenaventura ha vuelto á ser lo que era, una pobre ranchería. Pero, á pesar de este desacierto, no podemos resistir á la tentativa de dar siquera una comprendiada noticia de su interesante viaje fluvial, cuyo escrito tuvo él la atención de remitirnos á Europa, y que para más cómoda lectura de los navegantes y curiosos, hemos hecho publicar en folleto separado.

Pués bien. El P. Jesualdo Macheti, natural de Italia é individuo de este Colegio de La Paz, salió de San Buenaventura el 28 de febrero de 1869, con dirección á Reyes, se embarcó en el Yacuma, tan caudaloso entonces que más bien era lago que rio; llegaron á Santa Ana dia de Jueves Santo, 25 de marzo, á cuya misa asistió. Le suplicaron que se quedase allí; más el Señor Vicario y el Corregidor de Exaltación, le instaron mucho para que fuese allá; y en efecto salió luego y permaneció ahí confesando y administrando Sacramentos, con gran contento de aquellos fieles que hacia dos años carecian de Cura, hasta el 16 de Julio, que se embarcó con un Señor Penich y otros. Este mismo dia llegaron á Serrito, establecimiento del Señor Cardoso: al dia siguiente pasaron á Santiago, estancia de Don Antonio Cordero, al bajar se les varó una garitea, y se mojó la cascarilla del Señor Peinch y tuvieron que hacerla secar; al andar

seis leguas encontraron una peñoleria de grandes peñas: cosa singular, pués en estas pampas inmensas no hay piedras. El 19 de Julio vieron subir una cáscara con salvajes (Moyasas quizá), que ni se dignaron contestarles á sus saludos. Antes de llegar al desemboque del Moyasa subian dos canaos procedentes de Manaos, y un negro que venía en ellas les explicó la muerte del Señor Don Antonio Pereira que iba de Cónsul del Brasil á Trinidad, inferida á flechazos por los bárbaros de la playa, cuyas flechas mataron dos tripulantes é hirieron á seis más. El temor de igual suerte hizo que nuestros viajeros pasasen de noche por aquel lugar funesto, llamado Bubre por los Cayuvavas. Y lejos de atreverse á desembarcar durmieron en sus gariteas todos: las playas siguientes estan infestadas de estos feroces, y es preciso pasarlas con mucha precaución. Un viento sur helado les mortificó mucho ese dia. Después salió el sol, y los tripulantes recogieron muchísimos huevos de gaviotas, que revoloteaban á miles.

El 21 pasaron la noche en una playa del Mamoré, donde se junta con el Iténes, ó rio de Santa Rosa: allí encontraron más gaviotas y recogieron más huevos; después pasaron por la boca de un arroyo, que se crée salir del lago Rogoaguado. El otro dia mataron dos caimanes, cuyas carnes comieron con gusto los Canichanas. A la confluencia de estos dos rios caudalosos algunos geografos llaman Madera, otros Mamoré, y aún Iténes. Dejémoslos con sus caprichos, y sigamos la marcha fluvial del P. Jesualdo, diciendo, que la derecha de dicho rio ya pertenece al Brasil, cuyos frondosos almendrales divisaron: este es un fruto como un piñon grande, como de dos pulgadas, más exquisito que las almendras y piñones de Europa, como ya dijimos en el capítulo de Cavinas. Las gariteas iban marchando sosegadamente, pués allí la anchura del rio es mansa y magestuosa; descansaron un poco en una barranca que tendrá unas quince varas sobre el nivel del rio, al lado de Bolivia. Allí tomaron los indios un camaleon, y se lo comieron asado; y casi los azaba á ellos el sol, los zancudos y mosquitos. El rio se ensancha como mil varas: se divisan serranías ó islas, entre las cuales pasaron bien. Se aproximaron á la primera cachuela, cuyo ruido sordo ya oian. Aquel dia anduvieron 14 leguas.

El dia 23 pasaron la primera cachuela, Gujaramerin, tan mansa que algunos ni se apercibieron; pero empiezan para las otras los sustos, y para los indios los mosquitos y trabajos. Sigue un remanso, después del cual pasaron, como á una legua,

hallaron unas carpas de hojas de motacú hechas por los transeuntes. Al ruido de la segunda cachuela descargáron la mitad de la carga, pués su tránsito es muy peligroso por las muchas piedras. A las 8 a. m. estuvieron en dicha cachuela, Gujarauasu, que tendrá de longitud unas 300 varas, con un canal hacia la banda boliviana: pasaron sin novedad. Sobre la barranca de dicho cachuela se vé un monte desmontado para formar una colonia, que no se realizó, cuya Cruz puesta por el Cura Don Daniel V. Loras, ya se había podrido. A las once emprendieron la marcha hacia la terrible cachuela, llamada la Bananeira, á cuya boca llegaron á las 4 p. m. divisando muchas peñas á derecha é izquierda, sin saber que lado tomar: estuvieron en gran peligro, porque se veía un dique como un canal que atravesaba todo el rio. Mr. di Túa les hizo seña que retrocediesen, sino perecían. Retrocedieron pués como média legua con gran trabajo, hasta la punta de una isla, tomando por un estrecho canal formado por dos piedras, siguiendo por tortuosidades, oleadas y remolinos; y en 15 minutos la misma violencia del agua los sacó del apuro. A distancia de média legua hay una isla con desembocadero, y aportaron allí, á las 5 p. m. Este dia solo anduvieron tres leguas.

Día 24 de Julio, á las 8 a. m. Al otro extremo de la isla está el cargadero, al cual fué preciso llevar el cargamento, por un camino llano como de 500 pasos. Las gariteas pasaron primero por un canal; pero luego fué preciso arrastrarlas por tierra sobre piedras unas 50 varas. El dia siguiente acabaron de trasportar las cargas. El Padre vió en dicha isla siringales y rastro de una barraca boliviana.

Día 26: á las 8 salieron tomando la derecha para entrar al lleno del rio, que ya no tiene obstáculos: pero mirando atras se ven los tumbos de la cachuela pasada, y al frente ya se divisa la otra de Palo grande rodeada de islas y de piedras, de corrientes peligrosas. Las primeras gariteas tomaron por la izquierda, dos por el centro y otra por la derecha. La del Señor Penich, que pasó por la izquierda, chocó contra una peña: los tripulantes se echaron al agua, y al echarse el Señor Penich dió contra una piedra y se lastimó las piernas; pero salvaron todos: una garitea quedó montada sobre una gran piedra, se mandaron 16 hombres, y la salvaron. Estaban ya frente á la otra cachuela, que pasaron por un canal muy angosto semicircular, y felizmente. Al frente había otra cachuela, casi indivisable por los islotes que la rodean. Ella es una rápida corriente por entre piedras, cuya

parte peligrosa sería de unas cien varas, en que se descarga. Hay diferentes pasos; pero el más seguro es el que abrieron los portugueses: se vé un canal, que rompiendo tres ó cuatro piedras podría pasarse fácilmente. Este día andarían como tres leguas. Dicen que en la banda opuesta de esta cachuela se descubre la desembocadura de un rio caudaloso, (el Yata) que el padre sospechó fuese algun brazo desviado del Beni, que puede distar unas tres leguas. Después de esta cachuela, el rio corre muy encajonado y angosto.

5.ª Cachuela, Layo ó Lages. Una milla más abajo ya se oye el estruendo: al asomarse tomaron un canal por la derecha y por una angostura que tuerce á la izquierda con muchas piedras, sobre una de estas varó la garitea del Padre, que se vió en peligro, y costó mucho trabajo el ponerla á flote; pasaron el canal más peligroso, rezando el Padre el *Si quæris* á San Antonio: se quitó el hábito y se puso un salvavidas, por si acaso. En efecto dos veces las oladas lo vencían, la tercera fué más fuerte, pero lo sacó del peligro, y gritó á Penich. Hemos salvado!

Después sigue el rio manso, pero á média legua se halla una corriente sospechosa, que pasaron por la derecha, guiados por Montenegro. Hay unas piedras, que pueden considerarse como una cola de la cachuela Layo. Luego se presenta una islita hacia la derecha, y á la izquierda una inmenza abra: es la boca del Beni, que con gran fuerza choca contra las piedras de la cachuela Madera, que es la sesta. De Layo hasta aquí no hay más de una legua: se nota que las distancias de una cachuela á otra son menores que las marcadas por otros viajeros. El magestuoso Beni presenta allí una anchura de una milla; y sin duda su caudal es mayor que el del Mamoré ó Iténes juntos. La isla de la de la derecha forma un canal de 200 varas de ancho hacia la costa del Brasil. Aquí se puede decir que acaba Bolivia, por el mal acuerdo de su nécio Gobierno: antes terminaba en el Crato, cien leguas más abajo, y por los tratados termina ahora en las márgenes del Madera y el Yavarí. ¡Error imperdonable! No sabe Bolivia que bellos territorios ha perdido. Cuidado, pues, con los tratados de límites!

28 de Julio: día de afanes y desgracias. Esta sexta cachuela tiene más de una milla de longitud. Tomáron por la orilla, único canal conocido; pero el batelon del Padre, averiado ya, sufrió otra varada sobre una peña, y lo mismo una garitea, que las sacaron á fuerza de esfuerzos. Tomáron el camino de tierra, descargaron los baules y las cosas de valor. Los viajeros

procedentes sufrieron avería, pues vieron flotar fardos y cueros podridos; y casi lomismo les aconteció á ellos por no haber descargado todo, como se les mandó á los índios, que se metieron sin órden por en medio del rio, en la cachuela: de repente una griteria horrible invocando á todos los Santos, anuncia su gran peligro. El violento choque del batelón contra una peña, lo abrió, se iba llenando de agua: ya los creyeron perdidos; pero Dios los dejó llegar á la primera piedra, donde el batelón hundido ya se atracó, y salvaron sus vidas. El remanso estaba allí sosegado; echaron espías ó cuerdas, y los de tierra lo sostuvieron: sacaron también por sobre el agua los zurrones de quina aunque mojados. Esta mojazon y este naufragio los detuvo allí cuatro dias. Acamparon unas doscientas varas más abajo, al fin de toda la cachuela, todos reunidos sí, pero tristes y abatidos por su fracaso. Al dia siguiente 29 de Julio, despertaron al canto de los indios, alabando á Dios, á la Vírgen y sus santos abogados; en semejantes peligros nadie es ateo ni indiferente.

Mr. Penich hizo azotar al capitán por su desobediencia: sacaron el batelón destrozado para componerlo; pero no admitía compostura; las demás embarcaciones se remendaron como quiera, haciéndose todos carpinteros. Se prepararon lazos y palos para lo que pudiera suceder más adelante. El campamento ocupaba un espacio de 200 pasos, y constaba de 170 hombres y dos muchachos, uno de ellos ya diestro en el manejo del timón, hijo de un Camichana, gente muy audaz que sabe acometer y matar los caimanes, clavándoles una estaca dentro de las fauces, con grandísimo riesgo de quedar el cazador sin mano y sin cabeza.

El 30 de Julio aún estaban allí, acabando de secar la quina mojada. A las doce del dia los indios sacaron nadando la garitea varada; y estuvieron cargando las otras para marchar al dia siguiente. En efecto, el 31 de Julio, á la 1 p. m. acabaron de embarcarse: la salida fué algo difícil, pués había piedras en que podían estrellarse otra vez. Lo pasado los hizo más precavidos y pasaron bien.

7.ª Cachuela, la Misericordia. A média legua encontraron á la derecha una moderada corriente, algunas peñas y borbollones, y luego un remanso que pasaron sin recelo, y sin conocer que esta es la tan terrible cachuela cuando el rio está lleno. No todo ha de ser borrascas. A una legua divisaron otra cachue-

la y dos islotes en medio hacia la derecha: se percibía el fuerte ruido de las aguas.

8.ª Cachuela, ó Salto de Riberón. Llegaron allá el mismo dia 31, á las 3 p. m. Tomaron por la derecha para acercarse al descargadero, que es una gran faja de dura peña de larga extensión, pero el puerto muy chico: á la derecha está la barranca del rio muy empinada, y á la izquierda un canal de la cachuela, cuya corriente y tumbos admiran por su ruido y velocidad. Desde el descargadero del Madera hasta este salto ó cachuela pueden haber dos leguas escasas: y este es el viaje de todo este dia. Estaban en el gran Riberón, donde los portugueses estaban 15 y 20 di ; y los bolivianos ponen de 3 á 5 dias. La boca de esta cachuela presenta horibles precipicios. Saltaron á tierra, ó más bien una gran piedra. En la banda hay un cerrito bajo y en esta una loma: entre los dos está la cachuela, que no es el salto señalado en los mapas, aunque pudo haberlo tenido en otro tiempo; porque entre los islotes y la loma la corriente es velocísima, y se observa que la fuerza del agua vá gastando los obstáculos, su declive es de 4 varas por 200. Es un terrible chiflón, sembrado de peñascos, cuyo ímpetu ningun hombre resiste. Se apearon pués, y atravesaron la loma por un camino ancho; hallaron un arroyo de agua cristalina. Por este camino se arrastran las embarcaciones sobre palos, como 300 varas. Este es lugar de infinitos mosquitos, muy venenosos: no se puede calcular la anchura del rio por los islotes y peñascos intermedios. En el arrastre se golpearon dos batelones, que tuvieron que componer. Interim fueron arroyo arriba á cazar, mataron un pato, vieron una casita de salvajes, y se volvieron, pués no sabían su índole.

Esta cachuela del Riberón se puede canalizar fácilmente, abriéndole al rio una zanja, cuando viene lleno, pués está inmediato á un vacío bajo como el arroyo, cuyas aguas se derraman hacia al rio distante 200 varas, y sin piedras. Quizas algun dia se haga: esta y otras cosas más ya estarían hechas si estos rios fuesen colonizados por Yanquees.

El 2 de agosto fueron á descargar á las 7 p. m. casi al fin de la cachuela. Desde allí se divisa casi toda. ¡Qué perspectiva! El ojo no se sacia de mirarla en todo su conjunto: las muchas corrientes, los saltos, las olas, los espumarajos, los canales y peñascos erizados de tumbos, islitas con vejetación; la playa opuesta de pura peña; en fin toda la extención de este mal paso, que es un mar revuelto de olas y de piedras, sin dar paso franco

ni aún á las embarcaciones vacias. Se embarcaron en el arroyo, cruzaron la corriente de la cachuela por la izquierda de una isla que antes tenían á la derecha, cuya corriente es ahí mansa, aunque el canal es peligroso. Pasaron remando despacio para no chocar, aunque siempre rosaron algo. Anduvieron en fila como una milla por ese canal, y llegaron sálvos al descargadero, á la izquierda. El padre se fué luego al puerto por un camino de média milla, viendo árboles de cacao: por allí trajeron las gariteas y las cargas para pasarlas á la punta de una isla, de donde las arrastraron con cables, el 3 de agosto: el 4 concluyeron la traslación. Aquí se le fugaron al Señor López tres tripulantes, robándole una talega de harina; á las 5 p. m. les llovió más de dos horas. Los más durmieron en la isla por cuidar las cargas.

El 5 de Agosto pasaron á la isla con la Monteria atravesando un pequeño canal algo seco: entonces esta cachuela no será tan trabajosa. Esta isla es pelada, sin vejetación. Aquí tuvieron que esperar una garitea atrasada; pero á las 5 estaban marchando á la voluntad de la corriente. El rio se presenta de mal aspecto, pedregosísimo: el caudal del agua se disminuye, y no se sabe dónde se insume. Se siguió la marcha con mucho recelo, pués solo *Di Tua* conocía el pasaje, en tiempo llano. Con todo, el Padre rompió la marcha por entre una corriente impetuosa, siguió otra y otra más con oleadas; si bién las pasaron á fuerza de remo, pués las olas amenazaban tragarlos. Al salir de este apuro el rio recobra su calma. Los remeros descanzan esperándo las otras embarcaciones; al reunirse cada uno cuenta sus peligros. El batelón de López fué el más atribulado, y casi estuvo á píque. Su escape se atribuyó á milagro: y aún nos faltaba el rabo de la tal Riberón, que entre entrada y cola tiene cerca de una legua. Algunos creen que las últimas oleadas son la cachuela; otros que es la del Periquitos, á la que iban á llegar: y es la novena cachuela.

9.ª Cachuela de Periquitos. No presenta mayor dificultad. Descansaron al asomarse allí, pués estaban muy fatigados. Al ponerse el sol divisáron algunas corrientes y piedras, y que el rio se iba estrechando.....siguieron por medio del rio muy manso, con algunos borbollones y una gran playa á la izquierda; hacia la cual se dirigieron: y sin saberlo pasaron Periquitos, que no se sabe por qué la llamaron cachuela. Tal vez en tiempos pasados habría bancos y corrientes.

Aquí se contaron los peligros que en la cachuela anterior pasaron las embarcaciones de López y Vallés, cuyas quinas se

mojaron malamente; y atribuyeron su salvación á los clamores á la Vírgen de Copacabana. Luego se reunieron todos, que no fué poca fortuna. Ese dia solo anduvieron dos leguas. Desde la décima cachuela hasta la de Pederneira: visita á salvajes.

El rio sigue angosto desde Riberón, y muy manso: su anchura parece como de 600 varas, y luego se ensancha demasiado, con rapidez. Al frente vense dos islas, con señales de cachuela: es la de los Araras, que dicen no es peligrosa, aunque les fué fatal por la inexperiencia de los tripulantes y no tener un práctico. Se acercaron hacia la izquierda, donde hay un canal. Tenian al frente todo el grueso de la corriente, se divisaban fuertes oleadas, cuyo bramido se oía y cuyos espumarajos blanqueaban las piedras; cuando los gritos de los capitanes hacen jirar de repente hacia la orilla opuesta remando con todas sus fuerzas. Todas las gariteas siguieron, ménos la de López, que tenía la maña de quedarse atrás. A los gritos de los capitanes redoblaban los remeros sus esfuerzos; pués la corriente nos arrastraba hacia la cachuela; pero á fuerza de remo *churca* y más *churca* llegaron á la orilla opuesta y descansaron.

Se dirigieron á la banda para explorar el otro brazo, que antes habían pasado otros; pero estaba seco: tuvieron pués, que regresar á la banda y volver á la isla. Las otras embarcaciones pasaron por el cuerpo de la cachuela, al parecer sin peligro; y esto los animó á regresar á la isla más grande: vieron un canal algo bueno, pero abajo era angosto y pedregoso, y formaba un salto; pero no había más que bordear la isla ó pasar por la cachuela, que ya dos la habían pasado: era poco peligrosa, pero se vieron en peligro. La corriente los arrastraba al escollo, la cachuela estaba cerca: no era posible retroceder. Se abandonaron pués, esponiéndose á chocar unos con otros, por no contrariar aquél dicho del Eclesiástico: *Nolite conari contra ictum fúminis.* Las cinco embarcaciones casi juntas se esforzaban á fuerza de remo para no chocar y vencer el ímpetu de las olas, que trastornaban el timón y no les dejaban virar. Marchaban con la velocidad del rayo: las olas aumentaron su fúria, y chocaron unos con otros con gravísimo riesgo; los tripulantes agarrándose fuertemente á la proa del batelón para no undir la garitea. Ya pasaron; pero delante tenían un peñón y una isla; en cuya playa arenosa descanzaron un momento, y otra garita más. Recobrados del susto y del cansancio siguieron el resto de la cachuela, ménos mala, aunque con algunas piedras. Salieron del punto peligroso; pero oyeron gritos entre las islas y

vieron surrones de quina, que votaban al agua por haberse averiado el batelón contra una peña. Las demás embarcaciones fueron á auxiliarles: sacaron el batelón á tierra, lo remendaron, y se fueron á la playa de la izquierda, donde quedaron dos gariteas de los canichanas. Mientras se componían, el Padre fué á dar un paseo por el monte, y quedó asombrado de su feracidad, de sus reptíles, de su inmenso horizonte, capaz de contener un pueblo innumerable. Los mosquitos no eran tan molestos. Aquí supieron que López pasó la cachuela sin peligro, porque pasó por el canal pegado á la costa. Este dia anduvieron 3 leguas, desde Periquito hasta Ararás.

Dia 7 de Agosto, en el puente de los bárbaros, amigos después. Este dia todos trabajaron y no había quién cocinase. Deseoso el Padre de conocer á estos salvajes se internó por el bosque, pasó un puente de un gran palo, y unas tres casas, encontró unos once individuos, que lo recibieron como amigo: eran muy desaseados y les ofreció camisas á su vuelta. Les preguntó si querían ser cristianos; pero parece que no lo entendieron. Los tripulantes habían llevado camisas viejas, cáscaras, etc., que les cambiaron con yucas, maiz y plátanos. Su desnudez, sus orejas con dientes de jabalí, la ternilla de la nariz agujereada con adornos de plumas, sus chozas pequeñas, sus cántaros, ollas y platos toscos y de más utensilios son siempre de salvajes, con mucha afición al aguardiente. ¡Maldita afición!

Le preguntaron al Padre cuántas lunas tardaría en volverlos á visitar; y para entenderse tuvo que contarles los dedos de las manos y de los piés. Despidieronse como buenos amigos, y se volvieron á su campamento, y los pilló al regreso un solemne aguacero.

El 8 de Agosto les llovió casi toda la mañana: como á las dos se les presentaron cinco salvajes, dos hombres, dos mujeres y un jovencito en su cáscara ó pequeña canoa, con la cual fueron el Padre y Zalles á encontrarse con los otros tripulantes; y allí les dió el Padre el pollo y la gallina que le había ofrecido á su capitán. Uno de ellos llamado Luís tomó un tamborsito de los tripulantes y se puso á bailar. Penich les dió un poco de sal: pedían camisas, pero no había para trocar, y se fueron sin despedirse. Luego también se pusieron en marcha los viajeros, y se fueron á una playa cerca una legua de distancia: fué todo el camino de este dia. Estas detenciones forzosas atrasan mucho.

El 9 de agosto: á 6 a. m. salieron de dicha playa, tras de la cual el rio tuerce á la izquierda de repente, y á la derecha forma

una barranca de tierra colorada y gredoza, en cuya altura hay una planicie capaz de una gran ciudad, para los Anaras. El rio sigue majestuoso y encajonado, con altas riberas: aquí no se divisan serranías ni desagües, sino el de Riberón. A las once llegaron á la boca del rio Aboná, que tal vez sea un brazo de este mismo rio, en cuyas riberas hay otros pueblos de los bárbaros Avavas. Aquí pasaron varios islotes y peñolería, que en tiempo seco serán peligrosos. A las tres divisaron serranías bastante altas, aunque lejanas, al frente hay islas y muchas piedras, indicios de la próxima cachuela. A las 7 p. m. un tremendo diluvio arrancaba los árboles y levantaba las olas del rio como de un mar. Esas borrascas en el Brasil se llaman Troboadas. Tuvieron tiempo de aislarse pasando como una hora: luego serenó, y siguieron la macrha hácia la cachuela Pederneira. El viaje este dia fué de siete leguas, y nada más.

Cachuela 11.ª Pederneira hasta la 15.ª la del Infierno.

Esta cachuela toma su nombre de los muchos pedernales de que está erizada. Al divisarla es preciso costear á la derecha, en un remanso para asegurar las embarcaciones. Este puerto es malo para descargar: se apearon y subieron á una peña para observar si había algun canal accesible para pasar las gariteas aunque fuese varias; pero no lo había. Tuvieron pués que descargar casi toda la carga y trasportarla 200 pasos más abajo: mientras que en tiempo de aguas dicen que se pasa sin peligro. Por estas cercanías dicen los indios que hay tribus conocidas; se crée que son Cariprenas; después lo veremos. Se ven ramas cortadas á mano, á lo bárbaro.

El 10 de Agosto: á las 4 p. m. llevaron las embarcaciones por un canalito angosto, tirándolas con espias. Al ir á marchar se les presentaron de repente tres canoas de bárbaros, que se les acercaron con confianza: eran 7 hombres, 3 mugeres, una muchacha y dos *guaguas* en los brazos de sus madres. El más viejo tenía barba blanca y parte del cabello. Subieron luego arriba, charlaron mucho, cambiaron algunas cosas con carne de puerco, que habían cazado; tomaron dos camisas de cáscara, que se las pusieron alegres. López les convidó un traguito de *cachaza*, les propuso acompañarlos, pero dijeron que nó: parece que eran de la tribu que visitaron antes, sus vecinos por el rio Aboná.

Las gariteas iban llevadas por la corriente, pués el cansancio impedía remar: el mismo dia salieron de la isla del Paredón, cuya terrible cachuela iban á pasar mañana. A la media legua vieron el rio dividido en muchos islotes y piedras, pero bue-

nos canales, y algunas corrientes mauzas. Se ve que el rio cortó y profundizó el cause, pués las aguas corren con desahogo: antes estas peñas debían ser otras tantas cachuelas; y aún ahora, antes de entrar en la cachuela. Antes de entrar en ella hacia la izquierda hay grandes peñascos, que forman una isla arenosa: después de esta se presenta la boca de un angosto y hermoso canal que conduce suavemente al descargadero de la derecha. La cachuela brama: las aguas se deslizan por el alveo del rio, á la izquierda: pero se pasaron esperando á López.

Cachuela 12.ª del Paredón: agosto 11 á las 2 p. m.

Al amanecer se acercaron á ella; y á pesar que no se presentaba dificultosa, descargaron algo las gariteas, y luego estuvieron metidos como entre dos murallas, y luego en un remanso; donde se reunen los peces que no pueden subir más. Los indios pescaron muchos con los anzuelos: y comieron en abundancia.

A la izquierda se presenta una serranía casi paralela al rio, como de 50 varas de altura. Una expedición portuguesa enterró en su cima á un P. Capellán que murió ahí, y pusieron una Cruz que ya se cayó. En la otra banda no se divisan alturas. A las 2 p. m. ya habían navegado más de una legua, fuera de peligro; pués si bién el rio se precipitaba rápido sobre peñas latentes y algunas visibles por los flancos, siguieron el canal más seguro de la derecha. Ya divisaron las islas, tres hermanas, acercándose á ellas rápidamente por la impetuisidad del rio. Ese dia andarían tres leguas.

Cachuela 13.ª las tres Hermanas.

Siguieron navegando de noche por no haber hallado una playa donde pascar. Así que se presentan las tres islas se deja el curso del rio, que parece perderse en grandes lagos para reunirse en varios brazos, quizas peligrosos después de las islas, pués desde ahí se oye el estruendo de las aguas. Tomando por la izquierda entre la isla mayor y una gran playa arenosa, no hay peligro; pués la corriente rápida luego se amanza; si bién estando el rio bajo es peligroso. Al pasar la cachuela se divisan dos cerritos inmediatos al rio, únicos en esta banda. Debiéndose abrir un camino para Bolivia, no habría estorbo, pués podría practicarse por detrás, ó por la orilla del rio; ya que entre est e y las serranías hay espacio para más de una via. El viaje de este dia sería cuatro leguas.

Cachuela 14.ª el Gran Girao.

Agosto 12 á las 11 descanzaron en la boca de esta insuperable cachuela: á las tres p. m. tenían á su derecha inmensos

playones arenosos y piedras; apenas se divisaba la otra banda: se vieron algunas cáscaras de bárbaros, vagantes por allí, que el P. no pudo visitar, por no desviarse en aquel mal punto, cerca los canales de la cachuela. Costearon unas playas inmensas, depósitos de huevos de tortuga, aunque los indios ya no hallaron, por haberlos recogido los bárbaros. A la izquierda había unos cerritos semicirculares: peñas por ambos lados y en los canales; las gariteas tomaron el de la izquierda. Aquí crecía la corriente: luego se dá otra média vuelta á la derecha; después otra en sentido opuesto: y pasado el canal ya se oye el estruendo de las aguas, y se ven divididas las olas espumantes levantarse á más tres varas. Allí es preciso aportar á un remanzo para asegurar las embarciones entre la impetuosa corriente y las peñas. Llegaron al pequeño é incómodo descargadero.

No podían los portugueses dar á esta cachuela un nombre más adecuado, pués se dan tres vueltas al acercarse á ella, y la misma cachuela es un semicírculo: Girao. Al ir de esta banda al otro cargadero hay un cerrito de alto lomo correspondiente al del otro lado: entre ambos esta la cachuela. Aquí es inevitable descargar á tierra las embarcaciones y trasportarlas al otro lado del cerrito, y echarlas allá al agua, y pasarlas más abajo á un cargadero vacías ó con muy poca carga: pués hay que pasar una angostura, como de 80 varas donde se reune todo el caudal de este gran rio, que forma un remanso peligroso por los borbollones y remolinos, aun que estando el rio bajo, como entonces, las embarcaciones pasan más seguras con poco peso y 20 remaderes en cada una.

El camino está por la falda del cerrito, por cuya cuesta se suben las gariteas, que al otro lado van cuesta abajo. Desde aquí hasta el punto donde se votan al agua las gariteas tiene el trecho 848 pasos, y hasta donde se han de trasportar todas las cargas hay 1,100. Allí pasaron muy molestados por los mosquitos y el calor. La marcha de aquel dia fué de 4 leguas.

Como cuatro dias estuvieron por subir, bajar, cargar y descargar las embarciones, una de las cuales se averió en el arrastre. Tuvieron pués, que componerla, mientras se secaban las quinas mojadas del Señor Penich. En la ensenada donde se votaron al agua las gariteas, desemboca un canal de la misma cachuela, con un salto como de dos varas: y sin duda que este salto es el que los hidrográficos del Madera llaman el salto de la cachuela del Girao.

Digamos cómo se presenta el rio en este embarcadero. Al

frente un cerro bastante elevado, á la izquierda una gran playa de pura peña, sin comunicación con la costa firme; y el agua corre de abajo hacia arriba, esto és, retrocede hasta encontrarse con la corriente de la cachuela, formando un flujo y reflujo que hace bailar las gariteas: al frente del cerro el grueso del rio, divisándose varias peñas, en el mismo sitio por donde hay que pasar. Pasaron el 16 de Agosto, aproximándose á la espantosa cachuela.

15.° Llamada Calderas del Infierno.

Se demoraron en Girao 3 dias y médio, trabajando y reanimándose para pasar la terrible cachuela, en la cual nadie pereció por favor de la Providencia, no dispensando á otros que pasaron por donde pasaron ellos sin saber por inespertos y por capricho de los capitanes canichanas.....

Al salir el sol emprendieron la marcha dejando á la derecha el gran playon antedicho, y unas corrientes por la izquierda. Luego hallaron el rio pacífico y ancho: navegaron dos horas con regularidad, pués el rio no corría y su anchura se dilataba: al frente una barrera de islas de pura piedra, entre las cuales el rio se perdía, sin divisarse un canal. Sospecharon que estaban sobre la cachuela: los indios dejaron de remar, silenciosos y tímidos. El Padre escuchaba para oir sus chichisbeos ó el ruido de las olas: pero nada. ¿Y el pasaje, le preguntan á un capitán? Está más abajo contesta; y después de un rato de angustia los primeros empiezan á remar, los demás siguen, embocando por entre dos islas del frente que como si abriesen su garganta presentaron un bello canal. No hay duda, la vía para el infierno aún aquí es ancha, y los condujo suavemente sin pasar por el purgatorio; sucediéndoles como á ciertos desgraciados que pasan rectamente al infierno sin advertirlo. Para evitar esto los indios remaban con todas sus fuerzas, dirigiéndose al descargadero: siguieron un poco más; la corriente aumentaba. Luego se vieron á la derecha unos borbollones de agua espantosos, y más abajo á la izquierda unos precipicios y oleadas terribles que cruzaban todo el ancho del rio. Entonces para no caer en el precipicio fué preciso atravesar con la mayor celeridad la corriente hácia la parte opuesta, por entre grandes remolinos y calderos. Enderezaron pués, y apuraron sus esfuerzos para evitar el verse tragados por el precipicio de la izquierda del cual *nulla est redemptio*. Los carichanas llevaban la delantera y pasaron bién:

los demás iban llevados por las olas; las gariteas bamboleaban, entrándoles agua y casi á píque. El P. clamaba á San Antonio, y salieron del peligro, entrando en un gran remanso, bajo del cual parece que estaba el centro de la caldera: en seguida pasaron otro trecho malo, y por último atravesaron entre dos chiflones á derecha é izquierda, después de los cuales el rio se abrió y se sosegó. Por la izquierda, se divisa una ensenada esplayada donde desembocan otros dos canales indicados, por donde pasan todos al subir y al bajar. Pasada la ensenada fueron á la izquierda para ver si venían los demás, mirando si se veían surrones de cascarilla ó cadáveres, como era de temer.....Después de 20 minútos llegaron los de Penich; pero no parecía López, cuyo batelón era pesado y mal tripulado. Todos temblaban por él; pero él fué más feliz, porque su capitán tomó el verdadero canal.

Las gariteas sufrieron mucho, les entró bastante agua: más ninguna sucumbió. El Señor Penich, que no era tan piadoso creyente quizo murmurar de la Providencia; más viendo salvos sus intereses y su vida, la bendijo. Todos estaban enojados con los canichanas, por haberlos metido por lo peor; pero ellos se disculparon haberlo hecho por no cargar y descargar, y porque en tiempo de secas se pasa bién. Mientras los amigos descanzaban, la gente se internó en el monte á buscar almendras. En esta playa, ahora nueve meses, los bárbaros asesinaron al Señor Montaño, natural de Cochabamba; pudieron salvarse tres hombres y una mujer.

A la una del mismo dia 7 atravesaron el rio á la banda opuesta; desembarcaron y subieron á una loma para descubrir la última parte de la cachuela, viendo corrientes por todas partes, si bién los capitanes aseguraban que no había peligro. Así fué pasando por un canal angosto, donde otros han perecido, como el Señor Maldonado que bajaba del Cuzco explorando el Madre de Dios, y solo dos hombres salvaron de su tripulación: sus papeles y notas interesantes, todo se perdió. Allí también pereció el norte-americano Jonson, que obligó á los tripulantes á pasar la caldera con revólver en mano: allí perecieron dos jóvenes cruceños con todos sus tripulantes, ahora tres años y otros varios: solo estos con el padre pasaron bién, gracias á la Providencia. La marcha de este dia hasta las islas que forma la cachuela, fué de 4 leguas.

Desde pasada la cachuela del Infierno hasta la de San Antonio. Dia 17 de Agosto. Las noches en el Madera son frescas;

se descanza bién, pués no hay sanendos ni vichos. Al salir el sol atravesaron el rio por la vereda de la izquierda. Solo López no parecía, pero lo vímos luego atravesando bién la última Baljia de este Infierno, como diría el Dante. Prosiguieron navegando, dejando atras muchas peñolerías: el rio corría pacífico dividiéndose y formando grandes islas, y luego unas playas, donde fueron á buscar los indios huevos de tortuga: si bién hallaron pocos, por haberlos sacado antes los bárbaros. A las 11 aportaron á un descanso y almorzaron. A las 12 en el fuerte de una tribu de Caripunas; allí cerca hay una chacra y dos casas arruinadas, sin una alma; pero vieron ollas, hamacas, cántaros y otros utencillos. Desde allí divisaron el último mal paso de este Infierno.

Allí vieron una garitea, hechura brasilera de regular tamaño; algo enterrada. Podría ser la del Señor Montaño. Dejaron ese puerto de Caripunas y siguieron el rio dividido en varios playones, donde recogieron algunos huevos. Luego el rio se une con corriente regular entre algunas peñas, pero sin peligro; si bién un batelón se varó: descargaron la montería 16 hombres, y la sacaron. Divisaron varios peñones, que tal vez eran la cachuela Morroneo. Pero el dia siguiente 18 de Agosto, no la vieron.

Pasaron una gran playa de más de una legua, donde aportaron todos y recogieron más de tres mil huevos: los carichanas mataron un caimán, que lo asaron y lo comieron por la noche. Al andar como 7 leguas encontraron como siete cáscaras y una montería, cuyo capitán Seico es jóven pero feo; había un viejo bastante canoso, y algunas mujeres que cargabañ sus hijitos á la espalda, como en Bolivia. Les gritaron que se acercasen, tratándolos de amigos, pero con sus flechas en la mano, las mujeres quedarón atras y les pedían chaquiras; pero unos perros que traían ladraban tan horriblemente que no se pudieron entender. Cuando cesó el ladrido se acercaron y empezó el cambio de yucas, maiz, carne de anta, de puerco, que ellos traían, por las chaquiras, cucharas, tutumas, cuchillos y demás que traían los tripulantes. Las mujeres eran las que hacían los tratos, mientras los hombres estaban mirando y aprobando el cambio. Esas bárbaras son muy listas en este comercio, y si reparan que el comprador se descontenta le añaden otro pedazo de carne.

Este barullo duró como médio hora: eran 47 personas entre chicos y grandes; algunos iban vestidos, especialmente una mujer, que se acercó al Padre pidiéndole chaquiras, como las de su hijita, y se las prometió para su vuelta. Esta iba con fustán, otra iba con tipoy, y sospecharon que estas ropas y la montería

eran robadas, pero ellos dijeron que los habían comprado á los transeuntes. El capitán tenía una mirada feroz; se plantó de pié con flecha en mano y la camisa indecente levantada: muy chocante era su desnudez; compró unas flechas para sí y una frazadita para su mujer por un pedazo de carne y unas espigas de maiz. Entre las varias mujeres de esa carabana se distinguía una por su tipo, su cutis y cara blanca, pelo rubio, como hija de extranjero. Al fin se despidieron, con esperanzas el Padre de volverlos á visitar y tal vez reducirlos á la fé, si el gobierno brasilero le ayudaba. Marcharon como tres leguas. El rio estaba como parado por una hilera de islas y peñones. La cachuela está cerca, cuya entrada se parece al del calderon del Infierno.

Cachuela 16 Morreño.

Se acercaron á ella por un gran remanso de la izquierda: las gariteas pasaron más abajo de la primera corriente, en otro remanso: las descargaron algo para pasar un terrible chiflón, que lo pasaron en menos de tres horas. Cuando el rio vá lleno se pasa á todo remo: más ahora no se puede. Después de la cachuela el rio tiene un aspecto imponente por su anchura de más de mil varas. Una garitea se varó; pero la sacaron y siguieron: casi no había corriente; sin duda el salto de Teotono la detiene. Después de dos leguas tuerce el rio hácia la izquierda, donde se dejan algunos islotes de pura peñasquería; luego pasaron á pasar la noche en la derecha sobre una gran playa. Anduvieron dos leguas y média.

Agosto 19, á las 7 a. m. La navegación era muy mansa, como en una laguna: á la derecha una hermosa isla circular; entre ella y la costa se vé un angosto canal, y por la izquierda vá todo el curso del rio, dando una vuelta inmensa por la izquierda. Los canichanas tomaron el canal para acortar, y los siguieron: sus riberas de piedra y alguna corriente, tendrá 30 varas de ancho, pero es profundo. Llegaron á la otra boca.....á la otra banda se ven grandes playas. Los tripulantes remaban á porfía por llegar allá primero y tomar más huevos; pero los bárbaros de ayer ya los habían tomado. Desde aquí se oye el estruendo de la cachuela de Teotoño, parecido al de un trueno continuado. Había cerca otros peñones: entre ellos hay un lindo canal sin peligro. El rio se presentaba ancho y parado; pero se divisaban las olas del salto, y mayor estruendo, sin acabar de llegar á la cachuela, que parece huye.....al fin entran en ella invocando á Dios. Más, aportaron á la derecha en puerto seguro. Vieron el rio detenido por un dique de peñas, cayendo el agua por dos

gargantas del alto de más de cuatro varas con una rapidez que marea, si se mira la cascada: las olas chocan y se levantan más de seis varas. ¡Qué expectáculo tan imponente! ¡Qué montes de agua! La marcha de esta mañana es de dos y media leguas.

20 de Agosto. El dia anterior llevaron las embarcaciones al puerto de abajo, distante 200 pasos. Allí arrastraron las embarcaciones: el camino es algo parado, encima es plano, y luego bajada al otro lado.

21 de Agosto. Se han reunido las embarcaciones; algunas han necesitado clavarse y calafatearse. Antes de las doce se embarcaron. Ya se acabaron los mayores obstáculos, pues, dicen que Macacus y San Antonio no son peligrosas.

El rio aquí está bien, se divide en tres brazos, el de la derecha es más seguro: en el centro se vé una pequeña playa, donde fueron las gariteas á buscar huevos: pero no hubo.

18 Cachuela de Macacus, que no merece nombre de cachuela. Pasaron una corriente sin peligro. A la legua, peñas por todos lados, el rio bueno. A las dos se les presenta la Cachuela de San Antonio, cuyas oleadas se ven y se oyen. Aportaron á la izquierda, donde hay descargadero. Un buen canal con fuerte corriente, y casi todas las gariteas pasaron sin descargar, más que algunos bultos; aunque en los malos pasos se dobla la tripulación.

19 Cachuela de San Antonio ya descrita.

A la izquierda de esta banda, cerca de esta cachuela, había unos ranchos de palma medio caidos, y chacras remontadas: es el lugar donde antes el Gobierno del Brasil, tenía unos soldados; ahora está abandonado. Bueno sería que se repusiese esta abanzada; pues sería un recurso para los navegantes hallar aquí gente racional con víveres, ya que en la penosa bajada, de un mes, no se hallan más que algunos pobres salvajes. Fueron los indios á registrar tales chacras, y todavía trajeron algunos plátanos, ají y limones ágrios.

En tiempo del gobierno portugués, este destacamento estaba en Riverón; pero lo retiraron porque los soldados se enfebraban; cosa que podía evitarse, poniendo el cuerpo de Guardia en una loma, y no en el monte; desde que en la banda opuesta se vé una linda altura capaz de una población, si hubiera gente, elemento tan escaso en esta América.

Al fin, se acabaron las cachuelas y los sustos, y empieza la monotonía de la marcha. Si hubiera un Vapor para ir hasta Serpa, sería viaje de unos cinco dias. ¿Cuándo llegarán los Va-

pores hasta acá? Con una caja de sardinas y una botella de vino festajaron los viajeros su feliz escape hasta allí.

Resúmen de las leguas de este viaje hasta la Cachuela San Antonio.

	leguas
Desde San Buenaventura hasta Reyes por tierra.....	8
Desde Reyes hasta el puerto del rio Yacumá..	18
De Yacuma, llamado de Sta. Cruz hasta el puerto de Sta. Ana	100
Hasta el Desague de Yacuma en el Mamoré.....	6
De allí hasta Exaltación.....	18
De Exaltación hasta la 1.ª Cachuela.....	73
De esta hasta la última de San Antonio.....	56
Total de leguas.....	279

NOTA.—Otros viajeros hacen ascender el número de leguas á mayor guarismo, aunque en pocas leguas más. Este es cálculo de apreciación.

Nos parece que un camino carretero podría practicarse por el lado del Brasil; desde que por la banda derecha no hay inconvenientes de rios ni serranías, el monte es plano y limpio. El rio dá unas vueltas enormes; y con una vía terrestre, bien enderezada, el viaje se reduciría á la mitad de las leguas. Esta sería una empresa de pocos años y de pocos miles. Un empresario hijo del país podría realizar este camino, utilísimo á los intereses del Brasil y de Bolivia.

CAPÍTULO XX.

Desde la última cachuela hasta el Crato.—Conclusión.

AGOSTO 22 domingo. Se embarcaron al amanecer. La corriente del rio es regular. A la derecha se vé una barraca nueva: es un siringal de un Cruceño. Siguieron sin parar hacia la barraca del señor Inca, á proveerse de plátanos y yucas. A las once vieron las famosas playas de Tomandría; en sus orillas, tortugas disformes, cuyos huevos redondos y grandes tomaron. Antes de llegar á una gran isla, á la izquierda está, la barraca de San Inca, donde se hallan gentes sociales. Desde la cachuela hasta allí habrían andado seis leguas. Sólas dos mujeres hallaron allí; los hombres habían ido á cazar.

Una legua más abajo desembarcaron en la barraca del señor Hurtado y Hos., antíguos amigos del Padre, que los recibieron muy bien. También hallaron al señor Albrego con su digna esposa doña Matilde.

23 de Agosto. Ayer anduvieron 7 leguas. Pasaron la noche charlando de politica. Aquí es indispensable la hamaca, por el excesivo calor y por los sancudos, llamados Guasapanas. En las orillas se vén barracas por todas partes, cuya industria es la siringa, ó la goma elástica; así como por Bolivia se vén cascarilleros. Los cascarilleros se reunen de seis ó más, salen del

campamento cargados de víveres, cama, herramientas, escopeta, se internan á unos seis ó más dias de distancia; y ván cortando cáscaras, hasta que se les acaban los víveres: los gomeros salen al alba con un poco de barro en un cántaro, las labocas para recibir la leche, otro recipiente y una pequeña hacha para picar levemente el palo de la goma. A medio dia regresan con la porción de leche que ha fluido de la picadura: después cuajan esta leche, calentándola con el coco de motacú, en una taza, exponiéndola al humo: la parte acuosa se evapora, y la gomosa se pega á una pala, que meten en la taza hasta que toda la goma se le ha pegado, y forman una pelota. Esta operación se hace en media hora, después se le seca con el sol y al aire libre por muchos dias.....Los Siringueros trabajan descanzadamente, casi todos son indios bolivianos.

Para los empresarios, esta es una industria muy lucrativa, á pesar de los atrazos de los vapores y otras contingencias; pués la arroba de dicha goma viene á costar, aquí, como seis, en el Pará se vende á más de 30.....

Quedarón allí los dias 22 y 23. Penich mandó dos dependientes á traer sus quinas de la Cachuela Madera, dejando otras en casa del señor Hurtado. El 25 siguieron su viaje. El Padre fué á la banda á visitar al señor Oyola, que lo hizo almorzar, y por la tarde se reunió con el señor Penich en el fuerte de San Antonio; donde hay un destacamento: presentaron sus pasaportes, y se fueron á dormir cerca de la boca del Jamari. Cerca hay una barraca de un portugués, bien surtida. Más arriba de ese rio está el señor Cavalcanti y algunos bolivianos. Navegando se ven barracas á derecha é izquierda: andarían como 10 leguas.

26 de Agosto. Salieron al amanecer: divisaron algunas riberas despobladas por las incursiones de los bárbaros antropófagos, *Pescutínticos*. Anduvieron este dia unas 11 leguas. Más barracas abandonadas, por las invaciones.

El 27 marcharon 10 leguas.--Madrugaron bien, vieron barracas en ambas riberas, y á las 12 llegaron á Crato, habiendo andado 7 leguas. Desde San Antonio, acá hay 44. Una milla antes de llegar, en una linda altura á la izquierda se vé un vasto desmonte en medio de dos grandes casas enlucidas, propiedad de un tal Montero, que los recibió muy cortesmente: tenía un surtido almacen, apesar del incendio de su barraca por los bárbaros, la pérdida de sus siringales, etc.

El *Crato*, lugar renombrado y aún designado en geografía

como un pueblo, no más que una casa regular, propia del señor Tenorio: allí cerca hay dos carpas de motacú para sus peones, y várias barracas esparcidas y siringales, aunque no todos se trabajan por falta de brazos.

Bolivia llegaba antes cerca de este puerto: más ahora, con los tratados Melgarejo, cedió éstos terrenos al Brasil. No sabe Bolivia lo que ha perdido; nada ménos que los ricos siringales y el derecho de navegación ascendente de este rio, esta costa hasta la confluencia del Beni aún hasta el Madre de Dios, que desagua más abajo de Cavinas en el mismo Beni.

De aquí, surge una duda canónica. Los moradores de estos terrenos, antes bolivianos ¿á qué Obispado pertenecen? Sin duda al de La Paz, hasta que se resuelva otra cosa. Pero lo cierto es que ni el Obispo pacense ni el del Pará saben cuantos diocesanos tienen por estas regiones, que no bajan de 600 entre todos, sin instrucción religiosa, y los más sin bautismo; pues aún cuando los bauticen con el agua del rio, muy duduso es que sepan la forma necesaria. Así es que el Padre rebautizó algunos *sub-conditione*.

Aquel dia era sábado, y llegaron á Crato muchos peones y el señor Tenorio, para descansar, pero no para santificar el domingo, en su Irregresia, como ellos llaman. El señor Tenenorio es una especie de Capitán de Guardias.....

28 Agosto. Visitaron al señor Capitán, que los recibió muy afable: se ocupa en siringa y en ganado: tiene en su estancia mil cabezas traidas de Bolivia. Una vaca vale allí 60,000 reis. El señor Penich quedó allí, secando sus quinas, y el Padre siguió su viaje con López: anduvieron como 3 leguas, divisando barracas pequeñas.

30 de Agosto madrugaron: el rio se vé más poblado conforme se vá bajando. Pararon en una barraca de una Señora, que los recibió muy atenta: se pasaron luego por madrugar mañana: ella les dió una gallina, huevos y café. Anduvieron 10 leguas.

Dia 31. Salieron temprano, anduvieron 10 leguas, pernoctaron en la barraca de un zambo brasilero, que les obsequió huevos y pescaditos. Tiene 7 hijos, con los cuales trabaja su goma.

Setiembre 1.º—Salieron á las 7. El rio lo mismo: ba-

rracas, nada más. A la tarde vieron subir una goleta á vela. Venía de Serpa en tres meses: y les dijeron que el Vapor Madera se había regresado de más abajo. Después sufrieron una troboada de media hora. Marcha de este dia 8 leguas.

2 Setiembre. Navegación con luna. Pasaron en una barraca de tres casas. Más abajo vieron otra con seis casas grandes y mucha leña; escala para los Vapores. A las 6 pasaron en una barranca por evitar los sancudos: marcharon 8 leguas.

3 de Setiembre. Observaron las variadas barracas de los siringueros, las monterías de los pescadores y algunas embarcaciones ancladas: grandes montones de leña para los Vapores. Desembarcaron y el dueño de una casa muy linda los recibió y agasajó cortesmente: la casa era como un depósito de mercancias preparadas para el Vapor, que uno sólo es poco para tanta carga; aunque hubiese tres Vapores no darían abasto. Los que bajan de Bolivia sufren muchas demoras y perjuicios. Esperemos que algún dia estas gariteas y pequeñas embarcaciones serán reemplazados por vaporcitos, y entónces florecerá el comercio.

4 de Setiembre. Siguieron la marcha sin más novedad que las troboadas, y el encuentro de un zambo que venía de Serpa con su canoa, en 40 dias, remandó bien. Otros puertos, otras paradas, etc.

5 de Setiembre.—Ayer anduvieron 7 leguas, hoy 5. Al embarcarse vieron venir el Vapor Madera, cuya vista los alegró infinito: su Capitán Mr. Storn, sujeto muy atento y escrutador; pasaba hasta el Crato para regresar, y se comprometió á llevarlo al Padre hasta Serpa.

El 6 siguieron su bajada acercándose á la Iregresia llamada Manicoré, donde llegaron el 7, habiendo visto antes unas casas llamadas Calimento. Manicoré es un rio caudaloso y navegable. Al vernos acercar izaron la bandera imperial, vista por primera vez. Subieron á la barranca por 60 escalones escarpados. Hay una bonita, pero pequeña Iglesia. Un pobre negro carpintero les convidó café y se fueron, andando 10 leguas.

El 8 llegaron á Exaltación, barraca del señor Araus, amigo que los recibió y obsequió allí hasta la vuelta del Vapor. El once llegó Mr. Charendon inglés explorador del Purus y otros rios, encargado de la sociedad de Lóndres. Confrontaron sus observaciones con las hechas por los Padres de Cavinas, y vieron que estaban conformes. El debía contínuar sus exploraciones.

13 y 14 Allí mismo, esperando el Vapor, que llegó el 16, muy lleno de gente: pero el Padre fué en su batelón remolcado, con algún peligro, pues iban en él, seis pasajeros y mucha carga, con el señor Araus. Tenían que pasar la cachuela de Ilsua, donde unos dias antes encalló el Vapor, y ahora vuelta. Los pasajeros saltaron al agua para salvar el batelón, que tuvieron que descargarlo, lo mismo que el Vapor; y aún descargado no pudo marchar: fué preciso que el señor Araus mandase venir gente de Exaltación, que llegó el 19 á las 4 de la madrugada. Con grandes esfuerzos pudieron arrancar el buque, que volvió á bararse: tuvieron que descargarlo totalmente; y al fin, después de sondear bien el rio, pudieron marchar, el 21. Tocaron en la isla de los Avarcos para tomar leña.

Aquella noche pasaron la boca de un rio, en cuyas playas dijo Eston que había tres poblaciones de indios, que piden Padre. Al dia siguiente vieron otra, abandonada. El 22 llegaron á Barba población de unas 60 casas con su Iglesita, y párroco. Siguieron la marcha, y un señor Saá brindó á la salud de Pio IX, y todos lo acompañaron.

El 23 divisaron una Isla del Amazonas, en cuyo piélago vá á unirse el Madera. Llegaron á Serpa, población algo regular, con Iglesia: esta villa es como el depósito de los productos bolivianos. Al dia siguiente sarpará á Manaos, cuya distancia de Serpa son 40 leguas: es una ciudad como de 10,000 almas, destinada á progresar, pues su puerto es muy concurrido, y sus habitantes van en aumento. Su Iglesia es muy pequeña, pero se estaba construyendo otra de tres naves, si bien los Manaoeses no son los más devotos del mundo.

El 10 de Octubre salieron de Manaos, y habiendo tocado en algunos puertos intermedios, el 12 llegaron á Pará, que distará 300 leguas de Manaos. Pará situada frente á la grande isla Marajón constará de 20,000 habitantes, ciudad muy comercial, en cuyo buen puerto van Vapores y buques de vela de Europa y de América, que diariamente entran y salen con mercaderías diferentes. Infierese el movimiento mercantil de este puerto por el parte siguiente de 1.° de enero de 1870.

«El diario del gran Pará avisa al público que la Aduana de este puerto ha producido de rendimientos en todo el mes de Diciembre último la suma de quinientos contos de reis 511.000,000». De lo cual se puede inferir lo que es la Aduana de esta ciudad y provincia de Amazonas. Un conto son 500 pesos.

El Padre se embarcó el 3 de enero y llegó á Lisboa el 17, llegó á Madrid el 20, y luego salió para Paris.

Así termina el Padre Jesualdo su relato del viaje fluvial: y así termino yo estas memorias del Colegio de «San José» de La Paz y sus misiones, que espero acabará de ilustrar el R. P. Nicolás Armentia con la relación de sus viajes y con quistas.

A. M. D. G.

FR. RAFAEL SANS.

APENDICE

OFICIO DEL PADRE FIGUEIRA AL GOBIERNO DE LA PAZ

Sobre la conquista en 10 de Febrero de 1806.

Señor Gobernador Intendente de la ciudad de La Paz.

Contínuando el oficio que con fecha tres de Octubre de este año próximo pasado de mil ochocientos cinco, dirigí á Vuestra Señoría desde el pueblo de Santiago de Pacaguaras, me precisa hacer presente otras muchas ocurrencias acaecidas sucesiva inmediatamente que llegué á el primer pueblo de Toromonas y por los muchos progresos y adelantamientos que se ofrecieron en sólos 57 dias que permanecí en dicho pueblo, me ví obligado á consultar lo más conveniente con mi compañero que lo era el P. F. Antonio Serra, y después de convocados los caporales de cinco grandes pueblos bárbaros resolví ponerme en camino en la más cruel estación de aguas trotando sobre trescientas leguas en 27 dias, para hacer á V. S. todo presente: y en su conformidad le patentizó que el dia 12 de Octubre de este año pasado de 1805 tomé posesión de un pueblo de Bárbaros,

nación Toromona en el que fué patrona nuestra Señora del Carmen, habiendo hecho antes dos viajes á dicho pueblo para docilitarlos y atraerlos á nuestra Santa religión por los medios que dicta la prudencia y la piedad, conforme á nuestras sábias leyes de Indias.

Dia 17 serían las 11 de la mañana.

A los cinco dias de mi permanencia con ellos entraron por la plaza una gran multitud de bárbaros no conocidos que numeraban 213 todos armados con sus flechas. Con la novedad me inmuté y asusté bastante, lo que conocido por el caporal de mi pueblo llamado Amutari, me dijo que no temiese por que todos eran sus amigos. Estuvieron ellos sólos hablando con este caporal más de tres horas y al fin de sus conversaciones entraron cinco que eran los caporales en mi aposento dejando sus armas de arco y flechas en la plaza, los recibí con el mayor honor y alegría, los abracé á todos y se manifestaban muy contentos, les pregunté de dónde venían y me respondieron, que de sus pueblos venían á verme y pedirme herramientas, les dije que por entónces nada tenía que darles que esperasen á otro año y les daría todo surtido. Clamaban y decían que querían ahora; y me fué preciso echar mano de una carga de cuchillos que yo tenía ocultos y reserbados para semejantes lances y repartirles á cada uno el suyo, con lo que quedaron algo socegados; toda aquella tarde se divertieron con la gente del pueblo, serían las ocho de la noche se juntaron en la plaza todos los naturales y forasteros y sentándose al rededor

hicieron una grandísima rueda; y poniendo un tronco de árbol en medio me llamaron y mandaron sentar entre todos ellos, tuvieron muchas conversaciones todas dirigidas á su conversión: serían ya las 11 de la noche se levantó uno de ellos llamado Dapuay caporal del 2.° pueblo de Toromona y me dijo, que así como yo había tenido cuchillo para darles que les diese también hacha y machetes. Viendo esto el Caporal de mi pueblo que sabía bien ya yo no tenía herramientas tomó la causa por suya, y les dijo tantas cosas que quedaron satisfechos. El 18 al amanecer vinieron todos á saludarme y que querían volverse á sus pueblos; entónces me dijeron que todos querían ser criastianos; que querian padre y que querían herramientas; pero que cuidado con la palabra que yo les daba, se despidieron de mi uno por uno y se marcharon á sus pueblos: dos de nación Toromona y tres de nación Araona. El 26 del mismo mes vinieron á verme 11 bárbaros con su caporal llamado Payani del cuarto pueblo de la nación Araona á pedirme lo mismo que los otros; y como no hubiese que darles sino tigeras repartí á cada uno las suyas, las que apreciaron mucho y se fueron muy consolados por la palabra que les dí que en adelante se les daría herramientas, todas estas noticias corrieron á todas las demás naciones circunvecinas y también supieron que ya no tenía que darles; pero no obstante el mes de noviembre vino el Caporal de uno de los pueblos de los Matchuis llamado Canayo con cinco bárbaros á verme, y me dijo venía en nombre de los de-

más pueblos de su nación á regalarme una canastilla grande de plumas, y que lo más presto que se pudiese querían también herramientas y Padre por estar todos sus pueblos unidos con todas estas otras naciones. Por no tener yo nada que darles supliqué al caporal de mi pueblo Amutari les diese á cada uno su cuchillo de los que tenían éllos, con lo que se fueron contentos. Dia 6 de noviembre salí con Amutari y dos hijos suyos á visitar los dos pueblos de Toromonas y los de Araonas que todos los anduve en tres dias, los que me recibieron con mucha alegría convidándome con sus comidas, y todas las mujeres presentándome plátanos, yucas y almendras para comer. A ménos que un dia de camino está otro pueblo de nación Sacabinas que también pasé á verlos; que aunque estos no habían venido á visitarme me llevó Amutari por que su mujer es de esta nación, los que todos me recibieron alegres y quieren lo mismo que todos los demás. Estos son los pueblos sitados en las margenes del gran Rio Magno al Sur: en la inteligencia que el segundo pueblo de Toromonas está en la orilla de dicho rio, el cual he visto, y su puerto con canoas. Todos los demás unos á legua y otros á media de distancia del citado rio, pero todos al rededor de un hermosísimo pajonal que tiene de largo ocho leguas y como cinco de ancho: todo lo he registrado y paseado á mula, pués á mi tercera entrada metí cinco animales cargados de machetes, hachas y vestidos con un sólo muchacho que me acompañaba abriendo yo mismo camino por la montaña con un machete, que aunque parece arma ajena, por no desamparar aquellos pobres y ausiliarlos con

lo que tenía, me fué preciso en estas y otras muchas ocasiones. El primer pueblo de Toromonas que tengo ya conquistado vestido y surtido contiene setenta y tres familias con treinta mozos solteros ya de armas. El segundo pueblo de esta misma nación tiene ciento diez y siete familias con una muchedumbre de almas; y el tercer pueblo de la misma sesenta y un familias. En dos leguas están los tres pueblos. Todos los cuatro pueblos de la nación Araona. Son lo mismo cada uno que el primero de Toromonas con corta diferencia. No puede contar sus familias por hallarse algunas en la montaña buscando comidas; pero por las casas que he visto conjeturo lo mismo. Estos siete pueblos es casi toda la gente una laya: de bastante estatura; todos blancos y rubios sin desfigurar sus rostros y cuerpos con pinturas como lo he visto y acostumbran otras muchas naciones, los hombres andan enteramente desnudos, pero las mujeres siempre traen su tapa-rabo de cierto tejido angosto que ellas mismas fabrican. El último pueblo que he visto es de los Sacabinas, contiene 81 familias, toda gente hermosa pero muy pequeña hombres y mujeres sin la más leve monstruosidad que suelen tener los enanos sino que todas facciones son correspondientes á su pequeño cuerpo, sólo el pelo que les llega hasta la rodilla, es gente muy pacífica que jamás han tenido guerra con nadie. Viven sólos á la inmediación de un pequeño pajonal distante del último pueblo de los Araonas cerca de un dia de camino todo por montaña. En todos estos ocho pueblos ningún bárbaro tiene más que una sóla mujer, y sin ser pariente por que las traen unos de los pueblos

de otros. Son muy fecundas según la multitud de muchachos que se observa en cada pueblo. Estos son los ocho pueblos que he visto, hablado, tratado y comunicado en los meses de Octubre y Noviembre de este próximo año pasado, y todos con palabra de ser cristianos dándoles el ausilio correspondiente. Desde el segundo pueblo de Toromonas frente por frente á la otra banda del rio Magno me enseñaron el primer pueblo de los Matchuis, aunque yo no podía divisarlo bien por la mucha distancia del rio, pues á mi concepto pasa de legua, pero se avistaban las chacras con mucho humo de sus quemazones. En medio del rio hay una hermosa Isla de árboles elevadísimos. No me atreví á rejistrar aquellos pueblos por muchas circunstancias, y las dos principales por no tener que darles; y por no atreverme á vadear el rio en sus canoas de cáscara de árbol, por los muchos caimanes que cruzan, que aunque todas aquellas gentes saben torear en la misma agua montando sobre aquellos feroces animales, caminando en ellos sin que les ofendan, más de dos cuadras, yo no podía exponerme á semejante precipicio hasta que se fabriquen canoas de madera. Desde la orilla he visto el rio elevarse en muchas partes, el agua bastante alta, por lo que me persuado hay muchos Bufeos, como en la mar. El caporal Canayo con cinco bárbaros de un pueblo de los Matchuis, que han venido á verme, asegura, que en distancia de dos dias de camino están situados diez pueblos, todos de nación Matchuis, á la misma orilla de la otra banda del rio al *Norte* y el caporal Amutari de mi pueblo me dice lo mismo que los ha visto, y paseado todos por

sèr sus amigos, y tener unión entre los 18 pueblos. Pues todas las semanas se comunican con sus Babas Matchuis. que así los llaman por su agigantada estatura. Toda la tierra que he visto, es un temperamento hermoso, y agradable, sus frutas son maiz, yucas, plátanos, y algún algodón blanco, y morado. Hay algún maní, también tienen sus cocalitos para comer. La montaña produce almendra muy rica, y cera, y cacao, en todas las margenes del rio, en las campañas, y pajonales mucho venado, ciervo, y Vaca de Anta. Estos diez y ochô pueblos están en la circunferencia de 22 ó 24 leguas, atravesado el rio por los diez de los Matchuis, quedando los ocho que he rejistrado á esta banda de acá al Sur.

El primer pueblo de nuestra Señora del Carmen de Toromonas, ya lo tengo surtido de machetes, cuñas, cuchillos, tijeras, vestidos, abalorios y vestiduras sagradas, cuyos efectos han salido de estas Reales cajas de La Paz; y se me han remitido adentro por órden del M. R. P. Fr. Antonio Avellá comisario Prefecto de Misiones, el año de 1804.

Digo pues que para convertir, y atraer á nuestra Santa Religión, todos estos mensionados pueblos son indispensables ausilios de herramientas, y vestidos así para los indios como para ornamentos de Iglesias atendiendo á la multitud de almas, que hay en cada pueblo. Pero considerando la carestía en que en el dia se hallan todos los géneros y efectos, me contentaré sólo con llevar lo más preciso, como es hacha, machete, cuña, cuchillo, tijeras, dos almillas y una frazada para cada indio; y para las mujeres algunos abalorios, cinta, rosarios, medallas, y su

tipoy de bayeta azul, ordinaria, ó de cordellate; pero hablando como experimentado advierto que esto no pide dilación ni demora alguna, en particular los siete pueblos que tengo comunicados para asegurar los demás, pues á fuerza de sus instancias y de la grande emulación y envidia que tienən entre sí, surtido ya el primer pueblo, les he dado palabra de que por el mes de Junio próximo estaría ya allá con todo lo correspondiente, y que así se irían surtiendo los demás poco á poco, de modo que, deduciéndose manifiestamente ser los diez y ocho pueblos unidos y relacionados, no habiéndolos visto ni sabido su número se hade considerar la precisión que hay de darles alguna cosa, sin abrazar en todo, ó por menor hasta conseguir su comunicación, ó puntual noticia de ellos; pues convidándose ya por el glorioso trofeo de ser criastianos, no suceda que el enemigo común les sujiera emulación, ó algún resentimiento, con que se indispongan entre sí; y de aquí es que la prudencia, y notorio celo V. S., y demás Señores ha de graduar prudentemente en tan urgentes circunstancias todo lo que corresponde á los altos respetos, que se interesan. Han sido tantas sus peticiones, ruegos, y súplicas, que me han obligado ponerme en camino para dar cuenta de todo esto, en un tiempo el más riguroso de aguas, exponiéndome á mil peligros, mi vida en muchos rios por no fiar mis cartas en tanta distancia á un sin número de contingencias, que pudieran acaecer.

Como hasta ahora á todas aquellas gentes, les hacen poca fuerza las razones, aseguro que sí á la mayor brevedad no llevó con migo el surtido para los dichos

siete pueblos, corre mucho riesgo, que todos ellos se pierdan; y no conviene de ningún modo faltarles á la más mínima palabra; ni yo tampoco tendria valor á entrar, no cumpliendo la promesa, que tantas veces les dí; y después se tardarían muchos años en ganarles la voluntad, la que ahora tengo á toda mi satisfacción, pues ya conozco con toda evidencia á donde llegan sus sentimientos.

Yo me ciño á lo preciso que se necesita para aquellos pueblos; y no permitiré de ningún modo se empleen los caudales de su Magestad Católica en cosas que no tengan servicio, y que no sean de primera necesidad para aquellas pobres almas, redimidas, como la mia con la dulcísima preciosa sangre de Jesu-Cristo, á quienes cupo la suerte de haber nacido en los desiertos de las más espesas montañas sin otra luz, ni razón que la natural, y con indecible gozo mio he llegado á visitarlos, y á consolarlos, procurando libertarlos de las tinieblas, y oscuridad en que vivían, y de la esclavitud del común enemigo que tantos destrosos ha hecho hasta ahora en aquellas naciones, hasta que entré á minorarles su pesada carga exponiendo mi vida en la primera entrada, que hice á los tiros de una traición, á no haberme libertado la poderosa mano del altísimo. Me será muy sensible en lo más vivo del corazon, y lloraría perpétuamente lágrimas de sangre, si se malograse, tanta miez y cosecha de almas en fuerza del amor que les he cobrado, siendo pagada al momento la correspondencia de mis cariños, y halagos en las buenas demostraciones, que me ha hecho toda aquella barbarie y gentilidad, en los cortos meses que viví y

traté con ellos, y asi confio Señor Gobernador Intendente, que la acreditada bondad, piedad y religión de V. S. con los fieles depositarios del real Erario de Nuestro Soberano franqueáran los ausilios para asegurar tantos vasallos á N. Católico Monarca (que D. gue.), y tantas almas para bendecir, y alabar al Señor, eternamente, las grandezas y maravillas de su misericordia, otras muchas circunstancias podría poner presentes, y las omito por no ser molesto, y que la estrechez del tiempo me ajita, y oprime demasiado, pero si ocurriesen algunas dudas aquí estoy pronto á responder á todas.

B. L. M. de V. S. su más atento obsecuente capellán y seguro servidor.

Fr. Josef Figueira.

Paz y Febrero 10 de 1806.

Señor Don Antonio Burgunyó G. Y. de la Paz.

Real órden al Obispo de La Paz, sobre las misiones, y Bullas con el P. Ocampo.

Ilmo. Señor:

En vista del espediente sobre agregación al Colegio de Moquegua de algunos pueblos de las misiones de Apolobamba, y otros incidentes, consultó el consejo su dictámen á su Magestad en 17 de Agosto del corriente año, y habiéndose conformado con él, se ha servido resolver se devuelvan á la provincia de San Antonio de Charcas los pueblos de la mi-

sión de Apolobamba, que restan después de eregidos en curatos, los que según previno la Real cédula de 22 de Agosto de 798, se hallen por V. S. en estado competente para ello. Que igualmente se devuelva la misión de Mosetenes á sus fundadores los PPs. Jorquera y Marti. Los del Colegio de Moquegua contínuen en las de Mapiri; y que á cada misionero de unas, y otras se contribuya con el Sínodo de 300 $ señalados por la Junta Superior de Buenos-Aires. Igualmente ha resuelto su Magestad que dicha Junta Superior examine de nuevo con la escrupulosidad debida, bajo el concepto que en el manejo, é inversión de los caudales destinados para la manutención de los misioneros, y el buen éxito de sus tareas Apostólicas, no se observa el debido arreglo, las expresadas cuentas dadas por el P. Ocampo con audencia de los Ministros de las Cajas Rs. de La Paz, Tribunal de Cuentas, y del Fiscal, tomando providencias ejecutivas para la devolución, y reintegro de lo mal recibido, y gastado en vista de los reparos, y agravios, que se adviertan; y dando cuenta de las resultas. Y así mismo que el Gobernador Intendente de esa ciudad de acuerdo con V. S. disponga que los caudales destinados para la asistencia, y fomento de las misiones se inviertan precisamente en ellas con la posible economía, y mejor gobierno, entregándose á los mismos PPs. conversores en sus debidos tiempos los sínodos que les están señalados, y franqueándoles las asistencias, y socorros de que necesitan para el más útil y cabal desempeño de su ministerio; y el logro de los

importantes fines, á que se dirijen, sin *necesidad*, antes con absoluta *prohibición* de que sea por mano del *P. Ocampo, ni de otro que le succeda en la Prefectura de Misiones.* Así mismo ha resuelto S. M. que los Misioneros, así de Charcas, como de Moquegua en el *Distrito* de esa Diócesis de La Paz, estén subordinados á V. S. á quien corresponde velar sobre su rebaño en cuanto conduzca al mayor régimen y fruto de las misiones en unión con el Gobernador Intendente, sin embargo de los fueros, y privilegios de excepción, con que los misioneros intentan sustraerse del celo, y vigilancia de los Reverendos Obispos, también ha resuelto S. M. se encargue á V. S. promueva el adelantamiento de las misiones de su diócesis, autorizándole para que de acuerdo con el Gobernador entienda en la elección de los misioneros necesaros, y más aptos para llenar aquellas funciones, prévios los informes de los prelados, para la indagación de su aptitud, y mejor desempeño de los destinos, y pueblos que estén á su cuidado, medios de subsistencia; y cuantas providencias estime conducentes al más breve, y seguro fruto de las misiones. Y declara que Fr. Tadeo Ocampo faltó al respeto, y veneración debida á la dignidad, y persona de V. S., que no tuvo motivo para hablar en sus escritos de V. S. ni de su conducta, é intenciones del modo que lo ejecutó, que se le haga saber, ha sido muy de su real desagrado su exeso en esta parte, apercibiéndosele que en lo sucesivo trate, y hable de los prelados de la Iglesia, y sus operaciones, con aquella moderación, y decoro, que exije, la alta Gerarquía, y ministerio de ellos, y que deben dar ejemplo

los Religiosos, y demás eclesiásticos al resto de los fieles. Pues de lo contrario, incurriendo otra vez en igual defecto, será privado de ejercer la Prefectura de Misiones, y otro cualquier cargo. Y que se mande, que luego que concluya su colectación, y se regrese á América se presente personalmente á V. S. á darle satisfacción con este hecho, de las ofensas que le ha causado por sus exesos. En cuyos términos unidos á la decisión del asunto sobre otros puntos conforme á los deseos arreglados de V. S., queda vindicada su dignidad, y conducta de los ultrajes de que se queja V. S., manifestándole al mismo tiempo está persuadido S. M. de sus rectas ideas, y celo por el servicio de ambas Mag., y espera contínue sus buenos oficios en desempeño de la confianza, que de V. S. se hace, para el mayor adelantamiento, y fruto de las misiones de su diócesis. Últimamente debiendo ser el principal y único objeto la propagación de la fé, y pasto espiritual de los indios de esas misiones, y nuevas conversiones, no debe frustrarse por los particulares resentimientos, y empeños de los misioneros, mayormente cdo. siendo de una misma órden religiosa, se hace más estraña su oposición, por lo cual ha resuelto su Magestad se le advierta, para que animados de verdadero celo contribuyan á tan importante fin, ejecutando las providencias, que dictare V. S. á quien se harán los más estrechos encargos, para que con los conocimientos que debe tener del terreno, dicte las que considere más oportunas, como se espera de su notorio celo y que avise de las resultas, en inteligencia de que hará un particular servicio, si corresponden á los santos

y católicos deseos de S. M. Lo que participe á V. S. para su inteligencia, y satisfacción; y en la de por que Real cédula de la fecha de esta se comunicó la expresada Real resolución al Virey de Buenos-Aires, para que por su parte guarde y cumpla lo mandado, y conforme á ello ausilie á V. S., en cuanto lo necesite para su más exacto y pronto desempeño, comunicando al mismo fin la referida Real resolución al Presidente y Real Audiencia de Charcas, al intendente de esa ciudad, y á V. S. para que enterado de lo que por ella se encarga, tenga el puntual debido cumplimiento, y dé cuenta de que así lo ha ejecutado.

Dios gue. á V. S. ms. años.

Madrid, 30 de Octubre de 1804.

SILVESTRE COLLAR.

Señor Obispo de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad de La Paz.

Es cópia de su original.

Doctor Francisco Antonio Isaura.

ENTREGA DE LA REDUCCION DE TOROMONAS

M. R. P. Comisario Prefecto:

El P. Fr. Antonio Serra, Misionero, fundador y cura conversor de los pueblos Toromonas é individuo del Colegio de propaganda fide de la Villa de Moquegua, parece ante V. P. R. con el más profun-

do respeto, y dice: que habiendo salido á este pueblo de Isiamas acosado de la mucha necesidad y aquejado de larga enfermedad, á socorrerme, y pedir por Dios lo que necesitaba para mi subsistencia, y la de aquellos infieles, á quienes he amado tiernamente en nuestro Señor Jesu-Cristo, me hizo V. P. R. presentes las instancias religiosas, y cristianas acerca de aquellos pueblos Toromonas, y la prontitud con que se internaba. Viéndome postrado de accidentes, é incapaz para ir personalmente á entregar dichos pueblos, me determiné á suplicar á V. P. R. se dignase ver la entrega, que según constará luego que V. P. R. se ponga en aquellos pueblos ser verídica, firme y de toda enteresa, la que aquí relato bajo la religión del juramento, que lo hago *in verbo sacerdotis tacto pectore* y es la siguiente: (sigue el inventario de los dos pueblos). Por tanto á V. P. R. pido, y suplico se sirva el escusarme de ir personalmente á aquellos pueblos, y advertirme después de mi reposición me ponga en aquellos pueblos, protestando no proceder de malicia, sino según los trámites de Justicia, y para ello, etc.

Fr. Antonio Serra.

DECRETO del R. P. BALLESTA

Por presentada:

Visto lo que por ella se solicita, atendiendo al quebrantado estado de la salud del P. Fr. Antonio Serra, y lo mucho que le resta por caminar, no ménos que por el conocimiento que nos asiste de su conducta Religiosa, y escrupulosidad, desde el pueblo de

Isiamas me doy por recibido del pueblo del Carmen de Toromonas, y no dudo haberse repartido á los demás las herramientas y ropa, que insínua, por que sin preceder estas dádivas no hubiera tenido liberbertad, aun de ver ni á esas gentes bárbaras, que siempre recelosas de las demás gentes, no se aseguran, ni tranquilizan y hasta preceder muchos cariños, y frecuentes dádivas, y hasta que el tiempo y la experiencia les hace distinguir el bien, que es ser cristianos, y el mal de la barbarie. Esto lo conoce el ménos sensato, y lo confirma la práctica. Pues después de las dádivas que el P. Fr. Antonio Serra les ha hecho con su bello natural, después de un año de residencia en el pueblo del Carmen sale obligado de la hambre, y de la necesidad. Por lo demás pase este al R. Fr. Josef de Herrera, á quien mandamos extienda la certificación de hallarse enfermo, en virtud de haberle asistido como inteligente en la medicina, y ausiliado en sus padecimientos. Así lo proveyó mandó y firmó S. P. M. R. en este pueblo de Isiamas en 18 del mes de Setiembre de 1806.

Fr. Josef Manuel Ballesta,
Comisario Prefecto de Misiones

Al Obispo de La Paz, con alguna variación en 30 de Noviembre de 1806.

Ilmo. Señor:

En vista de la apreciable carta de V. S. I.,

practiqué la diligencia con el R. P. Gn., y Ve. Discretorio que acompaño con carta separada del primero. Más cuando me daba mil parabienes á mi mismo por el gran deseo que siempre me ha asistido de complacerle en todo, llegaron á esta Villa los PPs. Fr. Antonio Serra y Fr. Vicente Antonio Ferrer, quienes han aguado todas mis esperanzas con la triste noticia de haberse entregado á la provincia de San Antonio de Charcas, el pueblo de Ntra. Señora del Carmen de Toromonas. No llego á entender ni puedo convinar este hecho con la eficaz carta, que V. S. S. escribió al P. Serra con fecha 8 de Julio del presente año, que tengo á la vista, ni ménos con las últimas de V. S. S. y del P. Ferrer en las que ámbos me comunican se han dado las órdenes convenientes para que dicho P. Serra permanezca en los Toromonas.

Si el P. Ballesta fué con órden de V. S. S. á persuadir al mencionado P. Serra que se incorporase á la provincia, y le entregase sino á buenas, por fuerza el citado pueblo, lo que no creo, aunque me lo han asegurado algunos sujetos de recomendación en esta Villa; por que dice al P. Serrá en su carta de 8 de Julio.

La constitución de V R. en esas misiones me será de gran provecho y utilidades.

¿Por qué le suplica por amor del Señor, de su Santísima Madre, y de Nuestro glorioso Patriarca San Francisco se quede en aquellas misiones, y lo aguarde? Entónces dicha carta, y la que me remitió con fecha de 21 de Setiembre último son una manifiesta burla, é irrisión del Colegio de Moquegua y

sus individuos lo que desdice á su respetable caracter.

Si no tuvo tal órden, y sin embargo se posesionó del referido pueblo en el de Isiamas á 18 de Setiembre como consta de la entrega que tengo igualmente á la vista, parece que V. S. I. debía haberlo reprobado, informándose del mismo P. Serra con que órden, y bajo que formalidades había entregado el pueblo de Toromonas al P. Ballesta; pero ni siquiera le habló palabra sobre el asunto, ni ménos se ha dignado escribirme por su mano para mi gobierno; lo que prueba la mala fé conque siempre se ha procedido con el Colegio, abusando de la sinceridad, y paciencia de los misioneros. Hasta aquí no hemos merecido de Su Ilma. más que buenas palabras; y los PP. de la provincia han disfrutado á satisfacción todas sus buenas obras. El comisario Prefecto de Moquegua por la demasiada atención, y con descendencia á su dignidad, se halla abatido, despreciado y burlado, sin poder dar paso en el cumplimiento de su ministerio. El comisario de provincia es árbitro para disponer cuanto quiera, para quejarse cuando le dá la gana, para usurparnos las reducciones, que son parte de ntros. appcos. sudores, á vista, ciencia y paciencia de V. S. I. Esto hemos de sufrir con humildad, y contentarnos con aparentes ofertas por no disgustarlos—Ah Señor! para convencerme de que no se halla implicado en la presente intriga, como lo supongo, está obligado según Dios, y conciencia á reintegrarnos en la primitiva posesión de los Toromonas, y demás naciones vecinas, conforme la real cédula de 30 de Octubre de 1804 sólo así

estaremos prontos á servir, y á cooperar á sus Santos designios. De otra suerte me daría margen para no creer jamás á sus dulces palabras, ni á sus amigables ofertas ni el Colegio accedería nunca á cualquiera solicitud de V. S. I. miéntras no cuide de vindicar nuestra inocencia perseguida, ntros. legítimos derechos vulnerados; y las intenciones del Soberano despreciadas por la emulación de algunos que se han propuesto, no parar hasta ver fundido, y arruinanado el Colegio de Moquegua, como se glorian ellos prevalidos de la protección de V. S. I.

Si el Padre Serra accedió á entregar dicho pueblo con los demás vecinos, no fué por voluntad, sino á más no poder para huir las violencias, y tropelías qûe se decían usarían con el para quitarlo de los Toromonas en caso de no qûerer ceder á sus injustos designios, por hallarse privado de los copiosos ausilios que V. S. I. le tenía ofrecidos; en su carta de 8 de Junio; y sólo concedió según parece al P. Comisario Ballesta para el efecto, quien se iba internando con la mayor prontitud, sin manifestar con que órden, ni con que motivo. Esto más que sus penosos accidentes le hicieron condecender á un hecho, que el mismo conoce, y confiesa, que no pudo ni debió ejecutar sin expresa licencia de su Ilma. la que no se le manifestó; ó mía, que tampoco, tuvo, respeto de tener interpuesta la protesta de nulidad para lo contrario, como se le comunicó á V. S. I. por el Gobierno de La Paz.

En este supuesto espero que V. S. I. tendrá la

bondad de declarar por nula, y de ningún valor la entrega, y entrada del R. P. Comisario Ballesta á los Toromonas, y demás naciones vecinas, sólo así puede contar con todos los individuos de Moquegua quienes lo ayudaremos á satisfacción en todas sus appcas. empresas, y tendremos á bien que el P. Fr. Antonio Lorenzo Sobral se interne á los dichos pueblos posesionándose de nuevo de todos ellos en nombre del Colegio, y con entera esclusión de los Religiosos de la provincia.

Pero y si Su Ilma. no halla por conveniente reintegrarnos *in solidum* en la citada posesión, renuevo la protesta que hice al Gobieron de La Paz en 4 de Agosto último en todas sus partes, y temo que los sudores, y trabajos impendidos por el P. Serra en el descubrimiento, reducción, y manutención de los Toromonas acompañados de las inocentes lágrimas que el mismo vierte dia y noche, con especial ternura de cuantos son testigos de ellas por verse injustamente despojado, y privado del fruto de sus penalidades; ya que no lleguen al trono del Soberano, por ser impropio de nuestro instituto; llegaron al del altísimo, y Supremo Juez, quien permitirá que no tarde mucho V. S. I. á conocer su desengaño.

Espero de V. S. I. una respuesta decisiva sobre cada uno de los puntos preinsertos para deliberar lo conveniente; y sincerar á todos mis hermanos de los buenos oficios que se digna dispensarnos. Defendiéndonos de los tiros de la emulación; y propendiendo al mayor lustre y decoro de nuestro Colegio con la conservación de los justos derechos, que

por dos veces, y tres años consecutivos tenemos adquiridos á las naciones Toromonas, y demás vecinas, que constan del espediente.

Ntro. Señor gue. la importante vida de V. S. I. ms. añs.

Puno, 25 de Noviembre de 1806.

Fr. Antonio Avellà,
Comisario Prefecto de Misiones.

Ilmo. Señor Dr. Dn. Remijio de la Sta. Digmo. Obispo de La Paz.

Al Provincial de Charcas sobre lo mismo en 14 de Diciembre de 1806.

R. P. N.:

El Comisario Prefecto de las misiones del Colegio de Moquegua hago presente á V. cómo el Ilmo. Señor Obispo de La Paz en carta de 8 de Julio del presente año escribió al P. Fr. Antonio Serra cura conversor, y primer fundador del pueblo de ntra. Señora del Carmen de Toromonas, suplicándole con el mayor encarecimiento permaneciese en aquellas misiones; y á principios de Setiembre se apersonó en el pueblo de Isiamas el R. P. Comisario de esta provincia Fr. J. Ballesta con todos los ausilios necesarios, internándose á toda prisa á los dichos Toromonas. Sin manifestar con que órden, ni con que motivo.

El referido P. Comisario Ballesta hizo los mayores esfuerzos para que el P. Serra se incorporase á esta provincia, asegurándole, que de contado lo haría Vice-Prefecto de Misiones. Como no quiso acceder á su propuesta, corrió la voz de que tenía órden para sacar por fuerza al P. Serra de Toromonas, en caso de no querer entregar su pueblo de buena voluntad.

No creo que la tal órden fuese del Ilustrísimo Señor Obispo de La Paz, en vista de la carta de 8 de Julio arriba citado, y de otra que me dirigió el mismo con fecha de 21 de Setiembre, comunicándome haber dado las órdenes convenientes para que el P. Serra permaneciese en los Toromonas, y que el P. Fr. Antonio Lorenzo Sobrál entrase al mismo, ó en otro contíguo que podía atraerse á que fin darme tan plausible noticia cuando el R. Ballesta ya se había posesionado de los Toromonas el dia 11 de Setiembre como consta de los originales que tengo en mi poder, si dicho Señor hubiese librado semejante providencia? Ni ménos puedo consentir que la órden del P. Ballesta fuese de V. P. R., á quien haría manifiesto agravio, sólo con sospechar, que hubiese regalado abitos blancos al citado R. Ballesta para el efecto según dijo el mismo y que haya intentado desposesionarnos de unas Misiones, que nunca fueron, ni son de la provincia, sinó parto legítimo de los sudores, y fatigas de los misioneros de Moquegua, como es notorio.

De lo que infiero que el mencionado P. Ballesta usando únicamente de su arbitrariedad, y aparentando facultades que no tenía por escrito, las que

habían manifestado de contado á ser ciertas; obligaron al P. Fr. Antonio Serra á condescender á la citada entrega el dia 11 de Setiembre, contra lo dispuesto por su Ilma. para evitar los escándalos, y pleitos inrremediables, en aquellas remotas distancias.

Por lo mismo suplico á V. P. R. con el más profundo respeto, que para conservar la paz, y buena armonía, que tanto deseamos con esta Santa provincia, se sirva mandar al R. P. Ballesta, ceda de su injusto empeño, devolviendo el citado pueblo con los demás vecinos al Colegio de Moquegua bajo las formalidades con que se los entregó el P. Serra y para que dicho atropellamiento no llegue á noticia de N. R. P. C. G. de Indias considero conveniente que al mismo tiempo exhorte al Ilmo. Diocesano de La Paz, se digne cortar con su superior influyo cuantas etiquetas cedan en perjuicio de la unión fraternal que debemos, y deseamos profesar los misioneros del Colegio de Moquegua con los religiosos de esta provincia franciscana de Charcas. Espero su respuesta para mi Gobierno.

N. S. G. á V. M. R. ms. as.

Puno, 14 de Diciembre de 1806.

Fr. Antonio Avellá.

R. P. Fr. Pedro Lajaima,

Ministro Provincial de Charcas.

Al Intendente de La Paz en 30 de Noviembre de 1806.

S. G. I.:

En el correo ppdo. manifesté á V. S. el particular gozo con que había recibo la carta de ese Ilmo. Diocesano de 21 de Setiembre último acerca de la providencia tomada para que el P. Fr. Antonio Serra permaneciese en el pueblo de nuestra Señora del Carmen de Toromonas, y que el P. Fr. Lorenzo Antonio Sobral entrase al mismo, ó en otro contíguo, que podía atraerse.

Esta noticia que cada dia llenaba más de júbilo mi afligido corazón, me ha confundido en extremo con la venida de los PP. Fr. Antonio Serra, y Fr. Vicente Antonio Ferrer. El primero me entregó una carta de su Ilustrísima con fecha de 8 de Julio último, por la que le suplica por Dios, la Virgen, y por Nuestro Santo Patriarca San Francisco prosiga en la reducción de Toromonas con la seguridad de que el mismo de acuerdo con V. S. le proporcionarán todos los ausilios necesarios.

Dicho Religioso estaba pronto á obedecer con humildad las órdenes de su Ilma. pero cuando esperaba en el pueblo de Isiamas donde había salido para el efecto, los favores ofrecidos por dicho Señor; se apersonó allí el R. P. Fr. José Ballesta, Comisario de esta Provincia franciscana de Charcas vestido con abitos, y con copiosos ausilios, diciendo que se internaba á toda prisa á los Toromonas. Después de haber tanteado vários medios para incorpo-

rarlo á esta provincia, corrió la voz de que tenía órden para sacarlo por fuerza de los Toromonas sino quería entregarle de buena voluntad. Viéndose el pobre religioso falto de ausilios, y de salud sin tener con quien consultar el asunto para evitar escándalos, y las tropelías que temía, condescendió á entregarle el pueblo lo que verificó el dia 11 de Setiembre último por escrito, dándose el R. Ballesta por recibido, como consta de los orígínales que conservo en mi poder.

A decir la verdad no puedo combinar este hecho impensado con la carta que escribió su I. al P. Serra en 8 de Julio, ni ménos con otra que me escribió el mismo con fecha de 21 de Setiembre, acompañada de otra, que por su dictámen escribió al mismo efecto el P. Fr. Antonio Ferrer. Si su Ilma. hubiese comisionado al R. Ballesta para que se posesionase de los Toromonas, es regular le hubiese dado la órden por escrito, revocando la primera. Si su Ilma. le hubiese dado tal órden en lugar de darme la plausible noticia de que había dispuesto que el P. Serra permaneciese en los Toromonas, al contrario me habría avisado su nueva determinación, no obstante la órden antecedente. A más de eso: cuando el P. Serra se presentó á su Ilma. en Atén, era regular le preguntase en que dia había entregado el pueblo de Toromonas al R. Ballesta; el estado en que dèbaja aquella nueva reducción, y el paradero del P. Sobral; pero el mismo confiesa que no le habló palabra en pró ni en contra; señal evidente de que su Ilma. supondría que el P. Sobral quedaba en los Toromonas, conforme se lo tenía ordenado; y que

todo fué únicamente arbitrariedad del R. Ballesta, sin que su Ilma. haya tenido intervención alguna en semejante intriga, lo demás sería una contradicción manifiesta muy impropia de su carácter, ó una burla, é irrisión del Colegio de Moquegua, y sus individuos, la que repugna á un príncipe de la Iglesia de tan bellas prendas, como el Señor La Santa.

Así lo siento señor, sin que pueda adherirme á sospechar lo contrario. Por lo mismo he de merecer de la notoria justificación de V. S., se sirva hacer presente al R. P. Provincial de Charcas estas voluntariedades del R. Ballesta contra lo dispuesto de ante mano por su Ilma. para que le mande ceder de sus injustos empeños y devuelva al Colegio de Moquegua la referida reducción con todas las demás vecinas, que son fruto de los sudores de los Misioneros, en obsequio de la unión, y caridad fraternal que debe reinar entre nosotros, conteniéndose cada uno en sus justos límites, comunicando al mismo tiempo está mi diligencia á nuestro meritísimo Prelado, á efecto de que cuide por su parte de vindicar su autoridad ultrajada, como así lo contemplo, y nuestros legítimos derechos vulnerados con la usurpación de unas Misiones, cuya administración nos corresponde de Justicia, según la voluntad del Soberano, por ser sus primeros fundadores.

Si no obstante las razones alegadas V. S. no halla por conveniente practicar los medios sobre dichos, salvo la protesta que hice á ese Magistrado por Agosto último, la que renuevo en esta mi representación, dejaré la justicia de nuestra causa á Dios, quien patrocinará á su tiempo nuestra inocencia

ofendida por los secretos medios de su adorable providencia. A cuyo fin me contento sólo con que tenga la bondad de unir este documento al espediente de la materia, para los efectos que pueden convenir en lo sucesivo, avisándome las resultas para mi gobierno.

Dios gue. á V. S. ms. as.

Puno, 30 de Noviembre de 1806.

Fr. Antonio Avellà,

Comisario Prefecto de Misiones.

Señor Don Antonio Burgunyó Gobernador Intendente de La Paz.

Al Señor Obispo de La Paz en 3 de Diciembre de 1806.

Ilmo. Señor:

Señor de toda mi veneración: participo á V. S. I. que la venida del P. Fr. Antonio con la noticia de haber sido despojado de la reducción de los Toromonas por el R. Ballesta, ha causado en todos mis hermanos, á quienes la participé de contado una indicible sensación.

Unos atribuyen toda la culpa á V. S. I. otros aunque lo disculpan en parte, no en el todo por que pudiendo impedir, no impidió el atropellamiento del referido P. Ballesta; y los más me echan toda la

culpa á mi por la demasiada condescendencia, y atención que he tenido con V. S. I., pues si desde el principio no hubiese creido sus dulces palabras, ni hubiese confiado tanto de sus ofrecimientos, y hubiese tomado mejor mis medidas, no habría sucedido nada, por cuyo motivo me hallo en el dia sumamente afligido, y ajado, y despreciado.

Espero de V. S. I. me sacará con aire satisfaciendo plenamente á mis hermanos, quienes unánimes se hallan prontos á obedecer sus más ligeras insinuaciones, miéntras se nos devuelva la reducción de los Toromonas en todos sus partes con exclusión de los PPs. de la Provincia.

Sólo asi puede contar con nosotros, pues de lo contrario se han cerrado enteramente á no darme ningún religioso en obsequio de V. S. I. lo que aviso para su gobierno, quedo su muy afecto cappn. Q. B. S. M.

Fr. Antonio Avellá.
Comisario Prefecto de Misiones.

I. S. Dr. Dn. Remijio de la Santa, Dignísimo Obispo de La Paz.

CARTA del P. FIGUEIRA en 22 de MAYO de 1806.

Crucero, y Mayo 22 de 1806.

Mi querido padre comisario:

A los seis dias que llegué á este pueblo salí en

compañía de este Señor Sub-delegado á rumbear la distancia que podía haber á los nuevos pueblos; y en dos dias llegamos á los altos de Pallcabamba, y puesto en un elevado cerro divisé todas las campañas de adentro, avisté los altos de Isiamas; y haciéndome cargo de la distancia, que hay de este á mis pueblos, tenemos la entrada infalible con tres á cuatro dias de camino. Pues claro se avista la quebrada que sale de estos altos, que no hay otro derecho á los pueblos, y este es seguramente el rio, que á los dos dias de la hacienda de Pallcabamba nos entramos en él.

Estoy impacientísimo por que la entrada se me demora pero este Señor dice, que no puedo entrar sin que él me acompañe con la gente que destine, por que no hay remedio, sino encontrarnos con algunos bárbaros á salir á las quebradas, pues todos los años asoman á estas haciendas. Me persuado sea la Nación de los Guarayos, y ojalá sea esta, por que tendremos otro pueblo para mejor ausilio, pero sea la que quiera, es preciso conquistarla; y por eso este Señor sub-delegado hecha todas sus medidas para que no salgamos burlados de la empresa, como ha sucedido á otros.

Lo que me consuela es, que aunque el Señor Obispo de La Paz haya salido con Padres de la Provincia de ningún modo pueden llegar á los nuevos pueblos hasta el mes de Agosto, según el viaje, y derrota que llevan. Además que desde Isiamas hasta Toromonas, no se pueden transitar las campañas hasta aquel mes por las muchas aguas, sartinejas, y curichis, como de ello tengo bastante experiencia.

Nuestra salida está determinada para el 20 de Junio, y á más tardar podemos detenernos ocho dias hasta mis pueblos, por que si tomamos el rio tan fácil como piensa, estamos en mis tierras en medio dia, y al momento tomaré las providencias que corresponden según los dictámenes de V. P. R. para los pueblos de Cavinas, y Pacaguaras, conservando siempre los mios en el punto que corresponde. Todas las pampas de adentro las he avistado muy claras; y me informé con la vista á donde caen todos los pueblos, que tengo reconocidos; y si fuese preciso desde el rio me adelantaré con cinco ó seis hombres para tomar otras medidas pues allí ya no hay peligro á bárbaros por que los que hay están antes en las quebradas, y bocas de los rios.

El asunto lo tengo recomendado á la Virgen del Carmen y confio salir con el por su intercesión. No olvidarse de mi para el acierto

Disponga U. como guste de este su más atento súbdito. Q. B. Ss. M.

Fr. Josef Figueira.

Informe de los PP. Fr. Benito Valencia y Buenaventura Quintana acerca de las resultas de la expedición en 27 de julio de 1806.

M. R. P. Como.:

Los infrascritos Fr. Benito Valencia, y Fr. Buenaventura Quintana Misionero del Colegio de

Moquegua, con motivo de haber sido destinado por la Sta. obediencia, á la expedición que por órden de este Gobo. de Puno, se iba á verificar á los infieles Toromonas, y demás vecinos por la frontera del Pdo. de Carabaya; no podemos ménos de hacer presente á V. P. según Dios y conciencia, que dicha expedición se ha malogrado, sin esperanza de que por mucho, y dilatado tiempo pudiésemos conseguir los fines deseados por aquél rumbo á causa de la poca dirección que asiste al Juez Rl. de aquel partido, comisionado para el efecto.

Primeramente nuestro ministerio no nos permite hacer expediciones á los infieles con aparatos militares, lo que igualmente se opone á las piadosas intenciones del Soberano. El Juez Rl. comisionado, después de haber entorpecido más de dos meses la expedición, ha reunido para ella ochenta y tantos hombres entre indios, capitanes y soldados que más servían de estorbo, que de provecho al fin indicado de lo que resultó, que á excepción de seis ú ocho hombres útiles para abrir el camino, los demás eran bocas muertas, que en breves dias consumieron casi del todo los pocos víveres, que se habían acopiado para tanta multitud de gente; la que al mismo tiempo, tenia ocupados los indios en el trasporte de sus camas, y Bagajes. Por cuyo motivo cada dia se desparcían algunos de aquellos infelices, aburridos de tanto trabajo, y falta de comida. Entónces el Señor Sub-delegado mismo nos propuso el regreso á su hacienda de Palcabamba desde donde habíamos salido, al que accedimos, sin más consuelo que el haber conseguido la demarcación. En ella dicho

sub-delegado nos pidió una certificación de la causa de la retirada, á cuyo oficio contestamos haber sido la fuga de veinte y seis indios útiles para conducir las cargas. Aun que este fué el único motivo, que expusimos á petición suya, el principal fué por no haber tomado el verdadero rumbo desde el principio. El dia 7 de Julio salimos de Palcabamba, caminamos ocho dias siempre entre montes muy espesos, y quebradas sin dirección alguna, padeciendo indecibles trabajos, en el tránsito de los rios, y contínuas subidas, y bajadas bastante escabrozas. Al cabo de ellos subimos á un cerro muy elevado, desde donde demarcamos todo el terreno de la circunferencia, y la altura del Polo, en que nos hallábamos, la que era de 13.° y 1/2 al Sur. Con esta demarcación conocimos todos que en ocho dias sólo teníamos andadas de 10 á 12 leguas.

Puestos en la cumbre de dichos cerros, avistamos con toda claridad la quebrada de Sandia, y de San Juan del Oro, que sigue directamente al Norte, y al último una abra muy ancha, que manifiesta, no estar léjos de allí los infieles fronterizos, como para llegar á ellos por el rumbo que llevábamos, era imposible verificarlo en mucho tiempo por la espesura del monte, y multitud de cerros intermedios: como por las quebradas de Sandia, y de San Juan del Oro, sea el legítimo camino por donde según noticias verídicas pueden internarse las mulas cargadas, sin mayor dificultad, hasta cerca las mismas pampas; como por dichas quebradas hayan venido várias veces los infieles con sus comercios lo que no hay tradición hayan verificado jamás por el lado del Palca-

bamba: como el Juez Real comisionado nunca quizo dar oidos á nuestros reparos sobre lo errado del camino, ni ménos á las propuestas, que repetidas veces le hicimos, para que fuésemos por la quebrada de Sandia, respondiendo siempre, que no entendiamos nada acerca de este punto, y que á la vuelta regresaríamos por aquellas quebradas: Viendo que la expedición por aquel lado se perdería sin remedio cuantas veces se repitiese la tentativa con ingentes gastos del real erario; y sin conocido provecho, sino se tomaba otro espediente; determinamos venir á toda prisa á dar cuenta á V. P. á fin de no desperdiciar el mejor tiempo; y evitar la omisión culpable en que de lo contrario habríamos incurrido.

En este supuesto: como quedan todavía tres meses útiles en este año, que son los mejores para lograrse la empresa, ó expedición si se toman las medidas convenientes, la que nos empeñamos por nuestra parte verificar por el honor del Santo Abito; y de este Gobo., á pesar de las molestías, y trabajos, que en ella nos serán indispensables, puede V. P. significárselo así; á efecto de que si su Señoría, en vista de la inutilidad de la empresa antecedente, y de cuantas se repiten por Palcabamba, halla por conveniente acceder á nuestro voluntario sacrificio, se sirva comisionar á otro sujeto de nuestra satisfacción, para que nos acompañe con la gente más precisa, y necesaria, junto con las demás cosas, que tenga la bondad de concedernos para el efecto de esta suerte esperamos, que aun cuando no se llegue á los Toromonas por este año, á lo ménos formalizaremos alguna reducción de los infieles fronterisos á Carabaya,

que servirá de escala, para internarnos después á aquella nación, y demás vecinas; si bien que para su consecutivo no omitiremos diligencia alguna, mediante el beneplácito de su Señoría de quien esperamos se dignará acceder cuanto antes á nuestra justa solicitud, ó resolver lo que sea de su superior agrado.

El P. Fr. Josef Figueira quedó atrás algo indispuesto: de que llegue á esta capital, no dudamos que confirmará todo lo expuesto acerca de la expedición referida. Por lo que V. P. podrá interesarse con él, puesto que todo es cierto, como puede informar Don Josef García, que ha sido testigo ocular de todo lo sucedido. Y para que conste donde convenga lo firmamos *in verbo sacerdotis*, y lo firmamos en esta capital de Puno á 27 de Julio de 1806.

Fr. Benito Valencia.

Fr. Buenaventura Quintana.

M. R. P. Fr. Antonio Avellà—Comisario Prefecto de Misiones.

Informe de los PP. sobre la nueva expedición en 14 de Octubre de 1806.

Fr. Benito Valencia, y Fr. Buenaventura Quintana Misioneros del Colegio de Moquegua de común acuerdo con Don Josef García capitán de

milicias, comisionado por V. S. para acompañarnos en la expedición que acabamos de verificar en las fronteras de infieles del Partido de Carabaya, decimos: que habiéndonos internado el dia 25 de Agosto del presente año desde el pueblo de Sandia con algunos indios baqueanos, y un intérprete, después de vários reconocimientos, y bastantes trabajos sufridos en la abertura del camino, y su rumbeo, llegamos muy cerca de los linderos de los infieles de cuyas chacras, y chosas vimos las rosas y los humos, que distarían de nosotros cuatro ó cinco leguas de camino si no pasamos adelante fué únicamente, por que los indios cargados de los víveres fatigados de tan largo camino poseidos no sabemos de que recelos, ó motivos no quisieron moverse de aquél sitio, sin embargo de las exhortaciones, y amagos que se les hicieron para el efecto lo que nos obligó á regresarnos al pueblo de Sandia, dejando en dicho sitio los víveres depositados, y con el desconsuelo de no dejar perfeccionada la empresa; para cuya conclusión sólo restan tres ó cuatro leguas de montaña no espesa, luego siguen las pampas de pajonales, y los rios navegables, en cuyas margenes tienen su alojamiento los infieles, que seguramente colindan con los Toromonas.

En este estado: somos de parecer, que hallándose la empresa tan adelantada sería lástima dejarla de la mano, mayormente cuando el P. Fr. Josef Figueira conoce aquellos países interiores, y tiene comunicados á muchos de los infieles, en cu-

ya solicitud se ha emprendido la referida expedición. Dicho Religioso por sí sólo, ó en nuestra compa., con alguna gente, que sea de nuestra satisfacción, y elección, para llevar los víveres, y demás efectos útiles, para el obsequio, y regalo de los infieles, conseguirá con toda facilidad, y sin embarazo alguno el fin deseado, como demuestra el adjunto plan, exactamente demarcado que acompañamos.

Las ventajas que resultarán á la religión, y al estado, son notorias por sí mismas, de las várias naciones gentiles, que, según noticias verídicas ocupan en aquellos terrenos interiores, se pueden formar en cortos años muchas reducciones, que reunidas con otras, que colindan con las fronteras del Cuzco por el Oeste, y con las del Marañón al norte, servirán á un mismo tiempo á la dilatación de Ntra. Santa fé Católica, y de los dominios de Nuestro Soberano con muchos adelantamientos de primer órden tales son el poder trabajar con toda seguridad, y sin riesgo alguno los ricos aventaderos, y minas de oro, de que abundan las montañas de Carabaya, en tanta abundancia, que sólo viéndolo, se puede creer: el poder internar las mulas cargadas hasta los infieles componiendo los caminos sin mayores gastos; la feracidad de las tierras, la benignidad de los temperamentos, y su aptitud para toda especie de cultivos. Por todos éstos motivos y otras muchas utilidades, que evidenciará el tiempo juzgamos absolutamente necesaria la conclusión de la iniciada empresa.

Y respecto á los obstáculos, que se han experimentado por parte de los indios, quienes se huian

todos los dias, no obstante la promesa de que después se les abonaría su trabajo personal, para obviar semejantes impedimentos y atrazos, contemplamos necesario, que la notoria piedad de V. S. se digne ocurrir á su consuelo en órden á los jornales, que llevan devengados, como á los que impendieren en lo sucesivo para el referido objeto. Contribuyendo al mismo tiempo á nuestra subsistencia personal, y demás gastos, que serán indispensables para obsequiar á los infieles, que se vayan reduciendo. Para todos los cuales serán suficientes dos mil pesos por ahora, comprometiéndonos de nuestra parte á no perdonar fatiga ni trabajo hasta conseguir el fin, á que tanto anhelamos. Sobre cuyo particular V. S. podrá resolver lo que conceptúe más conforme al servicio de ambas Mags. ó lo que sea de su mayor agrado.

Ntro Sor. Gue. á V. S. ms. as.

Puno y Obre. 24 de 1806.

Fr. Benito Valencia.

Fr. Buenaventura Quintana.

Josef García,

Comisionado.

Reconocimiento de Carabaya por el P. Ferrer en Nbre. de 1807.

Fr. Vicente Ferrer Misionero Apostólico del Colegio de Moquegua, certifico en cuanto puedo, y

haya lugar en derecho, que en cumplimiento de la comisión, que me dió el R. P. Comisario Prefecto de dicho colegio, para que pasase á reconocer la frontera de Carabaya, para ver por que parte de el partido se presentaba mejor, y más fácil la entrada á los infieles existentes en las inmediaciones de aquellas fronteras; obtenido el permiso de este Ilustre magistrado, de Puno, verifiqué el reconocimiento por el Valle de Inambarí, por haberme instruido de várias personas fidedignas ser este un parage á propósito para el efecto.

En el camino procuré investigar los rumbos conducentes á mi fin, los parages, rios, y quebradas que podía descubrir la vista con el ausilio del anteojo: he visto que desde Puno el rumbo corregido hasta al Crucero es de Sud á Norte y del Crucero al Valle norte, cuarta al Noroeste. Puesto que estuve en un lugar del camino llamado Chachapata del lado del norte de la cordillera de los Andes. Lugar muy eminente, descubrí desde este lugar todo lo restante de Carabaya hasta las pampas donde ya no hay cerro alguno. Por la parte de Este, se rejistran unas serranías escarpadas (al parecer intransitables, por ser unas cuchillas cortadas, y muy trensadas de monte) hasta Apolobamba. Por la parte del oeste se registran otras serranías escarpadas, iguales á estas hasta las inmediaciones de Paucartambo. Las cuales serranías, unas y otras se dirigen al rio de San Gaban, y de Inambarí, viniendo á cerrarse todas al Norte, en el rio de San Gaban, que ya es todo uno con el Inambarí cerca del último del horisonte, que se descubre. Al último del horisonte se

vé que se abre una puerta grande por donde pasa dicho rio muy explayado, formando muchas islas y llanuras, á las que se siguen las pampas arriba mencionadas, desde el mencionado lugar, se registra desde el rio de San Gaban, el que se ve ser caudaloso, y que trae su orígen desde arriba de Ayapata, bajando sus aguas por el rumbo del Nordeste hasta encontrarse con Inambarí. Así mismo se vé el rio de Inambarí también caudaloso trayendo su orígen de más arriba de Sandia; corren sus aguas Noroeste, cuarta al Norte hasta encontrarse con San Gaban, y del encuentro, juntas en uno corren al Norte hasta salir por la puerta arriba dicho, todas las aguas de los demás rios, y arroyos vienen á parar á estos dos.

Después de haber rejistrado desde este lugar todo lo referido, me bajé al Valle para reconocerle; y hallé que el rio estaba en la situación, que suele estar fuera de tiempo de aguas. Lo ví grande, navegable, y sin riesgo alguno, pasé personalmente á rejistrar rio abajo, con el ausilio, que me dió el Señor Alcalde Don Tomás Herencia. Llegué á un lugar llamado Chiguapuri, distante del pueblo como cuatro ó cinco leguas. No pudiendo pasar más adelante por la inundación de lluvias; y por que el rio empezaba á crecer. En todo este Distrito no ví mal paso alguno, antes bien ví, que cuanto más abajo, más ancho era, y más apto para la navegación.

Visto que no podía pasar más adelante, me resolví, y supliqué verbalmente al Señor Alcalde, tómase declaración de los que ván rio abajo, al trabajo del oro; si el rio en todas partes era navegable, sin

riesgo y sin algún mal paso; lo que declararon, que hasta el lugar del Obraje (que está como 25, á 30 leguas, que es hasta donde ellos llegan) todo es navegable, sin riesgo; y que cuanto más abajo más ancho. Ellos bajan con canoas, pero para llegar á este paraje, se tardan ocho dias, ó más, por que caminan por la orilla muy despacio, y caminan al dia dos, tres, leguas, y á veces ninguna por cuyo motivo el Señor Alcalde en una certificación, que le pedí para mi resguardo, pone que se tardan doce dias, motivado de que ellos ponen ocho dias, y más en el camino. Lo que navegando como nosotros solemos navegar por los rios, no hay más que una jornada, y no cabal por que en las corrientes de semejantes rios, se hacen cada jornada, 30, 40 y á veces 50 leguas, La distancia que puede haber desde el pueblo de Inambarí al encuentro de San Gaban, bajando aguas abajo, paréceme no ser más que de dos jornadas, y desde el encuentro hasta la puerta otros dos, navegando, como se debe. Hay canoas, y canoeros buenos en este rio, pero los canoeros, aunque diestros son algo temidos, por que como las canoas no están hechas como deben, se les vuelcan á cada paso, por lo que es preciso para el efecto, se manden construir canoas, como las que navegamos el rio de Santa Ana, semejantes á las de los Chontaquiros, y Canivos.

El Valle es de un temperamento templado, según me pareció. Es limpio de toda sabandija, muy fertil para toda cosa de labranza, ménos trigo. Pero los que en la actualidad lo poseen, no tienen más que coca y un poco de maiz, que el Señor Alcalde les

hizo sembrar á fuerza. No hay otras producciones de labranza por ahora Todo comestible lo traen de fuera, lo que demuestra ser la gente muy ociosa y haragana. Abunda mucho de oro dicho Valle, pero poco se saca, ya por la decidía y ya por el miedo que tienen de los infieles. Sus montes están proveidos de buenas maderas, pero carecen de caza, frutas y otras producciones, que suelen ofrecer. Tienen lugar muy apropósito para formar unas haciendas grandes, para las producciones que quisiesen; y cuanto más abajo mejores terrenos y más estensos.

Los infieles salen á dicho Valle por el rio arriba con dos palitos atados á manera de balsas hasta el pueblo, lo que dá á conocer, no estar distantes dichos infieles. El tiempo en que salen es por el mes de Setiembre. Este año salieron 25 á 30 sin hacer daño alguno.

Fr. Vicente Ferrer.

Representación del Capitàn Don Josef Garcia, sobre Carabaya.

Don Josef García, Capn. de la 7.ª compa. del Batallón de esta Ciudad en la mejor forma que haya lugar, ante, V. S. paresco y digo: que siendo las reducciones de los indios bárbaros del centro de esta

América, tan recomendable por las soberanas determinaciones, pues que de ellas resulta el aumento de la religión, y del estado; se ha procurado en todos tiempos entrar á ellos por los diferentes puntos, que el terreno, y las situaciones ha permitido, á costa las más veces del Real Erario, siendo las Mags. católicas tan liberales y piadosas sobre este particular, no han dudado sacrificar ingentes sumas, á fin de lograr empresas tan ventajosas en efecto: á la Real bondad, y cristiano celo se deben muchos de los dichos descubrimientos, que se han hecho en diversos tiempos por los confines de las provas. de este continente, de los que no pocas ventajas han redundado á la Nación.

Con este objeto se han hecho expediciones militares y religiosas, en las que son imponderables los trabajos, que se han padecido, causa horror el cuadro, y no presenta la historia en los progresivos descubrimientos de esta América. Los primeros años, la dominación española en el Perú, ó lo que es lo mismo, el espíritu de conquista, nos presenta á esos heroés descubridores como víctimas de su entusiasmo. Las expediciones de Gonzalo Pizarro á la Canela, de Alonzo Alvarado á Chachapoyas, de Garcilazo de la Vega á la irónica Buenaventura, de Juan Pórcel á los Pacamuros ó Bracamoros, de Diego Almagro, y el capitán Baldivia á Chile, y el Arauco no nos ofrecen más que las tristes pinturas de las hambres, sed, desnudez y la muerte, causadas ya por lo despoblado, y áspero del camino, ya por lo mal sano de los climas, ya por la cruda resistencia de los naturales.

Los descubrimientos que se han hecho por motivo de religión, después de subyugado enteramente el Perú, con toda sus pertenencias, al paso que han ocupado el celo de los Eclesiásticos, han ejercitado sobre manera su valor, y su paciencia. Las historias de las Misiones son otros tantos mapas, en que relucen la caridad cristiana, y el deseo de la propagación de Ntra fé. Los trabajos, y los martirios de esos felices Sacerdotes, no tanto quizá por la resistencia, y barbarie de los salvajes, cuanto por la aspereza de los terrenos, lo caudaloso de los rios, lo enmarañado de las selvas, y fragoso de los montes, sorprenden á primera vista al corazon más atrevido. Las misiones de los Paraguayos, de los Mojos y Chiquitos, de las várias naciones del Orinoco, son las que manifiestan las dificultades de semejantes empresas.

El fin de ellas á más de la Religión, ha sido también según lo tengo apuntado, poder interesar en el gran centro de esta América, cuya cuasi totalidad se halla desconocida hasta el presente. Los llanos, ó Pampas del Sacramento, y las infinitas naciones que la habitan han sido, y son todo el blanco de los Misioneros que han trabajado hasta éstos tiempos unas veces con felices y otras con infelices sucesos, pero siempre sorprendidos de lo dificultoso, y aún inaccesible de las entradas.

Más en tantos años de tentativas, de gastos, y de trabajos, no habían quizá puesto los ojos en la fácil y rica senda, que presenta esta provincia para

entrar al fertil y dilatado centro de este grande continente. El Partido de Carabaya, cuyo oro, y riquezas no se han logrado, ni talvez conocido, es la puerta franca, que nos conduce á esos países incógnitos, que debían estar ya no sólo descubiertos, sino también incorporados á la corona de España é instruidos en los misterios de religión, y en las leyes de la sociedad. Hasta pocos tiempos hace, estaban todos persuadidos, que las misiones de Apolo eran la senda más segura para llegar á dominar ese inmenso oriente. Pero los infelices éxitos, y lo inútil de las empresas ha hecho desanimar á los más celosos regulares, y á los más atrevidos entusiastas.

Bién sé que como cinco, ó seis veces se ha pretendido entrar por Carabaya á costa del real Erario, siendo la última por mes de Setiembre del año ppdo. Más: ó ya la discordia de los cabezas de la expedición, ya la insubordinación de la gente, ya talvez la cobardía, de los espíritus, y sobre todo la soberana providencia, que todo lo gobierna y dirige á sus altos fines; ha desvanecido este último proyecto. Nunca me propondré examinar por menor las causas, y causantes de que se haya inutilizado la entrada, pero si podré asegurar con franqueza que no hay expedición más fácil, ni más útil al Estado, y la religión, como que habiendo entrado yo á costa mía, el año de 1806, en compañía de Fr. Buenaventura Quintana y Fr. Benito Valencia del Colegio de Propaganda de la Villa de Moquegua, me enteré de todo, y puedo hablar con evidencia.

Digo que la empresa es la más fácil, tomadas

ya se vé las disposiciones correspondientes, por que para entrar al mismo terreno que habitan los infieles en las pampas, no hay más intermedio que un corto trecho de montaña accesible, y cuyo tránsito no requiere muchos dias de trabajos, los que principalmente consisten en andar á pié; pues aunque desde el pueblo de Sandia, que es el puerto hasta la abra de donde empieza el llano, que forma horizonte, pueden computarse como cincuenta leguas de distancia, no es todo el camino igualmente penoso, pudiendo irse cómodamente con cabalgaduras hasta Chunchumayo, que dista como treinta y cinco leguas de Sandia. Este fué el rumbo que llevé en mi expedición ya citada, y por eso lo aseguro con esta libertad.

No hay empresa más útil al estado por que llegándose á descubrir, y habitar por españoles no digo el interior de la pampa, sino los primeros terrenos, se descubre igualmente un manantial inagotable de riquezas, que felicitará á la Nación, y á infinitos particulares. La fecundidad del suelo debida más al benigno temperamento, que á la falta de cultivo brindará con sus producciones las más apreciables especies al comercio interno y externo. El oro, ese metal adorado en cierto modo como divinidad por la ambición humana, ese metal, que con tanta abundancia se ha encontrado en el partido de Carabaya, se halla en esos senos desconocidos, como en su propia fuente. Yo lo he visto esos rios, y aún riachuelos, pueden con mucha más razon llamarse dorados que el Tajo por estar sus arenas mas enchidas de oro, que aquel celebrado rio. De este modo, á más de aumentarse

el terreno Americano-español, se logrará que tanto las riquezas naturales, como las representativas del todo necesarias para la vida civil tengan un incremento, y estabilidad apetecibles para la felicidad del Reino, y quizá mui poco comunes én otras cualesquiera regiones.

Es así mismo ventajoso á la Religión; porque supuesta la entrada es demasiado fácil á los propaganderos de la fé sugetar á estos infieles á la ley de Jesu-Cristo. Ello que á más de que por su corto número en los principios del llano no se hallan capaces de hacer invaciones formidables, ni resistencias sangrientas por la docilidad de su carácter, y suavidad de sus modales, experimentados ya repetidas veces en los confines de Carabaya, se constituyen más hábiles, y ménos renitentes á recibir la fé católica. Ellos lejos de ser Antropófagos, tratan con mucha suavidad, y aún podré decir cortesanía á aquellos, que los tratan con igual humanidad. Por lo mismo los PP. Misioneros no tienen que temer; y antes por el contrario hallarán bastante campo para ejercitar su celo, y evangelizar con fruto el evangelio Santo.

A vista de esta facilidad, y utilidades, los PP. Misioneros del Colegio de Moquegua han solicitado y solicitan verificar la entrada, y como ellas tienen á favor de sus Santas ideas la Real piedad, y la Soberana munificencia no pierden la esperanza de conseguir el fin de su deseo. Pero la crísis violenta, y lamentable estado en que se halla actualmente la Nación, no permiten estas circunstancias semejantes gastos. La causa nacional es la que ocupa, y debe

ocupar las justas atenciones del reino interno. Por lo mismo y consideración á todo lo espuesto me ofrezco voluntariamente á hacer la entrada hasta los mismos infieles á costa mía, y sin más pensiones, que las que apuntáre, y señalar á los PP. el camino seguro por el que pueden entrar á la conversión de aquellos infieles. Más: como esto no puede en manera alguna ejecutarse sin un plan sério, y reflexionado, que á más de asegurar la expedición, formé también mi verdadero mérito en la empresa, y me haga acreedor á las atenciones del Gobo., y bondad del Soberano, lo progongo á V. S. para que haciéndolo presente al Gobo. superior se tomen las resoluciones, que pareciesen convenientes á la mayor brevedad para poder hacer la entrada en el próximo Agosto, pues de otra suerte no me es posible cumplir lo que protesto. Hé aquí el plan.

1.° Primeramte.: que todas las cargas de comestibles, y demás herramientas que sean útiles se hande poner en el lugar llamado de Chunchumayo, de cuenta del rey, ó de la provincia, por estar hasta este lugar el camino abierto para la saca de la cascarilla, y otros labores de oro, que allí tienen los vecinos de los pueblos de Sandia, Cuyo-cuyo, y Patambuco, y otros diferentes.

2.° Que en lugar llamado Chunchumayo se me hande entregar veinte y cuatro hombres en éstos términos, ocho de Cuyo-cuyo, ocho de Sandia; y otros tantos de Patambuco; que cada pueblo ha de dar un capitán, para que al cargo de este vayan aquellos 8 indios, con advertencia que los dhos. capitanes han-

de ser de los más acomodados, que haya en los pueblos.

3.° Que los 24 indios no hande tener otrs ejercicio que cargar los comestibles desde Chunchumayo para adentro debiendo pagarles yo cuatro reales por cada dia que trabajen dos en comida, y dos en plata, y si quisiesen que se les dé en plata los 4 rs., no he de estar obligado á dar de comer; y en los dias que no haya trabajo sólo he de darles comida.

4.° Siempre que yo diese mal trato á los indios, bien sea de palabra, bien de obra, ó que no se les pagáre su trabajo en la forma que llevo dicho, podrán revolverse de donde gusten, sin que yo pueda hacer cargo á nadie, pero sí por mero antojo, ó recelo de indios bárbaros me faltase alguno me hade satisfacer todo el capitán á cuyo cargo esté el indio, que para ello vá ganando 4 rs., como los demás, sin tener más trabajo que cuidar de aquellos individuos de su cargo. Y á más de esto, los que huyan sin motivo, se sugeten á las penas, que tenga á bien imponerles el Gobo. Superior.

5.° Que el Pueblo de Sandia me hade dar cuatro mozos españoles de mi satisfacción para que estos abran el camino hasta donde estén los infieles, y se hande poner las comidas por los cargadores indios: que así mismo á estos se les hade pagar á 4 rs. diarios en la misma forma, que á los indios cargadores, y que estén sugetos á las mismas penas siempre que alguno me desempare.

6.° Que igualmente se me hande entregar ocho soldados de los que escoja de mi compañía, y de la sala de armas ocho fusiles elejidos á mi satisfacción,

Que dichos soldados han de ganar los mismos 4 rs. conforme los demás: que estos no hande tener otro ejercicio que custodiar mi persona, y la de los demás que con migo vayan bajo la pena de desertores en caso que huyan de mi compañía, y que concluida, y verificada la empresa sean atendidos, y premiados según la calidad de sus personas.

7.° Que el pré diario que yo tenga que dar así á los indios cargadores, como á los mozos de Sandia hade correr desde Chunchumayo hasta el lugar donde se forme el fuerte: que así desde Sandia hasta Chunchumayo, como desde el fuerte al regreso para sus casas hande tener sólo la mitad de dicho pré, y que á los soldados hede dar el pré íntegro desde que entren en mi compañía hasta que yo los despida.

8.° Que desde el pueblo de Sandia se me hade confiar toda aquella jurisdicción y facultades que corresponden, sobre la gente para que por falta de subordinación no se desvanezca el intento, como ha sucedido otras veces por esta causa; que mi autoridad se extienda á castigarlos económicamente, y que en caso los delitos sean de primer órden, deban ser castigados según las penas que se les señalen por el gobierno Superior con arreglo á mis informes calificados.

9.° Que puestas las comodidades en el fuerte formado donde estén los infieles, entren los religiosos de Propaganda, que yo pida, y que con ellos entre un comisionado por el Gobo. á costa del Rey, quien habrá de certificar el lugar donde me halle, y lo que haya practicado para facilitar la reduccion,

10° Que verificada la entrada de los religiosos, y según lo que certifique el comisionado con el testimonio de aquellos se me dé por la Superioridad la Sub-delegación de Carabaya pa. que así pueda con facilidad perfeccionar lo comenzado, abriendo con arreglo á las reglas de policía que nos rigen, los caminos necesarios para que entren béstias de carga, como también para propender mejor á la seguridad, y progresos de los mismos religiosos en la nueva reducción.

11° Que si algunas personas quisiesen voluntariamente acompañarme, deban ser atendidos, y premiados por el mérito que contraigan.

12° Que siempre que yo muera en la entrada á los infieles sin poder concluir mi comisión, y sin motivo notorio de temeridad, se atienda á mi mujer, é hijos del modo más conveniente, que halle el Gobo. para proporcionarle su subsistencia informando el Gobo Superior á su Real Magd. sobre mi mérito, é implorando á favor de mi familia su Rl. benignidad.

13° Que antes de salir á la expedición, se me hade dar por el Gobo. el Casicasgo de Capachica, dando yo las fianzas á satisfacción del Sub-delegado, para que de este modo, pueda mi mujer sostenerse miéntras mi ausencia, por tener en aquél pueblo mis haciendas, y chacario, de que subsisto pues de otra suerte no podrá manejarlas sin mucho trabajo, y perjuicio.

14° Que concluido todo hasta el término que llevo insínuado, se informe por la Superioridad al Rey Ntro. Señor, para que más facilmente, pueda yo

con mis representaciones lograr los efectos de la Rl. bondad. Bajo este plan que propongo; y no de otra suerte, protesto de hacer la entrada que tanto se solicita; lo que llegando á lograrse como también la reducción, no será difícil, que esta se comunique con las reducciones, que se han hecho por los mismos PP. de Moquegua en las cercanías de la Provincia del Cuzco, por el Valle de Sta. Ana; en cuyo caso son imponderables las ventajas que resultarían á la Nación. Más si no se accede á dar las propuestas, y capits. que señalo no me es posible ejecutar lo que prometo, pues no es regular que sin las medidas proporcionadas, y seguridades correspondientes esponga yo mi vida y mis intereses. En esta virtud á V. S. suplico se sirva hacer presente á la Superioridad esta mi representación, con la protesta que lo acompaño, y el informe que tengo por más oportuno, especialmente sobre la necesidad de la más pronta resolución, para verificar la entrada desde los meses de Agosto hasta Noviembre de lo contrario no me es posible comprometerme para el año venidero, ni ménos para cuando le pareciese á la Superioridad á quien es fácil ahora determinar lo más conveniente al servicio de la Religion del Estado.

Puno, 16 dé Abril de 1809.

Josef de García.

Acompaño á V. S. la planilla de los gastos que

tengo computados hacer en la expedición ofrecida á V. S. mediante el Superior beneplácito á los infieles del Partido de Carabaya, con la advertencia de que cualesquiera otros que ocurran hasta que los PP. Misioneros estén sólidamente establecidos en ellos, todos corren por mi cuenta, salvo su subsistencia, y de aquello que sea preciso para congraciarse con los infieles, que esto debe correr á cuenta del Rl. Erario según lo tienen ordenado las leyes del reino se la hago presente á V. S. para que agregada la planilla á sus antecedentes con el influyo que me prometo de V. S. como el más interesado en esos descubrimientos durante su acertado gobo. pueda la Superioridad acordar lo que conceptúe más conforme, y arreglado á los SS. y Religiosos, en que tanto se digna interesarse el Magistrado de V. S.

Ds. gue. á V. S. ms. as.

Puno y Abril 17 de 1809.

JOSEF DE GARCÌA.

Sr. D. Manuel Quimper G. I. de P.

INFORME DE DON ANTONIO GOYBURU.

Señor Gobernador Intendente:

Cumpliendo con el Superior Dto. de V. S. fecha 17 del corriente, informa el coronel de las fron-

teras de Carabaya, don Antonio Goyburu, Sub-delegado que fué de aquél Partido lo siguiente: El año pasado de 1782, fué destinado por el Señor Don Ignacio Flóres comante. General y Presidente de la Real Audiencia de las Chárcas á guarnecer dicho Partido de Carabaya, jurisdicción de esta Provincia de Puno, y Obispado del Cuzco, con dos compañías de la división de Sta. Cruz de la Sierra, después de haber servido en la pacificación de las provincias sublevadas. Desde aquél tiempo hasta el presente, que son 25 años, se ha mantenido allí. El expresado partido está situado entre la jurisdicción de Apolobamba, Intendencia y Obispado de La Paz; y por la parte de poniente confina con el Partido de Quispicanchi, términos del Cuzco, y dividen las jurisdicciones los pueblos de Sutches por el lado de la Puna, y de los Valles, el de Saquí y San Cristovál de la Sub-delegación de Apolo: por la parte del Cuzco con la doctrina de Marcapata Sub-delegación de dicho Quispicanchi. De suerte que tiene el referido partido de Carabaya del Este á Oeste 73 leguas de distancia, y del Sur al Norte 36. Dividen los términos de la cristiandad, y los gentiles el rio de Inambarí, al que tributan dos Rios caudalosos San Gavan, y Esquilaya, y se hace navegables.

A las orillas de dicho rio Inambarí hay muchísimas naciones bárbaras, que por los meses de Junio, hasta Octubre hacen sus salidas con ánimo de robar algunas herramientas de los cristianos, y cuando se les proporciona por algún descuido matan al que encuentran; y para evitar éstos lances, se vé precisado

todos los años á poner, y cubrir tres sitios con soldados armados.

La entrada á conquistarlos la contemplo, muy provechosa por el referido rio de Inambarí, pues del buen éxito de la empresa dimana el sociego gral. de los individuos de aquel partido, con favorables ventajas á toda esta provincia, después de lograr aquellas almas entren al gremio de la Iglesia, como también Vasallos, latos terrenos, fertiles, y frondosos al Soberano, sin lo demás, que cenceptúo muy interesante mediante las observaciones que tiene hechas desde las elevadas Serranias, en las contínuas entradas á los valles, en los que se divisan muchos llanos, ó pampas, en distancia tan larga, que apenas alcanza la vista, á percibir su horizonte. Siempre que V. S. guste informarse más en el particular, podrá mandar expongan los oficiales de aquél Regigimiento, como naturales de Carabaya; y se hallan en esta Ciudad al presente. Es cuanto puede individualizar en el asunto á beneficio, y obsequio de la verdad.

Puno y Agosto 20 de 1807.

ANTONIO DE GOYBURU.

Dto.—Puno, 20 de Agosto de 1807.

Para mejor instruirse este espediente infor-

men los oficiales de Carabaya, que se dice se hallan en esta ciudad.

QUIMPER.

Una rúbrica del Señor Asesor—Ante mí—

VICENTE CORONEL,

Escribano Público, y de Gobo. Intendencia.—El Sarjento myor sólo informó.

DECRETO PARA LA DEVOLUCIÓN DE CAVINAS Y PACAGUARAS À LA PROVINCIA DE CHARCAS.

Moquegua y Julio 29 de 1806.

Visto por el V. Discretorio accede gustoso á la entrega de las dos misiones de Cavinas, y Pacaguaras, á la Provincia de San Antonio de Chárcas, con las mismas formalidades con que las recibieron. Y el R. P. Prefecto Fr. Antonio Avellá, se servirá mandar á los PP. Conversores, que después de su entrega, se regresen á este Colegio con los utencilios de su uso, pues nada es de mayor agrado nuestro que el obedecer prontamente á la real cédula, que se cita de 30 de Obre. de 1804. En cuanto á la permanencia ó retención de las misiones de Mapiri, y de Gua-

nay se recurrirá, ó suplicará de ello á donde convenga.

Fr. Miguel Dieguez, Gn.
Fr. Josef Neves, Ex Gn.
Fr. Josef Viñales, Discreto.
Fr. Jaime Masip, Discreto.
Fr. Manuel Dominguez, Discreto.
Fr. Narciso Girbau, Discreto, y Secrto.

Oficio al Intendente y Obispo de La Paz, con ambos decretos en 10 de Agosto de 1806.

Señor Gobernador Intendente é Ilmo, Señor Obispo:

Acompaño á VV. SS. las providencias tomadas por el Colegio de Moquegua, acerca de la asignación hecha por VV. SS. de los PP. Fr. Josef Santa Susana, y Fr. Francisco Basora para el servicio de la Reducción de San Antonio de Guanay; y sobre la devolución de las misiones de Jesús María de Cavinas; y la de Santiago de Pacaguaras en cumplimiento de la Real Cédula de 30 de Obre. de 1804, y oficios de V. SS. de 22 y 30 de Abril del presente año; cuyas cópias remito certificadas bajo mi firma, para que se sirvan agregarlas al espediente de la materia con el adjunto manifiesto, que evidencia el legítimo derecho posesorio, que dicho Colegio tiene adquirido por dos veces, y por dos años consecutivos, á la nueva reduc-

ción de las naciones Toromonas, Araonas, Chacavinos, y Matchuis. Con esta misma fecha prevengo á los PP. conversores verifiquen dicha devolución, y V. SS. podrán igualmente tomar las medidas convenientes así para que los PP Fr. Josef Santa Susana, y Fr. Franco. Basora, caminen á su destino, como para que los religiosos de la prova. de Chárcas se reintegren de las dos mencionadas reducciones de Cavinas y Pacaguaras, conservándonos siempre salvo el primitivo derecho adquirido á los pueblos de Toromonas, y de más arriba expresados, que de Justicia nos corresponden, bajo las protestas insertas en el mismo manifiesto, las que remuevo y reproduzco en este escrito, en caso de haberse sacado los religiosos conversores de las referidas reducciones, antes de esta precisa, é indispensable anuencia, ó consentimiento del Ve. Discretorio del Colegio de Moquegua, para los efectos que pueden convenirnos en lo sucesivo.

Espero de VV. SS. tendrán la bondad de comunicarme las órdenes relativas á todos los referidos objetos para mi Gobo. Ntro, Sr. gue. á VV. SS. ms. as.

Puno, 10 de Agosto de 1806.

Fr. Antonio Avellà,
Comisario Prefecto de Misiones.

S. D. Anto. Burgunyo G. I. de La Paz,

I. S. Dr. Dn. Remigio de la Santa dignísimo Obispo de La Paz.

Oficio del Intendente y Obispo de La Paz con el real rescripto en 22 de Abril de 1806.

Por la Real Cédula de 30 de Octubre de 1804, que contiene la órden del Exmo. Señor Virey de Buenos Aires del adjunto testimonio, se instruirá V. P. R. sobre las Soberanas determinaciones, que han recaido á los diversos actuados relativos á las Misiones de Apolobamba, y declaración espresa de la jurisdicción que deben reconocer para todo lo dispositivo, directivo, y económico: en su inteligencia esperamos que V. P. R. dé las convenientes órdenes á efecto de que los Religiosos del Colegio de Moquegua que existan en dichas misiones entreguen á los de esta provincia, los pueblos de Cavinas, y Pacaguaras con las mismas formalidades con que los recibieron debiendo aquellos permanecer en las misiones de Mapiri, con la precisa prevención de que impartan aviso de los adelantamientos, que hayan adquirido en sus tareas apostólicas, igualmente que de los ausilios que necesiten: bajo el concepto de que se halla ya de próxima partida para dichas misiones el Ilmo. Señor Obispo de esta Diócesis, con el objeto de tomar por sí mismo las medidas convenientes al exacto cumplimiento de las soberanas deliberaciones que comprende el del Real rescripto.

Dios gue. á V. P. R. ms. años.

Paz, 22 de Abril de 1806.

Antonio BURGUNYO.

Remijio Obispo de La Paz.

R. P. Comisario del Colegio de Moquegua.

Otro de los mismos con la misma fecha para la devolución de las Reducciones de Cavinas y Pacaguaras.

Dto.—Pase al R. P. Gdian. y Ve. Discretorio del Colegio de Moquegua, para que en vista de lo aquí contenido resuelvan lo conveniente; á cuyas determinaciones me remito y suscribo en todo, y por todo por la parte que me corresponde.

Puno y Mayo cinco de 1806.

Fr. Antonio Avellá.

Atendidas las circunstancias muy críticas que ocurren, usando de las facultades, que el Rey Ntro. Señor nos concede: hemos resuelto, que los PP. Fr. Josef de Santa Susana, y Fr. Francisco Basora regresen al pueblo de San Antonio de Guanay, el primero como el más antíguo en calidad de Presidente de las Misiones de Mapiri, y que no puedan separarse de ellas sin darnos cuenta para proceder de otros Religiosos del Colegio de Moquegua, cuyo nombramiento privativamente nos corresponde; y luego que pueda su Señoría Ilma. presentarse en aquellas misiones, tratará con estos padres los medios de adelantarlas.

Dios Ntro. Señor gue. á V. R. muchos años.

Paz, y Abril 30 de 1806.

Antonio Burgunyo.

Remijio Obispo de La Paz.

R. P. F. Antonio Avellá.

Dto.—Puno y Mayo 5 de 1806.

Pase al R. P. Gdian. y Ve. Discretorio del Colegio de Moquegua para que acuerden lo conveniente sobre el particular de que se trata en este escrito.

Fr. Antonio AVELLÀ.

Para conocimiento del lector, ponemos á continuación una ligera reseña biográfica del P. Comisario Prefecto de Misiones.

El R. P. Fr. Antonio Avellá, era natural de Cataluña en Tarragona ó Villapanca en España, tomó el hábito de religioso-francisco en Barcelona á últimos del siglo pasado, y á principios del presente vino, al Colegio de Moquegua ordenado de Sacerdote; fué varon de gran virtud y celo, y nombrando Prefecto de Misiones las visitó várias veces, poniendo un empeño especial en llevar acabo la conquista de los Pacaguaras, Matchuis, Toromonas y otras tribus infieles de Caupolicán: es indecible lo que trabajó con este objeto ya escribiendo á los Vireyes de Lima y Buenos-Aires, á los Gobernadores de La Paz, de Puno, del Cuzco, á los SS. Obispo del Cuzco y La Paz; ya viajando siempre desde una capital á otra para recabar recursos y órdenes de las autoridades: pero la tenacidad del Señor La-Santa hiso fracasar sus sacrificios y los de sus compañeros en Caupolicán. Esto y los disturbios de la

guerra de la independencia, desalentaron á sus Misioneros, que al fin abandonaron el Colegio de Moquegua y se volvieron á España. El P. Avellá se situó en el Convento de Tarragona, con los honores de P. Provincial en atención á sus grandes méritos. Pero la revolución del año 35 lo arrojó de su Convento, se retiró á una casa particular, donde murió á la edad de cerca de 80 años. Las memorias que nos ha dejado de sus tareas apostólicas, escritas de su puño y letra, nos revelan la grandesa de su alma y el celo infatigable por la conversión de los neófitos de este Departamento.

INDICE

PÁGINAS

Al lector..... III
El P. Fr. Rafael Sans..... VII
Prólogo del autor..... 1
Capítulo I.—Fundación del colegio, su orígen y procedencia..... 5
Capítulo II.—Santas tareas y empeño de los Padres del Colegio de Moquegua..... 8
Capítulo III—Biografía del R. P. Fr. Andrés Herrero..... 19
Capítulo IV.—Primer Guardian del Colegio—General Loaiza, su donación—instalación de la Comunidad..... 28
Capítulo V.—Situación del Colegio—Sus mejoras succesivas..... 34
Capítulo VI.—Copacabana, dos veces ocupada y dejada por la comunidad..... 38
Capítulo VII.—Ocupación de los PP. Misioneros de La Paz..... 43
Capítulo VIII.—Empeño de los PP. de Moquegua en dilatar sus Misiones..... 48
Capítulo IX.—Malogro de estas expediciones y sus causas..... 59
Capítulo X.—Misiones de Apolo ó Caupolicán, su orígen é intercadencia..... 64
Capítulo XI.—Continuación—contradicciones á los Padres: fracaso..... 71
Copítulo XII.—Cavinas, su orígen, sus vicisitudes, sus expediciones—su actualidad.... 79
Capítulo XIII.—Chimanes, su conquista, ase-

sinato, su ruina..... 88
Capítulo XIV—Isiamas, Tumupasa, San José de Chupiamonas..... 97
Capítulo XV.—Huanay y Mapiri, sus principios, su actualidad..... 107
Capítulo XVI.—Mosetenes, su descubrimiento, su fundación, sus traslaciones, etc..... 115
Capítulo XVII.—Santa Ana, fundada por el P. Herrero, sus marchas, etc..... 121
Capítulo XVIII—Madalenos, su conquista, sus tradiciones, su actualidad—Covendo.... 133
Capítulo XIX.—San Buenaventura, su fundación y su presente..... 147
Capítulo XX.—Desde la última cachuela hasta el Crato—Conclusión..... 167

APÉNDICE

Oficio del P. Figueira al Gobierno de La Paz..... 175
Real órden al Obispo de La Paz, sobre misiones.... 184
Entrega de la reducción de Toromonas..... 188
Decreto del R. P. Ballesta..... 189
Oficio al Obispo de La Paz..... 190
Al Provincial de Charcas..... 195
Al Intende de La Paz..... 198
Al obispo de La Paz..... 201
Carta del P. Figueira al P. Comisario..... 202
Informe de los PP. Fr. Benito Valencia y Buenaventura Quintana acerca de la expedición á Toromonas..... 204
Informe de los PP. sobre la nueva expedición.... 208
Reconocimiento de Carabaya por el P. Ferrer.... 211
Representación del Capitán D. Josef García, so-

bre Carabaya..... 215
Informe de D. Antonio Goyburu..... 226
Decreto para la devolución de Cavinas y Pacaguaras á la provincia de Charcas..... 229
Oficio al Intendente y Obispo de La Paz..... 230
Oficio del Intendente y Obispo de de La Paz.... 232
Decretos..... 233
Reseña biográfica del P. Comisario Prefecto de Misiones..... 234
Índice..... 237

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DUE JUL 30 '47